



NAOMI HARRIS ROSENBLATT

Después de la manzana

Las mujeres en la Biblia:
historias de amor, pasión y deseo

Grijalbo

Diseño de tapa: Isabel Rodríguez

NAOMI HARRIS ROSENBLATT

DESPUÉS DE LA MANZANA

*Las mujeres en la Biblia:
historias de amor, pasión y deseo*

Traducción de
TERESA ARIJÓN

Grijalbo

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*
© 2006, Editorial Sudamericana S.A.®
Humberto 1 531, Buenos Aires.

www.edsudamericana.com.ar

ISBN 10: 950-28-0405-8
ISBN 13: 978-950-28-0405-7

Copyright 2005 © Naomi Harris Rosenblatt
Originally published in the United States and Canada
by Miramax Books as *AFTER THE APPLE*.
This translated edition published by arrangement with Miramax Books.

Titulo del original en inglés:
After the Apple, Women in the Bible.
Timeless Stories of Love, Lust, and Longing

Publicado por Editorial Sudamericana S.A.® bajo el sello Grijalbo S.A.®

*A mi esposo Peter;
A mis hijos Therese, Marshall, Daniel, Laura y David;
A mis nietos Zachary, Samuel, Jacob, Abigaily Benjamin*

Introducción

Mi historia de amor con la Biblia hebrea comenzó a los seis años, cuando cursaba primer grado en la escuela Reali en Haifa, Israel. Aun siendo tan pequeña, pensaba que si estudiaba a fondo ese libro comprendería todo lo que necesitaba saber acerca del mundo adulto sin moverme de mi vecindario. Desde entonces he visto la vida y la gente a través de la lente de las historias bíblicas. A medida que envejezco, nunca me canso de regresar a estos dramas humanos que me son tan familiares y siempre encuentro en ellos nuevos puntos de vista y alimento espiritual.

Poco después de haber iniciado mis estudios bíblicos, le hice a mi padre una pregunta anhelando desesperadamente que él pudiera responder: “Papá, ¿crees en Dios?”

Mi padre, un judío no practicante, era versado en la Biblia y yo sabía que me daría una respuesta honesta. Como buen judío escocés de pocas palabras, respondió sin inmutarse: “No lo sé”. Al mirar hacia atrás, compruebo que la Segunda Guerra Mundial lo arrasaba todo en aquella época y que su fe en un Dios benevolente, justo y misericordioso había sido puesta a prueba.

Como crítico de arte, mi padre tenía la misma política respecto de las exposiciones. Mi pregunta era casi un ruego: “¿Cuál es tu pintura favorita?” Pero él jamás me daba una respuesta directa.

Con los años llegué a comprender que mi padre quería que yo encontrara mis propias respuestas, y le estoy infinitamente agradecida por ello.

Mi madre, una abogada de origen judío canadiense que no ejercía su profesión, vivía en estado de asombro ante las complejidades de la naturaleza humana. Pasábamos horas analizando las relaciones románticas o maritales de nuestros vecinos, parientes y amigos. Cuando yo volvía de la escuela y me explayaba sobre aquellas historias bíblicas que me resultaban particularmente conmovedoras, mi madre era un público atento y cautivo. Meneaba la cabeza, perpleja, y murmuraba: “Cuánta sabiduría, cuánta sabiduría”. Sus palabras confirmaban mi convicción de que ese libro contenía las claves necesarias para comprender la vida

humana. Cuando en alguna de nuestras largas caminatas nos cruzábamos con un niño lisiado por la poliomielitis, mi madre lamentaba no tener una fe más profunda. Yo no soportaba verla desdichada. Mi respuesta era siempre la misma: que ella hablara tanto del tema era en sí mismo un acto de fe, que Dios no tenía interés en la fe ciega, que sus cavilaciones eran testimonio de compasión y afecto... y que todo eso servía genuinamente a los propósitos de Dios.

En la escuela continué estudiando la Biblia hasta los dieciocho años, y en cada nuevo período lectivo buscaba ahondar más en el tema. El doctor Josef Schechter —mi animoso profesor de la escuela secundaria y un erudito bíblico de gran renombre— se paseaba de un extremo a otro del salón blandiendo con entusiasmo una pequeña Biblia, instándonos a especular, debatir y alcanzar niveles de comprensión más profundos. Su pasión por la Biblia era contagiosa e insufló en nuestras mentes la sabiduría rabínica, según la cual cada palabra de la crónica bíblica tiene setenta interpretaciones posibles. Como mi padre, jamás daba respuestas definitivas; más bien nos estimulaba a desarrollar nuestras propias ideas y convicciones.

La escuela solía organizar excursiones y caminatas por todo el país. Visitamos Bersabée, donde cuatro mil años atrás Sara y Abraham —pioneros fundadores de una nueva fe— esperaron el nacimiento del hijo que Dios les había prometido. Recorrimos el camino donde Raquel, la amada esposa de Jacob, murió dando a luz a Benjamín. Atravesamos el desierto que rodea Ein Gedi, sobre las orillas del Mar Muerto, donde el joven David huyó a esconderse del rey Saúl. Contemplamos el paisaje desde las colinas de Jerusalén, donde el rey David vio a la hermosa Betsabée bañándose en la terraza de su casa. Amontonados en una camioneta fuimos hacia el sur por la costa del Mediterráneo, donde el forzudo Sansón buscó el amor de las mujeres filisteas y se topó con su némesis, Dalila.

Comenzábamos cada clase leyendo en voz alta el capítulo que íbamos a estudiar ese día. Cuando llegamos a la adolescencia, nos abocamos al material más engorroso —Isaías, Jeremías, Amós y otros profetas— y nos familiarizamos con sus ruegos y demandas de compasión y justicia social, con su furia por los pecados de Israel y el consiguiente mensaje de sanación y redención. No se nos pedía que memorizáramos las palabras, pero algunas frases e incluso pasajes completos de la Biblia nos han acompañado a lo largo de nuestras vidas debido a la absoluta belleza de su lenguaje.

No necesitábamos traducción alguna porque la Biblia estaba escrita en hebreo, nuestra lengua materna. El lenguaje nos vinculaba con nuestro pasado, remoto pero absolutamente real. Los dos milenios que nuestros ancestros más recientes habían vivido en Europa —incluyendo la edad dorada en España y la opresión en el continente europeo— parecían hablarnos menos vívidamente que aquel texto antiguo. Yo crecí y me eduqué durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, y muchos de mis vecinos europeos eran refugiados que llevaban los ominosos números de los campos de concentración tatuados en los antebrazos. A menudo me invitaban a pasar la tarde en los balcones de sus casas y compartir una sabrosa torta de chocolate. Yo escuchaba y absorbía sus historias de fugas, pérdidas devastadoras y supervivencia a ultranza. Sola en mi cama, por las noches, imaginaba qué hubiera hecho de haber perdido a mis padres mientras intentaba escapar por las fronteras hostiles... y me quedaba dormida, ahogando mis sollozos contra la almohada. No obstante, los mil quinientos años de historia bíblica llevaban las de ganar. Ese texto era nuestro. Era parte esencial de nuestra identidad.

El realismo exento de sentimentalismo de la Biblia hebrea nos ayudó a afrontar nuestras cuestiones personales y también las situaciones conflictivas que atravesaba nuestro país. Ciertas realidades políticas escapaban a nuestro control, pero el mensaje bíblico nos daba esperanzas y nos fortalecía, en particular cuando las cosas se ponían difíciles. Sabíamos que debíamos estar a la altura de los tiempos y no debíamos bajar los brazos. Nuestro país era pequeño y joven, y éramos conscientes de que su supervivencia dependía pura y exclusivamente de nosotros. Ya adolescentes trabajábamos en los campamentos de verano ayudando a los nuevos inmigrantes a establecerse, o bien colaborábamos en las comunidades agrícolas. El trabajo que hacíamos era concreto y marcaba una diferencia. Los adultos nos trataban con respeto. Este conjunto de circunstancias contribuyó a cimentar la confianza en nosotros mismos, el sentido de la responsabilidad y la fe en nuestras propias fuerzas.

El recorrido que comenzó con el estudio de la Biblia en mi infancia — con énfasis en la interpretación y la reinterpretación— me llevó a trabajar como psicoterapeuta muchos años después. Ahora, siendo ya una mujer madura —esposa, madre, docente y terapeuta—, he tomado conciencia de cuán profundamente me afectaron las historias de las mujeres de la Biblia hebrea. Las crónicas bíblicas manipulan material explosivo: la sexualidad, la búsqueda de consuelo de una madre tras la pérdida de su hijo, el frustrante deseo de una mujer cuyo marido no corresponde a su amor, el

goce desenfadado de una pareja inmersa en un torbellino de pasión... Los hilos que más adelante me permitirían hablar de temas íntimos con mis pacientes ya estaban tendidos: para mí, todo aquello era absolutamente natural.

También he llegado a apreciar la capacidad de resistencia de mis pacientes, aun en las circunstancias más adversas, pues he aprendido hasta qué punto esa cualidad fue indispensable en las historias de las mujeres antiguas que yo tanto admiraba. Sus historias de vida me enseñaron que era importante hacer hincapié en la necesidad de un sentido de identidad personal; es decir, de un núcleo fuerte de creencias y valores espirituales. Como a las madres en el libro del Génesis, a mí también me preocupa transmitirles a mis hijos una escala de valores definidos y el conocimiento de su legado, dos herramientas indispensables que los acompañarán en el futuro.

Agradezco el candor —esa combinación de gestos heroicos con fragilidades e imperfecciones— con que la Biblia retrata a la humanidad. Al mostrar la vida tal como es, con todas sus contradicciones y complejidades, la Biblia me ha guiado por un sendero de compasión, empatía y comprensión hacia mis semejantes. De Betsabé y David aprendí los peligros de la lujuria; de Sara, el dolor y los celos; de Rut y Noemí, el amor y la lealtad; de Ester, el coraje y las estratagemas; de Lía, la tenacidad y la resistencia. Cierta sensación de urgencia espiritual impregna estas historias: en el cenit de la crisis, cada heroína es consciente de estar en presencia de Dios, y sabe que cualquier decisión que ella tome tendrá un impacto profundo que excederá los límites de su propia vida y que sus responsabilidades se extienden a su familia y su pueblo, a su identidad espiritual y, desde luego, a su misma supervivencia.

Desde que era una niña he anhelado ser Rebeca. Quería tener su figura y su andar espléndidos al regresar de la fuente, y llevar la cabeza bien alta con un cántaro de agua apoyado sobre el hombro. También quería ser hospitalaria y generosa. Sin embargo, mi percepción se hizo más amplia al releer su historia mientras dictaba mis clases sobre la Biblia para grupos de entre diez y quince mujeres en Washington durante más de veinte años. Nos reuníamos todos los viernes por la mañana en torno a una tetera humeante en el comedor de mi casa.

Durante una de nuestras exaltadas discusiones descubrí que me identificaba con lo que la joven Rebeca debió de haber sentido al abandonar a su madre, su padre y su país para iniciar su vida marital con un extraño en tierra extraña: sus nostalgias, sus esperanzas, su

entusiasmo, su culpa. La valentía de la Rebeca madura —quien envía a su hijo menor, Jacob, a un lugar remoto— me recordaba el coraje de mis padres al permitirme abandonar el nido cuando era muy joven para unirme a mi también jovencísimo marido en una tierra extraña. Como Rebeca, sentía que la autocompasión no tenía lugar en mi vida. Había cosas más importantes que hacer: ocuparse del matrimonio y criar a los hijos. No obstante, me preguntaba con quién desahogaría Rebeca las penas y las inquietudes de su corazón. Imaginaba lo solitaria y nostálgica que debía haberse sentido, a pesar del amor y la fidelidad de su esposo Isaac. En lo que a mí respecta, la negación y la supresión fueron mi mecanismo de defensa esencial durante los primeros años que viví en los Estados Unidos. Cuanto más revisitaba la historia de Rebeca, más me impresionaba la relevancia que había tenido, y aún tenía, en mi propia vida. Saber que no estaba sola en esa situación fue muy reconfortante para mí, un verdadero consuelo.

También dicté un seminario sobre la Biblia en el Capitolio, al que asistían senadores de distintas creencias religiosas y partidos políticos acompañados por sus esposas. Era gratificante ver a estos poderosos líderes, como tantos otros antes que ellos, recurrir a un libro antiguo de un pueblo antiguo en busca de sabiduría e introspección. El debate sobre la relación adúltera de David con Betsabé, la esposa de Urías, coincidió con el affaire Monica Lewinsky. Discutimos con toda franqueza y convicción hasta dónde la vida personal de un líder afecta la calidad de su ejercicio del gobierno, y también los conflictos entre privacidad sexual y valores familiares y la problemática simbiosis entre poder y sexo. El romance de Betsabé y el rey David le brindó al grupo una suerte de plataforma inofensiva para debatir temas ríspidos como el poder, la tentación y las responsabilidades morales.

Varias mujeres de mi grupo de los viernes por la mañana sentían una profunda simpatía por la soledad de Betsabé. Casi todas aducían que el marido de Betsabé, un oficial del ejército, se ausentaba por largos períodos y parecía no preocuparse por los perjuicios que esto ocasionaba a su matrimonio. Casi todas coincidían en que Betsabé anhelaba tener una aventura amorosa: después de todo, acostumbraba bañarse en la terraza y sabía que el rey podía verla desde su casa. A partir del relato bíblico, la conversación dio un giro hacia la importancia de cuidar la pareja y nutrir los lazos emocionales y sexuales entre marido y mujer, especialmente hoy, cuando el ritmo frenético y los viajes frecuentes son parte integral de

nuestras vidas. El grupo llegó a la conclusión de que la pareja debía ser una prioridad consciente para hombres y mujeres.

En cierta ocasión, el grupo del Senado se puso a debatir la tensión sexual, el sufrimiento y el dolor que probablemente se habrían vivido en la casa de Abraham cuando la estéril Sara hizo los arreglos necesarios para que su esposo engendrara un hijo con otra mujer. Un senador, a quien todos tenían por un individuo distante y renuente al compromiso, sorprendió al grupo al afirmar con vehemencia que, independientemente de los sentimientos del marido hacia “la otra mujer”, los intereses de la esposa debían estar siempre en primer lugar. El más anciano de los senadores estaba hondamente preocupado por la rivalidad entre hermanos, un tema central en la saga del Génesis. Este senador, de origen sureño, proponía la Guerra de Secesión como ejemplo inexcusable de las consecuencias trágicas de la rivalidad entre hermanos.

Leer la Biblia en grupo es una actividad sumamente benéfica y gozosa, dado que cada integrante aporta opiniones e interpretaciones basadas en diversas experiencias de vida y necesidades personales que, sin embargo, al final del día, convergen en valores y principios éticos específicos. La Biblia siempre ha sido una gran fuente de inspiración. Ello se debe, en mi opinión, a que este antiguo libro nos presenta la vida como algo desprolijo y plagado de contradicciones y al mismo tiempo espera que aspiremos a las alturas espirituales y morales. El reconocimiento de una humanidad terrenal y frágil, acompañado por la exigencia de superación, hace posible que la Biblia hable de manera directa a cada uno de nosotros. El mensaje bíblico es un mensaje de amor concreto, y su poder es pavoroso.

Por muchas razones, originadas en mi infancia y que han continuado a lo largo de mi vida profesional, jamás he considerado a la Biblia pura y exclusivamente como un documento histórico o religioso. Más bien me parece una serie de vividos dramas de mis ancestros. Dado que soy mujer, me interesan particularmente las mujeres de la Biblia. Las circunstancias difíciles que ellas afrontaron con resolución y honestidad son las mismas que deben afrontar hoy las mujeres: la comunicación en el seno de la pareja y con las figuras masculinas de autoridad, la concepción, la infertilidad y la crianza de los hijos.

Desde el punto de vista legal, las mujeres hebreas antiguas estaban estrictamente subordinadas a los jefes de familia, que eran siempre varones; primero se sometían como hijas a sus padres, y luego como esposas a sus esposos. Los hijos varones heredaban la propiedad paterna

y, cuando se casaban, se convertían en jefes de sus propias familias. A través del matrimonio la mujer se unía a la familia de su marido, y pasaba de someterse a la autoridad del padre a estar sometida a la autoridad del esposo.

Me sorprendió muchísimo lo que encontré al releer y reconsiderar el tratamiento bíblico de las figuras femeninas. Porque no encontré mujeres serviles ni obsecuentes, ni tampoco esposas de obediencia ciega. Encontré mujeres que cuestionan a los patriarcas. Que usan su poder femenino para subvertir, seducir y embaucar a sus hombres. Que utilizan su inteligencia femenina para desafiar la autoridad patriarcal cuando ésta se opone a su supervivencia, la de su familia o la de su pueblo. Lo más sorprendente, como lo testimonian estas historias, es que estas mujeres valientes y emprendedoras no son castigadas; por el contrario, su audacia siempre es recompensada. El compromiso de transmitir la Alianza y sus bendiciones a la próxima generación es indispensable. Los escribas bíblicos, presumiblemente hombres en su mayoría, simpatizaban con los predicamentos de las mujeres y, convencidos de su importancia, registraron en detalle los riesgos que éstas corrían, su heroísmo y sus inagotables recursos.

Cuando releo las historias de las mujeres de la Biblia hebrea siento que soy una de ellas. Me siento vinculada a ellas. Todavía hoy, muchos años después de mis primeras lecturas de infancia, recuerdo sus andanzas y sus triunfos y aún me conmueven su fuerza y su fe. Leyendo la Biblia aprendo a ser más compasiva y más comprensiva; aprendo a juzgar menos, a maravillarme y deleitarme ante aquello que inspiró e inspira los actos de las mujeres; en suma, aprendo a comprender que somos parte de una larga cadena de humanidad. Estas historias me brindan apoyo y me socorren cuando es necesario.

UNO

Eva, *la primera rebelde*

Todo comenzó con Eva, la madre de todos nosotros. La historia de los primeros seres humanos, Eva y Adán, da inicio a la Biblia a través de una compleja trama de soledad, compañerismo, deseo y amor. Narra cómo la mujer, hecha a imagen del Creador, abandona una vida cómoda y fácil en un ambiente idílico —junto con la nada desdeñable promesa de la inmortalidad— y elige en cambio buscar la sabiduría y la intimidad con su hombre. La historia de la primera pareja contiene la matriz de todas las parejas hombre/mujer que vendrán luego. Eva es el prototipo de las otras mujeres de la Biblia. Es la que corre riesgos para crear vida. Ella genera el futuro.

El Motor invisible detrás de escena es un Dios omnisciente y amoroso que dispone todos los elementos en su lugar: un hombre, una mujer, un jardín exuberante, una serpiente que habla, árboles cargados de frutos. En el relato bíblico el Creador nos alecciona acerca del ejercicio del libre albedrío, de la necesidad de responsabilizarnos por las consecuencias de nuestras acciones, del camino accidentado que conduce al crecimiento y el abandono del hogar natal.

“Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza; Él lo creó a imagen y semejanza de Dios; varón y hembra El los creó”. Las traducciones más conocidas del texto hebreo consideran masculinos a Dios y a Adán. Sin embargo, no sabemos cuál es la imagen de Dios: Dios puede ser masculino, femenino, andrógino o incluso no tener género. La genialidad

del Dios bíblico radica, precisamente, en que trasciende la definición: y éste es un punto de partida revolucionario si tenemos en cuenta la manera en que se concebían los ídolos en aquellos tiempos. La palabra hebrea que designa al primer humano —*Adán*— es en realidad un término genérico que alude al “ser humano” y en consecuencia no es masculino ni femenino. En inglés, la palabra *man* abarca tradicionalmente a toda la humanidad, ya sea ésta masculina o femenina. Y lo mismo ocurre en castellano con la palabra *hombre*, así como en otros idiomas. La Biblia —en sus múltiples traducciones— prosigue especificando que “varón y hembra Él los creó”.

El entorno es idílico. Puedo vislumbrar a Adán disfrutando alborozado de la compañía de animales mansos, retozones. Su alma se llena de asombro al contemplar las aves que cruzan el cielo. Corre con las bestias salvajes, trepa a los árboles más altos y arroja piedras que se alejan formando una estela sobre la superficie del río. El Jardín del Edén es un campo de juegos ideal; un lugar inocente donde la vida es bella, fácil y segura, y no presenta desafío alguno. Las mitologías de numerosas culturas describen lugares similares en épocas prehistóricas. La perdurabilidad de este concepto sugiere cierta nostalgia universal por una infancia idealizada.

Sin embargo, en este entorno bello y pródigo “no hallaba Adán ayuda o compañero a él semejante”, porque la humanidad es única entre las criaturas de Dios y ha sido creada a Su imagen y semejanza. Adán no encuentra otra criatura que camine erguida y sea capaz de contemplar el cielo, allá en lo alto, y la tierra, bajo sus pies. Ningún otro ser viviente llora o ríe como él lo hace. Ninguna otra criatura utiliza expresiones faciales para demostrar sus emociones, sus percepciones sensitivas o sus ideas. Y lo más significativo de todo es que ninguna otra criatura habla. Adán, el humano, es único entre las criaturas porque le ha sido dado el don del lenguaje. Da nombre a todos los animales del Jardín del Edén y puede expresar su perplejidad y su gratitud con palabras. ¿Pero ante quién? El humano Adán no tiene con quien usar palabras, comunicar sentimientos o intercambiar ideas.

Al contemplar todo lo que Él mismo ha creado, Dios siente compasión ante la soledad del ser humano entre los animales. Y dice: “No es bueno que Adán esté solo; le haré una ayuda y compañía semejante a él”. La primera emoción humana que aborda la Biblia es la soledad.

El Creador actúa de inmediato: anestesia a Adán y lo somete a una intervención quirúrgica. “Por tanto, Dios el Señor hizo caer sobre el hombre un sueño profundo, y, mientras estaba dormido, le quitó una de las

costillas y llenó de carne aquel vacío. Y de la costilla aquella que había sacado de Adán formó Dios una mujer”.

Adán es ahora incuestionablemente masculino y Eva es su contraparte femenina. ¿Acaso Dios es consciente de la energía que libera al dividir al humano en hombre y mujer? ¿O quizás la mujer ha sido parte de Su plan secreto desde un comienzo?

La palabra hebrea *tzela* suele traducirse como “costilla”, pero otro de sus significados es “costado”: como el costado o lado de un barco o una casa, un componente esencial en la estructura del todo. El término sugiere que, si se quita el “costado”, la estructura se desmorona. El hecho de que la primera mujer haya sido hecha del “costado” del primer humano, de un lugar muy cercano a su corazón, nos indica que hombre y mujer son dos mitades de un todo otrora indiviso. Por una parte, el hombre tiene ahora una compañera con quien compartir su vida, capaz de aportarle una perspectiva diferente. Por la otra, una vez separadas, cada mitad persigue a la otra con el anhelo de volver a ser un todo. La Biblia lo expresa con palabras que trascienden los límites de tiempo y espacio: “El hombre deja a su padre y a su madre y se apega a su esposa, y de este modo se convierten en una sola carne”. Este pasaje bíblico señala el potencial del hombre y la mujer cuando unen sus mentes, sus corazones y sus cuerpos en la búsqueda de una misma meta, cuyas manifestaciones más fructíferas en el tiempo son la familia y los hijos.

Dios no consultó al hombre antes de crear a la mujer. Adán no pidió una compañera; de hecho, ni siquiera era consciente de que algo faltaba en su vida, ya que carecía de la imaginación necesaria para soñar una compañera semejante a él y al mismo tiempo diferente. Como el hombre, la mujer nace de la mente del Creador. La mujer no le debe nada al hombre por haber sido creada. Ambos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, lo cual significa que tienen libre albedrío y que por lo tanto son moral y espiritualmente iguales a ojos de Dios. (Incluso hoy, como entonces, la mayor parte del mundo aún no acepta esta verdad.)

Una vez formada la mujer, el Creador “la puso delante de Adán” con un ademán amable. El hombre se sintió sobrecogido, y habló con palabras dignas de un poema: “Esto es por fin hueso de mis huesos, y carne de mi carne”. Cuando Adán “por fin” la ve, “por fin” sabe qué es lo que le faltaba.

Ahora el hombre tiene una “compañera semejante a él”, distinta pero igual, que camina erguida, ríe, llora y habla como él. Ambos están desnudos pero no sienten vergüenza. Son inocentes como niños que retozan a orillas del mar.

El relato vincula la idea del habla con el compañerismo y la semejanza entre los seres humanos. Adán puede hablarles a los animales y darles nombre, pero los animales no pueden hablarle a él. El habla (como el moderno teléfono) sólo es valiosa cuando otros también pueden usarla. Lo primero que nos dice el Génesis es que Dios otorga a Adán, entre todas Sus criaturas, el don único del lenguaje. Sólo después de haberle dado el habla Dios admite sentir compasión por la soledad del hombre y advierte que necesita una compañera semejante a él. Es precisamente el don divino del habla el que hace al hombre —a diferencia de las criaturas del reino animal— tan consciente de su soledad cuando no tiene un compañero semejante a él.

La Biblia introduce la idea de necesidad de compañía humana mucho antes de mencionar la sexualidad y la procreación. En mi experiencia profesional, sólo después de haber podido articular su calidad de criaturas únicas y separadas el varón y la mujer están en condiciones de expresar su necesidad y su respeto mutuos y de afirmar su interdependencia. En una relación sana, de respaldo mutuo, los esposos alaban y aprecian las fortalezas y los valores de su pareja, y también se sienten seguros al comunicar decisiones y comportamientos que el otro esposo puede considerar inaceptables.

Al plantear en primer lugar la necesidad de compañía humana, la Biblia hace hincapié en que la compañía que brindamos a nuestras parejas es el don más perdurable y peculiar que podemos aportar a una relación íntima. Compartir nuestras penas y alegrías, intercambiar opiniones sobre un buen libro o una película y rezar juntos: todo esto es facilitado por el habla. El deseo sexual —aunque indispensable— puede menguar y fluctuar, pero el anhelo y la necesidad de compañía son constantes. En una relación humana potente y duradera, el compañerismo requiere atención y conciencia de ambas partes. Cuanto más prolongada sea la relación, mayor conciencia tendremos de cómo los años transcurridos han edificado una confianza y una ternura sin parangón. Un comentario rabínico sugiere que la mujer fue creada en segundo lugar para que el hombre pudiera experimentar la soledad y valorar más plenamente a su pareja. Otro sostiene que cuando Adán dio nombre a los animales que pasaban en parejas delante de él, suspiró: “Todos tienen su compañero, excepto yo”.

La Biblia también sugiere que la monogamia ofrece más recompensas que la poligamia. Dios crea una sola compañera para Adán, no varias. Los antropólogos dicen que, por lo general, los hombres tienden a la poligamia

debido al atávico impulso genético de procrear cada vez que se presenta la oportunidad de hacerlo. No obstante y a mi leal entender, al crear una única mujer para el hombre solo, la crónica bíblica nos está diciendo que la monogamia es preferible a la poligamia y que los varones necesitan refrenar, domesticar y controlar su instintivo deseo sexual. El psicólogo Ned Gaylin ha dicho que el matrimonio monógamo es “una institución destinada a civilizar” la sexualidad humana.

La Biblia sugiere que las relaciones emocionales profundas y duraderas son más enriquecedoras para los seres humanos que las relaciones superficiales y esporádicas, y que, cuanto más ponemos en una relación, más obtenemos de ella. Las relaciones múltiples o seriales diluyen la intensidad que pueden desarrollar las relaciones monógamas, dado que concentran en un solo foco los aspectos emocional, sexual e intelectual del ser humano. Cuando leemos la crónica bíblica de una familia polígama, leemos un testimonio de sufrimiento y dolor.

En el generosamente arbolado Jardín del Edén, Dios señala un árbol y le advierte al hombre que si toca sus frutos morirá. El fruto prohibido es el del árbol del conocimiento del bien y del mal. La palabra hebrea que alude al conocimiento —*da'at*— significa “conocimiento carnal”. “Conocer” es un verbo bíblico que implica algo más que el mero acto sexual. Es un eufemismo elegante que alude a la comprensión íntima y sensible que se desarrolla, con el transcurso del tiempo, en una relación sexual.

En el árbol prohibido hay una serpiente enroscada: “la más astuta de todas las bestias salvajes”. El reptil se desliza hacia la mujer y le pregunta si Dios le ha prohibido comer los frutos de los árboles del jardín. La mujer corrige a la serpiente: “Dios nos deja comer los frutos de todos los árboles, excepto los del que está en el medio del jardín”. Repite el edicto de Dios (que supuestamente le ha transmitido Adán): “No los comeréis, y ni siquiera los tocaréis, si no queréis morir”.

La serpiente le dice a la mujer: “No vais a morir, pero Dios sabe que en cuanto comáis ese fruto vuestros ojos se abrirán y seréis como los seres divinos, que conocen el bien y el mal”.

La serpiente, símbolo fálico e ídolo de fertilidad para numerosas culturas del mundo, refleja los anhelos sexuales que perturban el cuerpo y el alma de la mujer. Cuando ambas mantienen la primera conversación registrada en la crónica bíblica, la serpiente se dirige, artera, al inconsciente de la mujer y siembra allí la duda.

Pero la mujer no se deja persuadir con facilidad. No se apresura; se toma su tiempo y cavila; es consciente de que el castigo por desobedecer a

Dios será severo. La Biblia sugiere el transcurso del tiempo entre el alegato de la serpiente y la decisión de la mujer de comer los frutos del árbol prohibido: la mujer está sola cuando la serpiente intenta convencerla, pero toma el fruto en compañía de Adán.

“Cuando la mujer vio que el fruto de aquel árbol era bueno para comer y bello a los ojos, y que el árbol era deseable como fuente de sabiduría, tomó un fruto y lo comió. Dio también de él a su esposo, y él comió.”

Eva reflexiona antes de comer el fruto prohibido, pero Adán lo devora sin vacilar y sin preocuparse por las consecuencias. Esto nos llevaría a suponer que se siente feliz y apreciado.

El fruto tiene un efecto instantáneo: “Luego se les abrieron los ojos a ambos, y percibieron que estaban desnudos, y cosieron unas hojas de higuera” para cubrir sus partes íntimas. Antes de comer el fruto del árbol prohibido, la privacidad los tenía sin cuidado; no tenían nada que ocultarle al Creador ni tampoco nada que esconder el uno del otro. Pero después de haber comido el fruto, por primera vez toman conciencia de sí mismos —de que están siendo mirados— y sienten vergüenza frente al otro. De este modo, la privacidad se vuelve parte integral de la sexualidad humana.

La ingesta del fruto prohibido en el Jardín del Edén es un momento definitorio en la saga humana. El repertorio de emociones de la pareja original se amplía de inmediato y pasa a incluir la vergüenza, la culpa y el deseo. El primer hombre y la primera mujer, como todos los seres humanos que vendrán después de ellos, inician la extraña y dolorosa transición de la inocencia infantil a la conciencia, el despertar, la experiencia y la responsabilidad sexuales. Es el comienzo de la pubertad... y de la maduración. El despertar sexual de la mujer avanza codo a codo con la fuerza vital: el impulso de procrear. Ella *debe* atraer al hombre porque no puede concebir sola, por sus propios medios. Como sugiere la Biblia, varón y mujer deben cooperar para brindar al infante humano el amor, el alimento y la seguridad que éste necesita para crecer y prosperar. Ninguna otra nueva vida está tan indefensa durante tanto tiempo como la del infante humano.

Dios creó a los seres humanos con el poder del libre albedrío, a diferencia de los animales que se dejan llevar por el instinto. Dios sabe que la mujer será la primera en aprovechar Su don y se dejará tentar por el árbol prohibido. De acuerdo con Su gran plan, Eva ha sido biológica,

genética y mentalmente diseñada para perpetuar la especie. Como todas las mujeres después de ella, ha nacido con todos los óvulos que necesitará para concebir a sus hijos.

Esta encantadora alegoría del despertar sexual expresa también la brecha entre las respuestas sexuales masculina y femenina. La excitación de la mujer es gradual e interna y compromete sus sentidos, emociones e imaginación, tal como lo indican las deliberaciones de Eva antes de probar el fruto prohibido. Podemos imaginar sus ojos y sus sentidos concentrados en el fruto, y el proceso que debe atravesar para convencerse de dar el último paso. “Y cuando la mujer vio que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y bello a los ojos, y que el árbol era deseable como fuente de sabiduría, tomó un fruto y lo comió.” El impulso de procrear ha despertado en ella, dando por tierra con cualquier otra consideración. Las consecuencias de la relación sexual pueden ser mucho más serias para la mujer que para el hombre. Es ella quien queda embarazada, y durante nueve meses. Su decisión es, por lo tanto, más reflexiva y toma más tiempo que la del hombre.

Eva se acerca a Adán con el fruto en la mano (la forma del fruto sugiere la fertilidad, el pecho femenino). A diferencia de la hembra, el macho es susceptible a cualquier invitación sexual y responde de inmediato. Al observar con cuánto desparpajo el hombre acepta el fruto de su mano, la mujer aprende que el hombre sucumbe fácilmente a la tentación sexual. La hembra enciende la llama del deseo con su sola presencia o bien valiéndose de medios más sutiles —un perfume exclusivo, una sonrisa, un cumplido, el ofrecimiento de una manzana— y el macho cae seducido de inmediato. El tema de la respuesta instantánea del hombre recorre toda la Biblia y muchas de las mujeres bíblicas, hallándose en circunstancias desesperadas (como Tamar, la nuera de Judá, o Rut), confían en la vulnerabilidad masculina a la seducción sexual y no se ven defraudadas.

El texto bíblico no ofrece señal alguna de que el hombre haya pensado dos veces antes de comer el fruto del árbol de la sabiduría. Aunque hasta el momento se había sentido satisfecho comiendo los frutos de todos los otros árboles y evitando comer el de aquel que Dios le había prohibido. El hombre es por naturaleza pasivo y carece por completo de curiosidad.

Al escuchar que Dios se acerca por el jardín, el hombre y la mujer se aterran y se esconden, conscientes de su desobediencia y de las consecuencias que los aguardan. Dios llama al hombre: “¿Dónde estás?” El hombre responde: “Tenía miedo porque estaba desnudo, y me escondí”.

Dios pregunta: “¿Quién te ha dicho que estás desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del que te he prohibido comer?”.

El hombre se defiende de inmediato, culpando a la mujer y al mismo Dios: “La mujer que Tú me diste por compañera me ha dado del fruto de aquel árbol, y lo he comido”.

Dios se dirige entonces a la mujer: “¿Por qué has hecho esto?”.

Y ella responde: “La serpiente me ha engañado, y he comido”.

Tanto el hombre como la mujer evaden su responsabilidad culpando a otro. El hombre podría haber protegido a la mujer, quien acababa de alimentarlo y de darle placer. Podría haber sido sincero y dicho que ella no lo había obligado a compartir el fruto prohibido. La mujer podría haber explicado su decisión de cambiar la inmortalidad en el Jardín del Edén por el conocimiento y la sabiduría. Sin embargo, al igual que el hombre, tiene miedo y culpa a la serpiente, rechazando toda responsabilidad por sus actos.

Es fácil culpar a otros por nuestras acciones y es por eso que el chivo expiatorio es una constante en la sociedad humana. La existencia de un chivo expiatorio posibilita que las sociedades y los individuos ignoren su capacidad de elección y echen a otros la culpa de sus problemas. El chivo expiatorio es un camino seguro a la crueldad y las masacres, lo que a su vez genera más problemas porque los problemas originales jamás se afrontan. El chivo expiatorio ayuda a mantener la paz a corto plazo, pero a la larga siempre fracasa.

El hombre y la mujer están asustados y se sienten culpables. La culpa —un rasgo exclusivamente humano— es indispensable para que tengamos conciencia de nuestros actos. La culpa nos incita a mejorar, a esforzarnos cada día más por hacer lo correcto.

Aceptar responsabilidades es una decisión madura que conduce al crecimiento emocional. Necesitamos reunir coraje y humildad para autoinculparnos y aceptar que otros nos culpen, a menudo públicamente, por nuestro comportamiento. Cuando aceptamos la responsabilidad de nuestros actos, no culpamos a otros por las decisiones que hemos tomado y al mismo tiempo reconocemos que nuestras acciones afectan a otras personas. Si aceptamos la culpa, aceptamos las consecuencias. A menudo esto significa aceptar el castigo, ya sea un toque de queda, la pérdida de nuestra licencia de conducir o una temporada en la cárcel.

Asumir la responsabilidad de nuestras imperfecciones nos da poder, dado que echarle a otro la culpa de nuestros actos necesariamente nos supone víctimas de una situación. Reconocer que todo lo que hacemos

tiene importancia es propio del adulto, no del niño que todos llevamos dentro. Pero es necesario acompañar las palabras con un cambio de conducta... o al menos con un esfuerzo genuino por lograrlo; las palabras solas no bastan.

Los niños pequeños no son responsables de sus acciones porque no comprenden las consecuencias de las mismas. Sólo las personas capaces de juzgar, de “saber cómo son las cosas” y actuar independientemente y sin coerción alguna pueden ser responsables de sus actos.

Comer el fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y el mal es el primer acto independiente de los seres humanos en el Jardín del Edén. No puede decirse que Adán y Eva hayan tenido plena conciencia del alcance de su transgresión, precisamente porque aún no tenían conocimiento del bien y el mal. No obstante, sabían que Dios les había dicho de manera explícita que no debían comer el fruto de ese árbol. En ese aspecto son como niños: capaces de comprender qué se espera de ellos, pero incapaces de comprender por qué.

Como cualquier padre atento y preocupado, Dios quiere que Sus hijos crezcan y aprendan a aceptar la responsabilidad de sus actos, por muy doloroso que esto pueda ser para ellos... y para Él. Por cierto, Dios les ha brindado amorosamente todo lo que podrían necesitar en el Jardín del Edén —una vida segura, el edicto contra el árbol—, pero también les ha dado la capacidad exclusivamente humana del libre albedrío que los hará crecer y madurar. En tanto creador omnividente, Dios sabe perfectamente bien dónde están los humanos cuando los busca en el Jardín del Edén, pero formula Su pregunta —“¿Dónde estás?”— para darles mayor protagonismo en el relato e iniciar así el proceso de concientización y evolución moral.

Dios no se enfurece por el acto de desobediencia propiamente dicho; lo que lo saca de quicio es que Adán y Eva evadan sus responsabilidades y la insistencia de ambos en culpar a otros. Cabe señalar que la palabra *pecado* aparece en la Biblia mucho más adelante, cuando Caín asesina a su hermano Abel. Según parece, la transgresión más grave perpetrada por Adán y Eva es la búsqueda de un chivo expiatorio y la vida moral de la pareja recién comenzará cuando ambos estén en condiciones de reconocer que han obrado mal.

Seductora y agresiva —toda una narcisista—, la serpiente termina siendo la archivillana de la historia. Ha demostrado ser más coherente que el hombre y su cortejo de la mujer es tan ardiente como artero. Se involucra con la mujer pura y exclusivamente para obtener placer y

autogratificarse. La serpiente obtiene una excitación perversa al tentar a Eva. Es malvada porque sus motivos son viles, no por el acto que la incita a cometer. En un principio la serpiente andaba erguida; esta imagen sugiere excitación sexual y, de acuerdo a la tradición rabínica, en ese estado le habló a la mujer. Pero Dios desaprueba esta muestra de narcisismo y castiga con rigor a la serpiente. ¡No es para asombrarse que llamemos “serpientes” a las personas arteras y ególatras!

Dijo entonces Dios a la serpiente: “Porque hiciste esto, maldita seas entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrándote sobre tu pecho, y tierra comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ellos te romperán la cabeza y tú andarás acechando sus tobillos”.

El primer castigo divino condena a toda la especie de la serpiente ofensora a la humillación permanente de arrastrarse y comer tierra. Desde entonces, los seres humanos deben guardarse de las serpientes que se ocultan bajo las piedras o entre la vegetación, y sisean y se arrastran sobre sus vientres listas para la emboscada.

Le dijo asimismo a la mujer: “Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces; y parirás tus hijos con dolor; y estarás bajo la potestad de tu esposo, y él te dominará”.

Incluso con la medicina moderna, parir entraña riesgo y dolor. Sin embargo, después del parto se produce en la madre un estado de amnesia defensiva y prevalece la fuerza vital. El recuerdo del dolor se hace cada vez más tenue y la mujer vuelve a desear la unión sexual con su pareja y anhela expectante la nueva vida que ésta promete. Eso también es parte del gran designio de Dios, porque Dios y los humanos quieren y necesitan que la vida continúe de generación en generación. La supresión del recuerdo de los dolores de la parición es parte del optimismo fundamental de la raza humana hacia el futuro, la esperanza y los nuevos comienzos. Representa nuestra victoria sobre la pérdida y la muerte.

La frase “y estarás bajo la potestad de tu esposo, y él te dominará” describe la relación varón/mujer en tiempos antiguos y, todavía hoy, en algunas partes del mundo. En numerosos países aún no existe el control de la natalidad y las mujeres suelen llevar un hijo en el vientre, otro colgado del pecho y dos o tres más tirándole de la falda. Madre e hijos

dependen por completo de la protección del esposo. Más aun, dado que la fuerza física es esencial para sobrevivir en las duras condiciones de las sociedades agrarias, los hombres suelen utilizar su superioridad física para subyugar a las mujeres y abusar de ellas. Sin embargo, el texto bíblico apunta en otra dirección. La palabra hebrea para “potestad” o “dominio” — *limshol*— comparte una de sus raíces con *moshel* un regente o gobernador responsable que cuida de su familia, no un tirano.

Por último, Dios se dirige al hombre:

“Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol del que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento todos los días de tu vida; espinas y abrojos te dará, y te alimentarás de los pastos del campo. Con el sudor de tu frente te ganarás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado. Porque eres polvo, y al polvo volverás”.

Cabe señalar que el edicto de Dios, según el cual el hombre deberá labrar el suelo para obtener su alimento, es inmediatamente posterior a Su pronunciamiento sobre el rol de la mujer. De este modo, ambos roles resultan complementarios. Y queda claro que la de Adán y Eva es una relación de colaboración mutua, no de sometimiento.

La mujer parirá con dolor, pero también obtendrá satisfacción viendo crecer y madurar a sus vástagos. El hombre extraerá el alimento del suelo con el sudor de su frente, pero sus trabajos le permitirán alimentar a su familia con orgullo y tener la sensación del deber cumplido. Hombre y mujer llevarán las cargas y alegrías de la vida adulta juntos y en plena igualdad; éstas son las consecuencias de haber comido el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal, del conocimiento sexual en un sentido más amplio. En el Génesis, la relación varón/mujer no es una relación de dominación y sumisión sino de interdependencia y cooperación.

La Biblia no registra las reacciones humanas ante los castigos de Dios. Al devastador castigo final —“Porque eres polvo, y al polvo volverás”— sigue una conclusión aparentemente traída de los pelos: “Y Adán puso a su mujer el nombre de Eva [*Hava*: “vida” en hebreo], porque había de ser madre de todos los vivientes”. Este nombre señala a Eva como el arquetipo de todas las mujeres, cuya única función es dar vida. Es el primero de los escasísimos requiebros bíblicos de marido a mujer, pero no llega a ser la admisión contrita de culpa que podría haberse esperado ante los severos edictos de Dios. En cambio, hombre y mujer recurren uno al otro y

comparten el significativo acto ritual de dar nombre —¡y qué nombre!—, hecho que sugiere que Adán respalda y valora el acto de su esposa. Ha dejado de inculparla.

El pasaje siguiente es ejemplo de la compasión y la misericordia divinas. Dios transforma las hojas de higuera que cubren sus partes pudendas en “unas túnicas de pieles para Adán y su esposa”. Las ropas que el Señor obsequia a Sus hijos los protegerán de los elementos de la naturaleza que imperan en el Jardín del Edén. La aparición de estas ropas también señala el comienzo de la apreciación estética y, con ella, de la civilización.

La expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén es necesaria para un segundo árbol del jardín, un árbol ya mencionado antes pero que hasta el momento no había desempeñado ningún papel en la historia. Dios utiliza de manera misteriosa el plural mayestático cuando dice: “Ahora que Adán se ha vuelto uno de nosotros, ¿qué ocurriría si extendiera la mano y también tomara un fruto del árbol de la vida y lo comiese, y viviera así para siempre?” Dado que el hombre ha cruzado el límite que Él le había impuesto y obtenido así el conocimiento del bien y el mal, el Creador decide trazar una línea entre lo humano y lo divino: de ahora en más, los seres humanos estarán condenados a vivir como mortales. Dios no sólo condena a Adán a “volver a la tierra de la que fue formado”; también, según dice la Biblia, una vez “desterrado Adán, coloca Dios al este del Jardín del Edén un querubín y una espada de fuego, para guardar el camino que conduce al árbol de la vida”.

Eva y Adán abandonan la morada protectora del Padre, como deben hacerlo todos los hijos. Dios sabe que ha llegado la hora de que afronten la vida adulta en un mundo imperfecto. El desconsolado Padre coloca un guardia en la puerta del Jardín para impedir que Adán y Eva retornen a una infancia vacía de responsabilidades adultas, pero también para evitar la posibilidad de enternecerse y permitirles regresar. Todos los humanos debemos atravesar el proceso de abandonar el hogar paterno, proceso que se inicia al nacer. Todos nosotros debemos abandonar la idílica infancia — casi siempre caracterizada por la confianza, la seguridad y el amor incondicional— y trasponer las fronteras del hogar. La iniciación sexual es un hito en el camino. Una vez conocidas las delicias del sexo, ya no es posible hablar de inocencia. No hay vuelta atrás.

El Jardín del Edén ofrece una vida cómoda y carente de riesgos. La comida abunda y se consigue sin esfuerzo. No hay bestias salvajes que puedan causar daño. La inmortalidad parece estar al alcance de la mano.

No obstante, Eva rechaza la acaso embrutecedora monotonía de esa vida perfecta, paradisiaca. Cuando mira el árbol prohibido del conocimiento, parece preguntarse: “¿Qué tiene de bueno la vida sin la sabiduría nacida de la experiencia?” Al pasar junto al árbol de la vida podría cavilar: “¿Para qué sirve la inmortalidad sin conocimiento, sin sabiduría?”. Cuando cruza el límite establecido por el Dios omnisciente, Eva afronta el primer dilema moral de la humanidad y lleva a cabo la primera acción moral registrada en la Biblia.

Los lectores sabemos que Adán y Eva abandonan el Jardín del Edén plenos de optimismo. Nuestros corazones acompañan a la ingenua y joven pareja que avanza de la mano, llena de confianza en el futuro y lista para afrontar sus infinitas incógnitas.

Adán y Eva no conforman esa pareja desahuciada y envuelta en lágrimas expulsada por un Padre furibundo que han retratado los pintores renacentistas. En cambio, lo primero que hacen Adán y Eva es crear una nueva vida. En palabras de la Biblia, Adán “conoció a Eva” y ella concibió y parió a Caín, diciendo: “He ganado un hijo varón con ayuda de Dios”. ¿Acaso existe una mejor manera de enseñarnos acerca del placer y la responsabilidad, de la conducta humana y sus consecuencias, que hacernos saber que la gratificación pasajera del acto amoroso producirá un hijo con el que los padres compartirán un lazo que durará toda la vida?

La historia de Adán y Eva presenta al hombre y a la mujer en su búsqueda cooperativa de roles. En la sociedad agraria, lejos del Jardín del Edén, los roles estaban claramente definidos: la mujer debía parir y amamantar a los hijos; el hombre debía proveer el alimento cultivando la tierra desde el alba hasta el ocaso y proteger a la familia. Sus roles son complementarios. (Como bien señala Margaret Mead, el hombre y la mujer se necesitan el uno al otro. La parturienta no puede estar sola; necesita que su hombre corte de un mordisco el cordón umbilical.) Pero hoy, con el advenimiento del control de la natalidad y la necesidad de que las mujeres aporten dinero a sus hogares, la vida se ha vuelto mucho más complicada. Para las mujeres es excepcionalmente difícil criar a sus hijos y, al mismo tiempo, proseguir con sus carreras. Este problema no tiene solución a la vista y desde luego requiere algún tipo de reajuste institucional o social, ya que las parejas individuales no pueden resolverlo por sus propios medios. Debido a ello, la necesidad de definir roles satisfactorios para los hombres y las mujeres se ha vuelto mucho más compleja y está en permanente evolución.

* * *

Generaciones de comentaristas bíblicos varones han acusado a Eva de ser una insolente seductora que llevó por mal camino al inocente Adán, y trajo dolor y sufrimiento —y muerte— a toda la raza humana. Pero si leemos la Biblia con mayor atención veremos que no es así.

La crónica bíblica sugiere que la única motivación de Eva es la curiosidad, el punto de partida que conduce a la búsqueda del conocimiento y, en última instancia, a la sabiduría. Sin curiosidad no hay aprendizaje, ni desarrollo emocional, ni exploración del espacio y sus elementos, ni mejoramiento de la condición humana, ni plenitud de los talentos individuales, ni crecimiento espiritual. Eva abre por la fuerza las puertas del Jardín del Edén para que todos podamos beneficiarnos del vasto y peligroso reino del potencial humano que se encuentra más allá de los confines del Paraíso terrenal. Su audaz decisión libera de su encierro el conocimiento sexual, esencial para la creación de nueva vida.

El término bíblico “conocer” es un elegante eufemismo para aludir a ese entendimiento profundo e íntimo que aumenta con el transcurso del tiempo en una relación sexual. Es exactamente lo opuesto de lo que ocurre en un encuentro sexual fortuito de una sola noche. (La Biblia utiliza fórmulas como “entrar en” o “yacer con” para las cópulas sin amor.) Sólo cuando un hombre y una mujer realmente se “conocen” el uno al otro con el correr del tiempo y en numerosas circunstancias diferentes —como compañeros, socios y amantes— se arriesgan a revelar sus sentimientos más privados. Sólo entonces la pareja puede hacer el amor, en lugar de tener una mera relación sexual. El término sugiere que si el esposo aprende a “conocer” a su esposa, aprenderá también a demorar su propia satisfacción sexual para estar más a tono con las necesidades de ella.

En este aspecto somos mucho más avanzados que los animales, que se dejan llevar por el instinto. (Como señala el dicho, el cerebro es el órgano sexual más importante.) Somos las únicas criaturas que hacemos el amor cara a cara, conscientes de las expresiones y los sentimientos de nuestra pareja. Nuestra intimidad sexual no está limitada a la temporada de apareamiento ni al deseo de procrear. Nuestra atracción sexual hacia al otro —que ocurre durante todas las estaciones del año— forja un vínculo que renueva la conexión entre dos seres humanos y fortalece la relación de modo que el deseo, la intimidad, el goce y el compromiso puedan durar hasta la vejez. Esta atracción sexual permanente, que abarca todas las estaciones, contribuye a mantener la estructura de la sociedad monógama,

que a su vez provee la estabilidad social y legal que apuntala a la pareja y a sus hijos y sus nietos.

La sentencia más sombría y certera de Dios es: “Porque eres polvo, y al polvo volverás”. Así aprenden Adán y Eva que la vida es finita. Sin embargo, la fórmula “del polvo al polvo” proclama también una verdad universal que no es la consecuencia trágica de la desobediencia de la primera pareja ni tampoco un castigo. Nuestra meta como seres humanos no debería ser intentar escapar de la muerte, sino abrazar la vida y disfrutar sus dones y sus desafíos. La única inmortalidad al alcance de los seres humanos es la posibilidad de que nuestros descendientes nos recuerden por nuestros actos y nuestros logros físicos, intelectuales, financieros y espirituales. (Freud no se equivocaba cuando decía que el amor y el trabajo son los dos elementos esenciales de una vida integrada.)

Eva es la única que elige el conocimiento por sobre la inmortalidad. Prueba el fruto del árbol del conocimiento y renuncia al fruto de otro árbol: el árbol de la vida. La inmortalidad no parece interesarle, pero aun así Dios teme que los humanos puedan birlar los frutos del árbol de la vida. En el relato todo indica que el trueque de inmortalidad por conocimiento y experiencia es completo. Cuando Adán y Eva se vuelven mortales, también se vuelven plenamente humanos. La muerte confiere una sensación de urgencia a la vida; la realidad de la muerte nos advierte que todo lo que hacemos es importante y que no debemos postergar nada.

Todos somos descendientes de Adán y Eva. Para la Biblia no existe más que una raza humana y todos estamos vinculados. Tarde o temprano actuaremos nuestra propia versión de la historia elemental de desobediencia a la autoridad (padres, maestros) que comienza con Adán pero evoluciona con Eva, la primera rebelde de la raza humana. Contrariamente a la creencia popular, Eva no es una manipuladora que embauca al desventurado Adán ni tampoco una crédula víctima que sucumbe a la tentación de la serpiente. Por el contrario, es una mujer capaz de correr riesgos y que se atreve a cuestionar las limitaciones que les han sido impuestas, a ella y a su compañero. Guiada por la necesidad de crear nueva vida, Eva decide el futuro de la humanidad. Eva es la heroína de esta crónica y el Creador omnisciente es el autor. La historia de Eva es el modelo para las historias de las mujeres bíblicas que vendrán después: mujeres que se atreverán a cuestionar la autoridad masculina cuando ésta no responda a sus necesidades o las de su pueblo.

El plan Divino confía en Eva de principio a fin como socia biológica, emocional y mentalmente preparada para perpetuar la especie. Cuando

Eva decide compartir su pasión con Adán, él responde. Dios no castiga a las mujeres por buscar la “sabiduría” y hacer avanzar la rueda de la historia. Al desterrar a Eva y su compañero del Jardín del Edén, Dios nos otorga el ímpetu necesario para nuestro continuo crecimiento y aprendizaje, y también provee las circunstancias imprescindibles para realizar la voluntad y el potencial humanos a través de la acción.

Eva es una pionera. Las mujeres bíblicas que heredarán las chispas de su carácter y seguirán sus pasos en las crónicas son Sara, Rebeca, Raquel, Lía, Tamar, Noemí, Rut, Abigaíl, Betsabeé y Ester. Inteligentes y llenas de coraje, no temen correr riesgos para ganar el amor de sus esposos, proteger a sus hijos y asegurar la supervivencia de su linaje. Las mujeres de la Biblia son parte de una larga línea de descendientes femeninas de Eva, quienes utilizan sus poderes de mujer para hacer milagros cotidianos en el mundo patriarcal.

DOS

Sara, la madre fundadora

Sara y Abraham llevan una vida cargada de contradicciones, conflictos y presiones morales que harían añicos la fe de cualquier mortal. Dios les pide —a una edad ya proveya— que inicien una nueva vida y les promete que serán los progenitores de una gran nación. Pero Sara es estéril. Cuando Abraham ya ha cumplido noventa y nueve años, Dios le dice: “Mantendré Mi alianza contigo, y con tus descendientes por venir, y será una alianza eterna a lo largo de las generaciones”. Y así se establece la Alianza que resultará en la fundación del pueblo de Israel.

Dios insta a la anciana pareja a abrazar la idea, por demás revolucionaria, de la existencia de un solo Dios en una época y un lugar en que la gente adoraba una profusa galería de ídolos. La idea de un Dios único no sólo es extraordinaria; también plantea otros interrogantes: ¿Cómo rezarle a un Dios sin forma y de quien está prohibido tener imagen alguna? ¿Y qué espera semejante Dios de Sus fieles? Como escribiera el erudito bíblico Nahum Sarna: “El monoteísmo de Israel fue una nueva creación, una revolución dentro de la religión, una transformación súbita”.

“¡Sal de tu tierra natal y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que Yo te mostraré!”, le dice Dios al hombre por entonces llamado Abram. Con estas palabras, escritas hace aproximadamente cuatro milenios, Dios impulsa a la humanidad a una búsqueda espiritual que hasta hoy

continúa inspirando a cientos de millones de personas en el mundo entero e inaugura así la historia de los hebreos y entreteje los primeros hilos de la intrincada trama de innovaciones espirituales que definirán al judaísmo y, más tarde, al cristianismo y al islam.

Abram acata la palabra de Dios. Abandona con Sarai —así se llamaba su esposa por entonces— la ciudad de Haran, localizada a mitad de camino entre Canaán —hoy Israel— y la casa de los ancestros de Abram, la Ur de los caldeos —hoy en tierras de Irak—. La pareja cree en la promesa de Dios y se lanza a territorios desconocidos, tanto en el aspecto geográfico como en el plano espiritual. Abram tiene setenta y cinco años; Sarai, sesenta y cinco. Ninguna otra religión mayor ha tenido fundadores tan añosos. Para nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI cuya expectativa de vida supera los ochenta años, la de Abram y Sarai es una pareja ejemplar que nos enseña que es posible comenzar de nuevo a edad avanzada, que no tenemos por qué estancarnos ni desesperarnos por el simple hecho de haber envejecido.

Casi siempre los emigrantes dejan sus hogares y sus países huyendo de la pobreza o la persecución, pero Abram y Sarai son personas “muy ricas en ganado, plata y oro” y la Biblia no dice que hayan sufrido rigor alguno en su tierra natal.

Aunque es Abram quien escucha el llamado de Dios, jamás se hubiera ido sin Sarai, su compañera de toda la vida. La de Abram y Sarai es una vívida y perdurable historia de amor. Viven y trabajan juntos, y juntos se consagran al plan que Dios les ha encomendado. El relato bíblico deja implícito el absoluto acuerdo de Sarai con las decisiones de Abram.

Mientras trabajaba o en sus momentos de descanso, ¿Sarai habrá pensado en su situación y llegado a la conclusión de que la vida era algo más que acumular oro y plata y poseer una tienda donde echarse a dormir cada noche a salvo de todo peligro? ¿Habrá sentido en el alma el cosquilleo del asombro? ¿Habrá imaginado qué le tendría reservado la vida para sus últimos años o por qué le habían sido dados aun más años por vivir? Es evidente que Sarai busca un propósito más elevado y un sentido más profundo. De lo contrario, ¿cómo explicar su decisión de arriesgar su vida —y la de Abram— y sus posesiones por una idea tan revolucionaria como la existencia de un solo Dios invisible e incorpóreo? ¿Cómo explicar su presteza y buena disposición para acompañar a su marido en el largo y arduo viaje?

Seguramente Dios había observado a Sarai y Abram durante un tiempo antes de decidir que su probada consagración mutua a lo largo de

tantos años era una clara muestra de que también podrían consagrarse al Único Dios. Aunque la Biblia no ofrece pistas sobre el criterio de Dios para la elección del patriarca fundador, es improbable que haya escogido a Abram y Sarai al azar. Quizás haya observado también a otras parejas y llegado a la conclusión de que sólo Sarai y Abram estaban a la altura de Sus parámetros divinos. Como bien dijo Albert Einstein en un contexto muy diferente: “Dios no se juega el universo a los dados”.

Dios sabe que las palabras que le diga a Abram no caerán en saco roto. Cuando Abram y Sarai aparecen por primera vez en la crónica bíblica, hace tiempo que han dejado atrás las preocupaciones y los anhelos de la inexperta juventud. Ya ancianos, se interesan por temas más allá de sus propias vidas individuales; en particular, les importan las creencias y los valores que trascenderán sus vidas y afectarán a las generaciones venideras. Dios le dice a Abram:

*Te haré cabeza de una gran nación,
y te bendeciré,
y ensalzaré tu nombre,
y tú serás una bendición.
Bendeciré a los que te bendigan
y maldeciré a los que te maldigan;
y todas las familias de la tierra
serán benditas en ti.*

A pesar de que no tienen hijos y de que Sarai ya ha superado con creces la edad de concebir, creen en la promesa de Dios y abandonan su hogar. Llegan a Canaán —la tierra que Dios ha prometido a los descendientes de sus hijos aún no nacidos—, asolada por la hambruna. Decididos a sobrevivir, Abram, Sarai y sus sirvientes continúan la travesía hacia el sur, hacia Egipto, donde el río Nilo jamás deja de proveer sedimento para los campos y agua para la irrigación, lo que garantiza cantidad suficiente de alimento para el pueblo egipcio. (Durante una hambruna posterior, los bisnietos de Abram y Sarai también viajarán a Egipto en busca de gramíneas.) Mientras avanzan a lomo de burro hacia el sur, a través del Negev y el Sinaí, Abram y Sarai seguramente debaten qué hacer para sobrevivir... y lograr que sobreviva la fe incipiente de la cual se sienten responsables. Aunque sus opciones son escasas y terribles, intentan buscar una solución cuando no pueden conciliar el sueño. Abram aduce que si entran en Egipto como marido y mujer un gobernador local o

incluso el propio faraón podrían querer matarlo para apoderarse de la bella Sarai y sumarla a su harén. Y si matan al jefe de la familia, el resto de los miembros se desperdigarán o serán esclavizados o asesinados. Una vez en el harén Sarai podría negarse a someterse, pero la condenarían a muerte si se resistiera. Abram ama tanto a su esposa que está convencido de que es asombrosamente atractiva para los demás hombres, incluso a su avanzada edad. “Sé que eres una mujer hermosa”, le dice a quien ha sido su esposa durante tantos años.

Una cosa es clara: si entran a Egipto como marido y mujer, ambos pueden perecer. ¿Y entonces quién llevaría a cabo el plan de Dios? En el peor de los casos morirán con todo su clan, y con ellos morirán la nueva fe y la nación que, atentos a la bendición de Dios, se han comprometido a fundar. En el mejor de los casos Sarai se verá forzada a sacrificar su cuerpo y su honor, pero Abram y su clan tendrán posibilidades de sobrevivir. Antes de ellos y desde aquella época, incontables mujeres han debido afrontar esta cruel situación. Más adelante la Biblia narrará la historia de Ester, una joven judía exiliada en Persia que siglos después se ofrecerá voluntariamente a sacrificar su vida para salvar a su pueblo de ser aniquilado.

Cuando se dirige a Sarai, Abram usa la expresión “por favor”, rara en el lenguaje de los maridos bíblicos e indicativa del respeto y la importancia que otorga a las opiniones de su esposa. No obstante, sus argumentos son repugnantes para la sensibilidad moderna. Abram piensa que su anciana esposa es tan atractiva que otros hombres la codiciarán, idea que nuestra cultura actual —que ensalza la juventud— encuentra bizarra. Y, lo que es peor aun, le pide que mienta y diga que son hermana y hermano, a sabiendas de que esta mentira lleva implícito el sacrificio de Sarai.

El alba se acerca. Abram, contrito y ya sin palabras, espera la respuesta de Sarai. Ella ha cavilado sin descanso y siempre ha llegado a la misma conclusión: elige la supervivencia de la Alianza más allá de cualquier consideración personal. Hace de tripas corazón y se prepara para dar el próximo paso.

Los miembros de esta pareja devota, que han estado casados la mayor parte de sus ya largas vidas, toman la decisión independientemente y luego llegan a un acuerdo. Su situación es precaria. Dios ha prometido hacerles una “gran nación”, pero ellos y su clan enfrentan una hambruna inminente y están a punto de entrar en una tierra extraña, probablemente hostil, cuyos guerreros y príncipes son famosos por quedarse con las esposas de los pastores que pasan por allí con sus rebaños. Como extranjeros

seminómades, Abram y Sarai no tienen derechos ni protección alguna; están a merced de los poderosos, grandes y pequeños.

Entonces Sarai es vista: “Y el séquito del faraón la vio y alabó su belleza ante el faraón, y la mujer fue llevada al palacio del faraón”. Los egipcios adoran al faraón como un dios viviente, y cada deseo suyo es una orden divina. Las esclavas y los eunucos seguramente bañan a Sarai, le hacen masajes y untan su cuerpo con aceites fragantes para borrar los últimos vestigios de la vida errante en el desierto. Cubren sus encantos innatos con túnicas resplandecientes. Y acaso ella se pregunta: ¿Alguna vez volveré a ver a Abram? ¿Mi bienamado esposo estará vivo todavía? ¿Me seguirá amando cuando haya yacido con otro hombre? ¿Podré servir a Dios siendo concubina del faraón?

¿Sarai se acuesta con el faraón? La Biblia responde la inevitable pregunta de manera indirecta: “Y por respeto a ella trataron bien a Abram; el cual adquirió ovejas y bueyes, y asnos y esclavos, y esclavas, y mulas y camellos”. Aunque este pasaje deja entrever que el faraón compensa al “hermano” por los favores de su “hermana”, siglos de comentarios rabínicos han tendido a disimular los favores fraternos. No sorprende que los rabinos hayan evitado revelar lo ocurrido ni que se hayan negado a reconocer que la primera matriarca del pueblo judío fue forzada a deshonorarse. Los comentarios tradicionales piadosamente arguyen que Dios intervino a tiempo y Sarai pudo escapar indemne de la lujuria del faraón.

Lo notable es que la Biblia guarda silencio acerca del desenlace de una situación que ha presentado de forma manifiesta. El lector espera que el cronista bíblico niegue o afirme la sumisión de Sarai a los deseos del faraón. La ausencia de una negativa sugiere —aunque no prueba de manera concluyente— que Sarai se sometió. Sin embargo, lo más importante desde la perspectiva del futuro de su pueblo es que Sarai fue liberada del harén y pudo reunirse con Abram. El corolario es que cada uno hace lo tiene que hacer para poder sobrevivir y seguir adelante, y que lo esencial es conservar la vida... porque mientras hay vida hay esperanza.

La Biblia sugiere que Dios impide que Sarai languidezca en el palacio del faraón. Dios “castigó al faraón y su corte con terribles plagas por causa de Sarai”. Presa del pánico, el faraón manda llamar a Abram y exige saber la verdad: “¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me dijiste que ella era tu esposa? ¿Por qué dijiste que era hermana tuya, poniéndome en ocasión de tomarla como mi esposa? ¡Aquí tienes a tu mujer; tómala y vetel!”

El faraón está furioso pero no quiere vengarse. Encarga a sus hombres el cuidado de Abram y ellos “lo acompañan a él y a su esposa, con todo lo que poseía”.

Al enterarse de la verdad el faraón se comporta de manera galante, contrariamente a lo que temía la pareja. Quizás haya comprendido que las plagas de Dios eran un castigo por haber raptado a la esposa de otro hombre para llevarla a su harén. Y, lo que es más importante aun: Dios interviene para salvar a Sarai, el primero de varios milagros que el Señor realizará para proteger a esta valiente mujer, un personaje central para Su visión del futuro del gran pueblo que ella contribuirá a fundar.

Las implicaciones de este episodio son perturbadoras, en particular porque la situación se repite con Abimelech, rey de Gerar. (En este caso, sin embargo, Dios interviene antes de que el rey “llegue cerca de ella”.) Algunas personas, sobre todo las que viven en la abundancia de las prósperas sociedades democráticas, tienen el tupé de culpar a Abram por no brindar a su esposa otra opción que obedecer: primero a él y luego al faraón. Pero a mi entender la decisión fue sopesada y conjunta: un sacrificio deliberado y desgarrador que Abram y Sarai acordaron mientras avanzaban a lomo de burro por el largo, ardiente y polvoriento camino que conducía a Egipto. (Como bien ha dicho Bertolt Brecht: “Primero la comida, después la moral”.) La clave del personaje de Sarai es su fortaleza. En los años venideros, cuando una concubina desatinada que se ha unido al clan amenace su matrimonio, la ferocidad de Sarai refutará de plano cualquier idea de dócil y mansa aceptación.

Desde Egipto, Abram y su comitiva “avanzaron por etapas [...] hasta llegar al lugar donde antes había estado su tienda” y donde le había construido un altar al Señor. De regreso en Canaán, Dios hace a Abram promesas cada vez más grandiosas de tierras y abundancia de descendientes: “Toda esa tierra que ves, Yo te la daré a ti y a tus descendientes. Y multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra, y si alguien pudiera contar el polvo de la tierra, entonces tus descendientes también serán contados”.

Pero Sarai continúa estéril. No hay heredero. Un hombre menos probo podría hacerla sentir culpable, pero Abram jamás le reprocha su infertilidad. Tampoco la carga con su creciente angustia. Pero cuando está solo, allí donde su esposa no puede oírlo, le implora a Dios: “¿Y qué vas a darme, viendo que moriré sin hijos?” Una vez más, Dios ofrece promesas: “Mira al cielo y, si es que puedes, cuenta las estrellas. Así será tu descendencia”.

Pasan otros diez años... y ningún hijo llega al mundo.

Mientras Abram discute sus preocupaciones directamente con Dios, Sarai, marchita por la frustración y la vergüenza, decide dar un paso al costado para quebrar la mala racha. Se siente humillada por el fracaso personal de no haber podido concebir un hijo —el rol más valorado por las mujeres de su época— y también desesperada porque el plan divino de una nueva nación jamás se hará realidad. ¿Se le ha agotado la paciencia? ¿Ha perdido toda esperanza? ¿Siente que les ha fallado a su esposo y a su Dios?

Sarai actúa resuelta y deliberadamente —como la mayoría de los seres humanos en pleno torbellino emocional—, sin pensar en las consecuencias de sus actos. Abram jamás ha insinuado que podría tomar otra esposa ni tampoco ha mostrado interés en otras mujeres, presumiblemente fértiles, que podrían darle un hijo sustituto... una práctica muy común en aquella época. Sarai es su sola y única compañera y Abram siempre le ha sido fiel, al menos desde el momento en que la Biblia los menciona por primera vez.

“Sarai, esposa de Abram, no le había dado hijos”, dice la Biblia. “Ella tenía una sirvienta egipcia llamada Agar. Y Sarai dijo a su marido: ‘Mira, Dios me ha hecho estéril para que no pariese. Despóstate con mi sierva; quizás así tendré un hijo a través de ella. Y Abram condescendió al pedido de Sarai’”.

Sarai tiene derecho legal a designar a su esclava como madre sustituta. Sin embargo, en su desesperado anhelo de un hijo, piensa en Agar sólo como vehículo, como herramienta, como medio para llegar a un fin. No se le ocurre que una mujer esclava también pueda tener sentimientos maternos. Agar resulta ser mucho más que un recipiente para la prole de su amo. Como Sarai, tiene pasiones e —incluso dentro de las restricciones de la esclavitud— ambiciones propias. Repentinamente cambia de condición gracias a las atenciones sexuales de su amo. El equilibrio de la casa sucumbe a los celos y el rencor.

Los celos que atormentan a Sarai después de haber estimulado a su esposo a acostarse con otra mujer son demasiado dolorosos de contemplar. La privacidad, en el sentido moderno, no existe. Las tiendas donde viven los amos y sus sirvientes apenas disimulan los sonidos y jadeos del acto amoroso. La sensación de miseria y fracaso personal de Sarai ha de haber sido intolerable. Y además comienza a preocuparla que Agar, otrora esclava y ahora joven y fértil rival, pueda usurpar su lugar en el corazón de Abram.

Cuando Agar “vio que había concebido, comenzó a despreciar a su ama”. Algunos comentaristas han vislumbrado a Agar paseándose delante de Sarai, mostrando su vientre protuberante y murmurando en la fuente, ridiculizando e imitando los amaneramientos de Sarai delante de otras esclavas burlonas y maledicentes. La falta de tacto y los errores de juicio de Agar hacen que Sarai encuentre intolerable su propio “plan”.

El dolor de Sarai puede más que su razón, y le reclama a Abram: “Mal te has portado conmigo. Yo te di a mi esclava por mujer; y ahora que se ve embarazada, me trata con desprecio. ¡Que Dios decida entre tú y yo!” Proyecta su miseria y su frustración sobre Abram, aunque utilizar a Agar como madre sustituta haya sido idea suya.

Abram, dolorosamente sensible a la profundidad de su padecer, queda paralizado ante el estallido emocional de su esposa. En un diálogo que sonará familiar a muchas parejas de nuestra época, Abram opta por la salida rápida y evita la confrontación. Le dice a Sarai: “Tu esclava está en tus manos. Haz con ella lo que mejor creas”. Deja que las mujeres se hagan cargo de la situación.

La escueta respuesta de Abram a su reclamo angustioso hace pensar a Sarai que la mujer que ella misma ha colocado en la tienda de su esposo también ha usurpado su lugar en el corazón de Abram. Herida, siente que Abram ha traicionado su confianza. La orgullosa Sarai —que ha cruzado el desierto por mandato de Dios y ha aceptado sin titubeo alguno entrar en el harén del faraón egipcio para que Abram, su linaje y su fe pudieran sobrevivir— descubre que no tolera compartir a su esposo con otra mujer. Sarai “maltrata” a Agar, y ésta huye al desierto.

Aunque Agar transgrede los límites de su casta, Dios no la olvida. La Biblia hebrea hace hincapié en que Agar —aun cuando sólo es una esclava, lo más bajo en la estructura social— está hecha a imagen y semejanza de Dios y por lo tanto merece atención y cuidados. Dios trata a Agar con respeto. Agar es la primera mujer bíblica a quien se le aparece un ángel de Dios. El ángel encontró a la esclava encinta “junto a una fuente de agua en el desierto, la fuente en el camino a Shur, y dijo: ‘Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes y hacia dónde vas?’ Y ella le respondió: ‘Vengo huyendo de mi ama Sarai’. Y el Ángel del Señor le dijo: ‘Vuelve con tu ama, y sométete a sus maltratos’. Y el Ángel del Señor le dijo: ‘Multiplicaré tu descendencia, y tus hijos serán tantos que no podrás contarlos’. Y más tarde le dijo el Ángel del Señor: ‘He aquí que has concebido, y tendrás un hijo varón. Lo llamarás Ismael, por cuanto el Señor te ha oído en tu

aflicción. Será un hombre feroz; se levantará contra todos, y todos se levantarán contra él. Y fijará sus tiendas frente a las de sus hermanos”.

Para algunos, esta descripción de Ismael parece más un castigo que una bendición. Sin embargo es coherente con el espíritu de los cronistas bíblicos, quienes presentan a los seres humanos como criaturas complejas, inconsistentes. En este caso, el hijo de Agar parece ser un cazador agresivo y un oponente feroz, pero al mismo tiempo capaz de vivir en armonía “frente [...] a sus hermanos”.

Dios envía a Agar de vuelta con Sarai. De acuerdo al antiguo código tribal de la región, Agar sigue siendo esclava de Sarai y por lo tanto carece de poder legal para cambiar sus circunstancias huyendo de su ama.

Agar da a luz a su hijo cuando Abram tiene ochenta y seis años. En sentido literal, Dios ha cumplido la promesa hecha a Abram: ha engendrado un hijo varón que será el padre de una gran nación, aunque la madre no sea su esposa legítima. Obedeciendo las instrucciones dadas por Dios a Agar, Abram llama Ismael al niño —nombre que significa “Dios observa” en hebreo.

* * *

La preponderancia de la esterilidad femenina en la Biblia hebrea resulta curiosa. La Biblia otorga un profundo significado religioso a la concepción y el nacimiento, milagros tocados por la gracia divina que aún parecen inexplicables desde el punto de vista científico. Los hitos de la concepción y el nacimiento son cruciales para los judíos, para quienes mantener la continuidad familiar ha sido una preocupación central desde que Sarai y Abram anhelaban en vano un heredero. Es precisamente esta preocupación por la continuidad, esencial para la supervivencia, lo que transforma cada nacimiento en una bendición divina para los judíos.

No sabemos por qué Dios somete a Sarai, una mujer ejemplar y devota de Sus pronunciamientos, a semejante sufrimiento y humillación. ¿Acaso intenta poner a prueba la fe de Sarai en Su palabra? ¿Su infertilidad es quizás un castigo por algún pecado que desconocemos?

La esterilidad aflige también a otras dos matriarcas bíblicas, Rebeca y Raquel, y a las madres de Sansón y Samuel en relatos posteriores. Sus voces atraviesan la barrera de los siglos y hablan a los incontables miles de mujeres de nuestra época que —a pesar de las intervenciones de alta tecnología, los conteos de esperma, las donantes de óvulos y las drogas de fertilidad— no pueden quedar embarazadas. La diferencia principal entre

las mujeres infértiles de la antigüedad y nuestras contemporáneas es que hoy la mujer puede elegir definirse por otros roles distintos a la maternidad; no obstante, muchas de ellas sufren dolor físico y emocional por ser infértiles.

A mi entender, el énfasis bíblico en la esterilidad de las matriarcas señala la importancia de cada individuo para la supervivencia de una comunidad minoritaria, por definición un pueblo pequeño en número. Al concentrarse en la lucha de una pareja por reproducirse, la Biblia transmuta la ocurrencia mundana del nacimiento de un niño en un acontecimiento único, y de este modo refuerza el principio rector de la Biblia hebrea según el cual cada individuo es único y ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. La dignidad del individuo es absoluta y debe ser respetada.

Las promesas de fertilidad —y tierras— de Dios son cada vez más grandes.

Abram y Sarai han vivido veinticinco años en Canaán... y aún no han podido concebir un hijo. Después de tantos años, mortales menos probos abandonarían la empresa y llegarían a la conclusión de que procrear no es su destino. No obstante, esta pareja jamás abandona el sueño de reproducirse y fundar una nación. Cuando Abram tiene noventa y nueve años, Dios se le aparece y reitera: “Ésta es mi Alianza contigo: serás el padre de una multitud de naciones. Te haré fértil hasta el hartazgo, y de ti saldrán naciones; y de ti nacerán reyes. Mantendré Mi alianza contigo y con tus descendientes por venir, y con toda la tierra de Canaán; y será una alianza perdurable a través de los siglos”.

Llegado a este punto, Dios introduce una nueva idea: cómo se sellará la Alianza. “Todo varón entre vosotros será circuncidado. Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio, en señal de la alianza contraída entre vosotros y Yo. Entre vosotros, todos los varones serán circuncidados a los ocho días de nacidos, de una a otra generación”.

Sorprendentemente, el ritual del *brit* (“alianza” en hebreo) o circuncisión que señaló la alianza de Abram con Dios hace milenios es practicado hasta hoy. La circuncisión, que se realiza cuando el bebé judío cumple ocho días de vida, es mucho más que un simple procedimiento quirúrgico destinado a preservar la higiene y la salud. Consagra al bebé y al padre a la confianza sagrada en Dios, y compromete al padre a la confirmación sagrada de que el niño será criado en la fe de sus ancestros. Esta marca imborrable en la carne, el *brit milah*, será la piedra angular del desarrollo de la identidad del niño. Forjará su sentido de pertenencia a una

tradición, conectándolos a él y a su fe con aquellos que los precedieron y aquellos que los sucederán. Con esta Alianza, Dios trasladó de la pubertad al octavo día posterior al nacimiento la práctica tribal de la circuncisión de Oriente Cercano, y de este modo le otorgó un sentido espiritual antes que sexual.

Como parte de la Alianza, Dios asigna nuevos nombres a la pareja elegida. Abram pasa a ser Abraham —“padre de multitud de naciones”— y Sarai se transforma en Sara, que significa “princesa” en hebreo. El cambio de nombre indica un giro espiritual. El nieto de Sara, Jacob, cambiará su nombre por el de Israel, hecho que denotará una transformación espiritual. Sara es la única mujer bíblica a quien Dios honra con un nuevo nombre, y este honor llega inmediatamente después de que Dios instruye a Abraham sobre el ritual de la circuncisión, lo cual sugiere que es incluida como igual en el Pacto o Alianza. Dice Dios: “A Sarai tu mujer ya no la llamarás Sarai, sino Sara. Yo le daré mi bendición; y te daré de ella un hijo. La bendeciré y ella será origen de muchas naciones, y descenderán de ella los reyes de los pueblos”.

Sin embargo, la circuncisión sólo marca la entrada del varón en la Alianza. ¿Por qué la Biblia otorga preeminencia a los hombres? Psicológicamente es necesario poner énfasis en la relación del padre con el hijo varón porque la madre está vinculada de manera única al bebé durante los nueve meses de embarazo, seguidos por la intensa experiencia compartida del parto y luego por el amamantamiento. El bebé es separado físicamente de su madre con el corte del cordón umbilical, pero ella enseguida comienza a amamantarlo.

La circuncisión otorga al padre un rol central en la infancia del hijo. Por su mismo diseño, el pene del varón humano es como un misil que busca el calor: se excita rápidamente y siempre está dispuesto a procrear. Pero, como nos recuerda Dios, esto debe hacerse siempre dentro de los límites de la razón. Cada día, la marca del *brit* le recuerda al varón humano que la creación de nueva vida es un deber sagrado y que por lo tanto no puede ser el subproducto casual de la búsqueda transitoria de placer sexual. Como un eco de Su primera lección a Adán y Eva, la lección que Dios imparte a Abraham es extensiva a todos los varones: la paternidad conlleva una responsabilidad indeclinable. Dado que Abraham inicia una nueva etapa en su vida, Dios le enseña: “Y estará mi Alianza señalada en vuestra carne en calidad de pacto eterno”.

Abraham cumple de inmediato su deber hacia Dios. La Biblia describe cómo este anciano de noventa y nueve años circuncida primero “la carne

de su prepucio” y luego circuncida a su hijo, Ismael, que tiene trece años de edad. A pesar del dolor que padece, Abraham toma su afilada cuchilla y circuncida con ella a todos los varones de su casa: a los esclavos allí nacidos y también a aquellos traídos de otras comarcas.

Una de las escenas más encantadoras del Génesis es un cuadro doméstico que describe el día en que Abraham se halla en comunión con Dios, disfrutando de la sombra en la entrada de su tienda, junto a los “encinares de Mamre”. El dolor permanente en la entrepierna le recuerda la circuncisión y su nuevo nombre; su calma interior armoniza con el lento sopor de la tarde en el desierto.

Es la hora de mayor calor del día. Abraham levanta la vista, ve a tres extranjeros y sale a darles la bienvenida. Se inclina hasta el suelo e insiste cortésmente en que hagan un alto en su viaje. “Traeré un poco de agua, y lavaréis vuestros pies y descansaréis a la sombra de este árbol. Y os pondré una hogaza de pan para que repongáis vuestras fuerzas; después seguiréis adelante [...] pues tal vez por esto os habéis dirigido a vuestro siervo”.

Los extranjeros aceptan. Abraham entra en la tienda, ansioso por atender debidamente a sus inesperados huéspedes. Es raro recibir visitas en el desierto y la hospitalidad hacia los viajeros —una obligación cultural— provee el descanso y el alimento necesarios para poder continuar el viaje. Con la familiaridad que caracteriza a las parejas de larga data, Abraham comparte su entusiasmo con Sara y juntos se lanzan a la acción. Abraham le da un codazo a su esposa: “¡Date prisa, trae tres *celemines* de la mejor harina! ¡Amasa unos panes en el rescoldo!” Dicho esto, sale en busca de un ternero, el más tierno y gordo, y se lo da a un sirviente que corre a prepararlo. Sara se aboca a su tarea: bajo la suave presión de sus manos expertas la harina forma rápidamente una masa, que luego habrá de levantarse en el calor de la tarde.

Mientras tanto, Abraham atiende a los extranjeros. Los conduce hacia la sombra para aliviarlos del calor. Les ofrece manteca, leche y carne, y los acompaña mientras comen. La pareja no escatima esfuerzos en esta primera lección patriarcal de hospitalidad.

Con esta simple descripción de Sara y Abraham trabajando en concierto para hacer sentir cómodos a sus huéspedes, la Biblia nos recuerda que un extraño que depende de nosotros también ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios y merece consideración y respeto.

Los visitantes preguntan: “¿Dónde está tu esposa Sara?” Es la primera vez que se pronuncia el nuevo nombre de Sara, pero Abraham no parece sorprendido y replica que está en la tienda. (De hecho, Sara está escuchando la conversación y el ruedo de su falda se vislumbra por la abertura de la tienda.) Uno de los huéspedes anuncia: “¡Volveré a ti dentro de un año y tu esposa Sara tendrá un hijo!”

“Abraham y Sara eran viejos, ya de avanzada edad”, dice la Biblia. “Sara había dejado de tener los períodos de las mujeres”. Al enterarse de su inminente embarazo, Sara reacciona como lo haría cualquier mujer postmenopáusica de más de noventa años: “ríe para sus adentros”. “¿Ahora que estoy vieja y marchita habré de tener goce [...] con mi marido que es tan viejo?” Recordando los primeros años de su matrimonio, Sara manifiesta entusiasmo y escepticismo ante la perspectiva de un renovado encuentro pasional con su anciano compañero. Como casi todos los que han tenido un matrimonio duradero, Sara sabe que la actividad sexual marital mengua y fluctúa. Abraham y Sara han disfrutado una pasión intensa y una poderosa sensualidad, y ese lazo los ha sostenido en los momentos difíciles.

Cuando Sara se ríe, Dios la malinterpreta. O finge hacerlo. Y dice: “¿Por qué se ha reído Sara, y ha dicho ‘¿Será verdad que tendré un hijo, vieja como soy?’ ¿Acaso hay algo imposible para Dios? Volveré a ti en la misma estación el año próximo y Sara tendrá un hijo”. Como una niña asustada a quien su maestro llama la atención, Sara niega haberse reído diciendo: “No me he reído”. Pero Dios insiste: “Te has reído”. La Biblia retrata a Sara en un diálogo intrigante con Dios, y de este modo revela un costado muy humano de la matriarca.

Después de tantos años de ruegos y promesas, el largamente esperado vástago de Sara y Abraham hace su aparición. El embarazo de Sara, cuando por fin se produce, es el claro resultado de su unión sexual con Abraham. Aquí no media la visitación de un ángel; Sara concibe a través del coito con su esposo. Más allá de la participación de Dios —que marca el momento oportuno de la concepción del niño—, la unión sexual nos recuerda que Abraham y Sara son los padres biológicos no sólo de su hijo sino también del linaje que continuará su legado espiritual.

“Dios cuidó de Sara como Dios lo había prometido, y Dios hizo por Sara lo que Dios había dicho. Sara concibió y le dio un hijo a Abraham en su vejez, en el tiempo que Dios había fijado. Abraham le puso a su hijo recién nacido, que Sara le había dado, el nombre de Isaac. Y cuando Isaac

tuvo ocho días de edad, Abraham lo circuncidó, como Dios le había ordenado que hiciese”.

Sara vuelve a reírse y de este modo revela su sentido del humor, un aspecto de su carácter hasta ahora oculto. “Dios me ha dado motivos para reírme; todo el que se entere, se reirá conmigo”, dice Sara. ¿Y por qué no? Su esposo tiene cien años y ella noventa. No sólo amamanta al niño que ya había dejado de esperar; también vive unos años más y se regocija con Abraham, quien “dio una gran fiesta el día en que Isaac fue destetado”. El nombre Isaac, que deriva en hebreo de la palabra “risa”, expresa la alegría de ambos por este nacimiento.

El nacimiento de Isaac es un nuevo comienzo para Sara y marca el inicio de otra etapa de su vida y su matrimonio. Nuevamente, cuando muchas parejas estarían en franca decadencia, estos ancianos padres primerizos siguen adelante. Y su matrimonio se ve fortalecido.

Con el nacimiento de Isaac, el lugar que Sara ocupa en el mundo cambia —como les ha ocurrido a todas las madres antes que a ella y les ocurre desde entonces—. Su preocupación por la continuidad de la nueva fe ya no es abstracta sino concreta y personal. Sara ha pasado a ser algo más que la compañera y la ayuda de Abraham. Ahora es la madre de Isaac, revitalizada por su largamente frustrado instinto maternal. Protege ferozmente a su hijo y el futuro del niño siempre está primero en sus pensamientos y sus sueños. Sara, la madre, canaliza sus metas espirituales en el vínculo con su hijo y el futuro que éste representa.

Como era de esperar, los celos y la desconfianza vuelven a perturbar la paz de su tienda. Cada vez que ve a Agar, Sara recuerda las noches que pasó en soledad intentando desterrar la imagen de su amado Abraham en brazos de otra mujer. Lo que más la atormenta es saber que ella misma hizo que esa mujer irrumpiera en su intimidad al vincularla con Abraham. Según el código de Hammurabi, la antigua ley mesopotámica, Sara —no Abraham— es la dueña de Agar. Pero Agar, como madre del hijo mayor de Abraham, tiene cierto poder propio. Agar merodea constantemente para impedir que se desarrolle un vínculo emocional entre Ismael y Sara, su madre adoptiva.

Pero, aunque se reconoce víctima de un torbellino interno, Sara sabe que nadie está contento con la situación. Abraham tiene fuertes sentimientos paternos hacia Ismael y, por extensión, hacia la madre del muchacho, por muy humilde que sea su posición en la escala social. La infelicidad de Sara es evidente, aunque no diga una sola palabra. Y Agar,

que se regocija en su hijo Ismael, debe percibir el resentimiento que Sara se esfuerza por esconder.

Ismael complica todavía más el traicionero triángulo. Cuando Sara sugirió que su esclava tuviera un hijo de Abraham, pensó que amaría a ese hijo como si fuera propio. Ahora, aun con las mejores intenciones, cae en la cuenta de que no tolera su presencia. La existencia misma de Ismael le recuerda la relación sexual —y quizás el vínculo emocional— entre su esposo y Agar. Sara y todos los miembros del clan saben que Ismael es hijo de Abraham, no suyo. Con el nacimiento de Isaac, Sara se preocupa hasta la obsesión por lo que ocurrirá cuando ella y Abraham mueran y los dos muchachos compitan por el liderazgo del clan. Por si esto fuera poco, Dios ha anunciado que Ismael, ya en plena pubertad, será “un hombre feroz”, viril y seguro de sus fuerzas, mientras Isaac es todavía pequeño e impresionable.

Sara no tolera más la situación: Agar e Ismael deben marcharse. Le dice a Abraham: “Echa fuera a esta esclava y a su hijo, porque el hijo de esta esclava no ha de compartir la herencia con mi hijo Isaac”. Abraham se desespera porque, después de todo, Ismael es su primogénito y se siente unido a él. Sin embargo, si intentara defender a Agar despertaría sospechas en Sara sobre sus sentimientos hacia la esclava, y la situación se volvería aun más insostenible para todos.

Sara es cruel con Agar e Ismael, pero está decidida a crear una familia fuerte y estable: libre de celos, angustias y sospechas. Sara conoce a Ismael desde que nació; es más, ella fue una pieza clave en su concepción. Pero sabe que si el muchacho permanece en la familia, con él estará su madre. Sara no tolera la presencia de “la otra”, ni tampoco la del hijo producto de la relación sexual de “la otra” con su esposo legítimo.

Llegado a este punto, Dios amonesta a Abraham: “No te preocupes por el muchacho ni por la esclava; haz todo lo que Sara te diga, escucha su voz, porque a través de Isaac continuará tu linaje”. Una vez más Dios le recuerda a Abraham que Sara posee sabiduría y percepción interior para los asuntos familiares de peso. Dios no sólo le aconseja escuchar las palabras de Sara, sino también escuchar a un nivel más profundo sus intenciones y sentimientos.

Sara y Agar comparten el protagonismo en este relato de pasión, y Dios las bendecirá a ambas. Pero la historia también muestra que Dios está rotundamente a favor de la monogamia, ya que se pone del lado de Sara y en contra de la concubina. En su arrogante inmadurez, Agar sobrestima el poder de su juventud y el rol sexual que ha desempeñado

con Abraham. Más allá de los sentimientos que puedan haber florecido entre ellos, la nada ambigua instrucción de Dios de hacer lo que diga Sara deja en claro que el vínculo de larga data entre Abraham y su esposa es lo más importante.

Desterrados, Agar e Ismael languidecen en el desierto. Las provisiones que les ha dado Abraham —una hogaza de pan y un odre de agua— pronto se terminan. Agar se sienta lejos del muchacho. “No quiero ver morir a mi hijo”, murmura, y rompe a llorar. (Quizás este viaje de Agar representa su falta de voluntad o su incapacidad de ver los recursos —el agua dadora de vida— que están a simple vista.) Dios reconoce la fuerza del vínculo de Agar con su hijo y envía a un ángel que dice: “Levántate, levanta al muchacho y tómalo de la mano, pues yo lo haré cabeza de una gran nación”. Dios abre los ojos de Agar y ella ve una fuente. Llena el odre de agua y da de beber al muchacho. Ismael sobrevive y se hace cazador, y años después se reconcilia con su medio hermano Isaac en el funeral de su padre.

El destierro de Ismael debe haberle dolido profundamente a Abraham. Antes de que Isaac fuera concebido, Abraham le rogaba a Dios que protegiera a Ismael y lo hiciera su heredero. En aquellos tiempos Abraham le dijo a Dios: “¡Oh, que Ismael pueda vivir bajo Tu amparo!” Y Dios respondió: “No obstante, tu esposa Sara te dará un hijo y lo llamarás Isaac; y Yo mantendré Mi alianza con él, y será Mi alianza eterna con sus descendientes”.

Estas líneas, aunque breves, dicen mucho. Dios enseña a Abraham una lección que deberá ser reaprendida por cada padre de generación en generación: las mujeres no son recipientes intercambiables. Dios insiste repetidas veces en que el hijo de Sara —y no un niño engendrado por Abraham en otra mujer— será el padre de su descendencia.

Sara, por fin realizada, está contenta con su vida y con la manera en que la ha vivido. Abraham y ella se han establecido, su errabundeo nómade ha terminado por fin. Su único hijo, Isaac, ha sobrevivido la infancia y escapado a la alta tasa de mortalidad infantil de la época. Al expulsar a Agar y liberarla de su esclavitud, Sara ha puesto fin a las tribulaciones de ambas con la bendición de Dios. Es cierto que ha tratado con dureza a su esclava, ¿pero qué mujer se quedaría tranquila y callada mientras su marido hace el amor con otra en la “habitación” vecina? Agar regresa a su Egipto natal para buscarle una esposa a su hijo Ismael. La historia tormentosa de estas dos mujeres tiene un final feliz.

Sara y Abraham retoman su cómoda vida familiar. Serena y relajada, Sara vigila con ojo atento a Isaac desde la abertura de su tienda, entre los ires y venires de sus vecinos y el bullicio de los niños traviesos.

Abraham envidia la serenidad de Sara. Por las noches yace despierto, y, como tantos padres ancianos, se preocupa por el futuro de su hijo. ¿Tendrá Isaac la fuerza de carácter necesaria para consagrarse al Único Dios? Abraham recuerda todo lo que Sara y él han hecho para vincular a Isaac a la Alianza, consciente de que no vivirá el tiempo necesario para dar por cumplida la tarea. Le gustaría compartir sus inquietudes con Sara, pero sabe que no tienen respuesta. Además, con la edad, Sara y Abraham se han vuelto aun más tiernos y sensibles uno hacia el otro, y él está más decidido que nunca a ahorrarle preocupaciones y pesares a su esposa.

Que Sara y él se hayan consagrado al servicio del Único Dios es una cosa, cavila Abraham. Pero Isaac no ha tenido opción. ¿Quizás Isaac llevaría una vida más fácil si adorara a los numerosos dioses de las tribus vecinas? Abraham se nutre de la promesa divina de crear una gran nación para sus descendientes, pero también recuerda que Dios le ha confiado: “Debes saber que tus descendientes serán extranjeros en tierra ajena, y que serán esclavizados y oprimidos durante cuatrocientos años”. Esa también es la herencia de Isaac. ¿Dios hablará con Isaac como lo hace con Abraham y Sara? ¿Escuchará Dios si Isaac lo cuestiona como Abraham lo hace? Si Dios no mantiene una relación directa con Isaac, ¿tendrá éste la misma fe en el Señor que ha sostenido a sus padres durante tantos años en la nueva tierra?

Ahora que Abraham tiene un heredero, sus inquietudes adquieren forma concreta. Lo atterra pensar que su fe en el Dios que lo ha elegido no baste para sostener a su único hijo en las tribulaciones por venir. ¿Acaso Isaac sucumbirá a los atractivos de los ídolos que Sara y Abraham han rechazado, ídolos que exigen crueles sacrificios humanos? Peor aun, ¿el Dios que lo ha elegido se parece acaso a esos ídolos y exige sacrificios humanos en Su nombre? Dios ya le ha dicho a Abraham que sus descendientes serán esclavizados y oprimidos durante cuatrocientos años en tierra extraña. ¿Cuántas veces más pondrá Dios a prueba a la nueva nación?

La historia conocida en la Biblia hebrea como el Akedah —o el Sacrificio de Isaac— refleja el temor más profundo de Abraham.

“Dios puso a prueba a Abraham. [...] Y Dios dijo: ‘Toma a Isaac, tu hijo favorito, a quien tanto amas, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécemelo en holocausto sobre uno de los montes que Yo te señalaré’. Y Abraham se levantó antes del alba, aparejó su asno y llevó con él a dos de sus sirvientes y a su hijo Isaac. Cortó la leña para el holocausto, y se dirigió al lugar que Dios le había mandado.”

Durante los tres días que dura el viaje, la fe de Abraham es puesta a prueba. Compartir una fe con la mayoría es más fácil que pertenecer a una minoría. Creer en un Dios invisible es más difícil que creer en uno visible. Creer en un Dios que sólo exige obediencia ciega es más fácil que creer en uno que espera de nosotros responsabilidad moral. Abraham está dispuesto a afrontar estas dificultades. Pero ahora su Dios le ha exigido que sacrifique a su hijo. Todavía hoy somos sometidos a esta misma prueba. Mandamos a nuestros hijos e hijas a la guerra para defender a nuestro país y sus ideales. Vemos el sacrificio infantil en las guerras no declaradas, en forma de bombas suicidas y niños soldados en África.

En el Sacrificio de Isaac, vemos a Abraham enfrentado a un Dios que exige el sacrificio de un niño. ¿Hasta qué punto está dispuesto Abraham a seguir creyendo en ese Dios? ¿Cuál es la diferencia entre su Dios y los dioses de los idólatras paganos, si su Dios es lo bastante cruel para exigir el sacrificio de un niño como muestra de sumisión a Él y no al servicio de un ideal más elevado?

Silencioso y preocupado, Abraham sigue adelante con paso pesado. Sus emociones oscilan entre el amor que siente por su hijo y el imperativo de la orden divina. ¿Isaac, el hijo que tanto ama, sobre el altar del sacrificio? Impensable. Abraham está anonadado. En su larga vida errante ha sido muchas veces testigo del espantoso ritual del sacrificio humano y está familiarizado con el nauseabundo hedor de la carne al quemarse. Quizás hasta el pequeño Isaac ha escuchado hablar de estas ceremonias, dado que las ofrendas a los dioses eran costumbre en la región. Las ofrendas funcionaban a manera de sobornos para apaciguar a los dioses y los suplicantes esperaban obtener cosechas abundantes.

Abraham sigue adelante, fiel a la Alianza sobre la que ha construido su vida, su matrimonio y su clan. Deja atrás al pequeño grupo de sirvientes y se dirige con Isaac al lugar señalado; lleva con él los leños, la piedra y el cuchillo. Isaac rompe el silencio y pregunta, sensato: “Aquí veo la piedra para encender el fuego y la leña, ¿pero dónde está la oveja para el holocausto?” La respuesta de Abraham es la de un creyente devoto y de fe

inconmovible, y de hecho anticipa veladamente lo que ocurrirá: “Dios proveerá la oveja para el holocausto, hijo mío”.

“Abraham construyó allí un altar, dispuso los leños, ató a su hijo Isaac y lo colocó sobre el altar, encima de los leños. Y Abraham levantó el cuchillo para sacrificar a su hijo”.

En ese momento “un ángel del Señor le gritó desde el cielo: ‘¡Abraham! ¡Abraham!’ Y él respondió: ‘aquí estoy’. Y el ángel dijo: ‘No levantes tu mano contra el niño ni le hagas daño. Pues ahora sé que temes a Dios, pues no Me has negado a tu hijo, a tu favorito, por amor a Mí”.

Jamás sabremos qué habría hecho Abraham en el momento de la verdad —y acaso él mismo no lo supo— porque Dios queda satisfecho con la demostración de fe y pone fin a la prueba. Abraham emerge de este episodio aterrador conmovido hasta el tuétano, pero aun más firme en su fe. Su fe en el Único Dios ha sido confirmada: su Dios no exige sacrificios humanos como prueba de fidelidad. Su Dios jamás utilizaría el vientre de una madre —y mucho menos el de Sara— como fuente proveedora de sacrificios humanos. Su Dios está esencialmente relacionado con la sacralidad de la vida humana, con el respeto hacia cada individuo “hecho a Su imagen y semejanza”.

Ésta es la última prueba que Dios le presenta a Abraham. Abraham le había suplicado a Dios que no destruyera a los inocentes de Sodoma y Gomorra junto con los pecadores (es el primer abogado defensor del mundo). Le había rogado que enviara a su prometido heredero innumerables veces antes de que el niño naciese. ¿Cómo es posible que no le haya suplicado por la vida de su único hijo legítimo? Esta omisión sugiere que Abraham ha puesto a prueba su relación con Dios, que quiere comprobar si Él rechazará el sacrificio infantil sin que medie súplica alguna. Cuando Dios prohíbe el sacrificio humano, la sociedad y la cultura dan un gran salto en el camino del desarrollo moral.

En Egipto, cuando le pide a Sara que se haga pasar por su hermana, Abraham utiliza la expresión “por favor”. No le ordena obedecer. En el Sacrificio de Isaac, Dios también emplea la fórmula “por favor”. (La traducción correcta del texto sería: “Y Dios dijo: ‘Por favor toma a Isaac, tu hijo favorito, a quien tanto amas, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécemelo en holocausto sobre uno de los montes que Yo te señalaré”.) Dios pide; no le ordena a Abraham sacrificar al hijo que ha concebido con Sara. Abraham pasa tres días caminando como agente moral libre que debe pensar lo que ha de hacer.

El Sacrificio de Isaac es un medio que conduce a un fin: nos enseña que este Dios no demanda de nosotros obediencia ciega sino la difícil y constante lucha con las preguntas existenciales. Es difícil ser un agente moral libre que primero debe determinar qué es ético y luego optar por una conducta ética, tanto en la vida diaria como en los momentos de crisis. Dios está satisfecho con Abraham porque el patriarca demuestra comprender que la nueva fe exige un compromiso serio. Los creyentes en este Dios siempre han de estar atentos a las consecuencias de sus actos.

El Sacrificio de Isaac concluye con el entendimiento final entre Dios y Abraham. Ambos reconocen la profundidad y el compromiso de la fe de Abraham. Abraham sabe que su Dios es diferente de los dioses de sus vecinos. Ha llegado a un nuevo estadio, a una nueva comprensión de su confianza en este Dios y de la naturaleza de la relación que lo une a Él. Este diálogo continúa aún hoy en los corazones de todos los creyentes reflexivos.

Sara muere poco después de esta prueba, a los ciento veintisiete años. La interpretación rabínica sostiene que Sara muere con el corazón desgarrado tras enterarse del Sacrificio de Isaac, pero el relato bíblico no proporciona evidencia alguna. El resultado de la prueba afirma la fe de Abraham, pero el proceso que le ha permitido redefinir su relación con Dios y con lo que Dios exige de él es solitario. Es probable que Abraham jamás le haya hablado a Sara de este episodio, pues quería dejarla morir en paz.

Sara murió en Kiryat-Arba o Arbeé, cerca de Hebrón, al sur de Jerusalén, en la tierra de Canaán. Abraham “procedió con lágrimas a celebrar sus exequias y hacer el duelo”. Pero, emprendedor e inquieto como siempre, abandona su posición postrada junto al cuerpo de su amada esposa para ocuparse de los detalles de la sepultura en una tierra donde es “un advenedizo, un extranjero”. Abraham no pide favores ni obsequios a los pobladores locales, más bien dice: “Soy un extranjero entre vosotros; vendedme un derecho de sepultura entre vosotros, para que pueda sepultar a mi difunta”. Tras un largo proceso de regateos, ofertas y negativas, Efrón el Hitita permite a Abraham comprar un poco de tierra en Hebrón, cerca de Mambre: un campo “y la cueva que hay en él, y todos los árboles que crezcan en los confines de ese campo”.

De este modo, Abraham transforma el sepulcro de su amada esposa en un sitio de veneración para las futuras generaciones, que continúa

siendo visitado y honrado hasta el día de hoy. La matriarca fue sepultada en la cueva de Machpelah, donde luego serán sepultados Abraham, Isaac, Rebeca, Jacob y Lía. Sara permanece viva en la memoria de Abraham por el resto de sus días, y hasta hoy en la memoria de su pueblo. Ambos consagraron sus vidas al futuro: dieron todos los pasos necesarios para afirmar su fe y creyeron que las promesas de Dios —tierras y abundante descendencia— se cumplirían. Mantuvieron su fe a pesar de no tener un palmo de tierra propio. El sepulcro de Sara fue un comienzo, una manera de hacer pie en la tierra prometida, una pequeña parte del gran sueño hecho realidad a través del derecho de propiedad.

Las tiernas palabras del profeta Jeremías podrían trazar la síntesis de la vida de Sara, con todos sus triunfos y sus penas:

*Lo que más recuerdo de ti es
la devoción de tu juventud,
tu amor de novia,
tu voluntad de seguirme al desierto,
a una tierra no cultivada.*

Así como Adán y Eva abandonaron el Jardín del Edén y se encaminaron juntos hacia el desafío de un nuevo mundo, Abraham y Sara dejaron su cómodo y viejo mundo por la tierra que Dios les había prometido. Eva corrió riesgos en la búsqueda de la sabiduría; Sara corrió riesgos al aceptar la Alianza. Muchas generaciones después, sus descendientes iniciarán el éxodo de la esclavitud en Egipto hacia la libertad en la Tierra Prometida.

A pesar de las cargas que les fueron impuestas, Abraham y Sara mantuvieron una relación sorprendentemente monógama en una sociedad polígama. Es imposible pensar en uno sin el otro. Más que cualquier otro matrimonio bíblico, el de Sara y Abraham fue un vínculo de toda la vida basado en la devoción mutua y en la lealtad de ambos a la fe y la visión que compartían. Al final de su larga vida juntos, Sara —a veces apasionada e inflexible; otras veces valiente y estoica— es la mujer que Abraham amó, y a quien Dios aprobó. Fueron inseparables.

Sara era una mujer que decía lo que pensaba en una cultura dominada por los varones. Fue una mujer que se atrevió, a pesar de los riesgos. Aceptó el desafío de la nueva fe, habló con Dios y experimentó la maternidad sustituta, un riesgo que le trajo mucha infelicidad. Sara es un modelo para las mujeres del siglo XXI, quienes tienen la suerte de vivir

más de un tercio de sus vidas después de la etapa de crianza de los hijos. Sara es un ejemplo para las mujeres añosas contemporáneas que desean dar un nuevo sentido al tiempo que les queda de vida y realimentar sus matrimonios con nuevos intereses mutuos y espíritu renovado. Desafía el estereotipo de la mujer mayor estancada en un “viejo y aburrido” matrimonio. Sara sabía que el deseo sexual perdura en las mujeres una vez pasada la edad fértil, característica única que distingue a la especie humana. Y se ocupó de que continuara ardiendo en Abraham y en ella, incluso bien entrados en la ancianidad. Siempre con los ojos puestos en el futuro, esta extraordinaria mujer supo seguir adelante y nos dejó un asombroso legado. Al mismo tiempo, más allá de su fuerte personalidad, la Biblia también nos muestra una Sara vulnerable, atormentada y hasta cruel cuando ve su matrimonio amenazado.

No contenta con depender de su marido, Sara jugó un rol decisivo en el surgimiento del revolucionario concepto espiritual de un Dios Único. Más aun, se ocupó de que la nueva fe fuera transmitida a la generación siguiente. Ése también fue su legado. Como sus descendientes —en especial las matriarcas que vinieron después—, estaba consagrada al presente y al mismo tiempo preocupada por el futuro. Sara fue indispensable para llevar a cabo el gran plan de Dios en todos y cada uno de los pasos del camino. Fue la tenaz y resistente madre fundadora de un pueblo decidido a mantener su fe y sobrevivir.

TRES

La decisión *de* *Rebeca*

Isaac crece a la sombra de sus padres, Sara y Abraham, dos visionarios que “caminaban con Dios” y hablaban con Él, y aceptaron su promesa de una Tierra Prometida y su Alianza. Como a tantos hijos de padres extraordinarios, a Isaac le resulta difícil responder a las exigencias de su legado. Y por eso es Rebeca —esposa de Isaac, nieta de Nacor (hermano de Abraham) y nuera de Sara— quien se hace responsable de asegurar que la misión espiritual de Sara y Abraham sea transmitida a sus descendientes.

Rebeca es la líder indiscutida de la segunda generación de la saga familiar. La historia convalidará sus decisiones, pero ella pagará un precio muy alto.

* * *

Después de sepultar a Sara, y a la improbable edad de ciento treinta y siete años, Abraham piensa buscar una esposa para su bienamado hijo Isaac, quien ya orilla los cuarenta años. Isaac, un hombre amable y pacífico, evita las decisiones difíciles. “Dios ha bendecido a Abraham en todas las cosas”, concluye la Biblia tras el funeral de Sara. Pero Abraham

no puede morir en paz sin haberse asegurado antes de que Isaac tenga a su lado una esposa apropiada.

Inquieto por el futuro de Isaac, Abraham tiene motivos para preocuparse. Sabe que su hijo necesita una esposa valiente y resuelta como su madre Sara, una mujer que compense la tenacidad y el vigor de los que él carece. Si Isaac ha de ser su auténtico heredero, debe casarse con alguien que posea los recursos internos imprescindibles para afirmar la Alianza.

Demasiado viejo y enfermo para viajar, Abraham manda llamar al sirviente más antiguo de la casa, quien estaba “a cargo de todas sus posesiones”. Le pide que jure “por el Dios del cielo y de la tierra que no casarás a mi hijo con mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales habito, sino que irás a mi tierra natal y de allí traerás mujer para mi hijo Isaac”.

El sirviente, conocedor de los vaivenes del mundo, responde: “¿Y si la mujer no quisiese venir conmigo a esta tierra, debo por ventura llevar a tu hijo a la tierra de donde tú saliste?” La respuesta de Abraham es terminante: “¡Guárdate bien de llevar allá a mi hijo!” Abraham jamás ha regresado a su tierra natal. Teme que convengan a su impresionable hijo de establecerse con su prometida en aquella tierra lejana, y que por ende abandone la Tierra Prometida y la Alianza con Dios. La nueva fe es demasiado frágil para que una pareja de recién casados resista las seductoras costumbres de las culturas paganas. Abraham le asegura a su sirviente que Dios “enviará a su ángel delante de ti y hará que traigas de aquellas tierras mujer para mi hijo. Y si la mujer no quisiera seguirte, quedarás liberado del juramento que me has hecho”. Abraham insiste en que la futura esposa de Isaac no sea obligada a desposarse, porque si ella no se casa por propia voluntad el matrimonio no resultará una sociedad fructífera como lo fue el suyo con Sara.

Es importante que Isaac se case con alguien del clan original para asegurar la identidad y la continuidad de los valores. Abraham envía a su leal sirviente en un viaje de muchos días hacia el norte, hacia la Mesopotamia, “el antiguo país”, a buscar una esposa para Isaac entre los suyos.

Acompañado por diez camellos, el sirviente llega por fin a la ciudad donde habita la familia de Sara y Abraham. Hace descansar a los camellos junto a un pozo de agua al caer la tarde, que es el momento en que las mujeres salen a buscar agua. Y le pide a Dios por su amo Abraham: “He aquí que estoy cerca de la fuente, y las hijas de los moradores de esta

ciudad vendrán a buscar agua. Haz que la doncella a quien yo diga: ‘Baja tu cántaro para que pueda beber’ y ella responda: ‘Bebe, y también daré de beber a tus camellos’, sea la que Tú has destinado a tu siervo Isaac. Así sabré que has sido propicio a mi amo”. Para elegirle una mujer a Isaac, el sirviente se basará en sus rasgos de generosidad y amabilidad y en su respuesta espontánea y resuelta a un viajero exhausto al borde de la fuente. Este pasaje del relato sugiere que, cuando todo se ha dicho y hecho, debemos confiar en ciertos rasgos de carácter a la hora de elegir pareja.

“No bien había acabado de decir esto” apareció una mujer con un cántaro al hombro. “Joven en extremo agraciada, doncella hermosísima y todavía virgen. Bajó a la fuente, llenó su cántaro y volvió. El sirviente corrió hacia ella y dijo: ‘Por favor, dame a beber un poco de agua de tu cántaro’. ‘Bebe, señor mío’, dijo ella, y bajó el cántaro sobre su brazo, y le dio de beber. Y acabando de darle de beber, dijo: ‘Iré también a sacar agua para tus camellos, hasta que beban todos’. Y tras haber vaciado el cántaro en los canales, fue otra vez corriendo al pozo a sacar agua, que dio en seguida a todos los camellos”.

El sirviente observa a la doncella que se aleja a buscar el agua del pozo. El enorme cántaro de arcilla oscila suavemente sobre el hombro vigoroso, apoyado con firmeza contra la palma de su mano. Su andar revela una gracia innata y confianza en sí misma. La Biblia asocia a esta joven mujer con el agua de la fuente, que es el sustento de la vida en el duro clima desértico; ella misma exuda la fuerza vital que —espera el sirviente— sustentará el cuerpo y el alma de Isaac. El buen hombre se pregunta si Dios habrá bendecido su búsqueda con el éxito.

Cuando los camellos terminan de beber, el sirviente le da a la joven una anilla de nariz de oro puro y dos brazaletes de oro. Ella los acepta sin titubeo alguno y con igual alacridad responde las preguntas del sirviente acerca de los nombres de sus padres y de si habrá en su casa provisión abundante y lugar suficiente para hospedarse.

Cuando la doncella dice: “Soy hija de Betuel, hijo de Melca y de Nacor su esposo”, el sirviente sabe que ha encontrado la casa de los parientes de Abraham. Y sí, hay lugar para alojarse en casa de su padre, y comida en abundancia para los camellos. Sin haber consultado primero con su padre, Rebeca promete al sirviente —un extranjero de otras tierras— comida y refugio para esa noche.

En menos de una hora, la Biblia revela el carácter de Rebeca mediante el uso de verbos activos, vibrantes: “fue”, “llenó”, “volvió”,

“rápidamente bajó” su cántaro. “Rápidamente vació” el cántaro en los canales, “volvió corriendo” a la fuente a “sacar” agua para todos los camellos. La descripción indica que es una joven enérgica, físicamente fuerte, amable y generosa, y compasiva con los animales. Ofrece sacar agua para los diez camellos, y cabe señalar que cada camello puede beber ni más ni menos que veintiún galones en diez minutos. Sabe lo que quiere, no vacila y actúa resueltamente sin buscar el consejo de sus mayores. La hospitalidad es parte de la naturaleza de Rebeca, así como era importante para Abraham y Sara, los padres de Isaac. Este precepto es tan central que el libro del Génesis nos ordena, no una sino treinta y nueve veces, ser amables y compasivos con los extraños.

En casa de Betuel, el padre de Rebeca, el sirviente de Abraham se presenta y explica por qué ha sido enviado a Nacor. Dice que “el Dios de mi amo Abraham [...] me condujo por el camino cierto a buscar a la hija del hermano de mi amo para casarla con su hijo”. Y asegura sagazmente a sus anfitriones que Isaac es un hombre próspero, dueño de ovejas y cabras, de plata y oro.

Rebeca participa en las negociaciones de sus esponsales, un gesto asombrosamente audaz en tiempos patriarcales. Seducidos por las joyas de oro que el sirviente ha dado a su hija, los familiares de Rebeca aprueban el matrimonio. Pero su madre y su hermano piden en son de queja: “Permite que la doncella permanezca con nosotros aún diez días más; luego podrás marcharos”. Saben que es probable que jamás vuelvan a verla. Cuando el sirviente dice: “No queráis demorarme”, ellos le piden su opinión a Rebeca: “¿Irás con este hombre?” Y ella responde: “Iré”. Los familiares aceptan su decisión y la dejan ir, acompañada por su ama de leche, con el sirviente de Abraham y sus hombres.

Rebeca no titubea ni accede al pedido familiar de demorar la partida. La resolución y la alacridad que la caracterizan —demostradas en el episodio de la fuente y luego con su familia— le serán muy útiles en los años venideros.

¿Qué impulsa a Rebeca a seguir a un extraño a tierra extraña? Quizás, por ser una mujer tan joven, la haya conquistado la perspectiva de la aventura. O quizás está ansiosa por liberarse de su hermano Labán, demasiado dispuesto a cambiarla por un par de joyas y la promesa de un buen matrimonio. O quizás, como ocurría con todas las muchachas de su tiempo y lugar, la familia espera que Rebeca se case y ella simplemente aprovecha la primera oportunidad.

También es posible que, cuando Rebeca era niña, su abuelo Nacor le haya hablado de su idealista y apasionado hermano Abraham y su bella y fuerte esposa Sara. Tal vez Rebeca llegó a admirar a su tío abuelo y su tía abuela, quienes tuvieron el inmenso coraje de abandonar Haran por pedido de Dios. Quizás Nacor o Betuel habían escuchado hablar de Isaac, el hijo parido por Sara nueve meses después de que tres misteriosos extranjeros predijeran que concebiría un niño a tan avanzada edad. Ahora aquel niño, Isaac —cuyo nombre significa “risa” en hebreo—, será el marido de Rebeca. Quizás no haya sido sólo por cortesía que Betuel y Labán le han dicho al sirviente de Abraham: “Este asunto ya había sido decretado por el Señor”.

O tal vez, bendecida por una muy femenina combinación de intuición y confianza en sus instintos, Rebeca sabe que Isaac es el esposo ideal para ella y anhela desempeñar un papel relevante en la saga familiar.

La crónica bíblica no nos dice qué siente Rebeca cuando abandona a su familia y su tierra natal. Quizás le resulta demasiado doloroso despedirse y se niega a pensar cuánto habrá de extrañar a sus parientes y su terruño. Tal vez piensa que su familia de origen es parte de su pasado y decide concentrar todas sus energías en el porvenir. Como Sara, Rebeca es curiosa y temeraria, y está siempre dispuesta a “adentrarse” en territorios nuevos, inexplorados.

Durante el largo camino de regreso a Canaán, Rebeca da rienda suelta a su imaginación y sueña despierta con Isaac. Cierra los ojos e imagina su primer abrazo. ¿Quién es este hombre al que entregará su virginidad y por el que ha dejado a su familia y su tierra natal? ¿Acaso él ha esperado conocer una muchacha como ella, para convertirla en su amante y en la madre de sus hijos? ¿Isaac, como el sirviente enviado por Abraham, apreciará su modestia y su amabilidad, su energía y su respeto y compasión hacia los extraños? ¿Lo complacerá desposar a una mujer con su carácter, y además hermosa?

El matrimonio ha sido arreglado según las costumbres de la época. Aunque jamás se han visto, Isaac y Rebeca son consagrados en matrimonio por sus respectivas familias dado que comparten los mismos valores y expectativas y la misma formación. La práctica “primero el matrimonio, después el amor” —aunque contraria a nuestras ideas contemporáneas occidentales acerca de las relaciones amorosas— no excluye el desarrollo de sentimientos románticos entre marido y mujer con el correr del tiempo. El divorcio casi no existe en aquellas sociedades donde el matrimonio arreglado es norma y donde la estabilidad, la seguridad y la confianza son los valores que prevalecen en la institución marital. El

compromiso a largo plazo, las viejas tradiciones y costumbres compartidas y familiares a ambos cónyuges, los fuertes lazos familiares con los padres, abuelos y otros parientes son fuente de satisfacción para los consortes. Estos esposos desconocen las decepciones que son moneda corriente para las parejas contemporáneas cuando desaparecen los iniciales arrebatos de pasión y hay que enfrentar la dura realidad de la vida cotidiana. Ellos deben sopesar la exaltación del “enamoramiento” contra el cuidado y la atención que requiere una relación emocional y sexual a largo plazo. Nuestra cultura, con su altísima tasa de divorcios, podría tener en cuenta algunos de los factores que llevan al éxito a los matrimonios arreglados (o a cualquier relación de larga data)... aunque parezcan raros o extravagantes para la sensibilidad occidental.

Las relaciones a largo plazo requieren fe en los mismos valores, confianza, compromiso y flexibilidad, sensibilidad hacia las necesidades emocionales y sexuales del otro, comunicación constante y franca, solución de los problemas y ausencia de espíritu reivindicativo, saber escuchar, comprender y tener expectativas realistas en vez de fantasías románticas o de cuento de hadas. Estas cualidades no aparecen de la noche a la mañana, ni tampoco dependen del estado de enamoramiento; pueden presentarse del mismo modo en un matrimonio arreglado.

Una noche, Isaac sale a dar un paseo y ve una hilera de camellos en el horizonte. Cuando se acerca a la caravana, Rebeca alcanza a verlo. Baja del camello con toda gracia y le pregunta al sirviente: “¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?” Y el sirviente responde: “Aquél es mi amo”.

Rebeca se cubre con el velo en señal de modestia. La crónica bíblica se traslada entonces al sirviente, quien “refirió a Isaac todas las cosas que había hecho”. Es fácil imaginar que durante el largo viaje a Canaán el sirviente le ha hablado a Rebeca de Isaac, orgulloso de tener un contacto tan estrecho con su familia. Y la joven ha creído todo lo que el sirviente le ha dicho. Debido a ello no eran completos extraños cuando Isaac “la llevó con él a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca como esposa”. Precisamente allí, entre los recuerdos de la persona que más amó, “Isaac amó a Rebeca y halló consuelo después de la muerte de su madre”.

Isaac ama a Rebeca. Casi no puede creer en su buena suerte: ha tomado por esposa a su prima, una joven bella y vigorosa a quien dobla en edad. El matrimonio comienza en la cresta de la ola, pues cada uno

encuentra en el otro la plenitud de todas sus expectativas románticas. La Biblia menciona a un observador que los ve, ya casados, a través de un agujero en la tela de la tienda, “jugando el uno con el otro” —esto podría significar riendo, coqueteando o quizás mucho más.

Es probable que, con el tiempo, Rebeca haya encontrado mucho que admirar en su flamante esposo. Es decididamente leal y poco propenso a la acción intempestiva o a las palabras destempladas. Su carácter sereno y estable es un buen contrapunto para la naturaleza apasionada de Rebeca. El cronista bíblico podría haber concluido la historia diciendo que Isaac y Rebeca vivieron felices para siempre. Pero se trata de la Biblia, no de una serie de cuentos de hadas destinados a reconfortar almas pusilánimes con perogrulladas *ad hoc*. Por el contrario, la Biblia es un libro realista para adultos que continuamente nos alerta sobre las idas y vueltas del matrimonio, el ascenso y la caída de las familias, las virtudes y los defectos de los protagonistas. Como ocurre en muchos matrimonios, los primeros días que Isaac y Rebeca pasan juntos son el semillero de sus futuros conflictos y triunfos.

Dado que Isaac ha esperado tanto para casarse y que Rebeca es una joven muy bien dispuesta, sus relaciones amorosas tendrían que haber ardido con gran pasión. Pero podemos suponer que, para su gran sorpresa, Rebeca pronto descubre que debe consolar a Isaac, quien recién ahora comienza a cerrar la herida que le ha dejado la pérdida de su madre. En su convivencia con Isaac, Rebeca comprende por qué Abraham postergó la búsqueda de una esposa para su hijo hasta la muerte de Sara. Los días se hacen meses, y los meses años, y el tiempo convalida la intuición de Rebeca. Comprueba que la estrecha relación entre madre e hijo no ha dejado lugar en el corazón de Isaac para el amor de otra mujer. Isaac fue el hijo de la vejez de Sara, y ella lo protegió con ferocidad. Rebeca ocupa el rol de Sara y llena el vacío dejado por su muerte: una tarea intimidante.

Poco a poco los recién casados adoptan una cómoda rutina. La exaltación inicial da paso a las diferencias temperamentales. Pero esta unión, que dista mucho de ser perfecta, resulta ser un buen matrimonio. Isaac es fácil de complacer y agradece los esfuerzos de su esposa. Es un hombre pacífico que evita el conflicto y un buen proveedor que mantiene relaciones amistosas con las tribus vecinas.

Rebeca admira la capacidad previsor de su esposo para escapar a las hambrunas. “Isaac sembró esa tierra y en el mismo año cosechó ciento por uno”. Hace abrir de nuevo los pozos que había excavado su padre Abraham y que los filisteos habían cegado llenándolos de tierra, pues veían en él la

amenaza de un rival. Los pastores cananeos reclaman como suyos los dos primeros pozos. Sin decir palabra, Isaac cava un tercer pozo. Los pastores por fin dejan de pelear y el tercer pozo es suyo. Así logra satisfacer las necesidades de su familia sin violencia ni venganzas. Isaac advierte complacido: “Ahora sí que el Señor nos ha puesto en estado de medrar sobre la tierra”.

De todos los patriarcas, Isaac es el único que no se aventura fuera del territorio que Dios prometió a Abraham. Dios le ordena permanecer allí, y él reitera la promesa que le hizo a su padre: “Quédate en la tierra que te he destinado. Mora en esta tierra y Yo estaré contigo y te bendeciré; y multiplicaré tu descendencia por amor de mi siervo Abraham. Te haré una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo”. Isaac muestra su constancia permaneciendo en la tierra que le ha sido asignada por Dios y cumpliendo Su mandato.

Rebeca piensa a menudo en Abraham y Sara: en su fe absoluta, su lealtad a Dios y su consagración a la Alianza. Como Sara, Rebeca ha dejado atrás todo lo que le es familiar. Sola con sus pensamientos y sus sueños, encuentra en su fe compañía constante. Sabe que su esposo tiene la misión de asegurar la continuidad del linaje familiar, pues así lo ha ordenado el Único Dios. Las enseñanzas divinas deben ser transmitidas a sus herederos. La supervivencia de sus valores, sus tradiciones y su clan —que ha aumentado en número pero no llega a ser una tribu— depende de ello.

Rebeca e Isaac conforman una pareja estrictamente monógama. El vínculo sensual entre ambos comienza apasionadamente y liga a Isaac con Rebeca a medida que su compromiso emocional con ella se hace más profundo. Para Rebeca, sin embargo, la intimidad sexual no alcanza a compensar las crecientes desilusiones y la falta de comunicación entre ambos. Tenemos la imagen de Sara y Abraham conversando asiduamente, pero la Biblia no incluye ningún diálogo entre Rebeca e Isaac. Cuando la esterilidad y la ausencia de embarazo se convierten en dolorosas realidades, cada esposo le suplica a Dios por su cuenta... pero entre ellos no hablan del tema. Más adelante veremos a Rebeca protegiendo a Isaac de tener que afrontar y resolver conflictos familiares. Es ella quien se hace cargo de los problemas y las preocupaciones.

Isaac es un líder sabio en la vida pública y consigue un lugar para su familia en la nueva tierra. Sin embargo, su vida doméstica es harina de otro costal. Quizás su naturaleza amable y contemplativa le impide ejercer la autoridad necesaria para preservar la estabilidad de su familia y su

linaje. O quizás es la herida abierta por la muerte de su amada madre. Rebeca tendrá que llenar el vacío creado por la pasividad doméstica de su esposo y se verá forzada a tomar difíciles decisiones atinentes a la familia y el futuro de la Alianza. La resolución es el rasgo distintivo de su carácter y afronta el desafío con la lucidez de un líder nato. Duda de que su marido posea la firmeza necesaria para hacer lo que hay que hacer. Se pregunta qué pensarían el carismático padre y la anciana y protectora madre de Isaac de la capacidad de liderazgo de su hijo. Decide ayudar y, si es necesario, empujar a su dócil esposo a cumplir plenamente su destino.

* * *

Como Sara, Rebeca no puede concebir. Rebeca e Isaac soportan el dolor de la infertilidad durante veinte larguísimos años. Él oculta su decepción y ella intenta disimular su desencanto. Aunque hoy sabemos que aproximadamente la mitad de todos los problemas de infertilidad son atribuibles al varón, en tiempos del Génesis sólo las mujeres soportaban la carga y la culpa de la incapacidad reproductiva. Con el paso de los años, Isaac lamenta que aquel delicioso rubor de otrora haya abandonado las mejillas de Rebeca y advierte que su magnífica sonrisa ya no le ilumina la cara como antes. Al igual que su padre Abraham, Isaac no cambia a Rebeca por otras esposas más fértiles como era costumbre en aquellos días. Es estrictamente monógamo y Rebeca se siente agradecida por ello. Aprecia los rasgos positivos de su esposo en vez de quejarse de sus defectos.

Es digno destacar que los cronistas de la Biblia hebrea, varones todos ellos, hayan sabido expresar la textura y el subtexto de un matrimonio en tan pocas palabras, y en particular desde la perspectiva de Rebeca. Isaac y Rebeca comparten la preocupación por el futuro de su familia y el dolor crónico de la infertilidad, pero, como muchas parejas que sufren, carecen de las herramientas necesarias para consolarse y respaldarse mutuamente. Comparten el espacio de su tienda, pero no tienen intimidad alguna. A menudo escuchamos decir que hombres y mujeres hablan idiomas diferentes, que las mujeres llevan la carga emocional del matrimonio y casi nunca logran que los hombres sientan empatía o estén dispuestos a hablar de temas personales. La historia de Rebeca incorpora estos supuestos e ilumina por qué se encuentra sola en el momento de hacer aquello que Dios le ha revelado a ella y sólo a ella.

Preocupados el uno por el otro pero incapaces de hablar con franqueza, Isaac y Rebeca eluden los temas dolorosos y se vuelcan hacia Dios. A fin de evitar confrontaciones, recurren a circunloquios para resolver sus problemas y aumentan la distancia que los separa siguiendo distintos rumbos emocionales.

Como su padre, Isaac le pide a Dios en nombre de su esposa estéril. Y aunque Abraham tuvo que esperar hasta los cien años, Dios responde presuroso a la súplica de Isaac y Rebeca concibe cuando él tiene sólo sesenta.

El embarazo de Rebeca conlleva nuevos desafíos. Su abdomen distendido es un campo de batalla donde los “niños chocaban entre sí y luchaban dentro de su seno”. Como era de prever, Rebeca no comparte su dolor ni su confusión con Isaac; en cambio, recurre a su fe y le ruega a Dios, a quien pide respuestas y el fin de su sufrimiento. Plantea su inquietud en términos existenciales, revelando un carácter más introspectivo y filosófico que el de las otras matriarcas. No teme enfrentar a Dios con la pregunta fundamental: “¿Por qué existo?” La respuesta de Dios da sentido a la “lucha” que ocurre dentro de su cuerpo y vuelve más honda su fe.

*Dos naciones están en tu vientre,
Dos pueblos separados saldrán de tu seno;
Y un pueblo sojuzgará al otro,
Y el más viejo servirá al más joven.*

“Llegado el tiempo de parir [...], el que salió primero era rubio y rojizo, y velludo como un pellico; y fue llamado Esaú. Luego salió su hermano, que asía con la mano el talón de Esaú; y por eso se le llamó Jacob”. El nombre Esaú deriva de la palabra hebrea que podríamos traducir como “velludo” o “hirsuto”; Jacob, Yaakov en hebreo, deriva de la palabra “talón”. Prosigue la Biblia: “Así que se hicieron grandes, Esaú salió diestro en la caza y hombre de cielo abierto; pero Jacob fue un joven dócil que se quedaba en el campamento. Isaac prefería a Esaú porque gustaba comer de sus cacerías; pero Rebeca prefería a Jacob”.

La turbulenta gestación de los gemelos es el anticipo de su discordia en la edad adulta. Desde el vientre mismo pelean por su lugar. Ambos se muestran decididos e independientes antes de que sus padres tengan oportunidad de influir sobre sus temperamentos.

Todos los seres humanos somos una mezcla de “naturaleza” y “nutrición”. Durante muchos años, psicólogos y especialistas en crianza infantil han supuesto que los padres, a través de la nutrición, tienen el poder de controlar el desarrollo caracterológico de sus hijos. Sin embargo hoy reconocemos que la genética, la influencia de los pares y la cultura popular también impactan sobre el proceso de maduración del niño y el pasaje de la infancia a la adultez. Poderosos componentes genéticos conforman las personalidades de nuestros hijos, incluso antes del día en que nacen al mundo. Estas características innatas pueden ser parcialmente modificadas o fortalecidas por una crianza sabia y paciente, pero el carácter único de cada individuo está allí desde el nacimiento mismo. Reconocer que los padres no son el único factor influyente sobre el desarrollo de los hijos contribuirá a aligerar la carga de culpa que tantos progenitores padecen cuando sus vástagos fracasan o son desdichados.

Más allá de las personalidades con que han llegado al mundo, los gemelos de Isaac y Rebeca expresan el potente y persistente efecto del orden de nacimiento, fenómeno que los cronistas bíblicos siempre han comprendido en maneras notablemente compatibles con la psicología moderna. Suele pensarse que, para los gemelos, el orden de nacimiento es una influencia determinante sobre el desarrollo... aunque el segundo gemelo nazca aferrado a los “talones” del primero como Jacob.

A pesar de las mejores intenciones, el orden de nacimiento influye sobre la manera en que los padres crían a sus hijos. Esta es la parte nutritiva de la crianza, pero la naturaleza siempre está presente. A menudo los primogénitos son más independientes, son los primeros en probar cosas nuevas, disfrutan de privilegios especiales y de ellos se esperan logros mayores. Los hijos que llegan después deben adaptarse al carácter del primogénito y tienden a ser más reflexivos y perseverantes. Suelen tener un fuerte sentido de justicia y pueden rebelarse contra las prerrogativas del orden de nacimiento en su empeño por ganar la atención y el respeto de los mayores.

Los jóvenes Jacob y Esaú se manejan de acuerdo a esta poderosa dinámica. Isaac y Rebeca exacerban la rivalidad primitiva entre sus hijos cometiendo un error bastante común, pero gravísimo. Cada padre tiene su favorito: “Isaac prefería a Esaú [...] pero Rebeca prefería a Jacob”. Poco después del nacimiento de los gemelos, la familia se divide en dos facciones.

Más de un espíritu crítico podría aducir que la unión de Rebeca e Isaac, al principio complementaria, es claramente disfuncional. Pero, o

bien llegamos a la conclusión de que esta relación encarna alguna patología y le ponemos una etiqueta, o bien reconocemos que este matrimonio, aunque imperfecto, es duradero. Isaac y Rebeca suplen sus necesidades mutuas, techo, sustento y compañía, sin demasiadas exigencias emocionales. ¿Acaso no dijo Dios al crear a Eva: “No es bueno que el hombre esté solo”? Aunque resistamos la tentación de abrumar a esta antigua pareja con nuestras expectativas modernas de intimidad y “plenitud”, no dejaremos de observar que estos ancestros enfrentaron los mismos peligros latentes que han acechado y acechan a todas las parejas desde entonces.

A medida que los hijos crecen, Isaac se vuelca hacia Esaú, un cazador turbulento, ruidoso y oportunista que es el opuesto de su padre cauto, plácido y amante de las comodidades. Isaac adora los relatos de cacería de Esaú y el sabor de sus presas, y vive vicariamente a través de su hijo las aventuras que su sobreprotectora madre Sara probablemente le prohibió cuando era joven. Quizás Isaac ve en Esaú a otro Ismael, aquel medio hermano también cazador al que tanto admiraba de niño y a quien Sara desterró.

Pero Rebeca prefiere a su segundo hijo, Jacob. En él encuentra un espíritu afin, muy distinto del carnal e inquieto Esaú. Rebeca mantiene a Jacob cerca de la casa, le enseña todo lo que sabe y lo educa para adherir a la Alianza. Reconoce que tiene una naturaleza más introspectiva que su hermano y por lo tanto está más interesado en el legado familiar, sus privilegios y sus responsabilidades.

Rebeca e Isaac sucumben a un peligro común a las parejas que se han alejado emocionalmente: no funcionan como unidad. Su relación con los hijos es un síntoma de su relación marital. A través de la división parental compensan sin darse cuenta el vacío emocional de su matrimonio. Rebeca e Isaac dependen respectivamente de Jacob y Esaú para sentirse realizados, y obligan a sus vástagos a llevar una injusta carga psicológica y emocional. Padre y madre anhelan la simpatía y las muestras de afecto que faltan en su matrimonio, y cada uno de los hijos —ansioso por complacer, por ser “un buen hijo”— es arrastrado a una intimidad enfermiza con uno de sus progenitores y a un interminable ciclo de culpa con el otro... y siempre siente que ha decepcionado a uno de ellos. Cada hijo desempeña el papel de esposo o esposa del progenitor compatible y se hace cargo de sus luchas y conflictos, invirtiendo sus energías en garantizar el bienestar de ese progenitor en vez de concentrarlas en su propia vida y sus propias preocupaciones.

A medida que Jacob madura, aumenta su necesidad de contar con la aprobación paterna. Rebeca ya no puede satisfacer sus necesidades emocionales cuando se aproxima a la edad viril. Las madres son esenciales para el desarrollo del niño en sus primeros años, pero llegada la adolescencia el amor materno es visto como algo incondicional: simplemente se lo da por sentado. El hijo, que necesita independizarse, comienza a valorar más al padre y anhela su aprobación y su compañía. Los hermanos continúan peleando por el lugar. Jacob comprende los privilegios y las responsabilidades del derecho de nacimiento —los derechos acordados al primogénito—, pero el extrovertido y liberal Esaú toma la cuestión a la ligera... si es que alguna vez piensa en ello. Esaú está satisfecho: se siente seguro de sus derechos de primogénito y sabe que está primero en el corazón de su padre. Jacob, en cambio, es dolorosamente consciente de que siempre será un segundón a ojos de su padre y de que el derecho de nacimiento que ha aprendido a valorar siempre estará fuera de su alcance.

La primera crisis entre los hermanos gemelos tiene la cadencia de una fábula de Esopo.

“Un día estaba Jacob cocinando un guiso, y Esaú, que volvía fatigado y hambriento del campo, se acercó a él. Y dijo Esaú a Jacob: ‘Dame un poco de ese guiso rojo que has cocido, porque estoy hambriento’. [...] Y dijo Jacob: ‘Primero véndeme tus derechos de primogénito’. Y dijo Esaú: ‘Me estoy muriendo, ¿de qué habrían de servirme mis derechos de primogénito?’ Pero Jacob dijo: ‘Júramelo’. Y Esaú se lo juró, y vendió sus derechos de primogénito a Jacob. Jacob le dio entonces a Esaú pan y guiso de lentejas; él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así perdió Esaú sus derechos de primogénito”.

La viñeta resalta las diferencias de carácter y temperamento entre los hermanos. Los posibles patriarcas de la próxima generación son escasos, y, desde sus primeros escauceos, el texto bíblico deja en claro que ambos gemelos tienen defectos graves. Esaú es impulsivo e indolente, Jacob inseguro y ansioso.

Esaú irrumpe en escena exhausto y exaltado por la cacería. El aroma del guiso de lentejas de Jacob lo hechiza. Demanda impetuosamente el “guiso rojo” y está tan desesperado por satisfacer su apetito que vende su derecho de nacimiento con tanta despreocupación como un adolescente moderno se desharía de una bicicleta usada.

En cuanto a Jacob, este episodio revela a un joven que, como su madre, evalúa rápidamente las situaciones, identifica las oportunidades y actúa en consecuencia. Quizás Jacob envidia la fuerza física de Esaú y sus destrezas de cazador, pero, por encima de todo, codicia la proximidad de su gemelo con Isaac, el padre de ambos. Protegido y enseñado por Rebeca, Jacob ha aprendido a ser paciente y ha aguzado su ingenio para poder tratar con los otros hombres, casi siempre más viriles que él.

¿Podríamos interpretar el pasaje del guiso de lentejas como el correlato de una rivalidad infantil que ha llegado demasiado lejos? ¿O acaso este incidente anticipa un acontecimiento futuro que cambiará la vida de los hermanos para siempre? ¿O quizás Jacob envidia tanto el estrecho vínculo de Esaú con su padre Isaac, que se siente excluido como un nene de mamá y alegremente se aprovecha del favorito primogénito? La Biblia no ofrece clave alguna para desentrañar los motivos de Jacob.

La crónica destaca la capacidad de Jacob de pensar a largo plazo, su firme autocontrol y su perseverancia: todas cualidades indispensables para un líder. Por el contrario, Esaú es precipitado. Carece por completo de autodisciplina y siempre opta, negligente y despreocupado, por la gratificación inmediata. La claridad meridiana de la última línea del fragmento —“Así perdió Esaú sus derechos de primogénito”— demuestra que Esaú no tiene conciencia de su rol hereditario en la continuidad de su familia ni de las obligaciones que entraña su legado espiritual. Mientras el guiso representa el presente inmediato, los derechos de nacimiento apuntan a un futuro que depende de la fe y la fidelidad.

Dado su temperamento es posible que Esaú, por un instante lo suficientemente sabio para reconocer sus propias limitaciones, no tenga deseo alguno de cargar con la responsabilidad de pensar estrategias y planes para el futuro como corresponde a un verdadero líder. Hasta es posible que secretamente se haya sentido aliviado al resignar sus obligaciones de primogénito.

* * *

Cuando los gemelos llegan a la edad viril, Rebeca e Isaac toman clara conciencia de que sólo uno de sus hijos asumirá el rol de patriarca. Pero se preocupan por separado, fieles al estilo de la saga familiar. Cuando se pierde la confianza en el seno de una familia, no obstante la vida continúa y los vínculos de algún modo se mantienen. Y eso es lo que ocurre después

de que Esaú cambia sus derechos de primogénito por una porción del guiso de Jacob.

El siguiente episodio de la saga familiar será un breve anuncio de esponsales, poco después de habernos enterado de que Isaac ha evitado la confrontación y resuelto pacíficamente y para satisfacción de todas las partes dos conflictos potencialmente graves con poderosas tribus vecinas. Los conflictos han sido ocasionados por los pozos de agua, y algunos datan de los tiempos de su padre Abraham. Ahora como entonces el agua es un recurso precioso en la región. La Biblia dice que Esaú, de cuarenta años de edad, toma como esposas a dos mujeres de la región, ambas hititas. Estas dos mujeres, según la Biblia, “fueron una fuente de amargura para Isaac y Rebeca”.

Si bien no se dan detalles, es fácil suponer por qué la decisión de Esaú enoja a su padre y su madre por igual. Abraham ya había dejado claro que su progenie debía casarse dentro de la propia tribu, en la Mesopotamia, y había estipulado que Isaac no debía desposar a ninguna mujer hitita de Canaán. Para Isaac, y especialmente para Rebeca, el casamiento de Esaú con dos hititas adoradoras de ídolos indica con toda claridad —si no el rechazo liso y llano— su falta de compromiso con Dios y Su Alianza con Abraham y Sara. Es improbable que una esposa extranjera lo estimule a seguir las costumbres de sus ancestros, y, en el peor de los casos, podría apartarlo de ellas. Si Esaú es el sucesor legítimo de Isaac y no adhiere a su fe, el clan y la nación corren peligro de desintegrarse.

Al parco y escueto anuncio del matrimonio sigue una de las escenas más hábil y teatralmente elaboradas de la Biblia. El texto nos lleva al momento crucial en que el legado de Abraham y Sara oscila peligrosamente entre los dos hermanos rivales. Rebeca debe tomar una decisión desoladora.

Isaac está ciego y débil. Llama a su primogénito Esaú y le dice: “Ya estoy viejo y no sé cuánto falta para el día de mi muerte. Toma tus armas, la aljaba y el arco, y sal al campo y caza algo para mí. Luego guísame un plato a mi gusto, y tráemelo para que coma y pueda bendecirte antes de morir”.

Rebeca escucha a escondidas la conversación de Isaac y su primogénito. Como jamás deja nada librado al azar, espera la ocasión de actuar. Cuando Esaú sale de cacería, Rebeca le dice a Jacob: “Acabo de oír a tu padre hablar con tu hermano Esaú, y le ha dicho: ‘Tráeme una presa de caza y luego guísala a mi gusto para que pueda bendecirte con la anuencia del Todopoderoso antes de morir’. Ahora, hijo mío, presta mucha

atención a lo que voy a decirte. Ve al rebaño y tráeme dos de los mejores cabritos y yo guisaré para tu padre un plato de los que más le agradan. Luego se lo llevarás para que coma y te bendiga antes de morir”.

Molesto, Jacob protesta: “Pero mi hermano Esaú es un hombre velludo y yo soy lampiño. Si mi padre me palpa pensará que he querido burlarlo, y acarrearé sobre mí una maldición antes que una bendición”. Pero Rebeca se mantiene firme porque ya ha tomado una decisión. Le dice a Jacob: “¡Que esa maldición caiga sobre mí, hijo mío! Tú sólo haz lo que te digo y ve a buscar [los cabritos] para mí”.

Mientras convence al renuente Jacob de apoderarse de la bendición de Isaac destinada a Esaú, Rebeca adapta las instrucciones dadas por Isaac a Esaú a sus propósitos personales. El destino le ofrece la oportunidad de replantear las consecuencias del orden de nacimiento y asegurar la sucesión para el hijo más apto para hacerse cargo del legado. Durante toda su vida, Rebeca, como otras mujeres de su época, ha sido gobernada por las restricciones sociales tradicionales y la autoridad patriarcal. Como amante madre de Jacob, quizás cree que tendrá influencia y podrá ayudar a su hijo a conducir los asuntos del clan y fundar la nueva nación con vistas al futuro.

Jacob, aunque ansioso por la bendición paterna que cambiará su suerte y le dará preponderancia sobre su hermano, se siente contrariado por las entusiastas y firmes instrucciones de su madre, pues no se aviene a embaucar a un progenitor ni a desobedecer al otro. Además no está seguro de que valga la pena arriesgarse, por obtener la bendición, a recibir una maldición de Isaac si éste advierte el engaño.

Rebeca no se deja disuadir: su bienamado Jacob está muy cerca de ocupar la posición de liderazgo que Dios ha previsto para él. Mientras Jacob vacila y protesta, su madre repite —y casi podemos escucharla—: “¡Que esa maldición caiga sobre mí, hijo mío! Tú haz lo que te digo”. Con estas palabras Rebeca le asegura a su hijo que ella se hará cargo de toda la responsabilidad por las consecuencias de engañar a Isaac. Jacob no tiene corazón para desilusionar a su madre ni tampoco agallas para resistirse a sus deseos.

Consigue los cabritos para Rebeca, quien se apresura a preparar el plato preferido de Isaac. Rebeca toma los vestidos de caza de Esaú y convence a Jacob de ponérselos. Cubre las tersas manos de su hijo predilecto y la parte lampiña de su cuello que ha quedado al descubierto con las pieles de los cabritos muertos. Luego le da el guiso de cabrito que ha preparado.

“Y Jacob fue a donde estaba su padre y dijo: ‘Padre’. Y él dijo: ‘Sí. ¿Cuál de mis hijos eres tú?’ Y Jacob dijo a su padre: ‘Soy Esaú, tu primogénito; hice lo que me has pedido. Por favor siéntate y come el fruto de mi cacería, para que luego puedas bendecirme’. Isaac le dijo a su hijo: ‘¿Cómo has podido encontrarla tan rápido, hijo mío?’ Y él replicó: ‘Porque el Señor tu Dios me ha dado buena fortuna’”.

Isaac sospecha y le pide a Jacob que se acerque para poder palparlo y comprobar si efectivamente es Esaú. “Y Jacob se acercó a su padre Isaac, quien lo palpó y quedó perplejo. ‘La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú’. Y no lo reconoció, porque sus manos estaban cubiertas de vello como las de su hermano Esaú”.

Isaac pregunta por última vez: “¿En verdad eres mi hijo Esaú?” Y cuando Jacob dijo ‘Sí, lo soy’, su padre dijo: ‘Sirveme y dame de comer el fruto de la cacería de mi hijo, para que pueda darte mi bendición’. Y Jacob le sirvió e Isaac comió y Jacob le trajo vino y él bebió. Entonces su padre le dijo: ‘Acércate a mí y dame un beso, hijo mío’. Y él se acercó y lo besó. E Isaac olió sus vestidos y lo bendijo, diciendo: ‘Ah, el olor de mi hijo es como el olor de los campos bendecidos por el Único Dios’”.

Isaac cuestiona la identidad del hijo que tiene delante —el hijo que dice ser Esaú— no una sino tres veces. Sus ojos están casi ciegos, pero sus otros sentidos están agudizados. Utiliza uno por vez para confirmar la identidad de su hijo. A medida que crece el suspenso, Isaac se asombra de escuchar la voz de Jacob y mismo tiempo sentir, al palpar a su hijo, las manos velludas de Esaú. Vuelve a preguntar: “¿En verdad eres mi hijo Esaú?” Luego saborea la comida y bebe el vino. Por último, le pide a Jacob que se acerque y huele sus ropas. Después de todos estos cuestionamientos, lo bendice.

Isaac pone en duda la identidad de Jacob tres veces y, después de que Jacob miente tres veces, lo acepta de palabra. Pero se abstiene de decir “Esaú” y dice en cambio “hijo mío” o “mi hijo” las tres veces: “dame de comer el fruto de la cacería de mi hijo”, “dame un beso, hijo mío” y “el olor de mi hijo es como el olor de los campos”. La persona a quien termina por bendecir ocupa el lugar de su hijo mayor. Las palabras de Isaac parecen dar testimonio de su complicidad en la elección del heredero.

A lo largo de esta escena, la sospecha de Isaac va en aumento y éste parece intuir que en realidad es Jacob quien está frente a él. No obstante continúa con el engaño, a sabiendas —a mi entender— de que Esaú carece de la capacidad de liderazgo necesaria para ejecutar el legado de Abraham.

La bendición de Isaac a Jacob es bella y le asegura el futuro liderazgo, poder sobre sus enemigos, y vino y alimento en abundancia:

*Que Dios te dé,
del rocío del cielo y la fertilidad de la tierra,
vino y trigo en abundancia.
Que los pueblos te sirvan,
y las naciones se inclinen ante ti.
Que seas señor de tus hermanos.
Y que los hijos de tu madre se prosternen ante ti.
Maldito sea el que te maldiga,
y bendito sea aquel que te bendiga.*

“Apenas Isaac había acabado de decir estas palabras, y salido Jacob afuera, su hermano Esaú volvió de la cacería. Él también había guisado un plato y se lo presentó a su padre. Y dijo a su padre: ‘Levántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo, para que puedas bendecirme luego’. Su padre Isaac le dijo: ‘¿Quién eres tú?’ Y él dijo: ‘Soy tu hijo Esaú, tu primogénito!’

“Isaac fue víctima de un violento temblor. ‘¿Quién ha sido entonces’ preguntó ‘el que me ha traído las presas de caza para que comiera? ¡Las he comido antes de que tú llegases y le he dado mi bendición; y bendito será!’ Cuando Esaú oyó las palabras de su padre, rompió en sollozos amargos, llenos de furia, y dijo a su padre: ‘¡Bendíceme también a mí, padre!’ Pero Isaac respondió: ‘Tu hermano se ha llevado con astucia tu bendición’. Y dijo Esaú: ‘Con razón se le puso el nombre de Jacob, porque ésta es ya la segunda vez que me ha suplantado. Primero se alzó con mi primogenitura, y ahora me ha robado mi bendición’. Y agregó: ‘¿No has reservado una bendición para mí?’ Y respondió Isaac a Esaú: ‘Yo lo he hecho señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos a su servicio, y le he asegurado cosechas de vino y trigo. ¿Qué puedo yo hacer ahora por ti, hijo mío?’ Y dijo Esaú a su padre: ‘¿Acaso no tienes sino una bendición, padre mío? ¡Bendíceme también a mí, padre!’ Y lloró Esaú dando grandes alaridos”.

El corazón de Isaac debe haberse roto al escuchar el llanto desconsolado de su hijo. Sin embargo, aún le quedaba mucho amor paterno para brindarle a Esaú. “Y su padre Isaac le respondió, diciéndole: ‘En la fertilidad de la tierra y en el rocío que cae del cielo estará tu bendición. Vivirás de tu espada, y estarás al servicio de tu hermano; pero llegará el tiempo en que sacudirás el yugo de tu cuello”.

Rebeca maneja los hilos detrás de escena y logra que Isaac bendiga a Jacob, el hijo que heredará el legado de Abraham. Rebeca sigue los pasos de Sara, quien persuadió a Abraham de desterrar a su primogénito Ismael —nacido de Agar, esclava de Sara— para que Isaac, su único hijo, no tuviera rivales en la sucesión. Pero elegir al sucesor de su esposo fue más difícil para Rebeca que para Sara porque el hijo desechado era también su propio hijo, no el de su rival.

Cuando Esaú se acerca a reclamar su bendición, Isaac es víctima de “un temblor muy violento” y por fin asume el rol de patriarca que le había sido destinado desde su nacimiento. Cuando comienza a operar como líder patriarcal, transfiere ese rol a Jacob y niega a Esaú la primera bendición, bendición que el hijo mayor daba por descontado que recibiría.

Hoy los abogados aducirían que la bendición de Isaac era inválida por haberle sido arrancada con engaños, dado que Rebeca y Jacob lo embaucaron deliberadamente. Sin embargo, cuatro mil años atrás la práctica de las tribus nómades sostenía que cualquier acción realizada invocando el nombre de Dios era irrevocable. Isaac le pide a Dios que bendiga a su hijo. No hay oportunidad de pensarlo dos veces ni de arrepentirse luego; no hay vuelta atrás.

La antigua transacción es fortalecida por otra ceremonia: Isaac palpa a Jacob. Aunque el texto repite varias veces que Isaac cree estar bendiciendo a Esaú, la presencia física de Jacob en la ceremonia de bendición tiene mucha más fuerza que los titubeos de Isaac y supera cualquier protesta que Esaú pueda verbalizar. Cuando Isaac palpa a Jacob —probablemente habrá apoyado la palma de la mano sobre la cabeza inclinada de su hijo—, éste absorbe físicamente la bendición. De acuerdo a las leyes de tiempo y espacio, este tipo de bendición sin duda es válido porque los acuerdos eran orales antes que escritos.

Durante todo su matrimonio, Rebeca protege a Isaac de la carga de las decisiones familiares difíciles y del torbellino emocional. Isaac se destaca en el manejo de las cosechas y los rebaños y mantiene relaciones pacíficas y productivas con vecinos complicados. Garantiza la prosperidad y la seguridad de su familia. Isaac cumple el rol de una figura de transición: es el estabilizador que echa raíces y un rotundo eslabón entre la primera y la tercera generación de patriarcas. Pero, dentro de la tienda, es Rebeca quien manda. Las mujeres bíblicas son socias de los hombres en lo que hace a transmitir la Alianza de Dios de una a otra generación. ¿Acaso Dios no señaló el papel crucial de la madre cuando le dijo a Abraham: “Haz lo que Sara te dice”? Como en la historia de Adán y Eva, las

mujeres son un elemento estructural, una “costilla” que, si es removida, conducirá al desmembramiento de la familia.

¿Isaac fue patéticamente engañado o tácitamente cómplice? Creo que, al dar la bendición a su heredero, Isaac obra como socio secreto de Rebeca. Al aceptar confundir a Jacob con Esaú, Isaac se ahorra la dificultad de tener en cuenta los sentimientos de su primogénito; o quizás es su manera de evitar reconocer activamente que Jacob está mejor dotado para ser líder de naciones y de hombres que su favorito Esaú.

Esaú, furioso por haber sido desheredado, jura “y yo mataré a mi hermano Jacob”. Cuando Rebeca se entera de esto, concibe rápidamente un plan y le dice a Jacob: “Huye a la casa de mi hermano Labán, en Haran. Quédate un tiempo con él, hasta que la furia de tu hermano se apacigüe y se olvide de lo que le has hecho. Después enviaré por ti y te haré traer aquí”.

Mientras habla, sus palabras le traen el recuerdo de la casa de su infancia, que abandonó muy joven, y del amor materno que ahora necesita más que nunca.

Luego Rebeca se acerca a su esposo. Así como le ha evitado tener que afrontar abiertamente la elección del heredero, tampoco le hace saber que Esaú ha jurado matar a su hermano; por lo tanto, no revela la verdadera razón de la inminente partida de Jacob. En cambio, suplica a Isaac que envíe a Jacob a Paddan-Aram, a casa de Betuel, su padre, para que busque esposa entre las hijas de Labán, su hermano. Jacob no debe repetir el error de Esaú: diluir y evaporar su linaje desposándose con una mujer que no comparta su fe incipiente. Rebeca le confiesa a Isaac: “Estoy hastiada de la vida por culpa de las mujeres hititas. Si Jacob llega a tomar mujer hitita, no quiero vivir más”. Rebeca está perturbada emocionalmente. Acaba de trastornar el tradicional rol de la primogenitura; uno de sus hijos ha amenazado con matar al otro; teme que el lazo de su hijo mayor con la Alianza se vea debilitado por su boda con las mujeres hititas; y le preocupa que su nuevo heredero elija también una esposa ajena a su familia o a su fe.

Isaac manda llamar a Jacob de inmediato y le dice: “No tomarás mujer de la raza de Canaán. Ve y pasa a Paddan-Aram, a la casa de Betuel, padre de tu madre, y elige allí una esposa entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. Que El Shaddai [otro nombre de Dios] te bendiga, te haga fértil y prolífico, para que seas padre de naciones. Que Él te conceda

las bendiciones de Abraham, así a ti como a tus descendientes, para que poseas como propia la tierra en que estás ahora como peregrino, y que Dios prometió a Abraham”. Al final, Isaac repite las palabras de Dios a Abraham. Cuando Isaac se libera de sus responsabilidades, conforme a su rol de padre del heredero, la última palabra que pronuncia es “Abraham”; de este modo se cierra el círculo, la cadena no se rompe.

La historia de Rebeca está por llegar a su fin, pero ella protege tenazmente la continuidad del legado familiar a pesar de los terribles riesgos. Si Esaú cumple su amenaza y mata a Jacob, no sólo será una tragedia insoportable: el viaje espiritual iniciado por la fe de Abraham terminará prematura y abruptamente.

Con el corazón destrozado, Rebeca pergeña una ficción optimista y le dice a Jacob que la separación será temporal. Teme que jamás volverá a ver a su hijo menor, así como nunca volvió a ver a su familia de origen tras abandonarla para casarse con Isaac. Pero estar separada de su hijo es menos intolerable que la perspectiva de verlo morir a manos de su propio hermano. De hecho, Rebeca jamás dejó de amar a Esaú, a pesar de desaprobador su estilo de vida y sus decisiones. Su agonía se revela en el último ruego, cuando intenta acelerar la partida de Jacob: “¡Que no pierda yo a mis dos hijos en un mismo día!”

Hasta este momento Esaú ha concentrado toda su ira en Jacob, pero Rebeca bien podría temer que pronto descubra su participación en el engaño y endurezca su corazón hacia ella. Su esposo se está poniendo senil, su hijo menor ha tenido que huir y Esaú ha sido absorbido por la cultura hitita. La soledad de Rebeca es absoluta.

Rebeca es la única mujer bíblica a quien conocemos desde la doncella y frecuentamos durante las distintas etapas de su matrimonio. Su historia simboliza la capacidad humana de tomar decisiones libres y éticas. El libre albedrío es lo que es porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Nuestras decisiones siempre van acompañadas de una carga de angustia y responsabilidad. Somos responsables de las consecuencias de nuestras decisiones y debemos soportar el dolor, aun cuando hayamos tomado la decisión correcta.

Algunos piensan que Rebeca es una embaucadora. Yo la veo desplegar su talento y su ímpetu para llenar el vacío creado por la falta de liderazgo de su esposo dentro de la dinámica familiar. Rebeca no tiene poder institucional en la estructura social de su época, y por lo tanto está

obligada a ser hábil y artera en vez de actuar abiertamente. Cuando acepta la responsabilidad por la siguiente generación de su familia, no tiene herramientas de qué valerse y debe eludir a su esposo. Isaac y Rebeca rara vez han discutido sus asuntos personales en el transcurso de los años, pero Isaac ha dejado en claro su predilección por Esaú. Ahora es viejo, está ciego, sus fuerzas flaquean y muestra más interés en el aquí y ahora (por ejemplo, en la presa que Esaú trae de la cacería). Rebeca, por su parte, tiene la vista puesta en el futuro. A falta de alguien con quien discutir el asunto, subvierte la autoridad de su esposo y asegura la bendición para Jacob porque comprende que la Alianza de Dios está en juego. Y se hace cargo de las consecuencias.

Nuestras decisiones más difíciles pertenecen a las áreas grises de la vida. Cuando algo es blanco o negro, las decisiones son más simples. Rebeca es consciente de que su decisión está cargada de consecuencias históricas. Pero Jacob, con su autodisciplina y su naturaleza introspectiva, está mejor calificado para ser el próximo líder que el impulsivo y nada visionario Esaú. Rebeca debe afrontar la realidad que se le impone y su dolorosa decisión asegura la supervivencia de la tribu.

Aunque Rebeca hubiera podido señalar abiertamente al heredero, su sufrimiento habría sido inevitable porque en esta familia el heredero biológico —el primogénito— no era el hijo con mayor potencial de liderazgo. Esta situación también suele presentarse en los negocios familiares y las monarquías cuando la siguiente generación debe tomar la posta. El hecho de que Rebeca haya tenido que emplear tantos subterfugios para lograr su objetivo obligó a su familia a pagar un precio muy alto: Isaac quedó implicado en un fraude, Jacob sintió el peso de la culpa, Esaú fue presa de la ira. La discusión abierta del tema hubiera sido hiriente para Esaú, pero también habría servido para explicar los motivos de Rebeca y para que la decisión final no lo tomara por sorpresa. Sin embargo, Rebeca hizo lo mejor que podía hacer en el contexto de su matrimonio y su época.

La historia de Rebeca demuestra que los conflictos se gestan en el seno de la estructura familiar. No importa cuánto amemos a nuestros hijos: siempre habrá más para dar y cada hijo anhelará, siempre, recibir más. A lo largo de las generaciones de la familia de Sara y Abraham, vemos que la armonía familiar no se ofrece en bandeja de plata y que las relaciones fraternas están llenas de tensión, especialmente si van entrelazadas con temas de poder y herencia.

En los relatos del Génesis podemos apreciar la semilla temprana de la democracia. La tradición estipula que el varón primogénito hereda el poder

y la propiedad, pero el Génesis demuestra que estos legados deben ganarse, en cambio, por mérito propio.

¿Rebeca podría haber escogido otra manera de llevar a cabo el plan de Dios? ¿Dios aprobó lo que Rebeca hizo? ¿Podría Rebeca haber arreglado la sucesión de modo tal que el perdedor no sucumbiera al llanto amargo y a las fantasías de venganza y asesinato? ¿Cómo sopesó Rebeca el daño inevitable que su decisión causaría en la armonía familiar con el objetivo, sin duda más elevado, de asegurar el futuro liderazgo de la tribu? ¿Podría haber conservado a Esaú y sus descendientes dentro de la tribu de Abraham? ¿O acaso los valores de Esaú —y de Ismael antes de él— se apartaban tanto de la fe de Sara y Abraham que era inevitable dividir las aguas? ¿Era responsabilidad de Rebeca asegurar que la profecía de Dios — Su promesa de que “el más joven servirá al más viejo”— se hiciera realidad?

La Biblia sólo menciona la decisión que tomó Rebeca, no cómo llegó a tomarla. El rabí Aquiva, un gran erudito del siglo I que fue testigo de la destrucción del Segundo Templo, resumió las contradictorias paradojas de la vida humana cuando dijo: “Todo está previsto, pero nos ha sido dada la libertad de elegir”. Cuando Rebeca está embarazada de los gemelos, Dios le anuncia lo que ocurrirá pero no le dice cómo llegará a ocurrir: ella es la única responsable por las decisiones individuales que toma día a día y que conducen al resultado que Dios ha previsto. Es precisamente esta tensión entre libertad humana y voluntad divina lo que caracteriza la “lucha” del hombre con la ética en la narración bíblica. Pero el libre albedrío también significa que no podemos culpar a Dios —cual si fuera un chivo expiatorio— por las decisiones que tomamos.

Rebeca obra sola. Cuando Sara, ya en su edad madura, arriba a la Tierra Prometida, lo hace como miembro de una pareja de larga data caracterizada por el amor y la devoción mutuos. Sara y Abraham obran en unión y juntos toman las decisiones fundamentales. Y cuando Sara siente que una rival usurpa su lugar en el corazón y el lecho de Abraham, lo dice sin ambages.

A diferencia de su suegra, la joven Rebeca llega sola a tierra extraña y se une, a través del matrimonio, a la segunda generación de los notables fundadores de la familia. Isaac la ama y ella se consagra al matrimonio, a la lealtad y la solidaridad mutuas que éste implica.

A diferencia de Sara y Abraham, Rebeca e Isaac funcionan como dos entidades separadas unidas por la fe compartida en la Alianza con Dios y por las responsabilidades y privilegios que ésta conlleva. Hay lealtad y

fidelidad entre ellos, pero la pasión mutua de sus mayores ha faltado a la cita.

En la era del psicoanálisis y las terapias alternativas, el matrimonio de Isaac y Rebeca podría ser considerado disfuncional. Pero no existe nada parecido a una vida libre de riesgos. La profunda humanidad de esta historia supera el paso de los siglos, pues describe de manera realista el matrimonio de dos seres humanos imperfectos que deben afrontar dilemas morales para tomar decisiones en las zonas grises de la vida y pagar el precio —siempre elevado— de las consecuencias. La dinámica marital y las fortalezas y debilidades de esta pareja permiten que nos identifiquemos con ella miles de años más tarde.

¿Sus temas y conflictos eran acaso tan diferentes de los nuestros? En realidad, no. La de Rebeca e Isaac es una historia arquetípica narrada con pinceladas audaces, gruesas. Generación tras generación hemos mamado, reinterpretado y aplicado sus parámetros morales, espirituales y psicológicos en nuestras vidas.

El matrimonio monógamo de Rebeca e Isaac logró perdurar y, según los cánones actuales, podría ser calificado de “medianamente bueno”. Su responsabilidad primordial era garantizar que la visión del patriarca fundador fuera transmitida a la tercera generación de israelitas. Gracias a Rebeca, tuvo éxito.

CUATRO

Raquel, Lía y Jacob . . . el esposo de ambas

Dos hermanas, Lía y Raquel, se casan con Jacob, el más conflictuado de los patriarcas y tercer líder de la familia fundada por Sara y Abraham, sus abuelos. La historia de Jacob y sus dos esposas es un compendio de pasión, envidia, dolor y orgullo. En esta generación la familia aumenta en número y la promesa de Dios —dar origen a un pueblo “por demás numeroso”— ya no parece inverosímil.

Tras haber suplantado a su gemelo primogénito, Esaú, como heredero de Isaac, Jacob se ve atravesado por angustias múltiples. Respondiendo al imperioso pedido de su madre Rebeca ha huido de Bersabeé, su lugar de nacimiento, y buscado refugio con sus parientes maternos en Haran, en la Mesopotamia. Por primera vez en su vida se encuentra solo, sin el ala protectora de su madre, quien siempre ha preferido al sereno e introvertido Jacob por sobre el impulsivo y rudo Esaú. Mientras parte a lomo de camello Jacob lamenta el nuevo rumbo que ha tomado su vida, otrora tan

cómoda. Consciente de que no se ha ganado con honestidad la bendición de su padre, Jacob permanecerá muchos años lejos de su casa. Durante el viaje le llegarán rumores de que Esaú, furioso por la pérdida de sus derechos de primogénito, lo persigue ansioso de venganza.

Una noche, “llegado a cierto lugar, queriendo descansar después de la puesta del sol, tomó una de las piedras que allí había y la puso bajo su cabeza y durmió en aquel sitio. Y vio en sueños una escalera fija en la tierra, cuyo remate tocaba el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella. Y el Único Dios que, de pie junto a él, le decía: ‘Yo soy el Señor Dios de tu padre Abraham, y el Dios de Isaac. La tierra en que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Y será tu descendencia tan numerosa como los granos del polvo de la tierra; has de extenderte al oeste y al este, y al norte y al sur. Todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tus descendientes. Recuerda, Yo estoy contigo; te protegeré dondequiera que vayas y te traeré de vuelta a esta tierra. No te dejaré hasta que haya cumplido todo lo que te he prometido”.

La escalera no tiene apoyo pero es estable y firme, y su remate flota en el cielo. La imagen sugiere una vía de escape de la encrucijada psicológica en que se encuentra Jacob: una suerte de período de transición desde su difícil pasado hacia un futuro esperanzado. Es una imagen fálica, como corresponde al sueño de un hombre joven que va en busca de esposa. También señala el ascenso espiritual: las plegarias de Jacob suben al cielo y Dios, a su vez, reconfirma su fe desde lo alto.

Azorado, “Jacob despertó de su sueño [...] e hizo además este voto, diciendo: ‘Si el Señor estuviera conmigo, y me amparase en este viaje que hago, y me diera pan para comer y vestidos para cubrirme, y si yo retornara sano y salvo a la casa de mi padre, el Señor será mi Dios. [...] y de todo lo que Tú me dieres, apartaré un diezmo para ti”.

Hasta el momento, la fe de Jacob es incierta. Jamás ha tenido que poner a prueba sus creencias ni sus habilidades en el mundo exterior, más allá de las familiares tiendas del clan.

Jacob irá madurando poco a poco y llegará a superar este regateo improcedente y autocomplaciente con Dios, pero en el comienzo de su viaje a lo desconocido todavía es un hombre inseguro y ensimismado que, además de ser joven e inexperto, lleva en su alma la carga del pasado. Como muchos jóvenes, tiene poca experiencia en los asuntos de la vida y su inseguridad en cuanto al lugar que ocupa en el mundo lo impulsa a buscar en los demás señales de que es digno de mérito y respeto. Más aun, su viaje hacia la madurez requiere que se separe de sus padres y su

familia. Jacob cuestiona el compromiso mutuo entre Dios y los suyos imponiendo condiciones y haciendo tratos egoístas con Él. Explicita que creerá en Dios y confiará en Él si —y sólo si— su vida es librada de todo peligro y finalmente puede regresar a su casa.

El fugitivo solitario oye la promesa de Dios —“Estoy contigo; te protegeré dondequiera que vayas”—, que evoca la promesa hecha a su abuelo Abraham: “No tengas miedo [...] Yo soy tu escudo”. Las palabras de los padres tienen un efecto poderoso sobre los hijos; los hijos las toman tan al pie de la letra que el mensaje se vuelve parte integral de sus vidas. Jacob acoge la promesa de protección divina y escucha la voz de Dios como si fuera la suya propia. Cientos de años más tarde, el rey David expresará los mismos sentimientos y la misma confianza en Dios en el Salmo 23 del rey David: “El Señor es mi pastor; no querré a otro Señor más que a Él (...) aunque atravesase el valle de la muerte no temeré el mal, porque Tú estás conmigo”. En el transcurso de este viaje Jacob comienza a construir los recursos internos que lo sostendrán durante toda una vida de tragedias familiares y victorias espirituales.

El miedo de Jacob va menguando con cada kilómetro que lo separa de Esaú, pero de todos modos es vulnerable y está exhausto y hambriento de calor y contacto humanos. Camino de Haran ve un pozo de agua, tal como lo hiciera el sirviente de Abraham cuando encontró a la joven Rebeca y supo al instante que era la mujer destinada a Isaac, el padre de Jacob. El cuerpo humano está compuesto por un sesenta por ciento de agua, y el agua es imprescindible para la supervivencia de humanos, animales y plantas. El agua es dadora de vida y, puesto que gran parte de Medio Oriente es seco, los pueblos de la región son particularmente conscientes de su importancia. La fuente también simboliza el útero o vientre que dará vida a los numerosos descendientes futuros del linaje de Abraham y Sara. Jacob ve que el pozo está en pleno campo, y hay tres rebaños de ovejas que esperan su turno para beber cuando alguien retira la enorme piedra que cubre la boca. Sabe que ha llegado a destino cuando oye a los hombres que rodean el pozo hablar de Labán, el hermano de su madre Rebeca, y decir que la hija de Labán, Raquel, debe de estar camino a la fuente.

“Todavía estaba hablando con ellos cuando llegó Raquel con el rebaño de su padre, pues Raquel era pastora. Y cuando Jacob vio a Raquel, hija de su tío Labán, y al rebaño de su tío Labán, se levantó y empujó la piedra que cubría la boca del pozo, y dio de beber al rebaño de su tío Labán. Besó entonces Jacob a Raquel y rompió en llanto”. Las angustias y nostalgias de

Jacob llegan a su punto culminante y, con ese primer beso apasionado, la suerte está echada.

Cuando Jacob posa sus ojos en Raquel, sus anhelos encuentran cobijo. Subyugado por la belleza de la joven, da muestras de fuerza varonil empujando la piedra que cubre la boca del pozo. Estamos ante un nuevo Jacob, viril y físicamente activo, ya no aferrado a las faldas de su madre y sin temor de ponerse a prueba. Hay aquí un simbolismo sutil, ya que el levantamiento de la piedra que tapa la boca del pozo anticipa la pérdida de la virginidad de Raquel y su pasaje del estado de virgen al de esposa. Pero el peso de la piedra también señala los obstáculos que se interpondrán en el camino de la consumación del amor de Jacob hacia Raquel. Durante todo lo que vendrá —esposas, hijos, concubinas y desoladoras crisis de fe— Raquel continuará siendo el amor de la vida de Jacob, como Rebeca lo es de su padre y Sara lo fue de su abuelo.

Asombrada por la audaz presentación de Jacob y entusiasmada por el inesperado arribo de un primo oriundo de tierras lejanas, Raquel corre a dar la noticia a su padre. Jacob le cuenta a Labán todo lo que le ha ocurrido, y Labán dice: “Eres en verdad carne de mi carne, y hueso de mi hueso”. El cortés y aparentemente cálido recibimiento de Labán encubre su verdadera naturaleza especulativa y codiciosa. Pero Jacob está solo —un extraño en tierra extraña— y no se encuentra en posición de juzgar las intenciones de su “nuevo” tío.

“Tenía Labán dos hijas. La mayor se llamaba Lía y la más joven Raquel”, dice la Biblia. “Lía tenía los ojos lagañosos; Raquel era de lindo semblante y de hermoso talle”. Jacob se enamora de Raquel. Como carece por completo de medios, sólo puede ofrecer su trabajo a cambio de ella; sin pensarlo demasiado, le propone a Labán servirlo durante siete años. Labán acepta el trato y le dice a Jacob: “Es mejor que te la dé a ti que a un extraño. Quédate conmigo”.

Jacob muestra de qué madera está hecho: paciencia, pasión y laboriosidad. “Y sirvió Jacob por Raquel siete años, y aun le parecían pocos días dado el gran amor que sentía por ella”. Con estas breves palabras la Biblia expresa la intensidad del sentimiento de Jacob hacia la hija menor de Labán. (No obstante muchos comentaristas han aducido que, cuando la Biblia habla de “años”, poco tiene que ver esa designación con el período de 365 días de los años actuales.) Cuando los siete años llegan a su fin, Jacob se acerca a Labán como quien aspira a cerrar un trato comercial: “Dame a mi esposa, pues mi tiempo se ha cumplido, para que pueda casarme con ella”. Como ocurriera con Isaac, padre de Jacob —quien, víctima o

cómplice de una estratagema, evitó nombrar a Esaú al otorgar su bendición a Jacob—, la falta de especificidad de Jacob allana una vez más el camino del engaño. Si Jacob hubiera dicho “Dame a Raquel” en vez de “Dame a mi esposa”, a Labán le habría resultado mucho más difícil sustituir a Raquel por Lía bajo el velo nupcial.

Labán, un hombre rico, prepara un extravagante banquete. La boda —el cumplimiento de todas las aspiraciones de Jacob— es quizás el momento más feliz de su corta vida... pero culmina con un sorprendente engaño y una traición familiar. Cuando cae la noche, Labán oculta el rostro de Lía tras un grueso velo negro y la lleva a la tienda de Jacob. Éste descubre la treta con la primera luz del alba. Corre a buscar a Labán y grita, furioso, humillado e impotente: “¿Por qué me has engañado?”

La Biblia no dice si a Jacob se le ocurre pensar que la estratagema de Labán refleja el engaño al que él mismo sometiera a su padre. Para embaucar a Isaac, Jacob se valió de la debilidad de sus ojos; del mismo modo, el astuto Labán se vale de la oscuridad de la noche para sustituir a la hija menor por la mayor. ¿Es posible acaso que el vino y la pasión hayan cegado a Jacob al punto tal de no reconocer que tenía entre sus brazos a la poco agraciada Lía y no a su bienamada y bellísima Raquel? Labán le pide a Jacob que complete la “semana de los días de la boda” para no deshonorar a Lía y le dice que luego podrá casarse con Raquel. Jacob, loco de amor, accede a servir a Labán siete años más después de haberse casado con Raquel.

No es difícil imaginar cuánto habrán sufrido las dos hermanas. ¿Jacob habrá susurrado el nombre de Raquel al abrazar a Lía en la noche de bodas? ¿A Lía se le habrá roto el corazón de añoranza por un amor no correspondido? ¿Habrá Lía resistido en un principio las maquinaciones de su padre o habrá sido su cómplice silenciosa en el engaño... como su suegro Isaac quizás lo fue de su esposa Rebeca? ¿Raquel habrá sido, también ella, cómplice muda de su padre y su hermana? ¿Habrá sido ésta su manera de “cuidar” a su nada atractiva hermana mayor, segura como estaba de que el deseo de Jacob por ella jamás se extinguiría?

Después de haber esperado siete años para casarse, ¿Raquel habrá sido presa de la angustia al ver a su hermana entrar en la tienda de Jacob para usurpar su lugar en el lecho nupcial? ¿Habrá permanecido despierta durante siete noches interminables, apretando los párpados para apartar la imagen de Jacob prodigando a Lía las caricias que estaban destinadas a ella? ¿O quizás a Raquel no le importaba tanto Jacob... pero detestaba ser desplazada por su hermana mayor? ¿Raquel carecía de poder para

desobedecer las decisiones de su padre? La noche de bodas de Jacob está cargada de misterio. Las preguntas son siempre las mismas, pero las respuestas difieren.

En este relato la Biblia vuelve explícita su predilección por la monogamia al explayarse sobre las miserias y los pesares de la poligamia. Intenta demostrar que la poligamia estimula la rivalidad entre varias esposas en pos de obtener la atención sexual y emocional de un solo esposo, tener la mayor cantidad de hijos, recibir la mayoría de los elogios y ganar más beneficios para sus niños. Por si esto fuera poco, la crónica demuestra que la poligamia diluye la intensidad de un sentimiento —el amor erótico, de pareja— que sólo puede ser compartido por un hombre y una mujer.

Los hombres modernos pueden fantasear con una plétora de mujeres deseables, pero los hombres polígamos de la Biblia se ven obligados a ocuparse de los asuntos y las rivalidades entre sus esposas y los hijos de éstas, rivalidades que a menudo se prolongan a las siguientes generaciones. La Biblia supone, quizás acertadamente, que los esposos (Jacob con Raquel, Abraham con Sara y Elcana con Ana) eran desdichados en la vida doméstica porque debían atender las tristezas y el sufrimiento de varias mujeres, pero, por encima de todo, debían ocuparse de padeceres de la que amaban más.

Raquel y Lía aprenden a adaptarse a una situación que no pueden cambiar, pero el hecho de que se adapten no implica que estén satisfechas. Su padre Labán es el jefe de la familia y su palabra es ley. Debido a su astucia, su codicia y su voluntad de explotar el trabajo gratuito del recién llegado, las dos hermanas y Jacob quedan atrapados en un triángulo con el que ninguno de los tres puede estar plenamente satisfecho. Aunque renuentes, Jacob, Lía y Raquel se ven forzados a adaptarse a los celos, el dolor y la confusión.

Cuando Raquel y Jacob por fin se casan, Raquel ocupa el lugar de la amante, no el de la esposa; pasa naturalmente a ser “la otra”. El relato bíblico es concreto y escueto: “Y Jacob cohabitó también con Raquel; y amó más a Raquel que a Lía”. Raquel está disponible emocional y sexualmente para Jacob cada vez que él lo desea. Durante largo tiempo no tienen hijos, por lo que las tareas cotidianas de la crianza no interrumpen ni diluyen la intimidad de su relación amorosa. Raquel debe aceptar a Lía —su propia hermana— en tanto primera esposa y madre de los hijos de Jacob, y tolerar sus demandas de tiempo y atención. No puede permitirse expresar celos ni enojo hacia la primera esposa o sus hijos, ni tampoco dar voz a su

profundo anhelo de un hogar e hijos propios. Como cualquier amante, seguirá siendo la favorita de Jacob siempre y cuando no amenace la estabilidad básica ni las reglas tácitas de la relación. Como veremos más adelante, Raquel no quiere ser “la otra”; anhela ocupar el lugar de madre y esposa en la familia de Jacob, tal como ocurre con su fértil hermana Lía.

* * *

“Y Dios vio que Lía no era amada y la hizo fecunda, pero Raquel quedó estéril. Lía concibió y dio a luz un hijo varón, al que llamó Rubén, diciendo: Su nombre significa «El Único Dios ha visto mi aflicción»; también significa: «Ahora mi esposo me amará». Volvió a concebir y dio a luz otro varón, y dijo: ‘Por cuanto el Único Dios entendió que yo no era amada y me ha dado también este hijo’, y por eso le llamó Simeón. Por tercera vez concibió y tuvo un hijo varón y dijo: ‘Ahora se unirá a mí mi esposo, pues le he dado tres hijos’. Y le dio el nombre de Leví. Y volvió a concebir y dio a luz un hijo y dijo: ‘Esta vez sí que alabaré al Señor, Único Dios’. Y aludiendo a esto, lo llamó Judá. Y cesó de parir por algún tiempo”.

Lía ama a Jacob con todo su corazón. Quizás se enamoró de él durante aquella primera semana de matrimonio en la tienda, cuando creyó forjar un vínculo sexual para toda la vida con el hombre que pasó esa misma semana fantaseando con otra mujer —la propia hermana de Lía, Raquel—. También es posible que Lía haya puesto sus ojos en Jacob mucho antes, durante los siete años que él pasó trabajando para obtener a Raquel. Lía anhela ser el centro de la vida de Jacob; quiere ser aceptada — e incluso venerada— de una manera que sólo es posible en el contexto de una relación monógama y sexualmente exclusiva. La tragedia de Lía radica en que su único vínculo con Jacob —quien ha sido su único amante— es el sexo, pero Jacob tiene un compromiso sexual y emocional mucho más fuerte y primordial con otra persona. Los sentimientos de ambos están desequilibrados desde un principio, y el alejamiento emocional de Jacob podría verse exacerbado por el hecho de que Lía le ha sido impuesta como esposa. Lía está rodeada de su numerosa prole, pero los hijos no compensan la distancia emocional de Jacob hacia ella. El desasosiego de su corazón se hace más profundo con el correr del tiempo.

Los significados de los nombres que Lía da a sus primeros tres hijos reflejan su frustración, pues cada parto es un fracaso en el imposible camino hacia el amor de Jacob. Al principio confía en que Dios hará que Jacob la ame; luego busca consuelo en el amor de sus hijos y cree que

Jacob la amará porque han tenido tres hijos juntos. En el transcurso de los años se repite la misma dinámica: Lía apenas acaba de destetar a un hijo y ya Jacob la visita una sola noche para hacerle otro. Lía, que no es amada, aprende a sacar fuerzas de su papel de madre.

La situación da un vuelco con el nacimiento de Judá, el cuarto hijo de Lía. Ésta comienza a cultivar su rol de matriarca, segura de su identidad y su jerarquía dentro del núcleo familiar. Con el advenimiento de Judá, Lía sufre una transformación. Tras haber parido con dolor sus primeros tres hijos, deja de medir su valor e importancia personales con la vara del desamor de su esposo y, en cambio, agradece a Dios por su cuarto hijo. Todavía ama a Jacob pero, al menos por ahora, abandona el sueño de que él la amará porque le ha dado sus cuatro únicos hijos. Al llamar “Judá” a su cuarto hijo, Lía agradece a Dios sus bendiciones por primera vez y vuelve a su centro. Después de tanto sufrimiento ha aprendido a valorar lo bueno que tiene y ha dejado de quejarse por lo que le falta.

La jerarquía de Lía en el seno familiar aumenta con cada bebé que pare; al mismo tiempo, la seguridad y la autoestima de Raquel caen en picada. Sin hijos que criar en una época en que las mujeres —a falta de las salidas profesionales o sociales de que hoy disponemos— sólo eran valoradas como madres, Raquel se ve obligada a definir su valor personal pura y exclusivamente a través de la rivalidad con Lía. Resentida y llena de amargura, le suplica angustiada a Jacob: “¡Hazme hijos o he de morir!” Raquel no amenaza con suicidarse. Presa de la frustración, pide ayuda a gritos y espera empatía y comprensión por parte de su esposo.

Jacob sería capaz de hacer cualquier cosa por Raquel, pero lo único que ella desea está fuera de su alcance. Es probable que ésta no haya sido la única oportunidad en que ella ha manifestado sus sentimientos: semejante caudal de furia rara vez sale de la nada. A medida que pasan los años y Raquel sigue estéril, Jacob probablemente ha aprendido a temer, cada mes, los embates de su decepción. La ama profundamente, pero no puede resolver su problema. Y además se siente frustrado porque Raquel ha cambiado “los términos del trato”. Raquel está en la vida de Jacob para fascinarlo y agradarle... no para lamentarse y repartir culpas. Como su abuelo Abraham —quien perdió la paciencia ante el rencor latente entre Sara y Agar—, Jacob responde al dolor de Raquel tomando la ofensiva; se siente menoscabado por ella y al mismo tiempo culpable por no haber cumplido su deber de hacerle un hijo.

Raquel comete un peligroso error: lanza un ultimátum en el inútil intento de llamar la atención con sus miserias. Jacob devuelve el golpe

insinuando que Dios ha querido castigar a Raquel. Con toda crueldad le espetaba: “¿Acaso puedo yo ocupar el lugar de Dios, quien te ha negado el fruto de tu vientre?” Con esas infames palabras Jacob le está diciendo: “¡Dios te ha negado hijos a ti, pero a mí Dios no me los ha negado!”

La infertilidad es un motivo recurrente en la Biblia, y los esposos jamás alcanzan a comprender del todo el dolor que inflige a sus esposas. La Biblia relata que cientos de años después de Raquel, en el país montañoso de Efraím, Ana es la favorita de su esposo Elcana. Como Raquel, Ana permanece estéril durante muchos años. En su amargura es víctima de la segunda esposa de Elcana, la fecunda Fenena, quien no cesa de atormentarla por su infertilidad y está celosa del amor que su marido siente por Ana. Sara es humillada por Agar, Raquel por Lía, Ana por Fenena. Ningún esposo puede ponerse en la piel de su mujer ni comprender su dolor en carne propia. La pasión sexual de sus esposos no alcanza a compensar el insatisfecho anhelo de ser madres. Cuando Sara se queja de Agar, Abraham abandona la tienda enfurecido. Cuando Raquel grita su dolor, Jacob tiene un estallido de rabia e impaciencia. Cuando Elcana ve que Ana “llora y no quiere comer” porque su segunda esposa la atormenta con sus burlas, su respuesta —tierna pero centrada en sus propios sentimientos— no calma su angustia. Elcana se pregunta en voz alta: “¿Por qué lloras, y por qué no comes, Ana? ¿Acaso no soy yo más devoto tuyo que diez hijos?” Sus intenciones son buenas, pero “no se da cuenta de nada”. Los maridos tienen lo mejor de ambos mundos: una esposa que les da hijos, y otra que les brinda compañía emocional y sexual. Las mujeres quedan libradas a su suerte y arbitrio para afrontar el dolor y la frustración. Finalmente, Sara da a luz a Isaac, Raquel a José, y Ana a Samuel. Los tres hijos varones nacidos de mujeres antes yermas se transforman en líderes de la antigua Israel. Según parece, valió la pena esperar el advenimiento de estos niños.

Muchos años después, Jacob se ha transformado en un bien de cambio sujeto a las negociaciones de sus mujeres.

“Sucedió que un día, yendo por el campo en época de la siega del trigo, Rubén halló unas mandrágoras y se las llevó a Lía, su madre. Y dijo Raquel a Lía: ‘Por favor, dame de esas mandrágoras de tu hijo’. Pero ella le dijo: ‘¿No te ha bastado con quitarme a mi esposo, sino que has de llevarte también las mandrágoras de mi hijo?’ Y replicó Raquel: ‘Te prometo que él dormirá contigo esta noche si me das las mandrágoras de tu hijo’. Cuando

Jacob regresó del campo esa noche, Lía salió a su encuentro y le dijo: ‘Esta noche dormirás conmigo, porque he comprado este favor a mi hermana con las mandrágoras de mi hijo’. Y Jacob durmió con ella esa noche. Y oyó Dios a Lía, y concibió y tuvo el quinto hijo”.

Las mandrágoras son poderosos afrodisíacos y Raquel las quiere para alimentar la pasión de Jacob —y tal vez la suya— y revertir su infertilidad. Lía cambia los codiciados tubérculos y le reprocha a Raquel haberle “robado” el amor de Jacob. Lía jamás se recupera del amor no correspondido por su esposo. Por conveniencia olvida el rol de Labán en el asunto y el derecho de Raquel a casarse con Jacob, anterior al suyo. A cambio de las mandrágoras, Raquel le “vende” a Lía una noche con Jacob. Con este trueque Raquel demuestra que es ella la que controla con quién duerme Jacob; Lía, complacida con la transacción, no expresa resentimiento alguno ante semejante despliegue de poder. Por la tarde, cuando cae el sol, Lía va al encuentro de su esposo, quien regresa luego de haber trabajado todo el día en los campos, y le anuncia con descaro: “Te he comprado con las mandrágoras de mi hijo”. Jacob la sigue sin chistar, quizás mudo por la sorpresa. Con una sonrisa, Lía cierra la abertura de la tienda tras ellos.

Si bien es común —e incluso está bien visto— desvalorizar la falta de poder de las mujeres bíblicas, está claro que las esposas de Jacob mueven los hilos de la trama. El neto intercambio comercial entre las dos hermanas es revelador. Raquel y Lía pueden anhelar lo que tiene “la otra”, pero también son pragmáticas en cuanto a las responsabilidades sexuales que conlleva ser esposa en una cultura donde la poligamia es norma. Por orden de las hermanas, incluso algunas esclavas han cohabitado con Jacob: Bala, cuando Raquel le pide que oficie como madre sustituta “para poder yo también, a través de ella, tener muchos hijos”; Zelfa, por pedido de Lía, cuando su cuerpo necesita un descanso después de haber parido tanto. Ambas esclavas han sido un regalo de bodas de Labán a sus hijas. De acuerdo a las leyes de la época, las esclavas son propiedad exclusiva de Lía y Raquel, como Agar lo era de Sara. A lo largo de los años, por razones familiares y de necesidad, Raquel y Lía han aprendido a convivir con su situación. Sin inmutarse, las esposas de Jacob deciden con quién pasará la noche su marido. Y cada concubina esclava le da dos hijos a Jacob.

El episodio de la mandrágora tiene cierta ironía sutil y expone la tensión que caracteriza a las relaciones triangulares. Entreverada con el esposo que ha negociado por una sola noche, Lía concibe un nuevo hijo; Raquel, aunque aferra un ramillete de afrodisíacos marchitos, no logra

quedar preñada. Sólo después de que Lía dio a luz otros dos varones y una hija mujer, Dina, “Dios recordó a Raquel” y por fin la hizo fértil. (La palabra “recordar” refleja la idea bíblica de la profunda dimensión espiritual de la concepción.) Cuando Raquel da a luz un hijo varón, sus palabras revelan sus sentimientos más íntimos: “Dios se ha llevado mi oprobio”. Da a su primogénito el nombre de José, que en hebreo significa “Que el Señor me añada más”. Como ocurre con los vástagos de Lía, el nombre dado al niño habla de los anhelos y pesares de Raquel. El hijo largamente ansiado recién acaba de nacer, y ella ya está esperando y rezando por el próximo. No tiene paz. Todavía no se ha recuperado del parto de José y ya se siente obligada a parir más hijos.

A lo largo de veinte años Jacob ha reproducido inconscientemente las divisiones de su familia de origen, lo que ha provocado la polarización creciente de su clan. Es incapaz de quebrar el molde que divide a su familia en facciones y alimenta un clima de contienda. Según la Biblia, todo esto es parte de la trama de la vida de Jacob. Su vida familiar dista mucho de ser ideal, pero, ahora como entonces, el jefe de familia sólo puede dedicar parte de su tiempo y atención a los asuntos familiares. Jacob y sus mujeres han vivido en estas condiciones durante muchos años; ahora la tensión parece haber cedido, dando paso a la resignación y la aceptación. Pero se presentan nuevas circunstancias que requerirán la colaboración familiar.

Jacob está espiritualmente consagrado a regresar a la tierra de sus padres y convertirse en el líder de la tercera generación. También espera componer su relación fraterna con su hermano gemelo Esaú. Tras veinte años de arduo trabajo, ya no se siente un usurpador; de hecho, siente que se ha ganado la bendición de su padre.

Cuando Raquel da a luz a José, Jacob está listo para la acción. Parece considerar el nacimiento de José como un punto de inflexión, una señal de que ya es hora de volver a la Tierra Prometida y “no temer”. Está ansioso por llevar al hijo de Raquel —su favorito, por el que tanto han esperado— de regreso a la tierra de sus ancestros.

“Y Jacob montó a sus hijos y sus mujeres en los camellos, y se puso en camino, llevando consigo toda su hacienda y todas las riquezas que había amasado, y todo cuanto había adquirido en Paddan-Aram, y se encaminó a ver a su padre Isaac, en la tierra de Canaán. Mientras tanto, había ido Labán a esquila sus ovejas, y Raquel robó los ídolos de la casa

de su padre. Jacob dejó en la oscuridad a Labán el Arameo, pues no quiso advertirle que se marchaba, y huyó con todo lo que tenía”.

Las esposas de Jacob apoyan su decisión de regresar a su tierra natal. Quizás piensan que el hecho de vivir en un nuevo país, sin su padre Labán y sus hermanos rondando, les permitirá comenzar de nuevo en sus propios términos. Tal vez Raquel se ha tranquilizado ahora que tiene un hijo y siente una mayor igualdad con su hermana. Olvida su rencor hacia Lía y es la primera en ponerse a favor de Jacob y en contra de Labán.

Sin que Jacob lo sepa, Raquel roba los preciosos ídolos familiares de su padre, que supuestamente tienen el poder de proteger a sus dueños. Quizás —a diferencia de su inflexible tía Rebeca, quien se alejó de su familia sin mirar atrás— Raquel desea conservar algo de la casa de sus padres, un objeto familiar que le sirva de consuelo. O quizás no ha abandonado del todo las creencias que ha practicado desde la infancia, y que ahora funcionarían como una suerte de póliza de seguro. También podría ocurrir que el robo de los ídolos de Labán sea un intento de quebrantar la fe idólatra de su padre, una manera de impulsarlo a dar el primer paso hacia el Dios Único de Abraham, Isaac, Sara y Rebeca. O tal vez Raquel simplemente se deja llevar por la furia. Recuerda la humillación y la vergüenza que sintió cuando su padre Labán la reemplazó por Lía en la cama de Jacob. La Biblia no ofrece explicación alguna del robo, ni tampoco dice qué destino tienen luego los ídolos.

Tres días después de la partida de Jacob rumbo a Canaán, Labán intercepta su caravana. Acusa a Jacob de haberle arrebatado a sus hijas “como si fueran prisioneras de guerra, cautivas de la espada”. También insiste en que le devuelva los ídolos, de los que Jacob no sabe absolutamente nada. Las demandas beligerantes de Labán son la gota que rebalsa el vaso. Con Lía y Raquel de su lado, Jacob deja de ser el hombrecito dócil que hemos conocido hasta hoy; el resentimiento que siente hacia Labán luego de dos décadas de sufrir sus maltratos estalla por fin.

“He pasado veinte años a tu servicio. Tus ovejas y tus cabras jamás perdieron sus nonatos, ni tampoco he comido yo carneros de tu rebaño”, le dice Jacob a Labán. “Ni tampoco te mostré jamás lo que las fieras habían arrebatado; yo resarcía todo el daño; y todo lo que faltaba por algún hurto, tú me lo exigías con rigor. De día me abrasaba el calor, y de noche me atormentaba la helada; y el sueño huía de mis ojos. De los veinte años que he pasado en tu casa, te he servido durante catorce por tus dos hijas, y durante otros seis por tus rebaños. Y tú todo el tiempo me cambiabas mi

paga. De no haber tenido conmigo al Dios de mi padre, de no haber sido por el Dios de Abraham y el temor de Isaac, tú me habrías mandado de vuelta con las manos vacías. Pero Dios ha mirado mi tribulación y el trabajo de mis manos, y anoche me ha dado juicio”.

No obstante, Labán y Jacob se separan en buenos términos. Labán comprende que es imposible convencer a Jacob y sus hijas de regresar con él. Entonces “recuerda” la advertencia de Dios: “Guárdate de intentar nada con Jacob, sea bueno o malo lo que intentares”. Jacob y sus esposas, sus hijos y sus “bueyes, asnos, ovejas y esclavos” reinician el largo camino que los llevará a Canaán.

Jacob y su familia prosiguen el viaje de regreso a la tierra natal, pero él teme todo el tiempo el inevitable encuentro con su gemelo Esaú, quien se ha vuelto poderoso y aún podría estar sediento de venganza. Jacob envía a su mensajero y se entera de que Esaú ha salido a buscarlo al frente de una formación que parece un ejército. Que Esaú vaya acompañado por cuatrocientos hombres no es, por cierto, augurio de un reencuentro pacífico.

Jacob envía montañas de obsequios suntuosos para ganarse el favor de Esaú y luego cruza el río Jordán con sus dos esposas, sus dos concubinas y sus once hijos, seguido por todas sus posesiones. Cautó y vigilante, distribuye a los miembros de su familia en formación defensiva; Raquel y José son los últimos de la larga caravana, pues de ese modo estarán a salvo si Esaú ataca. “Dividió a los hijos y a Lía, Raquel y las dos esclavas; y puso a las esclavas y sus hijos a la cabeza de la caravana; y luego colocó a Lía y sus hijos, y últimos iban Raquel y José”. Podemos imaginar el profundo pesar que habrán sentido los hijos de Lía ante el flagrante favoritismo de su padre hacia Raquel y su retoño. Ambas hermanas han sabido adaptarse a la presencia de la otra, pero Jacob, que adora a Raquel, no ve el daño que causa al cubrir de privilegios a ésta y su hijo mientras se prepara para enfrentar a su problemático gemelo. El resentimiento pasará a la próxima generación, y los hijos de Lía serán los más acérrimos rivales de su medio hermano José.

Esaú corre a dar la bienvenida a Jacob, lo abraza y lo besa. Los gemelos se reconcilian, pero Jacob, cauteloso y precavido como siempre, decide llevar a su familia a conveniente distancia de Esaú. Finalmente — como Isaac e Ismael antes de ellos— Jacob y Esaú volverán a reunirse para sepultar a su padre, quien “retornó a su clan en la marchita vejez”. Y así se reconciliarán las dos generaciones.

Jacob y su familia continúan el viaje. “Salieron de Betel, pero cuando estaban a corta distancia de Efrata sobrevinieron a Raquel los dolores del parto, y empezó a peligrar. Y le dijo la comadrona: ‘No temas, porque aún tendrás este hijo’. Con su último aliento —porque estaba agonizando—, Raquel llamó Benoni (‘hijo de mi sufrimiento’) al varón recién nacido; pero su padre lo llamó Benjamín” —que posiblemente significa “hijo de mi brazo derecho”.

La caravana hace un alto en el camino sofocante y polvoriento para buscar agua con que refrescar las sienes de la moribunda Raquel. Las mujeres echan a Jacob y José de su tienda y escuchan ansiosas los gritos cada vez más débiles de Raquel durante el prolongado trabajo de parto. La certeza de la comadrona —“aún tendrás este hijo”— sugiere un parto al revés, en el que lo primero que sale son los pies del bebé. Cuando el niño que tanto ha anhelado por fin llega al mundo, Raquel exhala su último aliento. Parece más preocupada por la nueva vida que ha creado que por la suya propia, que está a punto de perder. El recuerdo más triste en la saga de la familia patriarcal es el de la muerte de Raquel dando a luz a su segundo hijo, al costado del camino, rumbo a Belén.

Jacob tendría que haberse sentido feliz de poder consagrarse a una sola esposa, como Abraham e Isaac antes de él, pero el destino le tiene reservada otra suerte. Cumple sus deberes conyugales con Lía, pero añora a Raquel. Ella es hermosa y melancólica, y Jacob siempre anda prendido a sus faldas. Como el rol de esposa es aptamente desempeñado por Lía —una suerte de “madre tierra”—, Raquel juega el papel de amante en la imaginación de Jacob. Al igual que otras mujeres bíblicas infértiles o madres de pocos hijos, Raquel parece ser la esposa favorita que siempre está sexual y emocionalmente disponible para su apasionado esposo. Su cuerpo no ha padecido los rigores de los alumbramientos y amamantamientos en cadena, y se conserva turgente y bien formado para solaz de Jacob. De hecho, podemos suponer que Jacob tiene relaciones sexuales con Lía y que con Raquel hace el amor. Si Raquel ama a Jacob, jamás lo deja entrever. Cada vez se muestra más insatisfecha con la pasión de Jacob hacia ella. Anhela bajar del pedestal donde él la ha colocado y estar rodeada de niños como su hermana y las otras mujeres de la tribu. Jacob está satisfecho, pero Raquel es símbolo de los deseos incumplidos de una vida segada en plena juventud. Jacob se enamora de ella, mas debe esperar siete años para tenerla. Cuando la desposada se quita el velo y resulta ser Lía, Jacob debe esperar otros siete años para casarse con

Raquel. Luego Raquel ve a Lía dar a luz un hijo tras otro, hasta que por fin y después de mucho esfuerzo ella logra parir un varón. Y luego de haber dado a luz al segundo hijo que tanto anhela, muere.

Jacob sepulta a Raquel en el camino que lleva a Efrata —hoy Belén—, a sólo uno o dos días de distancia de Hebrón y la cueva de Machpelah. La Biblia nada dice de su pena, ni tampoco explica su prisa por enterrarla. El clima caluroso exige dar rápida sepultura a los muertos, una tradición judía que continúa hasta hoy. Raquel es la única de todas las matriarcas que no reposa en la cueva de Machpelah, lugar de sepultura que Abraham compró para Sara y donde también están enterradas Lía y Rebeca. Cientos de años más tarde Raquel continuará sola y, desde el costado del camino, contemplará a los Hijos de Israel, forzados a abandonar la Tierra Prometida e ir al exilio en Babilonia. El profeta Jeremías, quien vivió en Jerusalén en el año 587 antes de la era cristiana y vio la ciudad conquistada por Babilonia y a su pueblo tomado cautivo, se lamentará diciendo

*Se escucha un llanto en Ramá;
un llanto amargo, quejumbroso.
Raquel llora por sus hijos
y rechaza todo consuelo;
llora por sus hijos, que se han ido.*

Jeremías captura la persistente melancolía de Raquel; hasta en la tumba “rechaza todo consuelo” cuando sus hijos son empujados al exilio.

El lamento de Jeremías encuentra eco muchos siglos después en Herman Melville, quien concluye su obra maestra, *Moby Dick*, con las palabras del marinero Ismael: “El segundo día vi que se acercaba una embarcación a vela, y llegó cada vez más cerca, hasta que por fin me rescató. Era la descarriada *Raquel*, que siguiendo las huellas de sus hijos perdidos, sólo encontró otro huérfano”.

El destino de Raquel —siempre expectante, jamás cumplido— ha conmovido a muchos a lo largo de los siglos. Hasta hoy las mujeres estériles van a pedir hijos a “la tumba de Raquel” en las afueras de Belén.

Raquel jamás se siente digna, jamás siente que ha hecho lo suficiente. Ojalá hubiera tenido una perspectiva más amplia de los dones que le había prodigado la vida, en vez de concentrar toda su atención en lo que no tenía y soñaba con tener. Así habría disfrutado de que Jacob la amara hasta el final de sus días, y también de haber quedado por fin embarazada... no una, sino dos veces. Quizás le habría servido recordar a Sara, recurrir a la

madre fundadora como rol modelo: Sara pasó largos años consagrada a Abraham y sin hijos, y siempre se enorgulleció de su rol de portadora de la Alianza.

La historia de Raquel apunta a la necesidad de olvidar nuestras expectativas cuando éstas son imposibles de cumplir. Raquel quiere darle un primogénito a Jacob; quiere acaparar toda su atención y su afecto; quiere tener muchos hijos para asegurarse un rol de peso en los orígenes de una gran nación, como promete la Alianza. Pero ninguna de estas tres cosas será posible. Y entonces Raquel se resiente con su hermana y se muestra frustrada y furiosa con Jacob. Sin embargo, jamás culpa a Dios. Por último aprende a negociar con Lía para que la vida cotidiana sea tolerable y quizás, por momentos, hasta dulce. A veces esto es lo mejor que podemos esperar y deberíamos estar agradecidos de poder lograrlo.

El aura de romántica melancolía que tan bien describe Jeremías —mucho más que cualquier cosa que haga o diga en el Libro del Génesis— le ha valido a Raquel la veneración popular hasta el día de hoy. Raquel simboliza a la madre amante que sacrifica la vida por su hijo. Es la figura romántica cuya vida es segada en plena juventud, antes de haber podido desarrollar su potencial como matriarca y par de su hermana.

Raquel no ve crecer a sus hijos José y Benjamín; no obstante, su breve vida ha modelado la historia. José, nacido de pastores seminómades, llega a ser el insustituible consejero del faraón. Asegura que los otros hijos de Jacob, sus medio hermanos, sobrevivan a una hambruna en Canaán cuando buscan sustento en Egipto —el cuerno de la abundancia del mundo antiguo—. Como líder del clan, lleva el perdón a su familia; perdón que, luego de un larguísimo proceso, dará fin a la dolorosa enemistad entre los bisnietos de Abraham y Sara.

Jacob, Raquel y Lía deben afrontar un conjunto de circunstancias que presentan desafíos intensos, difíciles. Matrimonio, amor, sexo y partos los arrastran en distintas direcciones; la nueva fe en el Único Dios pende de un hilo muy débil, dado que sus seguidores son vulnerables al ataque, la guerra y la absorción por parte de las culturas paganas que los rodean. La competencia por ver quién produce más hijos no es una mera faceta de la rivalidad entre las dos hermanas esposas de Jacob; también refleja la preocupación de ambas por asegurar la continuidad de su pequeña y seminómade tribu de pastores en las etapas iniciales de la nueva fe.

Las esposas de Jacob, como todas las matriarcas en el Libro del Génesis, están unidas a su marido por un factor esencial: la consagración mutua a la supervivencia y la continuidad de su fe y su modo de vida. No

son santas sino peregrinas en viaje. En cada caso, la vida misma las obliga a dejar de lado sus conflictos personales para sostener la institución familiar, en tanto unidad coherente y medio de preservar su identidad y la de su pueblo.

Podríamos suponer que, tras la muerte de Raquel, Lía pudo disfrutar por fin de algunos años tranquilos en compañía de su esposo. Que los celos y la rivalidad quedaron en el pasado. Es cierto que, si bien Jacob amó a Lía menos que a Raquel, Lía dio a luz a diez de sus doce hijos varones, y además parió una hija: Dina. Lía reina como madre suprema de las tribus de Israel: su nombre es fuente de bendición junto a los de Sara, Rebeca y Raquel, madres fuertes y decididas del nuevo pueblo.

Pero Lía siempre es nombrada en segundo lugar, después de Raquel. Raquel es una figura excluyente y romántica en la memoria del pueblo judío. Es el primer y único amor de Jacob; su único amor verdadero y perdurable.

CINCO

La viuda que se atrevió

Para tomar las riendas de su destino, la joven viuda Tamar concibe un plan muy audaz que desafía el orden patriarcal de su época.

Judá, el cuarto hijo de Lía y Jacob, se ha casado y su mujer le ha dado tres hijos: Her, Onán y Sela. El mayor de los tres, Her, se casa con Tamar, también de origen cananeo. Her muere repentinamente y Judá observa la costumbre conocida como ley de levirato —de la palabra latina *levir*, que significa “hermano político”—, que obliga al hijo varón a desposar a la viuda de su hermano si éste ha muerto sin dejar descendencia masculina. El propósito de esta ley, como la define el Deuteronomio, es “que el primer hijo varón que ella conciba sea atribuido al hermano muerto, para que su nombre no sea borrado de Israel”.

Sabemos que el hijo de Lía y Jacob se ha casado con una mujer cananea. En tiempos de Abraham e Isaac era importante para los patriarcas elegir esposa dentro de su misma estirpe porque la nueva fe era frágil, estaba confinada a un clan pequeño y a menudo consistía en un diálogo personal entre ellos y Dios. Cuando Judá ya es un hombre adulto y un líder, la nueva fe está más establecida y a salvo y los padres de las doce tribus de Israel han ocupado sus lugares.

Judá instruye a Onán, su segundo hijo: “Cásate con tu cuñada, a fin de dar un sucesor a tu hermano’. Pero Onán, sabiendo que la sucesión no iba a ser suya, impedía que su esposa concibiera cada vez que se unía con ella, para que no nacieran herederos de su hermano. Lo que hacía

desagradaba al Señor, y por eso también lo hirió de muerte”. El escaso registro de visitas de Onán glosa los encuentros íntimos, que han de haber sido degradantes y frustrantes para Tamar.

Para Onán, la ley de levirato es injusta. A su entender, la muerte de su hermano mayor debería dejar el camino libre para que él asumiera los derechos y privilegios del primogénito. En cambio, la ley lo obliga a engendrar un hijo que sustentará el nombre y los derechos de nacimiento de su hermano y obstaculizará el acceso de sus propios hijos a la herencia.

Aunque llega a la casa de Tamar cargado de resentimiento, Onán responde contra su voluntad a los encantos de la atractiva mujer que su hermano amaba. Cuando “se une con ella”, su pasión es innegable; pero en el último instante se retira y deja caer el semen al suelo.

Una y otra vez Tamar se obliga a soportar las visitas de Onán. Es de presumir que presta tan poca atención a su placer personal como el propio Onán, pero no obstante recurre a todas las habilidades amatorias que cultivó con su primer esposo en la esperanza de que Onán consuma la unión hasta el final. Si logra concebir un hijo, dice para sus adentros Tamar, olvidará el enojo que le sobreviene cada vez que se somete a las caricias toscas e impersonales de su segundo esposo. Pero Onán se asegura muy bien de no plantar jamás su semilla en Tamar.

El método de control de la natalidad practicado por Onán —el *coitus interruptus*, la retirada previa a la eyaculación— “era desagradable a ojos del Señor”. Onán no solamente repudia su deber legal hacia Tamar; al hacerlo, deja de engendrar los hijos esenciales para la continuidad del clan.

Tamar está decidida a honrar las costumbres del pueblo de su esposo y a seguir siendo parte de su familia. Onán, que no comparte el compromiso de Tamar con la nueva fe, paga el precio más alto: su negativa lo lleva a la muerte.

El deber de asegurar la continuidad del linaje del hijo mayor recae finalmente sobre Sela, el hijo menor de Judá. Judá le ordena a Tamar que regrese a la casa de su padre y viva allí como viuda hasta que el pequeño Sela sea mayor y pueda casarse con ella.

Sin embargo, no está en los planes de Judá mantener la promesa hecha a Tamar y cumplir la ley. Dos de sus hijos han compartido el lecho con ella, y los dos están muertos. Judá teme que su último hijo, Sela, “pueda también morir como sus hermanos” si se casa o se acuesta con Tamar.

Tamar arde de furia y orgullo herido, pero debe reprimir su enojo. Añora concebir un hijo, y no obstante se le niega la oportunidad de concebir. En tanto viuda sin hijos en casa de su padre, se ha convertido en una carga indeseada y sin sostén económico o social. Está sola y aislada. El cronista bíblico no menciona madre, hermana, amiga ni pariente que la consuelen o hablen en su defensa. Por si esto fuera poco, es considerada una extranjera en su propia comunidad.

Tamar, que viste el negro y tenebroso atuendo de las viudas y lleva la casta vida de una solterona, ve que sus años fértiles se le escurren entre los dedos.

Los años pasan y la esposa de Judá muere. Sela llega a la mayoría de edad. Conocedora de sus derechos bajo la ley de levirato, Tamar sabe que Judá está obligado a casarla con Sela, el hermano que queda. Pero, después de tantos años de negligencia y postergación, comprende que ese matrimonio jamás llegará a consumarse. Cree que enfrentar a Judá será inútil. Judá sabe cuáles son sus responsabilidades pero, después de haber intentado cumplirlas con resultados desastrosos, se ha desentendido de la ley de levirato y de Tamar. Ella también sabe que todos la consideran una viuda “contaminada” porque sus dos primeros esposos han muerto, y que tiene muy pocas posibilidades de volver a casarse. En suma, se sabe una mujer maldita.

Su preponderancia y su lugar en la comunidad dependen de su rol de madre y esposa. En el transcurso de los años, en sus interminables noches solitarias, ha analizado hasta el último detalle las dos únicas opciones que le quedan. Puede volverse humilde y obsequiosa... y pasar el resto de su vida en la casa de su padre. O puede optar por la acción y utilizar su inteligencia, su coraje y el poder del sexo para crear el futuro al cual cree tener derecho. Tamar es dolorosamente consciente del poco tiempo fértil que le queda para concebir un hijo.

Resuelve impedir que la hagan a un lado. Pergeña un plan y espera la ocasión propicia. Cuando se entera de que Judá va camino a Tamna a esquila sus ovejas, está preparada. Su plan es audaz y peligroso, pero ha reunido toda la información necesaria. Sabe que durante las celebraciones que marcan la temporada de esquila muchos hombres disfrutaban de los servicios de las prostitutas que plantan sus tiendas a los costados del camino. Supone que Judá, viudo reciente, probablemente aceptará sin reparos una oferta sexual.

¿Pero qué ocurrirá si, en vez de Judá, se le acerca algún otro? ¿Y si no es el momento propicio del mes para concebir? ¿Y si Judá no se deja ver

por allí o elige otra ruta? ¿Y si alguien la denuncia por prostitución? Tamar está dispuesta a correr todos estos riesgos.

Se dirige a Enaim y escoge un lugar en la encrucijada donde Judá pueda verla camino a Tamna. La encrucijada —en hebreo, “la madre de los caminos”— es una metáfora inmemorial de las decisiones cruciales.

Con la gracia de una bailarina, Tamar se transforma en un santiamén: cubre su rostro con un velo y se envuelve en sus ondas sedosas. El hecho de estar al borde del camino delata su profesión. ¿Quién si no una prostituta se atrevería a sentarse sola al costado de una carretera pública?

La Biblia nos dice que Tamar “se sentó en la entrada de Enaim, en la encrucijada del camino a Tamnas. Cuando Judá la vio, sospechó que era una mujer pública; porque se había cubierto el rostro para no ser conocida. Y acercándose a ella, le dijo: ‘Déjame que cohabite contigo’; pues no sabía que era su nuera.

“¿Y qué me darás a cambio de dormir conmigo?’, preguntó ella.

”Y él replicó: ‘Te enviaré un cabrito de mi rebaño’.

”Pero ella dijo: ‘Debes darme algo en prenda hasta que lo envíes’.

”Y él dijo: ‘¿Y qué habré de darte en prenda?’

”Y ella respondió: ‘Tu anillo de sello y el brazaletes y el bastón que llevas en la mano’.

”Y él se los dio y yació con ella; y ella concibió un hijo de él. Y levantándose siguió su camino. Se quitó el velo y volvió a ponerse su vestido de viuda”.

La transacción es directa, comercial. No hay detalles eróticos ni episodios rutilantes. Sólo sabemos que el encuentro dura lo suficiente para que Tamar conciba un hijo antes de que Judá prosiga su viaje. Tamar se retira enseguida de la escena de la seducción, se quita el velo, retoma su papel de viuda y espera que nadie, excepto Judá, se entere de lo ocurrido.

Como es un hombre de honor, Judá intenta cumplir su palabra. Manda a un amigo de confianza, un odolamita llamado Hirá, a buscar a la mujer, entregarle el cabrito prometido y recuperar los objetos que le ha dejado en prenda. Judá queda perplejo y alarmado cuando Hirá le anuncia que la mujer en cuestión no sólo ha desaparecido sino que nadie recuerda haber visto una prostituta en el lugar donde él la interceptó. Teme que alguien reconozca su anillo de sello y divulgue el rumor de que ha visitado a una mujer pública, cosa que lo llenaría de vergüenza y oprobio entre los miembros de su tribu. Ansioso por impedir los rumores, decide dejar de buscar a la prostituta y olvidarse del asunto.

Pasan los meses y Tamar ya no puede seguir escondiendo su vientre abultado de la vista pública. Judá se entera de que Tamar está embarazada cuando los chismosos del pueblo le dicen: “Tu nuera Tamar ha pecado; está preñada por haberse prostituido”. Judá corre a buscarla y exige: “Sacadla afuera... y quemadla”.

Tamar sabe que el castigo por concebir un hijo fuera del matrimonio es la muerte. Cuando sale de su tienda, completamente sola en el mundo excepto por el niño que lleva en el vientre, la rodea una turba que se regocija con su desgracia.

Tamar permanece erguida, con la frente alta, como la palmera datilera de la que lleva el nombre. No pierde la calma, confía en que su causa es justa. Sólo necesita unas pocas palabras para describirle su situación a Judá. Cuando comienzan a arrastrarla, le entrega a su suegro un atado y un recado: “Del varón a quien pertenecen estas prendas he concebido”. Y agrega: “Mirad bien de quién es ese anillo, y ese brazaletes, y ese bastón”.

El suspenso llega a su punto culminante cuando Tamar —sola, erguida, con la cabeza bien alta— enfrenta al poderoso patriarca Judá en medio de la multitud desaforada y sedienta de sangre. No sabe si su audacia le traerá la victoria o si será quemada viva junto al bebé que lleva en el vientre.

Al ver aquellos objetos, Judá retira la rápida condena por prostitución contra su nuera. Reconoce los objetos como propios y admite lo que significan. Se encuentra en una encrucijada: o acepta el reclamo de paternidad de Tamar o permite que ella y su heredero sean asesinados injustamente. Aunque Tamar lo embaucó en la encrucijada de Enaim y Tamna y ahora lo expone a la vergüenza pública, Judá pone de manifiesto sus mejores rasgos de carácter —decencia y rectitud— en un acto que presagia al líder israelita que llegará a ser. No niega la verdad, no da excusas ni señala a Tamar como chivo expiatorio. En cambio asume su responsabilidad y se culpa a sí mismo. Ha desobedecido la ley al no darle un esposo a Tamar, y ha incumplido sus obligaciones familiares al enviarla lejos de la familia.

Declara: “Menos culpa tiene ella que yo, puesto que yo no se la he dado como esposa a mi hijo Sela”. La multitud, pasmada, se dispersa.

Judá recibe otra vez a Tamar en el seno de la familia. Pero la Biblia deja en claro y sin medias tintas que jamás vuelve a compartir intimidad sexual con ella: “él nunca más volvió a conocerla”. Seis meses después Tamar da a luz a los varones gemelos Fares y Zara. No sólo no es castigada sino que los recién nacidos aseguran el futuro de la que será la tribu de

Judá y dan origen al linaje ancestral que, siglos más tarde, conducirá al rey David, y mucho después, de acuerdo a la tradición cristiana, a Jesús.

La clave de la historia de Tamar es su negativa rotunda a acurrucarse en el rincón más oscuro de la casa de su padre y desaparecer. Aunque aparentemente carece de poder, no permite que Judá ignore sus derechos legales. El suegro de Tamar demuestra su rectitud cuando reconoce haberla tratado con desconsideración.

En última instancia, tanto Judá como Tamar actúan con nobleza. Tamar maniobra con audacia para huir de dos tragedias: la miseria íntima de una viudez solitaria y sin hijos, y la ejecución pública de una mujer que se rehusó a aceptar ese destino.

Judá es cobeneficiario de su plan porque la decisión de Tamar de “hacerse prostituta” asegura la continuidad de su linaje. Como Eva, Tamar usa todo su poder sexual en pos de una causa justa. Aunque nos resulte impactante que haya involucrado a su suegro en una relación sexual, su decisión de arriesgarlo todo para concebir un hijo —sin importarle cuán lejos deba llegar o hasta dónde deba transgredir las normas y costumbres sociales— le ha ganado un lugar en la historia de su pueblo. Su impulso de concebir es irrefrenable y ni siquiera la amenaza de muerte puede disuadirla. Su uso anticonvencional de la sexualidad desafía al patriarca que no cumplió sus obligaciones legales con ella.

Tamar no desea humillar a Judá. Al entregarle el atado con su anillo de sello, su brazaletes y su bastón le da la oportunidad de hacerse cargo de lo que hizo y actuar como un juez sabio y un líder humilde. Jacob, su padre, nombrará a Judá líder de sus hermanos y predecirá que “el cetro no se apartará de Judá” y que “los pueblos le rendirán homenaje”.

En su deseo de ser madres, muchas mujeres modernas desafían las convenciones sociales o transgreden los límites de la biología y la tecnología. Pero no deben afrontar el conjunto de obstáculos sociales y normas tradicionales que afrontó Tamar. Las mujeres de hoy tienen múltiples opciones con las que Tamar ni siquiera podía soñar, entre ellas volver a casarse, adoptar un niño o implementar complejas técnicas de fertilización. Pero los valores que la Biblia celebra en esta historia —el coraje individual y el irreprimible impulso femenino de dar vida— son inmemoriales.

Sin embargo, no basta con soñar cambiar el statu quo y esperar tiempos mejores. Tamar, deseosa de tener un hijo, se niega a regodearse en

la autocompasión o a someterse a un trato injusto. Hace los deberes, se concentra en sus objetivos y piensa estrategias creativas y constructivas para alcanzarlos. Su audacia, su temeridad y su constancia producen aquello que en última instancia desea: ocupar la posición de una matriarca respetada en la familia de su difunto esposo.

Los cronistas bíblicos tratan con dignidad y simpatía la multiplicidad de recursos de Tamar y su manera de desafiar las convenciones. Su historia afirma que basta un solo ser humano para marcar un hito en la historia, aunque esa persona sea “sólo una mujer”, alguien de afuera, uno de los miembros menos poderosos de la sociedad. En vez de esperar un milagro o resignarse a la servidumbre perpetua, Tamar hace un despliegue de imaginación e iniciativa para tomar las riendas de su destino. La Biblia loa y recompensa su coraje porque sirve a un objetivo mayor que su propio bienestar inmediato: los valores bíblicos esenciales atinentes a la familia y la continuidad del linaje.

SEIS

Cómo atrapó Dalila al imbatible Sansón

Sansón, el héroe popular de fuerza sobrehumana del Libro de los Jueces, es un adolescente en el cuerpo de un adulto, un lobo solitario impulsivo y de pésimos modales. En el siglo XII antes de la era cristiana, Sansón y sus hermanos israelitas están algo impacientes e incómodos bajo el yugo de los poderosos y bien pertrechados filisteos. Sin embargo, Sansón encuentra irresistibles a las filisteas y se enamora de Dalila, una astuta espía. Esta historia de deseo y traición implica un recorrido desde la obsesión destructiva hasta la elevación espiritual y la redención final.

Como muchas madres de hombres destacados de la Biblia —entre ellas Sara, Rebeca, Raquel y Ana—, la de Sansón ha sido infértil durante largos años. La Biblia relata que un ángel de Dios se le aparece y le advierte “no debes beber vino ni ningún otro elixir intoxicante, ni comer cosa alguna que sea inmunda. Porque has de concebir y parir un hijo; y la navaja no habrá de tocar su cabeza, pues ha de ser un nazareo consagrado a Dios desde el vientre materno”. (La palabra hebrea *nazirite* alude a aquel que se destaca del resto y se define por un voto —un acto voluntario de

devoción—; por ejemplo, no cortarse el cabello o abstenerse de beber alcohol.) En este caso, el estatus de nazareo conlleva un propósito elevado. Dice el ángel del hijo prometido: “Será el primero en libertar a Israel de los filisteos”.

Curiosamente, la Biblia no menciona el nombre de la madre de Sansón. La mujer le cuenta a su esposo, Manué, que se ha encontrado con un hombre “que parecía un ángel de Dios”, y Manué está alborozado porque van a tener un hijo. Poco después ella vuelve a encontrarse con el ángel “estando sentada en el campo, pero su esposo Manué no estaba con ella”. Va a contárselo a Manué, quien la sigue y encuentra al ángel todavía sentado en el campo. Manué también escucha la predicción y acepta las condiciones estipuladas para la crianza de su futuro hijo.

“Y la mujer concibió un hijo, y lo llamó Sansón. El niño creció y fue bendecido por el Señor”. El largo período de infertilidad de los padres sugiere que son ancianos y que están sobrecogidos por el milagro del nacimiento de Sansón. Como les han dicho que su hijo será el libertador de su pueblo, se sienten intimidados y no le imponen los límites que todo niño necesita. Sansón desarrolla los clásicos rasgos de un niño malcriado y narcisista: sentido exagerado de su propia importancia, marcado interés en las fantasías de poder ilimitado, exhibicionismo y sed de admiración constante. Si Sansón alguna vez considera las expectativas heroicas que Dios y sus padres han puesto en él, la Biblia no lo menciona.

No obstante, debe advertir que es distinto de sus pares. Es probable que los otros niños se burlen de él por ser un gigantón de larga cabellera, y quizás también murmuren a sus espaldas y lo molesten a causa de aquel hombre extraño, de quien dicen era un ángel, que su madre encontró en los campos.

Quizás por haberse criado en una aldea de pastores sujeta a las antiguas tradiciones de la pequeña y pobre tribu israelita de Dan, Sansón se siente atraído por el mundo prohibido del enemigo: los ricos, sofisticados y sexualmente permisivos filisteos de los cinco pueblos que bordean la costa del mar Mediterráneo. Es ambivalente respecto de los filisteos. Quiere ser aceptado entre los hombres jóvenes y amantes de las diversiones; ellos están intrigados por su extraordinaria fuerza física pero también lo humillan y se niegan a tratarlo como uno de los suyos. Bajo una superficie frívola, Sansón alberga un profundo resentimiento.

La Biblia dice que cuando Sansón visita Tamna, un pueblo en el país montañoso de Judá, le llama la atención una muchacha entre las mujeres filisteas. Vuelve a su casa, les habla a sus padres de ella y les exige:

“Conseguídmela como esposa”. Y ellos responden: “¿Acaso no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos, y en todo nuestro pueblo, que quieres tomar esposa de la nación filistea, gente que no está circuncidada?”

Pero Sansón no les hace caso. Le ordena a su padre: “Pide a ésa por esposa mía, porque es la que me agrada”. Dicho esto, Sansón y sus padres se dirigen a Tamna.

En otra ocasión, cuando Sansón atravesaba completamente solo un viñedo en Tamna, “un león adulto corrió hacia él, rugiendo. El espíritu del Señor lo poseyó y lo desgarró en dos con sus manos desnudas, como si hubiera sido un cabrito o un niño; pero no les dijo a su padre ni a su madre lo que había hecho. Luego bajó y habló con la mujer que le agradaba, y ella complació a Sansón”. Sansón, pasmado ante su propia fuerza, no les dice nada a sus padres acerca del león. Actúa solo, y por el resto de su vida continuará siendo un solitario.

Sólo al final de sus días deja de comportarse como un adolescente terco y ensimismado. En ciertos aspectos se parece a algunas de nuestras celebridades contemporáneas: posee extraordinarias capacidades físicas y disciplina, y gracias a ellas gana la admiración de sus pares y sus padres. Sin embargo, sólo se interesa por sí mismo y por sus propios deseos; esta característica, combinada con la alacridad con que los demás satisfacen sus caprichos y toleran su egocentrismo, lo lleva a creer que jamás tendrá que sufrir las consecuencias de sus actos.

Su decisión de casarse con una mujer filistea perturba a sus padres, que no obstante viajan con él a Tamna para que Manué hable con la mujer “que tanto agradó a Sansón”.

Se celebra la boda, pero sólo sirve para provocar una escalada de ira y venganza en Sansón. En la ruidosa fiesta de solteros, durante el tradicional festejo de bodas de siete días, todos beben como cubas excepto Sansón, quien jamás pierde la cautela en compañía de los filisteos y honra como debe sus votos nazareos. Para contribuir al ánimo celebratorio, inventa un enigma sobre el panal de miel construido por un enjambre en la osamenta del león que él había destrozado con sus propias manos. Les dice a sus invitados que, si logran resolver el enigma antes de que termine la semana, les obsequiará “treinta vestidos y treinta túnicas de lino”. Pero si no pueden darle una respuesta correcta en el mismo plazo, tendrán que darle, ellos a él, treinta túnicas de lino y treinta vestidos. Los filisteos responden: “Propón el enigma y te escucharemos”.

El enigma de Sansón dice así:

*Del devorador salió manjar,
y del fuerte salió dulzura.*

Los invitados a la boda de Sansón, que jamás lo han aceptado como uno de los suyos, deploran el poder que ostenta sobre ellos y las condiciones que les ha impuesto. Interceptan a su futura esposa en secreto y amenazan con hacerle daño, a ella y a su familia, si no persuade a Sansón de revelarles la respuesta del enigma. “Entonces la esposa de Sansón no dejaba de llorar y quejarse, diciendo: ‘Tú me aborreces; no me amas. Les has propuesto un enigma a los jóvenes de mi pueblo, pero no me has revelado la respuesta’. Y él respondió: ‘No quise decírsela ni a mi madre ni a mi padre, ¿y pretendes que te la diga a ti?’ Ella no obstante siguió llorando los siete días que duró la fiesta, y al final del séptimo día le reveló Sansón el enigma para que lo dejara en paz. Ella fue corriendo a revelárselo a sus paisanos. El séptimo día, antes de la puesta del sol, los jóvenes del pueblo dijeron a Sansón: ‘¿Qué cosa hay más dulce que la miel, y quién es más fuerte que un león?’”

Sansón comprende al instante que su mujer lo ha traicionado. Furioso y humillado, dice a sus invitados: “¡Si no hubieseis arado con mi ternera, no habríais descifrado mi enigma!” De este modo les hace saber que él sabe que le han arrancado la información a su esposa. La palabra “ternera” refiere a su mujer, en tanto “arar” sugiere intimidad sexual entre los filisteos y su esposa filistea.

La venganza de Sansón es terrible. “El espíritu del Señor se apoderó de él. Bajó a Ascalón y mató a treinta hombres [filisteos]. Les quitó los vestidos y se los entregó a los que habían descifrado el enigma”. Todavía presa de la ira, Sansón se marcha a la casa paterna. Aparentemente abandona a su esposa, que es casada de inmediato por su padre con uno de los invitados a la boda.

Pasa el tiempo. Un buen día, Sansón decide visitar a su esposa y se enfurece al enterarse de que está casada con otro. Para calmarlo, el padre de la muchacha sugiere que se case con la hermana menor de ésta, quien, según dice, es “más bella aun” que su anterior esposa. Sansón siente que han violado sus derechos. Y proclama: “De hoy en más los filisteos no tendrán motivos para quejarse de mí, si les pago todo el daño que me han hecho”.

La venganza de Sansón tiene el tono exagerado de un cuento popular, como el resto de su historia. Atrapa trescientas zorras, las ata por pares, cola con cola, y enciende una tea en medio de cada par. Luego “suelta a las

zorras, con las colas encendidas, entre las mieses de los filisteos; e incendiadas éstas, se quemaron así las mieses hacinadas como las que estaban por segar; y las llamas tanto se propagaron que abrasaron las viñas y los olivares”. Los filisteos, furiosos con Sansón, atrapan a su ex esposa de Tamna y al padre de ésta, y los queman vivos.

Una vez hecho esto, los filisteos deciden capturar al mismísimo Sansón.

Sansón es un luchador temerario e indómito, pero desesperadamente ingenuo cuando se trata de mujeres. Aunque combate a los filisteos y llega a matar mil hombres de una sola vez, no puede apartarse de sus mujeres.

Los filisteos ven una inmejorable oportunidad en las frecuentes visitas de Sansón a los distritos rojos de Ascalón, Gaza y otras ciudades filisteas. Descubren que Sansón “ama” a Dalila, una informante palestina instalada en el valle de Sorec. Los líderes filisteos interceptan a Dalila y le ofrecen un trato lucrativo: “Engáñalo con caricias y averigua de dónde le viene esa fuerza tan grande y cómo podremos sojuzgarlo, atarlo y dejarlo indefenso; y te daremos cada uno mil cien siclos de plata”.

Con voz melosa, Dalila le pregunta a Sansón: “Dime, ¿en qué consiste tu magnífica fuerza? ¿Y con qué cosa podrían atarte para dejarte por completo indefenso?” Y Sansón replicó: ‘Si me ataran con siete tendones frescos que aún no se hubieran secado, me volvería tan débil como el común de los hombres’. Le llevaron, pues, los príncipes de los filisteos, siete tendones frescos que aún no se habían secado. Dalila ató a Sansón con ellos, quedándose aquéllos al acecho, agazapados en su alcoba. Luego Dalila gritó: ‘¡Sansón, los filisteos se arrojan sobre ti!’ Mas él rompió las ataduras, como se rompe un hilo torcido de borra de estopa acercándole una llama. Y el secreto de su fuerza continuó oscuro.”

Sansón, que aparentemente ha aprendido la lección después de esta experiencia, se cuida de no bajar la guardia y revelar el origen de su fuerza. Pero Dalila, astuta y venal, sabe que él está loco por ella y confía en que tarde o temprano logrará arrancarle el secreto.

La atracción de Sansón hacia Dalila se origina en las mismas razones que lo atraen al común de los filisteos. Son diferentes de sus compatriotas israelitas y su aparentemente superior “otredad” —su poderío político, tecnológico y militar; la vida que llevan, libre de las exigencias de la fe de Sansón— lo fascina.

Dalila adula y seduce a Sansón. Sus preguntas constantes son un nuevo componente erótico en sus encuentros nocturnos, del que Sansón cree no poder prescindir. Rápidamente establecen los términos del vínculo.

Cada noche Sansón describe distintas cuerdas y ataduras y le dice a Dalila que, si las empleara para atarlo, “se volvería tan débil como el común de los hombres”. Luego ella lo ata y alerta a los filisteos gritando: “¡Sansón, los filisteos se arrojan sobre ti!” Sansón hincha los músculos y las cuerdas se rompen como hilos de modista. La noche siguiente, con voz sensual cargada de admiración, Dalila vuelve a arremeter: “Dime cómo habría que atarte”.

Sansón se obsesiona con Dalila. Está descontrolado, ya no sabe quién es ni a quiénes debe lealtad, y, desde luego, ha perdido toda capacidad de autopreservación. Se ha vuelto adicto a un juego peligroso. Con absoluta confianza en sí mismo, rayana en la temeridad, pone en juego su propia vida, el futuro de su pueblo y el plan de Dios. Sólo le importa una cosa en este mundo: satisfacer su anhelo sexual.

Dalila frunce los labios como si fuera a llorar y lo acicatea: “¿Cómo puedes decir que me amas, cuando tu corazón no está unido conmigo? Tres veces me has mentado, y no me has revelado qué es lo que te hace tan fuerte”.

Sansón ve debilitada su resolución de guardar el secreto. “Como lo importunase y por muchos días lo hostigase casi sin dejarlo respirar, desmayó el ánimo de Sansón y cayó en un mortal abatimiento. Entonces, revelándole la verdad, le dijo: ‘Nunca ha pasado navaja por mi cabeza; yo soy nazareo consagrado a Dios desde el vientre de mi madre. Si mi cabello fuera cortado, perdería mi fuerza y me volvería tan débil como el común de los hombres’”.

Dalila advierte que esta vez, al darle una respuesta tan diferente de las anteriores, Sansón le ha dicho la verdad. Lo arrulla hasta que por fin se duerme, mientras los príncipes filisteos esperan ansiosos en las sombras con los “mil cien siclos de plata” que cada uno le ha prometido. El musculoso cuerpo de Sansón reposa sobre la suave y acogedora carne del regazo de Dalila. Está entregado como un niño. Engañándose a sí mismo, ha llegado a creer que el amor de Dalila es tan profundo como el suyo.

Dalila manda llamar a los príncipes filisteos. Uno de ellos entra en la alcoba, corta siete rizos de la cabellera de Sansón y se marcha. Luego da comienzo la rutina nocturna y Dalila grita a viva voz: “¡Sansón, los filisteos se arrojan sobre ti!”

Sansón despierta, creyendo que podrá romper las ataduras y liberarse como de costumbre. Pero, como dice el texto bíblico: “no sabía que el Señor se había retirado de él”.

Cuando levanta la mano para tocarse el cabello, reconoce la traición de Dalila y su propia degradación. Sin su cabellera, Sansón es tan débil como el común de los hombres.

Con los siclos de plata en la mano, Dalila guarda silencio. Mira cómo los filisteos atrapan a su amante y le arrancan los ojos. Los filisteos amarran a Sansón con cadenas de bronce, lo hacen esclavo y lo obligan a mover la rueda de un molino en la cárcel.

Al compartir el secreto de su don divino Sansón ha vendido el equivalente de su derecho de nacimiento a cambio de pasajeros momentos de placer, así como lo hiciera el hermano gemelo de Jacob, Esaú, quien cambió su derecho de primogénito por un cuenco de lentejas. En ambos casos, el deseo de gratificación inmediata clausuró para siempre el camino hacia un futuro brillante. A lo largo de la historia hemos conocido casos de hombres poderosos quienes, al igual que Sansón, mantuvieron aventuras sexuales que dieron por tierra con todo aquello que se habían esforzado por alcanzar.

Aunque Sansón no lo sabe, tendrá una segunda oportunidad. “Después de que le hubieron cortado el cabello, volvió a crecer”.

Pasa el tiempo. Los filisteos, todavía exaltados por la captura de Sansón, se reúnen en su templo principal para ofrecer un sacrificio al dios Dagón. “Después de haber comido y bebido, dijeron: ‘Traednos aquí a Sansón y haced que baile para nosotros’. Y Sansón fue sacado de la cárcel y bailó para ellos”.

Con la piel de los tobillos lacerada por los pesados grillos, Sansón es obligado a bailar como un oso de circo para la multitud enardecida. Sus órbitas están oscuras y vacías. Pero, paradójicamente, ahora ve con una claridad que no tenía en tiempos de su fuerza sobrehumana, cuando su pasión por Dalila lo cegaba. Su vida de entonces era rimbombante antes que heroica, pues todo heroísmo verdadero demanda sacrificios. Su esclavitud y su humillación presentes reflejan la opresión del pueblo israelita bajo el dominio filisteo.

Los filisteos colocan a Sansón entre los pilares del gran templo. “Y Sansón le dijo al muchacho que lo guiaba de la mano: ‘Déjame tocar las columnas que sostienen este edificio, para que pueda recostarme sobre ellas y descansar un poco’. Es de advertir que el templo estaba colmado de hombres y mujeres, y se hallaban allí todos los príncipes de los filisteos, y cerca de tres mil hombres y mujeres miraban bailar a Sansón desde las azoteas y los techos del edificio”.

Mientras todos se burlan de él, Sansón comprende el verdadero origen de su fuerza. Sus tupidas trenzas han vuelto a crecer, y el espíritu de Dios ha regresado a él. Sansón lo invoca: “¡Oh Señor Dios! Por favor acuérdate de mí y restitúyeme la fuerza sólo por esta vez, oh Dios, para que pueda vengarme de los filisteos, aunque más no sea porque me han arrancado los ojos’. Y agarrando las dos columnas en que estribaba el edificio, una con el brazo derecho y la otra con el izquierdo, se apoyó contra ellas diciendo: ‘¡Muera aquí Sansón con los filisteos!’. Y empujó con todas sus fuerzas. Y el edificio se desplomó sobre los príncipes y la demás gente que allí había. De esta manera Sansón mató a muchos más en su muerte que los que antes había matado en vida”.

Muertos los príncipes, los filisteos se dispersan y pronto son vencidos por los israelitas.

Los parientes de Sansón excavan los escombros del templo en busca del cadáver del héroe muerto. Después “acudieron sus hermanos con toda su parentela, tomaron su cuerpo, y lo sepultaron entre Saraa y Estaol, en el sepulcro de su padre Manué”. Sansón ha vuelto a sus raíces, al lugar del que provenía, ya que “el espíritu del Señor entró por primera vez en él en el campamento de Dan”, entre las aldeas de Saraa y Estaol. Sansón, quien pasó gran parte de su vida entre los filisteos, regresó con honores a su tierra natal: a la tribu de Dan.

El romance de Sansón y Dalila, una de las historias más conocidas de la Biblia, ha sido recreado en relatos y novelas, pinturas, óperas y películas. Casi siempre el tema principal es el contraste entre la solitaria fuerza sobrehumana del gigantón y la sofisticada astucia de la mujer, que lo deja indefenso como un niño de pecho. Como celebridad cuya fama se debe pura y exclusivamente a su extraordinaria fortaleza física, Sansón no podría haberse ganado un lugar de privilegio en la saga bíblica. Pero con su último acto consciente se transforma en héroe y sus arrebatos temerarios ingresan con bombos y platillos en la historia de su pueblo.

Ingenuo, crédulo y absolutamente incapaz de aprender de las experiencias pasadas, Sansón se enamora dos veces de mujeres filisteas que lo traicionan y lo entregan. Para los padres y la tribu de Sansón, estas mujeres representan una amenaza y son indignas de confianza. Pero el musculoso forzado que rescatará a su pueblo en un futuro no muy lejano es apenas un montoncito de arcilla blanda y maleable en sus manos. Las

quejas y los llantos de las filisteas hacen de Sansón un pusilánime, un tonto y un cobarde moral.

Una vez capturado y esclavizado, sus opciones son escasas. Podría suplicarle a Dios que lo libere o lo ayude a escapar. Podría matarse. Podría soportar el encarcelamiento y, tarde o temprano, morir en manos de sus captores. Pero en cualquiera de estos casos no habría cumplido la profecía de “liberar a Israel de los filisteos”. Sansón encuentra una manera de acabar con su vida en beneficio de su pueblo. Cuando elige sacrificarse por el bien común, Sansón da sentido a su muerte y deja un legado de heroísmo a las tribus de Israel.

Sansón realiza su última hazaña solitaria cuando por fin comprende que la extraordinaria fuerza de la que ha hecho alarde y abusado durante casi toda su vida es un don de Dios. Sólo cuando se ve burlado, envilecido y esclavizado en un templo pagano Sansón se acerca a su Dios, y por primera vez le pide ayuda mientras camina “a través del valle de las sombras de la muerte”. Ahora que está ciego, por primera vez en su vida puede “ver”. Cuando parece físicamente más débil, es el más fuerte de todos en el plano espiritual.

Sansón es un individuo lleno de defectos, problemático y hasta irritante. Sus fabulosos despliegues de fuerza han cautivado desde siempre nuestra imaginación, y no obstante son pocos los padres que llaman Sansón a sus hijos (para el caso, también son pocos los que llaman Dalila a sus hijas). Los comentaristas modernos han diagnosticado un amplio espectro de desórdenes emocionales y físicos que parecen corresponder a la conducta de este joven impulsivo y en ocasiones violento. Algunos dicen que el secreto que en realidad descubrió Dalila era el masoquismo sexual de Sansón, que el *Manual de Diagnóstico y Estadística de Desórdenes Mentales* define como “un modo predilecto o exclusivo de producir excitación sexual, ser humillado, atado, golpeado u obligado a sufrir de alguna otra manera”. Otros aducen que el corte del cabello simboliza la castración. Pero estas interpretaciones clínicas denigran a Sansón y privan a su historia de la victoria trágica.

La cultura popular suele invocar el nombre de Dalila para ilustrar con cuánta facilidad una mujer de corazón falso puede llevar a la ruina a cualquier hombre, por más fuerte que sea. Ésta es una perspectiva estrictamente masculina que podría aplicarse por igual a una mujer deslumbrada por un hombre mentiroso que le endulza el oído con palabras. Pero Sansón es el único responsable de su comportamiento imprudente, en particular después del trágico fin de su esposa filisteas. Él

sabe muy bien que los filisteos son despiadados. Culpar a Dalila por la caída de Sansón es lo mismo que culpar a Eva por la desobediencia de Adán en el Jardín del Edén. Ni Adán ni Sansón han sido forzados a mantener una relación sexual. Ambos son agentes morales libres y responsables de sus acciones. Pensar que los hombres son las débiles víctimas de las maquinaciones femeninas sólo sirve para infantilizarlos y despojarlos de toda responsabilidad y confiabilidad personal.

Sansón se enamora de Dalila, pero ella no corresponde su amor ni siente ningún tipo de lealtad hacia él. Aunque cabe señalar que tampoco dice sentirlo. Jamás dice amar a Sansón; sólo reclama que él dice amarla pero “se mofa de ella” dándole respuestas falsas sobre el origen de su fuerza. Para Dalila, Sansón es un cliente como cualquier otro... aunque más famoso y por ende más valioso. El pueblo de Sansón es enemigo de su pueblo. Dalila “tiene calle” y es informante de las autoridades. Los príncipes filisteos le pagan, y le pagan bien. Y el dinero es lo que más le importa.

En la mayoría de las relaciones emocionales es útil hacer la inefable “prueba de realidad”, y por eso creo que a Sansón le habría convenido preguntarse: ¿Qué me atrae de esta relación? ¿Qué doy y qué recibo a cambio? ¿Soy una víctima o soy un rebelde? ¿Esta relación tiene el encanto de lo prohibido? ¿Acaso intento tener poder sobre alguien —el enemigo, mis padres, otras figuras de autoridad— a través de esta relación? ¿Cultivo quizás alguna sensación de omnisciencia o grandiosidad: la habilidad de entrar en la guarida del león y escapar ileso? ¿He perdido toda sensación de independencia y autonomía?

Por otra parte, si Sansón se hubiera planteado estas preguntas, probablemente no habría llegado a ser un héroe bíblico ni liberado a los israelitas de los filisteos.

A diferencia de otras mujeres de la crónica bíblica, Dalila no es identificada por sus relaciones de parentesco. No se hace mención alguna a su padre, su esposo o sus hijos. Aunque no se indique su origen étnico, podemos colegir que es filisteo dado que está vinculada con los príncipes de esa etnia y vive en la inestable frontera entre israelitas y filisteos. Sólo sabemos que es una mujer del valle de Sarek, una criatura perseverante e independiente que no cuenta con la protección —ni padece las restricciones— de una estructura familiar patriarcal. La Biblia se cuida de humanizarla narrando detalles de su vida personal. Lo que hace, lo hace bien —conoce las necesidades de su cliente— y exclusivamente por dinero. Dado que la suma es cuantiosa, es obvio que la transacción no se

fundamenta exclusivamente en los nobles sentimientos patrióticos de esta hábil filisteo.

Dalila no da el tipo de la callejera incauta e indefensa que no sabe si mañana tendrá algo que comer. Es una emprendedora independiente, perseverante y sagaz. En aquellas sociedades donde los hombres concentran todo el poder, las mujeres recurren a los medios sexuales para sobrevivir. (Hoy las mujeres tenemos más opciones; no obstante, todavía vemos a muchas arriesgar sus vidas sobre agudísimos tacones de veinte centímetros de alto para resultarles más atractivas a los hombres.) Seductora, mundana y falsa, Dalila se vuelve irresistible para Sansón cuando descubre el estilo de sexualidad que él anhela. Dalila es la seductora a sangre fría por excelencia, la mujer fatal que desvía a los hombres del recto camino con el poder sexual que ejerce sobre ellos. En la lucha de poder entre estos dos titanes por derecho propio, Dalila lleva las de ganar. Y gana. Una vez cumplida su misión, es por completo ajena al encarcelamiento y al posterior regreso de Sansón. El cronista bíblico no se explaya demasiado acerca de Dalila, sólo lo necesario para describir las debilidades de Sansón. Y ni siquiera dice si está entre los muertos del templo que Sansón destruye. No es un personaje modelo: no es fuente de sabiduría ni tampoco guía espiritual.

Dalila presenta los mismos rasgos vigorosos que caracterizan a otras mujeres bíblicas: posee múltiples recursos y es independiente de espíritu. No obstante, sus virtudes están pura y exclusivamente al servicio de su codicia. Ni siquiera traiciona a Sansón por amor a su país. El contraste entre Dalila (y más adelante Jezabel) y las otras mujeres bíblicas demuestra que los mismos rasgos de carácter pueden resultar buenos o malos. La diferencia radica en las intenciones y los motivos de nuestros actos.

Sin embargo, fiel a su postulado general de libre albedrío, la Biblia no juzga ni castiga a esta mujer de negocios y trabajadora sexual de la Antigüedad. Dios creó a los seres humanos a Su imagen y semejanza —es decir, con libertad de opción moral—, y de ellos se espera que tomen decisiones éticas. Lo escueto de las crónicas induce a los lectores a identificarse con los personajes bíblicos y desarrollar interpretaciones propias acerca de lo que ocurrió y de por qué ocurrió. Dalila traiciona a Sansón, pero jamás se presenta ante él como alguien que en realidad no es. No obstante simpatizamos con el musculoso forzado quien, engañándose a sí mismo, se derrite de amor al verla, y quien en última instancia, torturado y sin ojos, cumple su destino y salva a su pueblo.

SIETE

Micol, primera esposa de David

Hacia el año 1050 antes de la era cristiana, Micol —la hija menor del rey Saúl— se enamoró de un joven pastor de Belén llamado David —hijo de Isaí—. Protegida de las duras realidades de la vida, la princesa se jacta de su jerarquía real. Cuando Micol conoce a David, él ya es un celebrado adalid de los israelitas. David derrotó al gigante Goliat, armado hasta los dientes, con sólo una honda y una piedra, y así salvó al reino de caer bajo la esclavitud de los filisteos. La Biblia describe a David como un muchacho “de mejillas rubicundas, mirada brillante y bien parecido [...] con habilidades musicales [...] camarada y guerrero resuelto e incondicional, de palabras sensatas, y el Señor estaba con él”.

Como muchos otros israelitas, Micol conoce de memoria el temerario desafío de David a Goliat: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los Ejércitos, del Dios de las legiones de Israel, a las que has insultado en este día [...] y conocerá toda esta gente aquí reunida que el Señor salva sin espada ni lanza; porque Él es el arbitro de la guerra, y Él os entregará a nuestras manos”.

Como el resto de sus compatriotas, el rey Saúl —primer monarca de Israel— siente un profundo alivio ante la desaparición de Goliat y la derrota de los filisteos. Pero cuantas más loas cantan las mujeres a David, más contrariado se siente el rey. “Cuando volvieron [los ejércitos] y David regresó, después de haber dado muerte al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel a recibir al rey Saúl, cantando y danzando y mostrando su regocijo con panderos, sistros y estrofas. Y las mujeres cantaban y bailaban, y repetían este estribillo:

*Saúl ha muerto a mil;
David ha muerto a diez mil...”*

Los celos se apoderan del espíritu de Saúl cuando comprende que “a David le han dado diez mil, y a mí me han dado mil. ¿Qué le falta ya, si no ser rey?” Al día siguiente, dice la Biblia, “un espíritu malo, permitiéndolo Dios, se apoderó de Saúl, que andaba por el palacio mascullando frenético. David tañía [la lira] delante de él, como los otros días. Y teniendo Saúl una lanza a mano, la arrojó contra David, pensando clavarlo en la pared. Pero David eludió dos veces el ataque”. Tras haber fracasado en su intento de matarlo, el rey comienza a temer a David, pues ve que Dios está con el joven pastor y se “ha alejado de Saúl”.

La primera referencia bíblica a una enfermedad mental es clara y contundente. Saúl cae en un profundo pozo depresivo. La tranquilizadora música de David —referencia temprana al uso terapéutico de la música para calmar espíritus irritados— no evita la embestida de Saúl.

Acto seguido, el rey envía a David “al frente de los ejércitos” con la esperanza de que muera bajo las lanzas filisteas. Pero “cuando Saúl vio que [David] regresaba victorioso, le tuvo miedo”. Llegado a este punto “todo Israel y Judá amaban a David, porque iba al frente de las expediciones” contra los filisteos. Entonces Saúl decide cambiar de táctica y le ofrece a David a su hija mayor, Merob, en matrimonio. A cambio de ello, David se hará guerrero del rey y “peleará en servicio del Señor”. David pone reparos y recuerda su origen humilde: “¿Quién soy yo, o cuál ha sido mi vida, ni de qué consideración goza en Israel la familia de mi padre para llegar a ser yo yerno del rey?” Cuando David rechaza su oferta, el monarca cambia de opinión abruptamente y casa a Merob con otro hombre.

Micol, la hija menor del rey Saúl, se destaca entre todas las mujeres bíblicas por una sola cosa. Dice la Biblia: “Pero Micol, la otra hija de Saúl, se había enamorado de David”. Ésta es la única vez que la Biblia afirma

que una mujer se ha enamorado. Las palabras “Micol, la otra hija de Saúl” sugieren que, debido a su posición privilegiada de princesa, sus sentimientos personales pueden influir sobre la elección de esposo. Cabe notar que, en la mayoría de los matrimonios, los sentimientos de las mujeres rara vez eran tenidos en cuenta. Sin embargo, la Biblia no dice nada de los sentimientos de David por Micol... ya sea porque él prefirió no expresarlos o porque los sentimientos de un hombre común no tenían ninguna importancia. Y los lectores quedamos con la vaga impresión de que hay algo desequilibrado en esta relación.

El amor de Micol por el joven héroe viene como anillo al dedo a las especulaciones de Saúl y David. “Se la daré en matrimonio”, dice Saúl, “para que sea ella la causa de su ruina, y muera a manos de los filisteos”. David no simula amar ni desear a Micol; pero, después de haber matado a doscientos filisteos no circuncidados para obtener su mano, considera que estar vinculado por vía del matrimonio con la familia real podría resultarle ventajoso a nivel político si algún día quisiera aspirar al trono de Israel. Cambia de opinión respecto de la disparidad de estatus social y se muestra complacido ante la posibilidad de convertirse en yerno del rey.

Saúl, víctima de su temperamento volátil, se siente profundamente perturbado y sobrecogido por un inmenso terror. “Cuando Saúl comprendió que el Todopoderoso estaba con David y que Micol la hija de Saúl lo amaba, tuvo aún más miedo de David; y su aversión hacia él fue en aumento, y de allí en más Saúl fue enemigo irreconciliable de David. Y Saúl mandó a su hijo Jonatás y a todos sus cortesanos que matasen a David”. Jonatás se hace amigo de David y se convierte en su aliado secreto, pero los cortesanos y sus informantes planean ejecutar la orden del rey.

Micol y David se casan. Por sobre todas las cosas, a David le interesa construir su reputación y su poder político... además de eliminar a los matones que su suegro ha enviado a asesinarlo. Para David el amor es un lujo que no forma parte de un matrimonio contraído por razones políticas. Pero para la princesa Micol, que tiene sus propias pasiones y sueños, el matrimonio es la tierra fecunda del amor. Tras este nada auspicioso comienzo marcado por objetivos contrarios, la joven pareja se embarca en la vida matrimonial.

“Suscitóse de nuevo la guerra; y saliendo David en campaña peleó contra los filisteos. Y destrozó a gran número de ellos, y los demás huyeron. Mas el espíritu malo, permitiéndolo el Señor, asaltó [otra vez] a Saúl. Estaba sentado en su palacio y tenía una lanza en la mano, y David tañía [la lira]. Y tiró Saúl a traspasarlo con la lanza y clavarlo en la pared,

pero David eludió el ataque de Saúl y la lanza se clavó en la pared. David huyó y se libertó aquella noche”.

El músico guerrero regresa a su casa, sin saber que Saúl “envió en seguida a sus mensajeros a la casa de David, para que lo vigilaran y matasen a la mañana siguiente”. Pero Micol prevé la maniobra de su padre. Como se ha criado en la casa de Saúl, conoce demasiado bien la intensidad de su ira y sus oscuros arrebatos temperamentales. La joven princesa demuestra su amor por David cuando decide traicionar a su padre para salvarlo.

Micol le advierte a David: “Si esta noche no te pones a salvo, mañana morirás”. Luego lo ayuda a descolgarse por una ventana y escapar de los asesinos enviados por Saúl. Aunque el discurso pronunciado ante Goliat revela a un hombre cuyos dichos pueden desquiciar a un gigante e inspirar a una nación, David no dice palabra acerca de sus sentimientos por Micol. La Biblia no habla de despedidas llorosas, ni de expresiones de agradecimiento, ni de promesas de regreso. Nada dice de abrazos apasionados ni de besos “más dulces que el vino”. David está más preocupado por su propia supervivencia que por la seguridad de Micol.

Con la esperanza de confundir a los perseguidores, “Micol tomó el ídolo de la casa, lo acostó en la cama y lo cubrió con una manta; y le envolvió la cabeza con una piel peluda de cabra. Saúl envió a sus mensajeros a buscar a David, pero Micol les dijo: ‘Está enfermo’. Y Saúl volvió a enviar a sus mensajeros para que lo viesan con sus propios ojos. ‘Traédmelo aquí en su cama, para que sea muerto’. Y llegaron los mensajeros de Saúl, y encontraron al ídolo de la casa en la cama, con la piel de cabra en la cabeza”.

Saúl, furioso, increpa a Micol: “¿Cómo me has burlado de esta manera y has dejado escapar a mi enemigo?” Acorralada, Micol miente. Dice que David la amenazó diciendo: “Si no me ayudas a escapar, te mataré”.

Aunque la discordia que amenaza destruir su relación con su padre y con su esposo seguramente debe perturbarla, Micol actúa con rapidez y decisión cuando impulsa a David a huir. David confía en ella cuando se descuelga por la ventana. Micol queda atrás con el padre a quien ha traicionado, a la espera del esposo que adora.

El adiós de David a Micol es tan frío e ingrato que la muchacha pierde toda confianza en sí misma y en el amor de David. No se reúne con él como Sara se reunió con Abraham cuando éste decidió abandonar Haran hacia un destino desconocido. En esta etapa temprana de su matrimonio, Micol pierde la oportunidad de forjar un vínculo duradero y ser parte de la vida

de David en las buenas y en las malas. Además, y por el momento, esa vida no parece nada prometedora. Después de haber dejado a Micol, David reúne a cientos de sus seguidores: hombres desesperados que conforman un ejército informal y se ocultan en desiertos y montañas, moviéndose de un lugar a otro para escapar de los espías y soldados de Saúl. Pero el matrimonio implica compartir y edificar una intimidad a través de la convivencia y la historia común. A Micol le habría convenido permanecer en la vida de David, aunque eso significara cambiar el lujo de su vida palaciega por los rigores físicos.

La decisión de Micol es todavía más difícil porque su padre ve a David como una amenaza mortal a su reinado. Debe elegir entre su matrimonio y la obediencia debida a su padre el rey. No puede tener las dos cosas. El lugar de David en su cama ha sido ocupado por un ídolo inerte. La piel de cabra que asoma bajo las cobijas es un triste sustituto del David vivo, con sangre en las venas. El subterfugio de Micol recuerda el robo de los ídolos domésticos de Labán perpetrado por Raquel. En ambos casos, una hija — la menor de dos hermanas— se rebela contra el poder arbitrario del padre. Ambos padres son engañados por una imagen esculpida y son objeto de burla.

Tras haberse rebelado para ayudar a David a sobrevivir, Micol se transforma en una rehén cuyo destino queda en manos de su padre y su marido. Para su padre, Micol es el señuelo que le permitirá atrapar a David; para David, es una útil y estratégica pieza política.

Saúl está decidido a eliminar toda posibilidad de aspiración al trono, basada en su vínculo con la familia real, por parte de David. Busca otro matrimonio político para Micol, esta vez con un miembro de la tribu de Benjamín, de la propia familia de Saúl. Pretende vengarse, no sólo de David, sino también de su hija rebelde.

Saúl arranca a Micol de su casa —donde ella aún espera el regreso de David— y la entrega a Faltiel, hijo de Laís de Gallim. Micol se siente abrumada por la intensa ira de su padre y la desmedida ambición de su esposo. La autoridad absoluta del rey Saúl sobre su hija Micol recuerda la autoridad absoluta de Labán sobre sus hijas Raquel y Lía.

Faltiel es sólo una nota de pie de página en la crónica bíblica, alguien cuyo camino se cruza por un instante con el de la familia real. No sabemos qué piensa ni qué siente Micol por su nuevo esposo. Nos preguntamos si

habrá encontrado algo de tranquilidad en Faltiel, lejos de las maquinaciones e intrigas de la corte.

En su furia, Saúl viola la ley bíblica que prohíbe a una mujer no divorciada contraer matrimonio con otro hombre. Cabe señalar que, para que haya divorcio, el primer marido debe participar en los procedimientos. Sin embargo, Saúl podría haber aducido que David abandonó a Micol y que, de acuerdo al antiguo Código de Hammurabi, si el esposo desaparece por un período prolongado su esposa puede volver a casarse y luego regresar con el primer esposo cuando éste retorne, si es que lo hace alguna vez.

La humillación de Micol llega al cenit cuando se entera de que David ha tomado dos nuevas esposas: Aquinoam, oriunda de Jezrael, y la viuda Abigaíl. Aunque lícitas —y hasta rutinarias— en una sociedad poligámica, las acciones de David han de haberle parecido una traición a la princesa, la mujer que salvó su vida.

En el ínterin, vuelve a estallar la guerra entre Israel y los filisteos. “Los filisteos atacaron a Israel, y muchos cayeron en el monte Gelboé”. Saúl y sus tres hijos varones —entre ellos Jonatás, hermano de Micol y devoto amigo de David— están entre los caídos. “David [...] y todos los hombres que con él estaban [...] se lamentaron y lloraron, y ayunaron hasta la noche por Saúl y su hijo Jonatás, y por los soldados del Señor y la Casa de Israel que habían caído bajo la espada”.

David, poeta y músico, entona una endecha para Saúl y su hijo Jonatás:

*La flor de Israel
ha perecido sobre tus montañas;
¡Cómo han caído esos valientes! [...]
Saúl y Jonatás,
amados y venerados,
han sido inseparables
en la vida y en la muerte.
¡Eran más veloces que las águilas,
eran más fuertes que los leones!
¡Cómo han caído esos valientes,
y se han perdido las armas con que peleaban!*

Micol desaparece de escena durante algunos capítulos, mientras David pasa varios años trasladándose del desierto a las cuevas en las

montañas y a las ciudades filisteas para huir de las hordas de Saúl. Sólo reaparece cuando la política vuelve a inmiscuirse en su vida. Una vez ungido rey, David exige que Micol le sea devuelta. Ya no es la joven arriesgada que alguna vez desafió a su padre, ahora muerto. La vida ha dejado su huella. Cuando la sacan de la casa de Faltiel “su esposo la fue siguiendo y llorando hasta Bahurim, donde le dijo Abner [comandante del ejército de David]: ‘Anda y vuelve por donde has venido’. Y él obedeció”.

Aquí vemos a Faltiel por primera y única vez, y es apenas un hombrecito derrotado y patético que se ve forzado a entregar a su esposa para que David fortalezca su trono. Desconocemos la reacción de Micol. ¿Acaso ama a Faltiel? La Biblia no dice nada al respecto. Pero todo indica que Faltiel ama a Micol y no tiene poder para retenerla a su lado.

Micol, que hace tiempo dejó de ser una joven e inocente esposa, es devuelta a David. El de ellos es un matrimonio político, basado en términos exclusivamente pragmáticos. Micol vuelve a perder la autoestima, y se torna amarga y resentida.

David tiene otras seis esposas, además de numerosas concubinas. Micol debe abandonar todo sueño de una vida feliz y plena con David y enfrentar la dolorosa verdad: su esposo puede decidir pasar sus noches en otras camas que no son la suya... y de hecho lo hace. La distancia emocional entre Micol y David es tan profunda como lo fuera la distancia física durante los largos años de separación. Excepto Micol, todas sus esposas le han dado por lo menos un hijo varón a David. Micol no tiene hijos y por lo tanto no puede consolidar su estatus en la corte como primera esposa del monarca.

David “se apoderó de la fortaleza de Sión [...] y la llamó Ciudad de David [...]. Y tomó más concubinas y esposas en Jerusalén, quienes le dieron más hijos e hijas a David”. El rey elige a Jerusalén como su capital porque es un lugar neutral que no está asociado con ninguna de las tribus de Israel. También arrebató a los filisteos el Arca del Señor, que para los israelitas simboliza la presencia de Dios. El Arca es un cofre de madera que contiene las dos tablas de Moisés donde están inscriptos los Diez Mandamientos, y que los hebreos llevaron a Canaán desde el Monte Sinaí durante el Éxodo de Egipto. Los filisteos la bañaron en oro, pero el Arca les trajo muchas tribulaciones. Cuando por fin se establece en la así llamada Ciudad de David, el monarca envía treinta mil hombres para trasladar el Arca recuperada a su ciudad. Espera que el pueblo interprete la presencia del Arca como una señal de aprobación divina de su elección de Jerusalén como ciudad capital del nuevo reino.

David, un animal político consumado, celebra su triunfo de manera extravagante. “Y a cada seis pasos que andaban los que llevaban el Arca de Dios, inmolaba David un buey y un carnero; y ceñido David con un efod de lino, danzaba con todas sus fuerzas delante del Arca del Señor”. El texto bíblico resalta sutilmente que David iba medio desnudo. “Y de este modo, acompañado de toda la Casa de Israel, conducía el Arca de la Alianza del Señor con júbilo y al son de trompetas y clarines”.

Micol es la única que desaprueba el desfile triunfal de la inmensa y exuberante multitud encabezada por su esposo. Observa la celebración desde lejos, desde el palacio de David. “Mas al entrar el Arca del Señor en la Ciudad de David, Micol, hija de Saúl, mirando desde una ventana vio al rey David saltando y bailando delante del Señor, y lo despreció con todo su corazón”.

El cronista describe hasta el último detalle este dramático episodio de la historia israelita: “Entraron el Arca del Señor y la colocaron en su lugar, en medio del tabernáculo que había mandado levantar David; y David ofreció holocaustos y víctimas pacíficas ante el Señor. Cuando terminó de ofrecer los holocaustos y sacrificios, bendijo al pueblo en el nombre del Señor de los Ejércitos. Y distribuyó entre todo el pueblo —la multitud de Israel, hombres y mujeres por igual—, a cada uno una hogaza de pan, un pedazo de carne asada y flor de harina frita en aceite. Con esto se retiró la gente, cada cual a su casa”.

La hija del rey Saúl comete entonces un último e irrecuperable error. Pierde el control y permite que sus sentimientos —largamente reprimidos— de decepción, ofensa, disgusto y celos afloren a la superficie. Después de los festejos triunfales “David entró en su casa para bendecirla. Y Micol la hija de Saúl le salió al encuentro diciendo: ‘¿Qué bien parado ha quedado hoy el rey de Israel, despojándose de sus insignias delante de las criadas de sus súbditos, y desnudándose como lo hubiera hecho un bufón!’”

David responde con aspereza: “¡He danzado delante del Señor, que me eligió en lugar de tu padre y de toda su descendencia, y me ungió rey del pueblo de Israel! Bailaré delante del Señor y me deshonoraré todavía más de lo que he hecho, y seré despreciable ante mis propios ojos; pero seré glorioso a los ojos de las criadas de las que has hablado”.

El amargo episodio concluye con una frase que señala el aislamiento absoluto y la miseria de Micol, al tiempo que alude a la cesación de las relaciones sexuales entre la infortunada princesa y David: “Y así, hasta el día de su muerte, Micol, hija de Saúl, no tuvo hijos”.

A ojos de Micol, su esposo el rey se conduce como un hombre vulgar. Su mínimo efod de lino apenas cubre sus partes pudendas mientras baila, y las mujeres deliran de gozo. Micol considera que David ha hecho un exuberante despliegue público de sus orígenes humildes. Recuerda que en los primeros días de su matrimonio —cuando era una devota y emprendedora esposa— ayudó a David a escapar de sus asesinos descolgándolo de una soga “por la ventana”. Pero ahora se ha transformado en una espectadora enfurecida y digna de lástima que contempla a su esposo —y la Biblia repite la frase— “por la ventana” y “desde lejos”.

Las diferencias de clase entre Micol y David se acentúan hasta convertirse en un abismo infranqueable. El marido que jamás la amó, que jamás la trató con el respeto debido a una princesa, es feliz entre la gente común, inmerso en el rito religioso de trasladar el Arca de la Alianza del Señor a Jerusalén. Para Micol, este acontecimiento es digno de un circo y su esposo es apenas la caricatura de un rey. David distribuye alimentos entre el pueblo, hombres y mujeres por igual.

La caída definitiva de Micol es producto directo de su confrontación pública con David cuando éste regresa a la casa. Y está aureolada por una sarta de insultos de la que pocos matrimonios pueden recuperarse. Las palabras acerbas de Micol dan por tierra con toda esperanza, por mínima que fuese, de mejorar su matrimonio. De ahora en adelante, Micol será esposa de David sólo de nombre: su cama y su vientre permanecerán vacíos. Cuando Micol está por morir, David se conduce de la peor manera: hace alarde de su poder y se queda con la última palabra. Pero Micol ha sido la primera en cruzar el límite tácito de todos los matrimonios: ha humillado a su esposo en público. Como bien lo han entendido los cronistas bíblicos, las palabras son un don que podemos emplear para herir o para curar, y deben ser utilizadas con extremo cuidado.

¿En qué falló esta pareja y qué lección podemos aprender del atormentado derrotero de su matrimonio? Comenzaron sobre una base desigual. Micol se enamora de un héroe que hasta hace poco era sólo un pastor de ovejas, un muchachito común y silvestre y algo beligerante. Como princesa que es, está acostumbrada a ser obedecida y admirada. Emocionalmente, también se encuentran a un mundo de distancia. Ella está enamorada y ansiosa de compañía. David, preocupado por subir la escalera de la fama y defender las fronteras del reino, rara vez está disponible para Micol en términos emocionales o físicos. Desde el comienzo no se siente atraído por ella y sólo la desea como peldaño político. Cuando

Micol descubre que su padre planea asesinar a David, se alía con su esposo y utiliza todos sus recursos —que son numerosos— para ayudarlo a escapar y engañar a los matones. Sin embargo, durante muchos años no volverá a tener contacto con él. A partir de entonces perderá la confianza en sí misma y quedará a merced de los altibajos emocionales de su padre y las ambiciones de su esposo. Años después recuperará su lugar como esposa del rey, pero para entonces será incapaz de adaptarse a las circunstancias... que por supuesto han cambiado. Su esposo es ahora una celebridad, mucho más importante que ella.

Todos conocemos detalles íntimos de algunos matrimonios de perfil alto y sabemos que más de una vez uno de los cónyuges tolera episodios de infidelidad a cambio de estatus, riqueza o acceso al poder. Estas parejas parecen haber llegado a un acuerdo para suprimir el dolor, la humillación y la frustración, y sus matrimonios a menudo duran mucho y en circunstancias en que la mayoría de los hombres y mujeres hubieran pedido el divorcio. A diferencia de Rebeca —quien, aunque frustrada con Isaac, sigue la corriente de los acontecimientos—, Micol se niega a tener una perspectiva realista del esposo de quien se ha enamorado o de las opciones a su alcance. Es cierto que Micol no podía curar la herida de su corazón, pero sí podría haber tenido la sabiduría de evaluar y controlar las normas y restricciones sociales de su época. A falta de una actitud realista, cualquier matrimonio está condenado al fracaso.

La tragedia de Micol ha sido enamorarse de un hombre de talentos múltiples —guerrero, poeta, músico, estadista y político astuto—, que además es apuesto y encantador. Por si esto fuera poco, como constantemente nos lo recuerda la Biblia y el propio David lo cree a pies juntillas, Dios está con él. Pero Micol no tiene la sabiduría ni la madurez necesarias para manejar al ambicioso y carismático esposo al que apenas conoce, y termina despreciándolo por las mismas cualidades que la atraeron en un principio. En el último episodio bíblico que comparten, David sigue siendo el mismo héroe nacional que Micol conoció años atrás, pero ella no puede apreciar sus virtudes y se concentra sólo en sus limitaciones.

La mayoría de las heroínas bíblicas —con excepción de Sara, quien rescata a Abraham uniéndose al harén del faraón— no salvan literalmente las vidas de sus esposos. Pero todas apoyan a sus hombres y son indispensables para la construcción de la familia, la tribu o la nación. A diferencia de las matriarcas, Micol no ha sido parte de la tumultuosa vida de su marido y siente celos de sus logros. Como joven desposada tendría

que haber seguido a David al desierto, compartido sus riesgos y sus triunfos, pero como hija de rey no estaba preparada para llevar la vida de una descastada. Quizás Micol, loca como estaba por David, supuso que él la mandaría a buscar. Como hija de rey debe haberse sentido alguien muy especial, una mujer que jamás sería ignorada o dejada de lado. Su juventud, su crianza y su orgullo le habrán impedido advertir que, para David, ella no era más que una útil herramienta política.

Muchas mujeres bíblicas son frontales y no callan lo que piensan, como Micol. Ni Sara ni Raquel callaron su enojo y su frustración, pero tuvieron la astucia de expresarlos en privado. Abigaíl, Betsabeé, la viuda Tamar y la reina Ester se destacan por su tacto y su capacidad de elegir las palabras adecuadas para encaminar a sus hombres en la dirección correcta. Pero todas estas mujeres se saben amadas y respetadas. No hay ninguna evidencia de que Micol sea amada por su padre; en el mejor de los casos, el amor paterno se manifiesta de modo errático. Y David, su primer y único amor erótico, no corresponde sus sentimientos. En términos actuales, Micol es una inválida emocional. Algunos han especulado que David se resiente con la hija de Saúl desde un principio porque sus distintos orígenes sociales son fuente de irritación y hostilidad. Quizás David haya aprovechado el estallido público de Micol en Jerusalén para desterrarla de su vida.

La imparcialidad del texto bíblico permite que los lectores se identifiquen con la furia y el dolor de ambos protagonistas. La explosión de Micol es comprensible y está incluso justificada, ya que se produce tras largos años de abandono y descuido; pero Micol no comprende que cómo y cuándo decimos algo tiene tanta importancia como decirlo. (Milenios después de Micol, la humanidad continúa tropezando a diario con la misma piedra.) Elige el peor momento posible para denigrar a su esposo: en público y durante la celebración triunfal, cuando David por fin ha logrado llevar el Arca de la Alianza a su ciudad.

La respuesta de David a Micol es cruel y burda. Reacciona poniéndose al mismo nivel que ella y lanzándole el comentario más hiriente que puede imaginar. Como hombre y como dueño del poder y la gloria podría haberse mostrado magnánimo con esta mujer, que carece de poder y a quien ha abandonado durante años.

A nivel emocional, Micol necesita a David más que él a ella. A pesar de correr con desventaja, Micol jamás ha podido aceptar que David es quien es y además no piensa cambiar. David puede ofrecerle estatus y comodidades, y hasta podría engendrar un hijo en ella. Pero Micol tiene la

tonta pretensión de querer convertirlo en un esposo amante. En las sociedades poligámicas el hombre no es fiel a nadie.

Micol está ausente en los momentos clave del ascenso de David al poder. No lo acompaña durante los difíciles primeros años, cuando debe huir despavorido de la ira de su padre Saúl. Tampoco está con él cuando se transforma en un héroe todavía más grande para la nación y acompaña el Arca de regreso a Jerusalén. David está con su pueblo, y su pueblo lo ama. Micol permanece lejos de sus guerras y sus triunfos.

David y Micol están atrapados en el matrimonio más desdichado de la Biblia y el cronista no se priva de exponer las asperezas de su vida privada. La lección es tan válida para las parejas contemporáneas como lo era tres mil años atrás: jamás hay que dar por sentados los sentimientos del cónyuge, por muy justo que nos parezca. David es el rey y tiene todo el poder dentro de la relación; Micol no tiene nada. Es probable que, de haber hecho lo que pedía la ocasión en vez de aferrarse a su idea de cómo debían ser las cosas, Micol hubiera obtenido lo que deseaba.

Un indicador relevante para anticipar posibles divorcios en nuestros días es *cómo* discutimos con nuestros cónyuges y *cómo termina* la discusión (el hecho de discutir, en sí mismo, no tiene demasiada importancia). Que los cónyuges sean civilizados es esencial para el buen funcionamiento del matrimonio. El abuso verbal, los insultos (sadismo verbal) y la desvalorización del otro son conductas denigrantes y humillantes que socavan la autoestima y minan la dignidad humana. Estas conductas disfuncionales destruyen toda posibilidad de comunicación. El buen trato y el buen modo son una manifestación de autocontrol en términos de la propia conducta. A menudo considerados “falsos” por los miembros más jóvenes de la sociedad, nos permiten domesticar nuestras reacciones impulsivas inmediatas. Nos dan tiempo para considerar cómo podría afectar a otros nuestra conducta inapropiada. El autocontrol también implica estar alerta a las expresiones y los gestos de las otras personas, a su carácter, a su sensibilidad; nos ayuda a tomar conciencia de quién es el otro. Nunca olvidemos que hay que pensar antes de hablar. El autocontrol y la sensibilidad son una forma de respeto. El amor no se puede legislar, pero sí se debe esperar y exigir respeto en toda relación amorosa. El respeto mutuo es un requisito previo e indispensable para lograr la armonía; sin armonía, la pareja se volverá distante y hostil. Si los hijos presencian esta clase de comportamiento irrespetuoso, imitarán el modelo y, lamentablemente, éste marcará su vida adulta.

Estas lecciones son tan válidas para las parejas contemporáneas como lo eran tres mil años atrás. Como sostiene el dicho, los casados tienen dos opciones: o crecen juntos o decrecen. Y, como amargamente lo demuestra la historia de Micol, lo ideal es que caigan juntos y que juntos se levanten.

OCHO

Abigaíl. David encuentra a su par

Cuando la bella Abigaíl conoce a David —otrora protegido de Saúl, el primer rey de Israel—, éste se ha convertido en un fugitivo. Sobrevive perseguido por la ley en el desierto de Farán, escudado de los ejércitos del rey por sus seguidores, unos seiscientos hombres rudos y curtidos como las montañas donde se refugian. Viven con lo puesto, y no saben si tendrán qué comer al día siguiente. El pueblo de Israel ama al rubicundo héroe que mató a Goliat y combatió a los filisteos para salvarlo. Algunos quieren ungirlo rey. Corre el rumor de que Dios ya ha elegido a David para ocupar el trono de Saúl. Dice la Biblia: “Saúl tenía miedo de David porque el Señor estaba con él, pero se había retirado de Saúl”.

El cronista bíblico presenta de este modo a la pareja que pondrá a prueba el temple del valiente y trepador David: “Vivía un hombre en el desierto de Maón, que tenía su hacienda en el Carmelo; era sumamente rico, y tenía tres mil ovejas y mil cabras. En esa época, hacía esquilar sus rebaños en el Carmelo. Este hombre se llamaba Nabal, y su esposa Abigaíl. Era ella mujer de gran prudencia y hermosura; pero él era duro, y muy perverso y malicioso”.

Una de las estrategias de supervivencia de David y sus compañeros fugitivos es brindar protección armada a los dueños de campos de las

proximidades. Durante la temporada de esquila, David envía a diez hombres a visitar a Nabal con un mensaje tácito, encubierto con palabras corteses. Le ordena a su emisario que salude a Nabal en nombre de David el hijo de Isaí, le pregunte cómo se encuentra, manifieste satisfacción al escuchar que se encuentra bien y es próspero, y exprese el deseo de que al año siguiente, en la misma época, él y su casa continúen siendo prósperos. Luego sus hombres tendrán que recordarle a Nabal que “tus pastores han estado con nosotros; no les hemos hecho ningún daño y no les ha faltado ninguna de sus cosas durante el tiempo que pasaron en el Carmelo. Pregúntales a tus jóvenes pastores y ellos te lo dirán”. Por último revelarán el propósito de su misión: “Por favor, dales lo que puedas darles a tus sirvientes y a tu hijo David”.

La fuerza numérica de David le otorga ciertas ventajas estratégicas con respecto a los terratenientes, pero cabe señalar que también cree tener derecho a recibir el alimento que sus hombres y él necesitan desesperadamente. Azorado ante la brusca demanda, Nabal se burla del emisario: “¿Quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí? Hoy en día hay muchos esclavos que escapan de sus amos. ¿Acaso tendría yo que tomar mi pan y mi agua y los cabritos que he carneado para mis esquiladores, y dárselos a unos hombres que ni siquiera sé de dónde vienen?”

Nabal despidió a los hombres de David sin permitirles probar bocado de sus abundantes reservas de alimento. Cuando el emisario transmite la respuesta de Nabal, David monta en cólera. Jura que a la mañana siguiente todos los hombres de Nabal habrán muerto; él y sus cuatrocientos guerreros le darán una lección inolvidable a Nabal y sus descendientes.

Los hombres de Nabal saben que la precipitada respuesta de su amo los ha condenado. Han vivido entre los hombres de David, de quienes dicen que levantaban “un muro en derredor nuestro por las noches, y durante el día estábamos todo el tiempo con ellos mientras apacentábamos los rebaños”. Conocen las consecuencias de despertar la ira de un joven temperamental que tiene problemas con la ley. Acuden a la esposa de Nabal, Abigail, y así vislumbramos por primera vez el carácter de esta mujer y el respeto que inspira. Los hombres de Nabal confían en que ella podrá tratar de manera sabia y constructiva con Nabal y David.

Abigail escucha en silencio cuando le piden “has de considerar con sumo cuidado lo que harás, porque un mal terrible amenaza a nuestro amo y a toda su casa”. Los jóvenes, olvidando que son apenas mano de

obra esclava, lanzan exabruptos y proclaman que Nabal “es un hombre tan violento que nadie se atreve a hablarle”.

La respuesta de Abigaíl no se hace esperar. Como Tamar, que resuelve disfrazarse de prostituta, o Rebeca, que induce a Jacob a recibir una bendición paterna que por derecho no le corresponde, Abigaíl responde con decisión y presteza poniendo en juego toda su sagacidad e ingenio. Reúne rápidamente una gran cantidad de alimentos: doscientas hogazas de pan, dos pellejos de vino, cinco carneros cocidos, cinco medidas de grano tostado, cien atados de pasas y doscientos panes de higos secos. Carga todo esto a lomo de varios asnos y se dirige hacia las montañas donde David y sus hombres están ocultos. Pero Abigaíl no le dice una sola palabra a su esposo acerca de lo que piensa hacer.

Así comienza una de las más intimidantes misiones diplomáticas de la Biblia.

Abigaíl encuentra a David cuando éste y sus hombres, armados hasta los dientes para dar batalla, se “abalanzan por un sendero colina abajo”. Presa de la ira, David maldice a los cuatro vientos mientras guía a sus bandoleros hacia la casa de Nabal: “¡En vano he guardado todo lo que éste tenía en el desierto, sin que perdiera nada de cuanto poseía, y me ha devuelto mal por bien!” Le suplica al Todopoderoso que acabe con el ingrato si él llegara a fracasar en su venganza, y alude sin eufemismos a los varones de la casa de Nabal: “Trate el Señor con toda severidad a los enemigos de David, si, con las primeras luces de la mañana, llego a dejar con vida a alguno de los que mean contra la pared”. (Ésta es la traducción directa del texto hebreo.)

Frente a esta turba enfurecida de hombres jóvenes armados y sedientos de venganza, Abigaíl no pierde la calma ni la confianza en sí misma. Sus palabras no revelan temor alguno. Trata a David como si fuera un rey, aun cuando éste ha actuado como un bandido con su esposo Nabal.

De acuerdo a la etiqueta de la época, Abigaíl desmonta su asno al ver que David se acerca y luego se arroja a sus pies y apoya su rostro sobre la tierra en señal de absoluta sumisión a la voluntad y los caprichos del joven héroe. Deja perplejo a David, diciéndole que es su “sierva” y haciéndose responsable del entredicho con su esposo: “Mía, mi señor, es la culpa”.

Abigaíl sabe que David es hostil y está furioso. En vez de acusarlo por su conducta violenta, cosa que él bien podría haber esperado, carga sobre sus espaldas la responsabilidad del “problema” y de este modo diluye la tensión. Su comportamiento refleja la preferencia de la mayoría de las

mujeres por resolver los conflictos a través de la persuasión en vez de recurrir a la violencia física, a sabiendas de que es preferible la cooperación a la fuerza bruta.

Dado que Abigaíl habla como una humilde suplicante de bajo rango social en vez de hacerlo con enojo, como cabría esperar, la necesidad de David de ponerse a la defensiva disminuye. Al mismo tiempo, Abigaíl expresa simpatía por la situación en que se encuentra David. Luego, con toda astucia y sutileza, libera de culpa a Nabal diciendo que ella no tuvo contacto con los mensajeros de David. Por último se distancia de su esposo, cuando alude a él con un dejo de desprecio y le pide a David: “No hagas, te ruego, mi señor y mi rey, ningún caso de Nabal, porque es un miserable”. Su discurso es devastador: “Pues su mismo nombre denota su necesidad. Su nombre (en hebreo) significa ‘bestia bruta’ y él es una bestia bruta”. Con estas palabras consigue desarmar casi del todo a David.

En su siguiente incursión retórica, Abigaíl compara a David con el Señor cuando dispara su argumento principal, que es muy simple: David no debe manchar de sangre sus manos. Con virtuosismo estilístico, Abigaíl juega con las palabras y vincula a David —a quien llama su “señor”— con el Señor que está en el Cielo: “El Señor vive en ti, y tú vives en Él; el Señor que ha impedido que buscaras venganza y mancharas de sangre tus manos. Que sean siempre tus enemigos tan débiles como Nabal, y cuantos maquinen contra mi señor [...] porque seguramente edificará el Señor para ti una casa estable, por cuanto tú, dueño mío, peleas en nombre del Señor y no se halla en ti culpa alguna [...] Pues cuando el Señor te hubiere dado, dueño mío, todos los bienes que te ha prometido y te haya constituido caudillo de Israel, no tendrás tú, señor mío, este pesar y remordimiento de corazón de haber derramado sangre inocente, y de haberte vengado por tu propia mano”.

Al enmarcar de este modo el conflicto de David con Nabal, Abigaíl relaciona la suerte y el destino de David con la generosidad y la protección de Dios. Entrelaza sus alusiones al “Señor” (divino) y al “señor mío” (el mortal David) tantas veces y con tanta audacia que bien podría haberle arrancado una sonrisa de complicidad al poeta guerrero. Aunque la espada de David todavía está apuntada contra su esposo y los hombres de su clan, Abigaíl agradece a Dios por impedir que el joven héroe busque “venganza por mano propia”. En pocos minutos ha logrado elevar sus osadas palabras al nivel de una profecía, y proyectado a David como el próximo rey de Israel por mandato divino.

Abigaíl enaltece una vulgar disputa territorial entre un prófugo fugitivo y un rico hacendado al insinuar que David “pelea en nombre del Señor” y que debido a ello vencerá a todos sus enemigos y vencerá a Nabal. Predice que no se hallará culpa en David a lo largo de toda su vida, y que la dinastía que éste funde será perdurable. Vívida y acertadamente conjura el futuro cercano e inventa una astuta metáfora que alude al triunfo de David sobre Goliat con ayuda de una simple honda: “Y si alguna vez se levantara algún hombre que te persiga y quisiere atentar contra tu vida, será guardada el alma de mi señor y conservada como en un ramillete de vivientes en el seno del Señor; y, al contrario, el alma de tus enemigos será agitada y expelida de la vida como una piedra tirada con la honda”. La conclusión de Abigaíl conjuga teología y lógica, honradez moral y sentido de la oportunidad política: “Pues cuando el Señor te hubiere dado, dueño mío, todos los bienes que te ha prometido y te haya constituido caudillo de Israel, no tendrás tú, señor mío, este pesar y remordimiento de corazón de haber derramado sangre inocente, y de haberte vengado por tu propia mano”.

Mientras arenga a David con estas tesis conjuntas, Abigaíl hábilmente pone énfasis en la fe y la herencia que ambos comparten. Sus reiteradas alusiones a Dios —*Adonai* en el texto hebreo— dejan en claro que no está hablando de un ídolo cualquiera de las tribus vecinas sino del solo y único Dios, el Dios de Israel cuyos mandamientos prohíben el asesinato. Sabe que David comprende lo que quiere decirle cuando lo previene contra el derramamiento de sangre y la subsiguiente espiral de venganza. Abigaíl confía en la intimidad que suele darse entre dos personas que piensan parecido e invita a David a transformar su petición en un diálogo entre dos israelitas que comparten un mismo código moral. Emplea todas las armas de su arsenal —la persuasión, el consejo político, la ética religiosa, los halagos— con sutileza, tacto y confianza.

Al finalizar su prolongada súplica, con toda soltura le pide a David un favor personal, como si recién acabara de ocurrírsele: “Y cuando Dios te haya colmado de bienes, señor mío, acuérdate de tu esclava”. Abigaíl sabe que le conviene capitalizar cualquier contacto con un personaje poderoso o en vías de serlo. David advierte la invitación solapada pero, fiel a su rol de líder prudente, no se compromete a nada ni hace comentario alguno. En un párrafo anterior pero similarmente explicativo —sin duda el más estimulante para la banda de hombres hambrientos que los rodean— Abigaíl alude a las abundantes provisiones que ha traído consigo a través

de eufemismos tales como “la bendición” o “el obsequio” para “los jóvenes mancebos que siguen tras los pasos de mi señor”.

En pocos párrafos Abigaíl pasa de hacerse cargo de todas las iniquidades a pedir misericordia, luego a mencionar las muy necesarias provisiones de alimento y a ofrecer consejo político al fugitivo David —a quien anuncia que será el próximo rey de Israel—, y, por último, a pedir favores políticos a futuro.

La súplica de Abigaíl a David es la cita más larga de texto bíblico hebreo atribuida a una mujer. Su argumento —una obra maestra de frases meticulosamente compuestas— se apoya en el arte del halago, una de las herramientas más antiguas del discurso civilizado. Su prolongada disquisición da tiempo a David para recapacitar y reconsiderar su deseo de venganza, nacido en un arrebato de furia. También es probable que David tema ser considerado un cobarde si ignora que Nabal se ha negado a alimentar a sus hombres. Cuando Abigaíl termina de hablar, se ha ganado al joven héroe. David abandona la idea de un baño de sangre. La diplomacia de Abigaíl y las cantidades de alimento que ha traído consigo disuaden a David del error político y moral de una venganza que podría haber mancillado —e incluso impedido— su futuro reinado.

La respuesta de David honra a Abigaíl al hacerse eco de sus extravagantes alusiones a Dios y Su elegido: “¡Loado sea el Señor, Dios de Israel, por haberte enviado hoy a mi encuentro! Y bendita sea tu prudencia, y bendita seas tú por haber impedido que fuera a derramar sangre y tomara venganza por mi mano”. El lenguaje de David —que alude al mandamiento bíblico *No matarás*— emplea los términos religiosos de Israel, muy familiares para Abigaíl. De este modo David confirma a través de sus palabras que tanto él como Abigaíl son responsables ante el mismo Dios.

No obstante, la piedad de David no es tanta: no resiste la tentación de reiterar la amenaza de matar a Nabal y sus hombres y exagera el peligro que afronta la propia Abigaíl. Masculla: “Juro por el Señor Dios de Israel, el cual me ha prohibido hacerte daño, que si tú no hubieras venido a encontrarme tan pronto, al rayar el alba no habría quedado un solo hombre con vida en la casa de Nabal”.

David le hace saber a Abigaíl que han sido sus palabras, y sólo sus palabras, las que lo han hecho cambiar de parecer. “Ya ves, he atendido tu súplica y respetado tu deseo”. Tiene la grandeza de reconocer que él, David, un guerrero de renombre, le debe algo a una mujer aparentemente indefensa arrojada a sus pies. La admisión es todavía más sorprendente

por haber ocurrido en una cultura “machista”, donde reconocer que se ha recibido ayuda de una mujer podría ser interpretado como un signo de debilidad. Abigaíl le ha enseñado algo que jamás olvidará: hay que pensar antes de dejarse llevar por el impulso de venganza. David la despide diciendo: “Vuélvete en paz a tu casa”.

El texto bíblico no deja traslucir una atracción sexual manifiesta entre Abigaíl y David. Pero, más allá de la formalidad de los diálogos, el lector avezado advertirá entre líneas cierto tono romántico en las palabras generosas y halagadoras de Abigaíl, en su solicitud y en el clima íntimo y secreto que rodea el encuentro. David, aislado en medio del desierto con una turba de hombres toscos, seguramente habrá advertido que Abigaíl era una mujer deseable “de sagaz entendimiento y bellos rasgos”.

Es probable que haya reprimido sus deseos sexuales porque es joven —tiene poco más de veinte años, si no menos— y Abigaíl es mayor que él, o al menos parece ser mayor y mucho más madura.

Abigaíl se marcha sin dejar entrever la posibilidad de otro encuentro o de una relación amorosa en el futuro. Así finaliza su encuentro secreto con David y, supuestamente, ya no volveremos a saber de ella.

Pero el cronista bíblico, siempre dispuesto a complacer al lector, da un nuevo giro a la trama.

Después de haberle entregado las provisiones a David, Abigaíl regresa a su casa y encuentra a Nabal borracho en la fiesta de la esquila. Decide esperar hasta la mañana siguiente para hablarle de su misión con David. Cuando Nabal se entera de lo que ha hecho su esposa, sufre lo que bien podría ser un ataque al corazón o un derrame cerebral. El texto bíblico, parco y desapasionado, dice que “se le heló por dentro el corazón y se quedó como una piedra. Y al cabo de diez días el Señor hirió de muerte a Nabal; y murió enseguida”.

¿Qué fue, exactamente, lo que le dijo Abigaíl a su esposo? ¿Y qué fue lo que omitió? ¿Qué aspecto de su encuentro con David hizo que el corazón de Nabal se convirtiera en piedra? La Biblia deja estas preguntas a criterio del lector, quien se ocupará de llenar los vacíos con ayuda de la imaginación y de su propia experiencia.

Cuando David se entera de que Nabal ha muerto, alaba a Dios por haber eliminado a su enemigo. Dice: “Bendito sea el Señor que me ha vengado de la afrenta que me hizo Nabal, y que preservó a Su siervo del mal que iba a cometer; y que ha hecho recaer la iniquidad de Labán sobre su propia cabeza”.

Acto seguido, envía a sus mensajeros a proponerle matrimonio a Abigaíl. Ella “de inmediato se postró en tierra y dijo: “Tu sierva se tendría por dichosa de lavar los pies de los sirvientes de mi señor””. Dicho esto, Abigaíl “se levantó de un brinco y montó en su asno”. Acompañada por cinco doncellas esclavas suyas, Abigaíl sigue a los mensajeros de David y se convierte en su esposa. No obstante, una vez más Abigaíl acelera el curso de los acontecimientos, y una vez más el cronista bíblico deja constancia de sus acciones.

Para Abigaíl, la muerte de Nabal ha llegado en el mejor momento, así como la rápida decisión de David de enviar a sus mensajeros a buscarla. Una vez más, la sagaz mujer no pierde un instante y aprovecha la ocasión: feliz y contenta, corre a reunirse con David. Indudablemente aliviada tras haberse liberado del matrimonio con Nabal, Abigaíl liga su destino al del joven héroe israelita.

De acuerdo a la Biblia, Abigaíl se reúne con David cuando él sale del desierto de Faran huyendo de Saúl y entra en la ciudad filistea de Gata en busca de protección y refugio. Los amalecitas, enemigos mortales de Israel, invaden desde el sur y toman prisionera a Abigaíl, pero los hombres de David contraatacan y logran rescatarla. Tras la muerte de Saúl, David y Abigaíl pasan a Hebrón, donde David es ungido rey de Judá y Abigaíl le da un hijo varón: Queleab.

Al confrontar con su petición a un prófugo joven y furioso, Abigaíl tiene en sus manos su propia vida y las de todos los que habitan en su casa. Es una mujer indefensa cuyo mundo está al borde del colapso; no obstante, con inmenso tacto y notable capacidad retórica, desafía a un líder guerrero a no ejercer la violencia. Se abre paso entre dos hombres tozudos y cabezas duras que han chocado sus cornamentas: su esposo Nabal y el joven David. Su principal herramienta de supervivencia es el don del lenguaje —que Dios le diera a Adán en el Jardín del Edén— y lo utiliza de manera brillante para suplicar, halagar, razonar y persuadir.

Su manera de halagar a David, aunque en primera instancia sea sólo una exitosa táctica de autopreservación, también evita que éste cometa acciones que serían moralmente objetables y contrarias a una buena política. ¿Acaso Abigaíl tiene otra alternativa que este camino de alto riesgo? A diferencia de las mujeres contemporáneas, no puede separarse de su esposo y mudarse a otra aldea. Si no logra convencer a David, su marido perecerá con todos sus hombres dejándola en una posición

peligrosa: en tanto esposa de su esposo y por ende líder de la sociedad, será la cómplice moral de la muerte de los seguidores de Nabal. Abigaíl diluye el conflicto con tacto femenino y demuestra que la fuerza bruta masculina no es la única solución a las hostilidades entre grupos o individuos.

David hace un despliegue de inteligencia e intuición en sus respuestas a Abigaíl. Cuando ella apela a su ambición y su egolatría, él comprende que se encuentra ante una mujer fuerte. Como el mejor de los políticos, alaba sus cualidades únicas y evita las trivialidades que ella, en cualquier caso, no tomaría en cuenta. No alude a su belleza; en cambio canta loas a su sabiduría y su capacidad de acción y reacción. Al finalizar su encuentro con Abigaíl, David está un paso más cerca de comportarse como un verdadero rey. Controla sus impulsos asesinos y aprueba su primer examen de liderazgo.

La grandeza de David radica en su capacidad de expresar cuánto valora el coraje y la iniciativa de Abigaíl. Ambos han sido cortados del mismo paño: son sobrevivientes. Con una mezcla de galantería y astucia política, David le dice: “Ya ves, he atendido tu súplica y respetado tu deseo”. Podría haber ignorado u olvidado el pedido de Abigaíl —“acuérdate de tu sierva”—; en cambio, le ofrece refugio cuando muere Nabal. (La infelicidad de su matrimonio podría haber sido otro de los motivos ocultos que decidieron a Abigaíl a acercarse a David.) Al casarse con ella, David protege a una viuda, en aquellos días tan indefensa y vulnerable como un niño o un extranjero.

Lamentablemente, la Biblia no vuelve a mencionar a Abigaíl. Me gusta pensar que, a medida que ambos envejecían, David continuó teniéndola como consejera e incluso llegó a ser su confidente. Pero el cronista bíblico concentra toda su atención en el profundo impacto de Abigaíl sobre la conducta de David muchos años antes de que éste sea ungido rey.

El papel de Abigaíl en el sangriento drama del ascenso de David al poder es mucho más que una participación menor. El capítulo de Samuel I que gira en torno a la figura de Abigaíl forma parte de un libro que relata las batallas del vencido rey Saúl y su victorioso sucesor, David. Es en parte gracias a la capacidad de persuasión de Abigaíl que el joven guerrero David evoluciona hasta transformarse en el rey David, elevado por encima de todos los otros reyes de su nación y amado por su pueblo a lo largo de las generaciones.

El joven David es un hombre para enamorarse. Es un guerrero heroico, audaz y habilísimo, un líder natural “rubicundo, de ojos

brillantes”. No finge estados románticos ni les promete nada a sus mujeres. Pertenece a un mundo polígamo y lo explota en toda su magnitud. Cuando David cabecea, las mujeres responden.

Dada la sensibilidad que caracteriza al texto que refiere las acciones y las palabras de Abigaíl, tengo la impresión de que Samuel I bien podría haber sido escrito por una mujer. Una cronista ciertamente habría sido una rara excepción entre los que han escrito la Biblia hebrea; pero Abigaíl también es una excepción entre sus congéneres. Es una mujer segura de sí misma, intuitiva, capaz, persuasiva, llena de recursos y muy valiente. Encarna la propensión femenina a resolver los conflictos con palabras y no con el uso de la violencia. Aprovecha al máximo su sensibilidad femenina y no teme decirles “acuérdate de mí” a los poderosos. Evidentemente, no considera que “femenino” sea sinónimo de “pasividad”.

NUEVE

Betsabeé y David, de la lujuria al amor

Hace tres mil años, David estaba en el cenit de su poder. Había unido a las tribus del norte y del sur de su pueblo en un solo reino, y había establecido a Jerusalén como su capital espiritual y política a perpetuidad. David, el hombre público, está en paz; pero en la intimidad se muestra inquieto. Una tarde de holganza ve a una mujer casada y la codicia. Si bien la crónica bíblica manifiesta enojo ante el abuso de poder real perpetrado por David, también consigna cómo un momento de lujuria pasajera llega a transformarse en una relación amorosa duradera.

David, el menor de siete hermanos, ha pasado de ser un simple pastor a constituirse en un monarca seguro de sí mismo y hasta autocomplaciente, acostumbrado a ser obedecido y a que sus deseos sean órdenes. La mayor parte de sus matrimonios han sido arreglados para fortalecer alianzas políticas y engendrar herederos al trono. Tiene montones de concubinas para elegir a su antojo. En su vida matrimonial no hay señal alguna de amor.

Una primavera, el veterano guerrero decide —por primera vez en su vida— no acompañar a sus soldados al campo de batalla. Se dedica a dormir la siesta, su humor es cambiante y quizás atraviesa lo que hoy llamaríamos una crisis de madurez. Anda errante e inquieto de un aposento a otro del palacio real. No está acostumbrado a dedicar tanto tiempo al ocio.

“Y ocurrió que al comenzar el año, la temporada en que suelen los reyes salir de campaña [...] David se quedó en Jerusalén” mientras “sus capitanes” e “Israel todo” arriesgaban sus vidas en combate. La historia comienza a paso cansino. “Entre tanto, sucedió que un día, al levantarse David de su cama después de una siesta, se puso a pasear por la terraza del palacio real; y desde allí vio a una mujer bañándose. La mujer era muy bella, y el rey envió a preguntar quién era. Y le dijeron que era Betsabée, hija de Eliam y mujer de Urías, el heteo”.

Los arqueólogos sugieren que desde lo alto del palacio real, emplazado en la ladera de una montaña, David disfrutaba de una vista panorámica de las casas en los alrededores. Basta una sola mirada a la desnuda Betsabée para cautivarlo. La desea, anhela poseerla y actúa en consecuencia.

En un arrogante despliegue de poder, envía a sus emisarios a buscarla. Como su esposo, un soldado profesional, estaba en combate, Betsabée respondió al llamado de David y “yació con él, habiéndose purificado después de su período, y luego volvió preñada a su casa. Y dio aviso a David, diciéndole: ‘He concebido’”.

Si bien no hay en este episodio asomo alguno de coerción, muchos comentaristas opinan que Betsabée no tuvo más alternativa que acceder al convite de David. ¿Puede una mujer del pueblo rechazar a un rey? En aquella época los monarcas tenían poder absoluto y no se hacían responsables por lo que ocurría en su vida privada. Incluso hoy muchos poderosos —políticos, atletas, estrellas de cine— abusan de su poder y se toman libertades con mortales de menor jerarquía. Las mujeres occidentales tienen una serie de opciones de las que no disponían las mujeres en la época de Betsabée, entre ellas la acción legal. Por otra parte, ¿por qué diablos Betsabée se estaba bañando en la terraza de muros bajos de una casa localizada en una ciudad edificada sobre colinas? ¿Acaso esperaba tener privacidad en semejante entorno? ¿En qué estaba pensando?

La escueta crónica bíblica del encuentro sexual entre David y Betsabée no pretende —y esto está muy claro— encender la imaginación de los lectores. No se hace mención alguna a los sentimientos de la mujer. En

cambio, la narración se concentra en la perenne pulsión de la lujuria para ilustrar lecciones más profundas sobre las consecuencias del abuso de poder, aun cuando otras partes del relato encomien las numerosas y extraordinarias virtudes de David en tanto músico, poeta y autor de cientos de salmos, entre otros el muy amado Salmo 23, “El Señor es mi pastor”.

David es un hombre excepcional... y no obstante humano y falible.

Se ha enamorado de Betsabé, pero no está dispuesto a arrebatársela a su esposo de manera permanente. Sin embargo, el devastador mensaje de Betsabé —el primer intercambio verbal registrado entre ambos— exige repensar las cosas. La esquila consta apenas de dos palabras —“Estoy embarazada”—, pero el subtexto es “¿Qué piensas hacer al respecto?” El breve mensaje ofrece una primera impresión del carácter decidido y desafiante de Betsabé. Gracias a esta esquila David comprende que Betsabé no desaparecerá de su vida como si nada hubiese pasado. No es una fregona cualquiera, que se usa y se tira. No será ignorada ni aceptará el rol de la “mujer burlada”. Espera que David —el hombre que detenta el poder, quien además es su amante y el rey de su pueblo— la libere —a ella y a su hijo aún no nacido— de una situación peligrosa. No tiene alternativas, pero tiene los pies bien puestos sobre la tierra. No se humilla ni implora ni adula, aunque sabe que el castigo por adulterio en esa época y ese lugar es morir apedreada por la turba. Si David no interviene, Betsabé y su hijo tendrán una muerte pública y horriblemente dolorosa.

Fiel a su naturaleza, David actúa de inmediato para impedir daños mayores; el embarazo de Betsabé es cada vez más visible. Diseña un plan para encubrir quién es el verdadero padre del bebé.

Le dice a Joab, capitán de sus tropas y hombre de su entera confianza: “Envíame a Urías, el heteo’. Y Joab se lo envió. Cuando Urías llegó a él, David le preguntó en qué estado se encontraban Joab y sus tropas, y cómo iban las cosas de la guerra. Luego le dijo David a Urías: ‘Ve a tu casa y lávate los pies’. Cuando Urías salió de su palacio, el rey le envió un obsequio a su casa”.

David agasaja a Urías con exquisitas comidas y bebidas en el palacio y luego le ordena ir a su casa para una visita conyugal, con la obvia esperanza de que el bebé aún no nacido pase por hijo de Urías y Betsabé. Sin embargo, Urías no acepta la oferta. Se rehúsa a aceptar un tratamiento de privilegio, mejor que el que reciben sus soldados, y rechaza el ofrecimiento del rey. “Urías durmió en la entrada del palacio real, junto con los otros oficiales de su señor, y no bajó a su casa”, dice el texto bíblico. “Cuando David se enteró de que Urías no había bajado a su casa, le dijo a

éste: ‘¿Acaso no has llegado de un viaje? ¿Cómo es que no bajas a descansar a tu casa?’ Y le respondió Urías: ‘El Arca de Dios e Israel y Judá están en tiendas de campaña, y mi señor Joab y los siervos de Vuestra Majestad acampan a cielo abierto; ¿cómo podría yo ir a mi casa y comer y beber y dormir con mi esposa? ¡Por la vida y por la salud de mi rey juro que no haré tal cosa!’” Esta última declaración de Urías alude al hecho de que David ha evadido su deber al no ir a la batalla con sus hombres, como siempre lo había hecho hasta entonces.

Las acciones de David lo pintan de cuerpo entero. Intenta ocultar el resultado de su adulterio con decisión y confianza, pero —en uno de los primeros ejemplos del origen bíblico del inexorable imperio de la ley— pronto aprenderá que ni siquiera los reyes se hallan por encima de la ley. Cuando uno se desliza cuesta abajo en términos morales —aunque el mal paso sea insignificante— las consecuencias suelen ser incontrolables. Y es esto lo que le ocurre a David: su misma estrategia lo conduce al desastre.

No obstante, este rey lleno de recursos vuelve a intentarlo. Ordena a Urías permanecer un día más en Jerusalén. Esa noche cena con él y beben hasta que el heteo se emborracha como una cuba. Pero, una vez más, Urías duerme en una tienda de campaña con sus soldados y no regresa a su casa.

El marido de Betsabé es la figura más enigmática de esta infortunada historia. Al principio admiramos su negativa a gozar de un privilegio del que no gozan sus hombres y su honor de soldado. Después de una larga abstinencia sexual Urías es capaz de rechazar el regalo inesperado de poder pasar una noche con su esposa, una mujer cuyo magnetismo es tan grande que ha logrado cautivar al rey desde una terraza en Jerusalén. Pero también puede ser frío o sexualmente indiferente, o quizás necesita tan poco a su esposa que su compañía no lo atrae. ¿O acaso se ha enterado de la infidelidad de su esposa mientras estaba en servicio? ¿Le resultan sospechosas las atenciones que el rey le prodiga en plena campaña militar? ¿Urías se rehúsa a entrar en un triángulo amoroso con el rey porque quiere salvaguardar su honor o porque está furioso con su esposa? El cronista bíblico no deja entrever los motivos de Urías. Sus palabras expresan una obstinada falta de cooperación al declinar la invitación de David: una actitud por demás audaz si tenemos en cuenta la autoridad absoluta, y por cierto sagrada, del rey.

Al llegar la mañana, David le pide a Urías que entregue una carta a Joab. En esa carta le ordena a su capitán en jefe: “Poned a Urías en la primera línea de batalla, donde esté lo más recio del combate; y luego

retroceded para que sea herido y muera”. Urías lleva su propia sentencia de muerte al campo de batalla. Joab obedece la orden de David y al poco tiempo envía las noticias que el rey espera con ansiedad creciente. “Han muerto algunos del ejército de David; y entre éstos también Urías, el heteo”. David responde, dándole pistas a Joab sobre la verdadera causa de la muerte de Urías: “No desmayes por este fracaso. Siempre ha de perecer alguien al filo de la espada”.

David no muestra remordimiento alguno por haberse deshecho del esposo de Betsabé. Si Urías hubiera vivido para ser testigo del fruto de la traición de su esposa, Betsabé habría muerto apedreada. Había que elegir entre Urías y Betsabé. Uno de los dos tenía que morir, y David eligió a Urías.

Aunque Betsabé es parte integral de esta historia, su voz brilla por su ausencia. Lleva en su vientre al hijo del rey, pero nadie nos dice qué sintió al enterarse de que su esposo fue asesinado para encubrir su aventura amorosa con el rey; a decir verdad, ni siquiera sabemos si llega a enterarse. Pero Jerusalén debía arder de rumores, y los rumores seguramente habrán llegado a oídos de Betsabé. El pueblo sabe que David no puede casarse con Betsabé mientras su esposo esté vivo. Cuando Urías muere, el futuro de la mujer es incierto. “Lloró la muerte de su esposo”, dice la Biblia. “Cuando hubo acabado el período de duelo, David envió por ella y la llevó a su palacio” y allí la hizo su esposa. El bebé que Betsabé lleva en el vientre anuda el lazo amoroso entre David y su flamante esposa. Aquel día en que ella se bañaba en la terraza de su casa ha quedado lejos, aunque sólo han pasado unas semanas.

David retoma su rutina diaria, convencido de que su crimen quedará impune. Pero una escueta línea bíblica advierte que no será tan sencillo: “Mas esto que hizo David fue malo a los ojos del Señor”.

* * *

Sin previo aviso, el profeta Natán —quien, al igual que otros profetas bíblicos, es un severo crítico social cuyos mensajes están imbuidos de honradez y pasión— visita a David. Cabe señalar que los motivos de los profetas tienen poco o nada que ver con las estrategias políticas o las ambiciones personales. Son, ni más ni menos, seres humanos a través de los cuales habla Dios.

Natán le cuenta una historia a David. “Había dos hombres en una ciudad, uno era rico y el otro, pobre [...] Un día llegó un viajero a la casa

del rico, pero éste no quiso tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para agasajar al forastero que había llegado; en cambio, le quitó al pobre la única ovejita que tenía, y la aderezó para dar de comer al hombre que había llegado a su casa”.

Al escuchar esta historia de avaricia y robo, David monta en cólera y le dice a Natán: “¡Vive Dios, el hombre que ha hecho eso merece morir!”

Sin perder la calma, Natán señala con el dedo índice a David y proclama: “¡Ese hombre eres tú!” Luego Natán repite las palabras del Señor, Dios de Israel: “¿Por qué has vilipendiado la voluntad del Señor y hecho aquello que Le repugna? Le has hecho perder la vida a Urías, el heteo; has tomado a su esposa y la has convertido en tu mujer, matándolo a él con la espada de los hijos de Ammón. Por eso la espada jamás se apartará de tu casa [...] Yo haré surgir de tu propia casa una calamidad contra ti”.

Las palabras del profeta desmoronan la indiferencia y la autocomplacencia de David. Ya no se trata de una equivocación digna de misericordia sino de un escarnio moral. David viola las leyes divinas cuando yace con Betsabé, pero es el artero asesinato de Urías lo que desata la ira de Dios. La frase con que David alude despectivamente a la muerte del heteo —“Siempre ha de perecer alguien al filo de la espada”— se vuelve contra él cuando Dios decreta: “La espada jamás se apartará de tu casa”.

David enfrenta la verdad y reconoce la enormidad de sus pecados. Le dice a Natán: “¡He pecado contra el Señor!”

Natán responde: “El Señor ha condonado tu pecado; no morirás”. Pero el perdón no llega de inmediato ni es completo. La primera calamidad prometida no se hace esperar: “El Señor hirió al niño que la mujer de Urías había concebido de David, y fue desahuciado”.

David suplica a Dios que salve a su hijo: ayuna, reza y duerme en el suelo junto al niño. Pero el bebé muere.

David no tiene poder para modificar el mandato divino. Atormentado por la culpa y el pesar, está convencido de que su hijo ha pagado con su vida inocente la irresponsable lujuria y el horrible asesinato cometido por su padre. El rey es consciente de que, si él no hubiese sucumbido a la tentación, el resto de esta trágica historia no habría ocurrido.

Tras la muerte del bebé, para gran perplejidad de quienes lo rodean, David se levanta de un salto y vuelve a la acción. A través de la rápida sucesión de nueve verbos, la Biblia narra que “Entonces David se levantó del suelo; se bañó y se ungió, y cambiándose de ropa entró en la casa del

Señor y lo adoró. Pasó después a su palacio, y pidió que le sirvieran la mesa, y comió. Y le dijeron sus sirvientes: ‘¿Por qué actúas de esta manera? Cuando el niño aún vivía, tú ayunabas y llorabas por él; pero ahora que está muerto, te has levantado y has comido’.

David responde, tal como lo haría cualquier padre que ha perdido un hijo: “¿Es que acaso podré restituirlo a la vida? Antes bien, iré yo a él; pero él no volverá a mí”.

Como hombre religioso que es, David comprende que la muerte de su hijo no ha expiado su pecado y que su vida jamás volverá a ser lo que era. En el Salmo 51 le ruega a Dios:

*Lávame todavía más de mi iniquidad,
y purifícame de mi pecado;
porque yo reconozco mi maldad,
y delante de mí tengo siempre mi pecado.*

David reconoce que merece el castigo divino, lo que a su vez lo ayuda a aceptar el dolor que siente y a retomar sus responsabilidades de monarca. Gracias a su fe y su espíritu decidido sobrelleva la tragedia como Betsabeé, la madre del niño, no puede hacerlo.

“Consoló después David a Betsabeé, su esposa, y acudió a ella y yació con ella, y ella dio a luz un niño a quien David puso por nombre Salomón, y a quien amó el Señor”.

El rey David ha asesinado y ha mentado; no obstante, Betsabeé despierta en él una ternura que jamás le habíamos visto antes. Apesadumbrada, Betsabeé acude a David en busca de consuelo, fortaleza y comprensión. Los hombres tienden a encontrar solaz y apoyo en la intimidad sexual, pero David comprende que las necesidades de una madre desconsolada son muy distintas. El cronista bíblico deja en claro que David primero consuela a Betsabeé y que recién después de haberla consolado la pareja retoma la actividad sexual.

Como cualquier pareja destinada a perdurar, David y Betsabeé superan la primera etapa de simple lujuria. Comparten su pena con una intensidad emocional que David no ha encontrado en ninguna de sus otras esposas. Paradójicamente, la muerte del hijo es el preludio de una relación amorosa que durará toda la vida y madurará y se hará más profunda con el correr de los años.

Casi siempre ocurre lo contrario. Numerosos matrimonios se desintegran tras la muerte de un hijo porque maridos y mujeres hacen el

duelo de distinto modo y padecen por separado. Quizás les resulte difícil satisfacer las necesidades físicas y emocionales del otro. Tal vez uno de ellos necesite expresar sus sentimientos y el otro necesite reprimirlos. Quizás uno considere al otro responsable de la tragedia y socave la relación con sombras de culpa y acusaciones.

Betsabé da a luz otro hijo, Salomón. A partir de este nacimiento, la relación de David y Betsabé se vuelve más profunda. Pero el castigo divino aún no ha completado su ciclo. En la siguiente generación, los hijos mayores de David sufrirán un infortunio tras otro hasta que la tragedia familiar culmine con la muerte de Absalón, quien se rebela contra su padre. Cuando Absalón es muerto, David —en vez de sentirse aliviado por haber acabado con la insurrección— se muestra inconsolable. Sus poderosas emociones reflejan los sentimientos de casi todos los progenitores, quienes suelen permanecer devotos a sus hijos aun en situaciones de conflicto y rebelión. David “subió a su recámara [...] y lloró, y murmuró estas palabras mientras lloraba: ‘¡Absalón, Absalón! ¡Absalón, hijo mío! ¡Oh hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío!’”.

La inmemorial historia del romance de Betsabé y David ha atravesado los siglos y su eco aún resuena entre nosotros.

Este relato plantea cuestionamientos acerca del poder, la lujuria, el engaño y la culpa y ha producido los comentarios más diversos, que desde entonces han sido casi universalmente aceptados. La historia de David nos advierte que el poder puede transformar y corromper al individuo. Como bien nos recuerda la célebre frase de Lord Acton: “El poder tiende a corromper; el poder absoluto corrompe absolutamente”. La crónica bíblica también expresa que el deseo sexual es una fuerza imperiosa pero queda restringido a la primera etapa de la relación y luego es superado; que el engaño puede parecer viable y útil a corto plazo pero en última instancia alimenta la desconfianza y puede conducir a equivocaciones mayores. Cuando finge interesarse por el bienestar de Urías, David hace lo mejor que puede para encubrir su adulterio. Pero cuanto más intenta persuadir al marido de pasar tiempo con su mujer, más parece desconfiar Urías de los motivos del rey y se niega a participar de su plan.

La culpa verdadera es una dolorosa lucha interna con nuestra conciencia. Nos impulsa a ser más sensibles y conscientes de los otros. Nos sentimos culpables cuando sabemos que no hemos estado a la altura de

nuestros valores e ideales, y que hemos lastimado a otros. David siente angustia genuina cuando comprende que es igual al hombre rico que se apoderó de la única ovejita que tenía el hombre pobre. El rey culpable siente que la pérdida de su hijo recién nacido es un merecido castigo por su crimen.

Los temas de tentación y lujuria que atormentan a David y Betsabé tienen tanto peso hoy como entonces. El derrotero fatídico que culminó en asesinato se inició con un pequeño paso, anterior al momento en que David vio a Betsabé bañándose. Al haber eludido su deber —quedándose en su casa en vez de liderar a sus tropas en la batalla—, David inició un camino descendente que en última instancia lo condujo al asesinato. Su ilimitado poder regio, consolidado y defendido por una multitud de hombres ansiosos por complacerlo, hizo que creyera tener derecho a todo sin límite alguno. Todos estos factores convergieron en una tarde ociosa, cuando los estándares éticos de su fe parecían estar muy lejos.

David no culpa a “esa mujer” —Betsabé— por “haberlo desviado del recto camino”. Al contrario, asume plena responsabilidad por su conducta. En esto se diferencia de Adán, quien culpa a Eva por haber desobedecido a Dios en el Jardín del Edén. Tal vez Dios haya perdonado a David y le haya permitido permanecer en el trono gracias a su aceptación de la culpa y la responsabilidad por lo ocurrido.

La historia de David y Betsabé es un ejemplo primordial del “amor duro” con que la Biblia enfoca las cuestiones de la vida. La Biblia reconoce que los seres humanos somos vulnerables y falibles, pero también responsables de nuestros actos. Nos enseña que el comportamiento sexual debe estar subordinado a una tradición de creencias y costumbres morales, y que está mal mentir para encubrir un desliz sexual o cualquier otro error que hayamos cometido. Cuando David pasa por alto esta regla de vida, las consecuencias de su acto afectan las vidas de sus hijos y llevan tristeza y pérdida a su vida privada. La muerte de un hijo es la peor tragedia en la vida de un padre y el castigo más duro que se pueda imaginar.

Los Diez Mandamientos conforman un código ético y espiritual que fue entregado a los israelitas como una suerte de guía básica cotidiana, elaborada por un Dios preocupado y amoroso. En tiempos bíblicos, violar el séptimo mandamiento y cometer adulterio ameritaba morir apedreado por la multitud. Hoy contamos con un espectro de opciones, que van desde la terapia de pareja hasta el divorcio. La máxima “No desearás a la mujer de tu prójimo” (“No cometerás adulterio”) nos advierte que el adulterio

destruye los lazos de confianza que mantienen unida a la pareja y amenaza la estabilidad de tres generaciones: la de la pareja en cuestión, la de sus hijos y la de los abuelos. Pero, a pesar de la claridad meridiana de los Diez Mandamientos, los seres humanos respondemos a una miríada de tentaciones en nuestro entorno y, como la de Adán y Eva en el Jardín del Edén, nuestra curiosidad no tiene límites.

La tentación puede surgir en las situaciones más mundanas. El siguiente pasaje bíblico —tomado del Libro de los Proverbios, escrito hace miles de años— describe vívidamente lo que puede ocurrir cuando marido y mujer permanecen separados durante períodos largos:

*Ella lo abraza y lo besa;
y le dice con audacia:
“He adornado mi cama con cobertores
de lino egipcio teñido;
he asperjado mi lecho
con mirra, áloe y canela.
Bebamos del amor hasta cansarnos,
hasta que llegue la mañana;
deleitémonos en amantes abrazos y caricias,
porque el hombre de la casa está lejos;
ha partido muy lejos, en viaje.
Se ha llevado consigo la bolsa del dinero
y no regresará hasta mediados de mes”.*

Siglos atrás, el Talmud brindaba este brutal consejo acerca del adulterio: “Si te sobreviene la necesidad, vete a un pueblo cercano, vístete de incógnito, haz lo que tengas que hacer y vuelve a tu casa lo antes posible”. Esta suerte de postulado realista causa sorpresa en el contexto de un libro religioso, y a muchos les resultarán controvertidas esta manera tan directa de reconocer nuestros deseos y las sugerencias —una pura muestra de sentido común— respecto al conflictivo tema de la infidelidad. Sin embargo, el propósito del Talmud no es incitar al adulterio sino todo lo contrario. Con espíritu absolutamente realista, el Talmud admite que la gratificación instantánea, sea sexual o emocional, es una poderosa pulsión humana y debe ser reconocida como tal si queremos enfrentarla, luchar contra ella y, en el mejor de los casos, superarla. En este mundo imperfecto, el Talmud (que siempre tiene en cuenta las debilidades humanas) dice que un episodio de infidelidad no debe prevalecer sobre

nuestra prioridad esencial: la familia. La protección y salvaguarda del vínculo familiar es, siempre, nuestra prioridad más alta. Debemos reducir al mínimo el daño que infligimos a otros siendo lo más discretos posible. Es injusto y poco sabio humillar a nuestra pareja en privado dejando evidencias de nuestra infidelidad; peor aún es permitir que la humillación tome estado público. La fidelidad no es una virtud hereditaria: se aprende y se practica. En la época en que fue redactada, esta medida precautoria estaba exclusivamente dirigida a los hombres. Hoy en día, con tantas mujeres activas en la vida pública, también se aplica a ellas.

El mundo está lleno de hombres y mujeres atractivos y tentadores. Sin embargo, nuestra pareja debe ocupar otra categoría: es la persona que hemos elegido para embarcarnos en un viaje perdurable, alimentado por el deseo mutuo y fortalecido por la creencia compartida en que la relación debe durar toda la vida. Una pareja duradera se construye sobre valores y expectativas similares, y se ve fortalecida por el compromiso compartido de criar a los hijos y envejecer juntos. Los lazos matrimoniales y familiares son mucho más complejos que los de cualquier aventura romántica porque involucran muchos más aspectos de la vida, tanto en lo cotidiano como a largo plazo. Los esposos comparten las tareas diarias y tiempo con amigos y parientes, pasan juntos los feriados y las vacaciones, se cuidan uno al otro en tiempos de enfermedad. Lo ideal es que la fidelidad conyugal sea una decisión constante y consciente, precisamente porque todo el tiempo vemos quebrantarse los votos matrimoniales. El mensaje común a hombres y mujeres es: no destruyas tu matrimonio ni separes a tu familia por el placer pasajero o la gratificación inmediata. El matrimonio conlleva numerosas responsabilidades, pero también ofrece recompensas únicas. En su libro *Private Lies*, el Dr. Frank Pittman escribió: “El ideal de nuestra sociedad es la monogamia, y la infidelidad es la principal amenaza contra el matrimonio. Lo más difícil de aceptar, para el cónyuge traicionado, es el engaño [...], el encubrimiento, la telaraña de mentiras. No se trata tanto de [...] *con quién* se acuesta uno sino de *a quién* le miente uno”. [N. de la T.: juego de palabras intraducible entre “to lie with” (acostarse con) y “to lie to” (mentirle a).]

Ya han pasado dos décadas y un libro de la Biblia cuando volvemos a tener noticias de Betsabé. Ha sobrevivido las crisis políticas, los escollos sociales y las intrigas personales en el irregular y extendido entorno del rey —con sus esposas rivales, los hijos de éstas y una miríada de consejeros y

laderos—. El romance de David y Betsabé, y el posterior encubrimiento criminal del adulterio, debe haber sido la comidilla de los chismosos de la corte, cosa que seguramente no habrá aumentado la popularidad de Betsabé entre las esposas del monarca. Su ingreso a la familia del rey no es muy diferente de la aparición en escena de la segunda esposa o el segundo marido en nuestra cultura actual. Está en la naturaleza de la familia polígama que las relaciones del esposo con sus distintas esposas fluctúen y tarde o temprano se diluyan; no obstante, Betsabé se las ingenia para mantener su intimidad con David. Es la única esposa que, según sabemos, tiene acceso al rey en sus últimos años, cuando David se encuentra en decadencia y ya no es el héroe nacional que fuera en el pasado.

Aunque sus sirvientes lo cubren con mantas y frazadas, David tiembla. Su circulación está tan deteriorada que nada alcanza para darle calor en la fría noche de Jerusalén. Sus sirvientes dicen: “Iremos a buscar una joven virgen para nuestro señor, el rey; para que dé calor a su majestad y lo asista en todo. Haremos que ella se acueste en su regazo, y nuestro señor el rey entrará en calor”. Buscan la mejor candidata en todo Israel y por fin encuentran a Abisag, de Sunam, una joven de portentosa belleza. Abisag se convierte en doncella del rey y se ocupa de cuidarlo.

La Biblia no escatima detalles al describir los problemas de la ancianidad, ni siquiera tratándose de su héroe más grande y celebrado. Como todos los mortales, el rey David se vuelve frágil y viejo. Con objetividad clínica, el cronista bíblico describe su decadente virilidad. David es impotente, incluso con esa joven despampanante que se desliza a su lado entre las sábanas con la esperanza de insuflarle un poco de vida. Dice la Biblia que “el rey no la conoció”: no pudo consumar el matrimonio.

La corte de David ha de estar plagada de esposas y concubinas, pero ninguna lo acompaña en su lecho de enfermo. Como cualquier anciano, David anhela más que nunca el contacto humano. Sólo sus sirvientes merodean en torno a él y lo mantienen limpio y cómodo, pero David se siente aislado e insignificante a ojos de los demás.

Sólo conocemos una frase de la joven Betsabé a David: “Estoy embarazada”. Sin embargo, estas dos palabras tuvieron el poder de conmover al reino y cambiaron para siempre la vida y el legado de David. Ahora Betsabé es más vieja, pero muestra la misma firmeza y seguridad de su juventud cuando aboga en favor de Salomón, el hijo de ambos.

El rey David, que se acerca al final de su reinado, ya no detenta el poder absoluto. Sus hijos han comenzado a pelear por la sucesión. Incluso

uno de ellos —Adonías, hijo de Haggit— se ha proclamado rey en vida de su padre.

“Entró, pues, Betsabeé, a la cámara del rey. Y él era ya muy viejo, y Abisag la sunamita lo asistía. Betsabeé se inclinó, le hizo una profunda reverencia. Y el rey le dijo: ‘¿Qué es lo que quieres?’ Y ella le respondió: ‘Mi señor, tú juraste a tu esclava por el Señor Dios tuyo, que Salomón mi hijo reinaría después de ti, y se sentaría en tu trono’”. El viejo dicho “La mano que mece la cuna gobierna el mundo” le va como anillo al dedo a Betsabeé.

Después de haber pasado tantos años juntos, Betsabeé puede acceder al rey sin dificultad. Entra en su recámara, segura de su lugar en la vida de David. No se siente en absoluto amenazada por la deseable presencia de Abisag. Aunque la feroz pasión que alguna vez la abrasara por David se ha enfriado... donde hubo fuego, cenizas quedan. Betsabeé se apoya en la intimidad y la lealtad —siendo esta última una verdadera rara avis en la vida de la corte— que David y ella han cultivado en el transcurso de los años. Betsabeé se dirige al rey con respeto, y él responde del mismo modo.

Una vez más se juega entera. Defiende la causa de su hijo, Salomón, con la misma resolución con que en el pasado defendió su propia causa. No sólo quiere que sea rey; también se ha dado cuenta de que cuando David muera los demás sucesores al trono verán a Salomón —y a ella misma— como una amenaza a su poder.

El traspaso del poder es un tema recurrente en la Biblia hebrea. Como en la mayoría de las sociedades, la primogenitura es el método elegido para garantizar un traspaso ordenado. Sin embargo, no es un método invariable. En la Biblia, el derecho del primogénito es transgredido repetidamente, como ocurre con Jacob y Esaú y con José y sus hermanos. El propio David —aunque no es hijo del rey Saúl ni tampoco el varón primogénito de su propio padre— es elegido por Dios para ocupar el trono. Podríamos suponer que en todos estos casos la Biblia aconseja un sistema de sucesión basado en los méritos.

El equilibrio de poder entre el anciano David y Betsabeé ha cambiado, tal como ocurrió con Rebeca cuando Isaac envejeció. Betsabeé es resuelta y enérgica, y quizás le recuerda a David una promesa hecha mucho, muchísimo tiempo atrás. ¿Acaso David habrá consolado a su apenada y sollozante esposa, agobiada por la terrible pérdida de su primogénito, jurándole que el próximo hijo que tuvieran sería rey? ¿Betsabeé especula con que David cumpla una promesa que ya no recuerda haber hecho, si es que alguna vez la hizo? No sabemos si David fue sincero en su momento o si el viejo rey simplemente le sigue el juego a su esposa favorita para

disimular su confusión mental. ¿O quizás ha hecho esta promesa hace no tanto tiempo porque está convencido de que, entre todos sus vástagos, Salomón será el líder más apto para la nación gracias a su erudición y su sabiduría?

Cualquiera sea el motivo, la capacidad de decisión de David se pone de manifiesto por última vez. Designa a Salomón como su sucesor y, previendo el desafío de algún heredero rival, anuncia el traspaso inmediato del poder. Salomón inicia su reinado mientras David aún está vivo, y cumple de este modo la promesa del rey a Betsabé: “Tu hijo Salomón reinará después de mí, y él se sentará en mi trono en mi lugar, y así lo ejecutaré hoy mismo. (...) Y tocaréis la trompa y gritaréis: ‘¡Larga vida al rey Salomón!’ Volveréis después acompañándolo, y vendrá él a sentarse en mi trono y ocupará mi lugar. Y a él entregaré el gobierno de Israel y de Judá”.

Sabiendo que su vida llega a su fin, David da a Salomón —el heredero que él mismo ha elegido— una lista de instrucciones que van desde la despiadada aniquilación de los enemigos hasta el otorgamiento de favores a sus seguidores. Hace gala de la sabiduría por la que ha sido admirado desde entonces: insta a su hijo a seguir el camino trazado por el Señor y respetar las leyes, mandamientos, reglas y admoniciones de Dios “como está escrito en la ley de Moisés, para que aciertes en todo cuanto hagas y en cuanto pongas la mira. De esta manera confirmará el Señor la palabra que me dio, diciendo: ‘Si tus hijos procedieren bien, y anduvieren en mi presencia, siguiendo la verdad con todo su corazón y con toda su alma, ocupará siempre alguno de tu linaje el trono de Israel’”.

Mortal afortunado, David muere en paz.

Cuando Salomón sube al trono, tiene a su madre en tan alta estima que, al entrar ella en la habitación, “el rey se levantó a recibirla, y la saludó con profunda reverencia. Después se sentó en su trono, e hizo poner un trono para la reina madre, y ella se sentó a su derecha”.

* * *

La crónica relata hábilmente los cambios ocurridos en la relación de David y Betsabé, pasando por una aventura adúltera de una sola noche a través del asesinato, el duelo y el arrepentimiento, el matrimonio, el sufrimiento y el consuelo hasta llegar a la coronación de Salomón, quien fuera a todas luces el rey más sabio de Israel.

Al comienzo de la historia, Betsabé —la esposa de un oficial del ejército de David— es objeto de la lujuria del rey y depende por completo de

su protección. De algún modo, pasa de mero objeto sexual a ser una compañera de ruta para David. El rey la suma a su colección de esposas, no por especulación política —base habitual de todos los matrimonios reales— sino en contra de la corriente: sólo por amor. Y es de suponer que David también habrá valorado y respetado la manera en que Betsabé educó a su único hijo, Salomón, porque lo nombró su heredero al trono.

A medida que su personaje evoluciona, Betsabé manifiesta la característica —más “masculina”— del habla afirmada; ya no se expresa como alguien que depende de la protección de David, sino como una mujer segura de su lugar en el matrimonio. Cuando entra al aposento del rey y ve a la hermosa Abisag, seguramente comprende que la joven no representa una amenaza a su posición en la vida de David ni tampoco a su estatus en la corte de ese rey envejecido, aislado y dependiente del cuidado de extraños. Los sirvientes cuidan a David, pero es evidente que no lo aman. Ni siquiera Abisag está emocionalmente cerca del rey: es una mera “empleada” con quien David “no tiene intimidad”. La vida privada de David está llena de dolor y desilusión, en gran parte por obra suya, y quizás lo único que le sirve de consuelo es su larga relación amorosa con Betsabé.

En cuanto al triángulo original, podríamos especular ad infinitum acerca de los motivos de cada uno de los actos de los tres protagonistas. La pasión y la lealtad, el interés personal y el descuido conforman una trama inexpugnable. La historia apunta en un principio al abuso y la fuerza seductora del poder, que se manifiestan a través de las decisiones tomadas por los protagonistas. Ninguno de los vértices de este triángulo doméstico la saca barata. Urías rechaza el papel de marido complaciente y es muerto en el campo de batalla. Betsabé debe vivir sabiéndose cómplice de la muerte de su esposo y con la muerte del hijo concebido en pecado sobre su conciencia. Pero es David quien soporta la consecuencia más terrible: “La espada jamás se apartará de tu casa”. Tamar, hija de David, es violada por su medio hermano Amnón; Amnón es asesinado por el hermano de Tamar, Absalón, quien venga de este modo la afrenta hecha a su hermana. A partir de este episodio la relación de Absalón con su padre se deteriora, hecho que culmina en su intento de golpe de Estado contra David. Desobedeciendo las órdenes explícitas del rey, Absalón muere asesinado por Joab, capitán de las fuerzas de David.

El lujurioso deseo de David por Betsabé se transforma en algo parecido a lo que hoy consideramos un amor romántico: una pasión que prevalece sobre la especulación política, y hasta sobre la razón misma. El afecto duradero que los vincula parece indestructible. Betsabé permanece

junto al impotente David, cuyo poder político también está en decadencia. Como fuente de inteligencia práctica y respaldo emocional, desempeña un papel fundamental al acompañar al anciano David en su ocaso.

De las tres esposas de David retratadas en la Biblia, sólo dos han tenido una profunda influencia sobre él; ambas habían estado casadas antes y presuntamente eran más maduras que la inexperta y demandante Micol, hija de Saúl. Ambas hacen aflorar en él al protector y el líder que les permitirá sobrevivir y unirse a la corte. La primera es Abigaíl, quien convence a David de no vengarse de su esposo Nabal y su clan. La segunda es Betsabeé, quien cambia el curso de la historia bañándose desnuda en la terraza de su casa; ella convence a David de elegir a Salomón, el hijo de ambos, como sucesor al trono por encima de sus otros hijos mayores. El respeto de Salomón hacia su madre después de ascender al trono indica la importancia de Betsabeé en la corte de David. Abigaíl y Betsabeé exudan coraje, y ese coraje es base y origen de la profunda confianza que ambas tienen en sí mismas. Ambas se niegan a aceptar el statu quo en su primer encuentro con David, aun sabiendo que corren peligro. Ambas son sabias y dicen lo que piensan. Y David se detiene a escuchar.

DIEZ

Violación y venganza. La historia de Tamar

La Biblia no oculta los secretos más pavorosos de la familia del rey David. “Absalón, hijo de David, tenía una hermana muy bella llamada Tamar, y Amnón, hijo de David, se enamoró de ella. Amnón estaba tan enamorado de su media hermana Tamar que cayó enfermo; porque Tamar era virgen, y a Amnón le parecía imposible hacer algo con ella”.

Amnón tiene un primo, un oscuro sirviente llamado Jonadab, a quien la Biblia califica de “sumamente astuto”. Jonadab le pregunta a Amnón: “¿Por qué, príncipe mío, te veo cada día más delgado y ojeroso? ¡Dímelo!” Y Amnón respondió: ‘Estoy enamorado de Tamar, la hermana de mi hermano Absalón’. Y le dijo Jonadab: ‘Acuéstate en la cama y finge estar enfermo. Y cuando tu padre vaya a verte, dile: Te suplico que mi hermana Tamar venga a darme la comida. Y que ella misma prepare, delante de mí, el plato. Y que ella misma me lo sirva’. David envió un recado a Tamar, en el palacio: ‘Por favor ve a la casa de tu hermano Amnón y hazle alguna cosa de comer’. Tamar fue a la casa de su hermano Amnón, quien estaba en la cama. Y tomando harina la amasó, y batiéndola hizo ante su vista unos

pastelitos, y después de cocidos los puso en un plato y se los sirvió. Pero Amnón no quiso comer y mandó retirarse a todos. Cuando todos se hubieron retirado, Amnón dijo a Tamar: ‘Entra la comida a mi aposento, y dame de comer’.

El cronista no describe los pensamientos de Tamar mientras se dirige a la casa de Amnón. Cuando su padre David la envía a cocinar para Amnón, Tamar no puede negarse. ¿Pero acaso sospecha los motivos de Amnón? ¿Ha percibido su mirada lujuriosa en las reuniones de la corte y los banquetes familiares? ¿Se pregunta por qué su padre no presta atención a los peligros que ella pueda correr? No lo sabemos. Como no puede desobedecer a su padre y rey, no tiene otra opción que hacer lo que éste le ha pedido.

Quizás Tamar sea lo bastante inocente para ignorar que la lenta y elaborada preparación de un plato exquisito puede ser un ingrediente de alto voltaje erótico. Tamar amasa los pastelitos antes de ponerlos al horno. La lujuria de Amnón se intensifica al contemplar sus graciosos movimientos desde la cama. Echa a los sirvientes, y los dos se quedan solos. Los lectores sentimos escalofríos al imaginar lo que está por ocurrir.

“Tamar tomó los pastelitos que había aderezado y se los llevó a su hermano. Y cuando le presentó el plato, él la asió diciéndole: ‘Ven hermana mía, duerme conmigo’. Pero ella le dijo: ‘No quieras hacerme violencia, hermano mío, pues esto no es permitido en Israel. ¡No cometas acto tan vill! Pues yo no podré sufrir mi oprobio, y tú serás tenido por un miserable en todo Israel. Mejor será que hables con el rey, quien no rehusará entregarme a ti’. Pero Amnón no quiso escucharla; la doblégó por la fuerza y yació con ella”.

Como la mayoría de las mujeres de su estirpe, Tamar carece de fuerza física para huir de su atacante y confía en su inteligencia, con la esperanza de hacerlo cambiar de opinión. Argumenta y suplica, recordándole los estrechos lazos familiares que los unen. Lo llama “hermano”. Lo insta a respetar la herencia moral que comparten diciendo: “pues esto no es permitido en Israel”. Desesperada, le espeta que no querrá ser “tenido por un miserable en todo Israel”.

Llega al extremo de intentar convencerlo de legitimar su lujuria pidiéndola al padre de ambos en matrimonio. Aunque la ley bíblica prohíbe el casamiento entre medio hermanos, algunos comentaristas han sugerido que las palabras de Tamar revelan que tales uniones eran costumbre entre las familias reales del antiguo Cercano Oriente. En Egipto, en el siglo I antes de la era cristiana, Cleopatra se casó en primeras nupcias con su

hermano Ptolomeo XIV, y cuando éste murió contrajo enlace con el hermano menor de ambos.

En cualquier caso, Tamar recurre a todo lo que le viene a la cabeza para disuadir a Amnón, o aunque más no sea para ganar tiempo. Pero Tamar fracasa, y ocurre lo inevitable. Amnón viola brutalmente a su media hermana, en la que seguramente habrá sido una ordalía aterradora y dolorosa.

Una vez perpetrado el acto, Tamar le suplica que no agrave el mal de la violación rechazándola, pues el rechazo equivale al destierro. Si bien la ley bíblica ofrece la “compensación” del matrimonio a las víctimas de violación, si una virgen es abandonada por su violador se transforma en una descastada con quien nadie condescenderá en casarse. Esta ley que coloca al violador y su víctima bajo el mismo techo suena brutal a nuestros oídos modernos, pero de hecho era un intento —por muy imperfecto que fuese— de proteger a una mujer que de otro modo sería rechazada por su comunidad. En el contexto de una sociedad patriarcal agraria como la israelita —donde la mujer no tenía identidad fuera del matrimonio—, esta ley pretendía que el violador se hiciera responsable del bienestar de su víctima.

Pero Amnón desoye el pedido de Tamar y una vez más revela otro espantoso rasgo de su carácter. “Y enseguida Amnón le tomó una aversión tan extraordinaria, que era más intenso el odio que concibió contra ella que el amor con que antes la amaba. Y así le dijo Amnón: ‘Levántate y vete de aquí’. Y respondió Tamar: ‘Por favor no cometas más pecados. El ultraje que me haces ahora echándome de esta casa es mayor aun que el que me has hecho antes’. Pero él no quiso escucharla. Llamó a uno de sus jóvenes criados y le ordenó: ‘Haz desaparecer esta mujer de mi vista, y cierra la puerta con tranca tras ella’”.

El sirviente de Amnón la echa del aposento a los empujones y cierra la puerta. Para Amnón, Tamar es asunto terminado. La lujuria, a diferencia del amor, se evapora una vez satisfecha. Amnón no quiere tener nada más que ver con su media hermana.

¿Por qué la lujuria de Amnón se transforma tan rápidamente en “aversión”, en “odio”? Él sabe que podrían capturarlo y castigarlo por lo que ha hecho. La presencia de Tamar se le hace intolerable porque es un recordatorio constante del odio y la culpa que no puede evitar sentir. Proyecta en ella su propia repulsión. Luego la despersonaliza, llamándola “esa mujer”. La víctima se vuelve odiosa a los ojos de su agresor.

¿Cómo comenzar a entender la maldad que impulsa el crimen de Amnón? ¿Qué lo lleva a hacer realidad un deseo perverso con el que otros hombres podrían acaso fantasear pero serían incapaces de llevar a cabo? ¿Por qué no se reprime? Cuando Amnón aparece por primera vez en la Biblia, el deseo que siente por su hermana lo atormenta “porque Tamar era virgen, y a Amnón le parecía imposible hacer algo con ella”. Y es precisamente la inaccesibilidad de Tamar —su virginidad— lo que estimula el apetito sexual de Amnón. En su fantasía patológica, Tamar es semejante a una ciudad amurallada que espera ser penetrada y conquistada.

Su amigo Jonadab le sugiere tender una trampa a Tamar, pero no llega a aconsejarle que la viole. La sobrecaentada imaginación de Amnón llena los espacios en blanco.

Desde el momento en que el despreciable Amnón le pide a su padre David que envíe a Tamar a su casa, todos sus movimientos parecen fríamente calculados. No es difícil imaginarlo con poca ropa, recostado sugestivamente en su lecho mientras observa a Tamar. Es un príncipe, el primogénito del rey, el supuesto heredero al trono. Todo le resulta fácil. Su hermosa medio hermana es lo único que ha deseado y no ha podido tener cuándo y cómo lo ha querido.

Durante toda su vida Amnón ha visto cómo la corte y el séquito de David intentaban complacer hasta el más mínimo capricho del rey. ¿Acaso David no vio a Betsabé bañándose desnuda y la tomó para él, aun sabiendo que su esposo, Urías el heteo, era uno de los capitanes más leales de su ejército?

Tamar “vestía ropa talar, pues las princesas vírgenes acostumbraban llevar estos atuendos”. Cuando es arrojada fuera del aposento de Amnón “Tamar esparció cenizas sobre su cabeza, desgarró su ropa talar y se fue dando gritos y cubriéndose con ambas manos la cabeza”.

Absalón, hermano de Tamar, sospecha de inmediato lo que ha ocurrido y le pregunta: “¿Es acaso que tu hermano Amnón ha abusado de ti? Por ahora, hermana mía, calla; es tu hermano. No desesperes por lo que ha ocurrido’. Y Tamar se quedó en casa de su hermano Absalón, consumiéndose de tristeza. Habiendo el rey David oído este suceso, se afligió sobremanera. Absalón no le dijo una sola palabra a Amnón, ni buena ni mala, pero le tomó gran odio por haber violado a su hermana Tamar”.

El cronista bíblico no les ahorra a sus lectores la cruenta angustia, la humillación ni el dolor que padece la víctima del estupro. Cuando la puerta

de Amnón se cierra a sus espaldas, Tamar se pone a lamentar todo lo que ha perdido. Si ha quedado embarazada el estigma de la ilegitimidad jamás la abandonará, ni a ella ni a su hijo. Aunque no haya quedado encinta, ningún hombre se casará con ella. Sabe que, a los ojos de su comunidad, está “contaminada”.

Tamar está perpleja ante su repentino cambio de estatus. Entró en la casa de su hermano como una princesa mimada que llevaba una vida de ensueño y ha salido poco menos que como una prostituta, usada y descartada por su torturador. Rasga su ropa talar, que lleva la mancha oprobiosa de su sangre virginal, y regresa a los tumbos a su casa, envolviendo su vapuleado y dolorido cuerpo en los jirones de la túnica.

De los miembros del círculo íntimo de Tamar, sólo su hermano Absalón advierte y responde a su perturbación. Parece tomarse a la ligera la ordalía de Tamar cuando le dice: “Es tu hermano; no pienses más en ello”. Pero Absalón no es ningún tonto y sabe que la situación es delicada, tanto porque Tamar es la hija del rey David como porque, de todos los hombres, ha sido su medio hermano quien ha causado su ruina.

El corazón de Absalón se pone negro de odio. Comienza a planear su venganza y la advertencia de guardar silencio que hace a Tamar es por demás ominosa: “Por ahora, hermana mía, calla”.

Absalón quiere enderezar el rumbo de las cosas, pero Tamar no tiene consuelo. Desolada se refugia bajo su techo, consciente de que la espera un futuro sombrío. Cuando su padre se entera de lo ocurrido “se aflige sobremanera”, pero aparentemente no hace nada. El pasaje es por demás opaco. ¿David siente horror ante el hecho de que su hija haya sido violada? ¿Le causa espanto que el violador haya sido su propio hijo y medio hermano de la joven? ¿Le aterra saber que ha sido él mismo, su padre, quien la ha puesto en una situación comprometedor que arruinó su vida? ¿Lamenta haber sido incapaz de reconocer el peligro que amenazaba a Tamar? ¿O acaso piensa que la ira, la desconfianza y la violencia son el merecido estigma de su familia? Quizás tenga en cuenta todos los factores antes mencionados... o ninguno. Pero lo que seguramente ha de pesarle en la conciencia es que el hijo culpable de estupro e incesto es el heredero natural del trono. No obstante, David guarda silencio mientras su familia se desliza hacia la calamidad.

El lector sabe que, tarde o temprano, la violación recibirá su merecido. “Al cabo de dos años, cuando Absalón hacía esquilar sus ovejas

en Baalator, cerca de Efraím, convidó a todos los hijos del rey. Y Absalón fue a ver al rey y le dijo: 'Te hago saber que las ovejas de tu sirviente están siendo esquiladas. ¿Querrán el rey y su séquito acompañar a tu siervo?' Pero el rey le respondió: 'No, hijo mío. No quieras que vayamos todos, pues seremos una carga para ti'. Y como le hiciese nuevas instancias, se negó David y le dio su bendición. Mas Absalón dijo: 'Ya que tú no quieres venir, deja que mi hermano Amnón nos acompañe'; a lo que el rey respondió: 'Él no irá contigo'. Pero Absalón lo importunó tanto, que David envió con él a Amnón y a todos los otros príncipes".

Absalón presiona a David, pero éste se niega sin dar explicaciones. El silencio de David es ensordecedor. Seguramente intuye lo que tarde o temprano va a ocurrir, pero está demasiado paralizado por la culpa para poder orientar a sus hijos. No intenta disuadir a Absalón de vengarse de Amnón, pero tampoco sugiere otro curso de acción, ya sea de castigo o misericordia. ¿Acaso lo preocupa más mantener una apariencia de armonía familiar que el honor de Tamar y la necesidad de castigar a Amnón? La creciente hostilidad entre David y su hijo Absalón a raíz de la violación de Tamar se hace cada vez más evidente. ¿David trata de proteger instintivamente a Amnón o más bien niega de manera rotunda las desastrosas consecuencias de su incapacidad de mantener a Tamar a salvo del peligro? En cualquier caso, no consigue proteger a su hijo, así como tampoco pudo proteger a su hija dos años atrás.

Absalón ordena a sus sirvientes que vigilen a Amnón y lo maten "cuando esté bajo los efectos del vino". Les dice que no tengan miedo "pues soy yo el que os ha dado la orden. ¡Obrad con decisión, como verdaderos valientes!"

Los sirvientes cumplen la orden de Absalón "y todos los otros príncipes se levantaron de la mesa, montaron sus mulas y huyeron. Estaban todavía en camino cuando llegó a oídos de David el rumor de que Absalón había asesinado a todos los hijos del rey, y que ninguno había sobrevivido. Al escuchar esto, el rey rasgó sus vestidos y se postró en tierra, y todos sus sirvientes rasgaron también sus vestidos".

Vuelve a intervenir Jonadab, el influyente cortesano que había aconsejado a Amnón cómo atrapar a Tamar. De inmediato interpela a David con palabras cuidadosamente escogidas: "No debe imaginar mi señor el rey que todos sus hijos han sido asesinados. Sólo Amnón está muerto, porque Absalón había decidido matarlo desde el día en que su hermana Tamar fue violada". El mensaje encubierto es que Absalón se vengó de

Amnón porque el rey no cumplió sus responsabilidades hacia Tamar, su hija. David no hizo que Amnón la desposara como manda la ley de estupro.

En el ínterin, Absalón escapa y huye de la ira de David por el asesinato de Amnón.

La crónica vuelve a la corte de David en Jerusalén, donde el atalaya ve “venir mucha gente por un costado del camino”. Jonadab le dice al rey: “Mira, han regresado los príncipes. Conforme lo ha dicho tu siervo, así ha sucedido”. Los príncipes entraron al palacio y “se echaron a llorar; y David y todo su séquito también lloraron amargamente”.

Los motivos de la inacción de David no son claros. Quizás ha perdonado a Amnón porque era su hijo mayor y el heredero de la corona. Tal vez se resiste a la idea de un matrimonio forzado a consecuencia del estupro porque cree que perjudicaría la reputación de la familia real. La Biblia guarda silencio acerca de sus razones.

Al declinar la invitación de Absalón al banquete y permitir que Amnón acuda en su lugar, David podría haber aceptado de manera tácita — consciente o inconscientemente— que Amnón sea castigado por su medio hermano Absalón. Una vez más, David opera como inadvertido instrumento de la desgracia de uno de sus hijos. Y Amnón paga con su vida el hecho de haber violado a Tamar.

David es un héroe bíblico pero también un ser humano, y un personaje inmensamente complejo. Es un gran comandante de ejércitos y un estadista imaginativo, un hombre que inspira a su pueblo y ha tenido la sabiduría de elegir un emplazamiento neutral para la ciudad capital de su reino. Pero en lo atinente a la educación de sus hijos, es un cobarde moral. Tras lo ocurrido con Betsabeé y Urías, David parece creer que no tiene autoridad moral para poner límites a la conducta de sus hijos. Jamás hace nada, aun cuando la situación de sus hijos demanda reiteradas veces esa clase de acción decisiva por la que es tan admirado en su vida pública. David no percibe que el pedido de Amnón representa un peligro para Tamar; no obliga a Amnón a desposar a Tamar; no castiga a Amnón por haber violado a su hermana; no impide que Absalón mate a Amnón.

El cronista no dice que el cumplimiento de la profecía de Natán — según la cual la espada jamás se apartará de la casa de David— es la consecuencia inevitable del asesinato de Urías. A diferencia de la tragedia griega, la Biblia no atribuye los actos humanos a un destino ciego. El destino de Edipo es controlado por una fuerza ineludible y amoral que predetermina las vidas de los mortales y hasta las de los dioses. Por mucho que se esfuerce el monarca griego, no podrá evitar cumplir la profecía que

lo obliga a matar a su padre y casarse con su madre. Pero los actos y el destino de los personajes de la Biblia hebrea no están predeterminados ni predestinados. Cada uno de nosotros es moralmente responsable de sus acciones. No podemos culpar a Dios por nuestras desgracias. Dentro del espíritu imperante en la Biblia hebrea, la profecía de Natán es sólo una advertencia de las consecuencias que derivan de nuestro carácter y nuestra conducta. El enfoque bíblico apunta al libre albedrío y su consiguiente responsabilidad, incluso dentro del hiperabarcativo contexto del plan divino. El principio rabínico —“todo está previsto, pero nos ha sido dada la libertad de elegir”— se aplica a David como antes a Rebeca.

¿Qué hace que el impulso sexual humano —algo inherentemente bueno— resulte nocivo? Somos la única especie cuya sexualidad compromete la imaginación, la conciencia y el alma además de la libido. Dios creó la sexualidad para perpetuar la especie y fortalecer la intimidad y la confianza entre los miembros de la pareja. Pero el resultado de la sexualidad puede ser gozoso y saludable... o miserable y destructivo.

Alguna vez se pensó que, con más libertad sexual para hombres y mujeres por igual, los hombres recurrirían menos al estupro. Supuestamente, a mayor libertad sexual, mayores serían sus oportunidades de expresar y concretar sus deseos con sus compañeras y menores serían sus frustraciones sexuales. Pero fue un error. La violación está más relacionada con la violencia y el poder sobre la víctima que con el sexo propiamente dicho. A nivel mundial, el estupro continúa siendo un arma en todas las campañas de terror y sometimiento.

En la época y la nación de Tamar, el incesto y la violación tenían consecuencias sociales mucho más graves para las mujeres que en las sociedades occidentales actuales. La Biblia dice que Tamar le suplicó a Amnón que se casara con ella porque, después de la violación, pasaría a ser una intocable y no podría ser desposada por otro hombre que no fuese su violador. Sin embargo, una vez consumado el estupro, la lujuria de Amnón se transforma en odio y se niega a desposarla. De hecho, Absalón venga tanto la violación como la negativa de Amnón a reparar lo que ha hecho.

Las mujeres de hoy quedan tan traumatizadas por una violación como Tamar, y sobreviven atormentadas por la vergüenza, el miedo, la culpa y el secreto. La tragedia de la violación se prolonga más allá de las consecuencias físicas —dolor, embarazo y enfermedad— y del terror emocional y la humillación del acto mismo. Provoca miedo y rechazo a la intimidad sexual y emocional. Estos sentimientos son todavía más

destructivos cuando la violación ocurre en el seno familiar, dado que la familia debería ser un ancla de seguridad y confianza. Sin embargo, la sociedad actual ha asumido mayores responsabilidades y ha implementado líneas telefónicas de emergencia y asesoramiento para las víctimas y acciones legales contra los violadores.

La ley bíblica prohíbe inequívocamente el incesto —lo califica de “abominación”— y la prohibición se extiende más allá de las uniones entre hermanos, o entre padres e hijos. El Levítico, que analiza el tema en forma exhaustiva, estipula que el perpetrador de incesto debe ser separado de la comunidad. Las leyes son precisas y específicas y manifiestan consideración hacia la víctima. Los cronistas bíblicos son extraordinariamente sensibles a la vulnerabilidad de las mujeres, y dejan claro que ni Dios ni un pueblo ético pueden tolerar que se viole la integridad de una mujer.

La Biblia no dice que Amnón haya tenido problemas de conciencia. Según parece, lo único que lo preocupa es la posibilidad de ser castigado. Por su parte, Absalón actúa de manera acorde a las reglas imperantes en su tiempo y lugar. No puede obligar a Amnón a casarse con Tamar, pero, como hermano de la joven, tiene derecho a matar al violador. Su venganza es cruenta, pero la inacción de su padre David no le ha dejado otra alternativa.

¿Y qué pensar de los motivos de Absalón? ¿Podría ser que no sólo quisiera vengar la violación sino también reformular el orden de los herederos al trono eliminando a Amnón, el primogénito del rey David? Tal vez Absalón se considera un líder más apto que su hermano, y confirma esta idea cuando Amnón viola a Tamar. O tal vez conoce bien a su hermana y la defiende porque sabe que ella ha hecho todo lo que estaba a su alcance para escapar al ultraje.

La Biblia no vuelve a hablar de Tamar. Su desaparición espontánea indicaría que no ha podido ocupar un lugar en la sociedad como esposa y madre. Hoy, tres mil años más tarde, Amnón es y siempre seguirá siendo “uno de los malvados de Israel”, y su crimen es considerado el episodio más escalofriante en la vida familiar del rey David.

En un episodio similar y paralelo a la historia de Tamar, José —hijo de Raquel y Jacob— vive como esclavo en casa de Putifar, en Egipto. La esposa de Putifar arde de lujuria por él, y de tanto en tanto intenta convencerlo de que se acueste con ella. José se rehúsa sistemáticamente.

Un día, “cuando nadie de la casa estaba en los alrededores, ella se aferró a sus ropas y le dijo: ‘¡Duerme conmigo!’ Pero él se desasíó, dejándola con la ropa en la mano y huyó corriendo, fuera de la casa”. En lo que respecta a la violación, nada ha cambiado desde aquellos tiempos: lo único que cuenta es la fuerza física. A diferencia del José bíblico, las mujeres no tienen más fuerza física que sus violadores.

La vida casi nunca es justa. Como dice el aforismo griego: “Si una piedra cae sobre un huevo, el huevo se rompe; si un huevo cae sobre una piedra, el huevo se rompe”. Dada la menor fuerza física de las mujeres, es menester que eviten aquellas situaciones que aumentan su vulnerabilidad: desde estacionamientos oscuros hasta fiestas donde se bebe alcohol a rabiar. Quizás sea injusto y políticamente incorrecto dejar toda la responsabilidad de una situación semejante en manos de las mujeres. Sin embargo, nos guste o no, ésta es la realidad y lo seguirá siendo hasta que los hombres sean tan sensibles al horror de la violación como las mujeres.

ONCE

El misterio de la reina de Saba

Nadie sabe si era brillante o hermosa; hasta su nombre permanece secreto, quizás para siempre. Durante siglos los eruditos han debatido sobre la localización de su reino —rico en oro, especias y piedras preciosas—, que supuestamente se encontraría en algún lugar remoto del África oriental o quizás en el sur de Arabia. Pero generaciones de lectores y ávidos escuchas de historias antiguas han oído hablar de la poderosa Reina de Saba, quien poseía grandes habilidades diplomáticas y se movía con toda libertad en un mundo dominado por los hombres.

Muchos de sus admiradores actuales desconocen que su leyenda se originó en la Biblia. Hace casi tres mil años, una misteriosa reina de Saba visitó al rey Salomón, celebrado en todo el mundo por su sabiduría y sus riquezas. El Libro de los Reyes narra este fascinante encuentro en sólo trece versículos. El texto bíblico no menciona las consecuencias históricas o teológicas de este encuentro, y el hecho de que haya sido incluido en el canon —no una sino dos veces: en el Libro de los Reyes y luego en las Crónicas— siempre ha confundido a los comentaristas. No obstante, los etíopes reclaman a la reina como propia y han trazado orgullosamente su dinastía real desde aquel auspicioso encuentro con el rey de Israel.

Según la Biblia: “La reina de Saba se enteró de la fama de Salomón [...] y vino a ponerlo a prueba con varias preguntas difíciles. Y entró en Jerusalén acompañada por un gran séquito, con camellos cargados de especias, enormes cantidades de oro, y piedras preciosas. Fue a ver al rey Salomón y le preguntó todo lo que tenía en mente. Salomón tuvo respuestas para todas sus preguntas; no había nada que el rey no supiese, [nada] a lo que no pudiera dar respuesta. Cuando la reina de Saba vio toda la sabiduría de Salomón, y el palacio que había edificado, y la manera en que era servida su mesa, y las habitaciones de su séquito, y el servicio y los vestidos de sus sirvientes, y el vino y los holocaustos que ofrecía en el Templo del Señor, se quedó atónita”.

Ya en su manera de dirigirse al rey advertimos una mente aguda y cultivada: “Lo que oí en mi tierra acerca del rey y de su sabiduría era cierto. Pero no he dado crédito a lo que me contaban y he tenido que venir a verlo con mis propios ojos, y he sabido que no me han dicho siquiera la mitad de lo que es en realidad. Tu sabiduría y tu riqueza son mucho más grandes de lo que me habían contado. ¡Dichosos los que están contigo! ¡Dichosos tus hombres y dichosos tus sirvientes, que siempre gozan de tu presencia y escuchan tu sabiduría! Lado sea el Señor, tu Dios, que te ha amado y puesto en el trono de Israel; porque Dios te ha hecho rey para que ejerzas la equidad y la justicia”.

La reina de Saba respalda sus cumplidos con obsequios suntuosos. “Dio después ella al rey ciento veinte talentos de oro, y grandísima cantidad de especias y piedras preciosas. Nunca jamás en adelante se trajo a Jerusalén tanta cantidad de especias como la que regaló la reina de Saba al rey Salomón”.

“El rey Salomón por su parte dio a la reina de Saba todo cuanto ella quiso y le pidió; sin contar los presentes que por su voluntad le hizo con regia magnificencia”. La penúltima frase de la crónica revela cierta afinidad, que va más allá de la mera diplomacia, entre los dos monarcas.

La misteriosa estadía de la reina en Jerusalén ha fascinado a toda clase de artistas. En la cultura occidental, la reina de Saba ha inspirado óperas, ballets y pinturas. Su voluptuosa figura aparece en las obras de Piero della Francesca, Tintoretto y Hieronimus Bosch. En 1959, la opulenta Gina Lollobrigida encarnó a esta misteriosa monarca en la producción de Hollywood *Salomón y la reina de Saba*, junto a Yul Brinner en el papel del rey. En *Mi bella dama*, Henry Higgins alardea ante Liza Doolittle: “¡Podría hacerte pasar por la reina de Saba!”

Las reuniones cumbre entre dos monarcas eran poco comunes en tiempos bíblicos, dado que la mayoría de los soberanos tenía pavor de las conspiraciones... tanto en su propia nación como en el país anfitrión. En este caso, sin embargo, una misteriosa reina llega desde las lejanas tierras de Saba, que jamás han sido enemigas del reino de Judá e Israel. A diferencia de los actuales jefes de Estado, que realizan visitas breves y estrictamente pautadas, es probable que la reina de Saba haya permanecido en Israel casi un año. Sólo los viajes de ida y vuelta le habrán llevado muchos meses. El texto bíblico no indica que haya abusado de sus anfitriones. La última, lacónica frase —“Entonces ella se marchó con sus criados, y regresó a su tierra”— sugiere que, una vez alcanzados sus objetivos, la reina partió acompañada por su séquito.

La imagino montada sobre su camello, muy erguida y mirando al frente mientras la bruma azul se extiende sobre el desierto infinito. La Biblia no dice nada de su coraje, pero los rigores de cruzar varios desiertos traicioneros y sin caminos —ya sea en África o en Arabia, o bien en ambos lugares— habrían disuadido a cualquiera que no fuese un viajero decidido. Si viajan en pleno verano, la reina y su caravana deberán protegerse del sol y el calor sofocante durante el día. En lánguido y pasajero cortejo, la caravana se detendrá en algún bienvenido oasis hasta que, al atardecer, se levante una brisa leve que indique que ya es hora de ponerse nuevamente en marcha, mientras los portadores de antorchas abren un sendero estrecho y luminoso hacia Jerusalén, la capital de Salomón. El día, por muy luminoso que sea, puede ocultar bandidos y salteadores de caminos ansiosos por liberar a los camellos de la reina de los preciados bienes que cargan en sus abultados canastos. Y los oasis que seducen a los viajeros con sus promesas de sombra y agua fresca y cristalina están plagados de riesgos tales como las exorbitantes tarifas que cobran los señores locales o una fatal emboscada.

La reina de Saba es una buscadora nata impulsada por el deseo de conocer a Salomón, “ponerlo a prueba con preguntas difíciles”, aprender de su sabiduría y contemplar sus inmensas riquezas con sus propios ojos. Como Eva —quien fuera incapaz de resistirse al árbol del conocimiento “que la haría sabia” en el Jardín del Edén—, la reina de Saba da rienda suelta a su curiosidad.

Cuando por fin se encuentra cara a cara con el rey Salomón, su aura de riqueza, confianza en sí misma y poder no le van en zaga a los del monarca. Utiliza su experiencia de soberana para ejercer un sutil dominio sobre la que también podría considerar una oportunidad de forjar una

importante alianza política y comercial. Sin lugar a dudas, la reina de Saba iguala a su formidable anfitrión. Impactada por lo que ha visto, toma nota de los detalles importantes para sí misma y para sus súbditos. Se presenta en la corte de Salomón provista de abundantes mercaderías con la intención de demostrar la riqueza de su reino, expresar su gratitud y quizás cerrar un trato. Si alguna de esas riquezas —penetrante incienso, perfumadas especias, montañas de oro y joyas— conmueven favorablemente los sentidos, tanto mejor.

Los obsequios de la reina de Saba proclaman a todas luces que su reino es una gran potencia comercial. Trae de regalo ciento veinte talentos de oro, una gran fortuna en tiempos antiguos. Las piedras preciosas y las especias son algo más que obsequios generosos; son bienes útiles pasibles de ser distribuidos y vendidos en todo el mundo antiguo. Es improbable que todos estos bienes y mercaderías provengan de su Saba natal. Las esmeraldas traslúcidas probablemente son originarias de la India, el lapislázuli de Afganistán, y el oro amarillo de las cercanías de la Meca. Como empresaria independiente dotada para los negocios, la reina de Saba ha hecho su tarea y está en condiciones de ofrecer mercaderías inaccesibles o raras en el reino de Salomón.

La crónica bíblica destaca el impacto que causa el lujo del palacio de Salomón sobre la reina de Saba. Pero lo que más la impresiona es la mente del rey.

Salomón disfruta el desafío intelectual. Sus esposas y sirvientes lo lisonjean, pero la reina de Saba lo intriga. El más erudito de los reyes de Israel comprende al instante que debe tratarla como a una igual. Es ella quien establece las reglas del juego “y le pregunta todo lo que tiene en mente”. Algunos estudiosos creen que, de acuerdo a las costumbres de la época, es probable que la reina haya formulado sus preguntas en forma de adivinanzas. Salomón debe estar a la altura de su reputación, y, de acuerdo al escueto relato bíblico, lo está. Una vez cumplida la formalidad de los acertijos, es probable que ambos monarcas hayan tratado temas de interés mutuo para sus naciones: por ejemplo, cómo establecer una red de comercio entre los dos reinos para aumentar sus riquezas.

Lo que la Biblia llama “quedar atónita” ante el estilo de vida y el intelecto de Salomón es halagador para el rey y rompe el hielo del protocolo. Podemos imaginar a la reina con los ojos muy abiertos, anticipando su próxima jugada. Alaba lo que es digno de alabanza en Salomón, sin las exageraciones floridas de la lisonja cortesana. Sus halagos no revelan las frías maquinaciones de una seductora. La reina de

Saba es un genio político que, como Abigaíl, sabe que los halagos — empleados con gracia y sutileza y siempre basados en la verdad— son el mejor lubricante de las relaciones civilizadas.

Aparentemente conmovido por su actitud, Salomón no disimula su fascinación al enterarse de que la reina ha venido desde tan lejos sólo para aprender de él. ¿Quién sería capaz de resistir un acaramelado cumplido nacido de los ecos de la propia reputación en una tierra lejana?

La reina ha salido en misión diplomática y representa a su país. Aprecia las cualidades de liderazgo de su anfitrión y alaba al Dios de Israel. Como las astutas mujeres profesionales de hoy, la reina de Saba establece los límites y evita sagazmente los temas demasiado personales o que podrían confundir al rey acerca de sus objetivos. La admiración que le profesa se limita a “su sabiduría y sus riquezas” y al Dios que lo hizo rey para que ejerciera “la equidad y la justicia”. Jamás dice nada de naturaleza personal.

Fiel a su reputación, Salomón recibe a su huésped con encanto y hospitalidad. Causa una impresión magnífica dándole la bienvenida en su “trono de marfil, bañado en oro fino”. Los sirvientes del rey deben haberle ofrecido el mejor de los vinos —un bien inaccesible en el sur tropical del que ella proviene— en los legendarios “copones de oro” de Salomón.

Por primera y acaso única vez en su vida, Salomón dialoga con una mujer que lo iguala en intelecto y poder: alguien que —a diferencia de las mujeres de su harén, compuesto por setecientas esposas y trescientas concubinas— no depende de él. Debe reconocerla como empresaria y monarca de notable aplomo y en firme control de su reino.

El cóctel de poder, sabiduría, riqueza y química entre los dos monarcas es irresistible. Aunque la crónica bíblica no alude al tema, es fácil imaginar una relación amorosa entre la reina del desierto y el rey urbano, iguales en el trono y en el dormitorio. Lo poco que sabemos del tiempo que pasaron juntos nos permite inferir, suponer y conjeturar una deliciosa aventura. No olvidemos, además, que los escribas bíblicos creían que “menos es más”.

Debido a la mutua admiración entre los dos gobernantes y a lo breve del texto bíblico, en tiempos posbílicos se escribieron varias versiones de la visita de la reina de Saba a Jerusalén. Y su leyenda echó raíces en el folclore de numerosas culturas. La misteriosa reina de Saba es una tela en blanco sobre la cual los narradores de historias de todos los tiempos han pintado distintas imágenes de esta mujer poderosa, enigmática y exótica. Varias tradiciones la consideran madre fundadora de la cristiandad etíope,

monarca poderosa y hasta víctima de estupro. Y muchos comentaristas han inventado, sin evidencia alguna, una relación sexual explícita entre la reina de Saba y el rey Salomón.

Las versiones posbíblicas más famosas de esta leyenda son el *Kebrá Negast* etíope y la revisión incluida en el Corán. El contraste entre las versiones bíblicas y posbíblicas es perturbador, no tanto por las fantasías sexuales de los autores sino porque hacen hincapié en la astucia de Salomón y afirman que sedujo con éxito a una reina indefensa. Según parece, los narradores posbíblicos no pueden tolerar a esta reina intelectual y políticamente a la altura de Salomón. Prefieren un Salomón más poderoso que ella y que tenga, siempre, la última palabra. Estas versiones reducen a la reina de Saba a la nada seductora figura de una mujercita altanera que se atreve a enfrentar a Salomón con “preguntas difíciles” y supone que podrá marcharse con su dignidad intacta.

En ningún lugar del mundo es tan reverenciada la reina de Saba como en Etiopía, puesto que allí la consideran matriarca de la dinastía que finalizó en 1975 con la muerte de Haile Selassie, el monarca número doscientos treinta cinco en la línea directa de descendencia. La *Kebrá Negast (Gloria de los Reyes)*, épica nacional etíope, relata el viaje de la virgen reina de Saba a Jerusalén y describe sin dobleces la tensión sexual entre ésta y Salomón: “Y él caviló en su corazón: ‘¡Una mujer de tan espléndida belleza ha venido a mí desde los confines de la tierra! ¿Qué es lo que sé? ¿Dios me otorgará el don de plantar mi semilla en ella?’” La reina, que no quiere regresar a su país con “pena, aflicción y tribulaciones”, está decidida a conservar su virginidad.

Según la *Kebrá Negast*, cuando la visita de la reina de Saba a Jerusalén está por concluir, Salomón le pide que se quede e incluso le propone matrimonio. Ella se niega, pero Salomón no se deja intimidar. En la *Kebrá Negast* Salomón y la reina de Saba acuerdan que él no la “tomará por la fuerza”... siempre y cuando ella no tome “por la fuerza ninguna cosa” que haya en el palacio de Salomón. La reina accede sin titubear, segura de su riqueza y de su integridad. “No imagines que he llegado hasta aquí por amor a las riquezas”, le dice a Salomón. “Has de saber que he venido aquí sólo en busca de tu sabiduría”.

La reina duerme en la tienda de Salomón. La despierta una intensa sed, provocada, según una versión árabe, por una cena salada y especiada que ha sido preparada a pedido de Salomón. Cuando la reina de Saba se acerca a la cama de Salomón para tomar la jarra de agua —él se ha asegurado de que sea la única en el aposento—, él le aferra la mano y le

dice que ha roto su juramento al tomar la jarra de agua. Ella recuerda su promesa “y se entrega voluntariamente a sus brazos”.

Más tarde, esa misma noche, Salomón sueña que el sol baja del cielo y queda estático sobre su reino durante un tiempo para luego trasladarse a Etiopía, donde brilla en todo su esplendor hasta hoy. Para su completa desazón, Salomón comprende que Etiopía —no Israel— es la tierra elegida de Dios: una Sión africana.

El episodio de la jarra de agua no termina en matrimonio. Poco después, la reina de Saba regresa a su país. Según la épica, lleva en su vientre un hijo de Salomón, Menelik —literalmente “el hijo del rey”—, quien será el fundador de la dinastía imperial de Etiopía.

Desde la perspectiva del narrador, cuando una reina visita a un rey de otras tierras —sea en una aldea etíope o en Hollywood— ambos terminan haciendo la guerra o el amor. Por su mismo peso, el relato exige un choque de armas o el efluvio del romance. Es lo que la gente ha querido leer y escuchar —o lo que está condicionada a esperar— durante los últimos tres mil años.

Algunos han interpretado que el texto bíblico “todo cuanto ella quiso y le pidió” revela el anhelo de la reina de gozar de la lujuria y el poder dominante de Salomón. La leyenda describe una relación sexual en la que Salomón, anfitrión astuto y predador insaciable, detenta el poder sobre una virginal reina de Saba, quien debe someterse a su deseo sexual.

En el Corán, los poderes del rey Salomón son tantos que abarcan un asombroso dominio de la magia, genios y animales mágicos en el rol de asistentes personales, y la presentación del ave upupa en el papel de mensajero. El ave upupa vuela al encuentro del Salomón musulmán y le cuenta que, al sur de sus fronteras, vive una reina llena de riquezas quien adora al sol... y no a Alá. La reina de Saba se resiste, pero Salomón emplea diversos artilugios para llevarla al norte. Cuando por fin logra atraerla a sus dominios, hace aparecer en el patio de su palacio una corriente de agua que es en realidad un espejo. Cuando la reina entra en el palacio levanta su falda para pisar lo que, supone, es un charco de agua. Humillada por su error, admite que ha pecado y se somete a Salomón y Alá.

La superficie del espejo nos permite echar un rápido vistazo a sus piernas, casi siempre cubiertas, y expone una malformación que el Corán describe como “los cascos de un asno o las patas palmípedas de un ganso,

o bien como piernas cubiertas por una gruesa capa de pelo”. El defecto físico simboliza su falla espiritual. La historia llega a su fin cuando la reina acepta a Salomón como su superior y éste la pone en línea, física y espiritualmente.

Si bien las versiones posbíblicas hacen hincapié en la conquista sexual y la superioridad estratégica de Salomón sobre la reina de Saba, la crónica bíblica resalta la igualdad entre los dos monarcas. Teniendo en cuenta lo que la Biblia dice en todas partes acerca de Salomón, me parece más probable que su exótica visitante respondiera a sus encantos y que la afinidad intelectual entre ambos haya aflorado en un interludio romántico mutuamente deseado y libre de toda artimaña o coerción. O tal vez las intenciones de la reina eran abiertamente matrimoniales desde un comienzo. Es posible que, de acuerdo a la inmemorial tradición de cimentar las alianzas tribales a través del matrimonio, los obsequios no fuesen muestras comerciales ni tributos sino más bien su dote. O quizás haya advertido en la sabiduría de Salomón un rasgo esencial que lo calificaba para engendrar al futuro heredero de su reino. El texto bíblico sólo nos dice que la reina de Saba no creía lo que había oído acerca de la inmensa riqueza y sabiduría de Salomón... hasta que las vio con sus propios ojos.

La Biblia dice que Salomón le dio “todo cuanto ella quiso y le pidió”. Este rey —quien, de acuerdo a la Biblia, “conoció y amó a muchas mujeres extranjeras”— sin duda sabía cómo responder a los deseos de la mayoría de las mujeres, incluidos los de su huésped, la extranjera e intrigante reina de Saba. ¿Acaso el respeto y la igualdad condujeron a una más profunda afinidad romántica mientras pasaban los días conversando y paseando por las colinas de Jerusalén, quizás maravillados ante “los monos y pavos reales” del zoológico real? ¿Salomón la habrá cortejado, y ella lo habrá encontrado atractivo? ¿La afinidad intelectual habrá dado paso a una relación amorosa?

Los cronistas bíblicos no se ocupan de los talentos ni el carácter de la reina, ni tampoco de lo que haya podido ocurrir entre ésta y el rey. No hablan del color de su piel ni de la belleza de su cara, ni tampoco de la falta total de belleza. No se molestan en decirnos si descende de Shem, el ancestro de los semitas, o de Ham, el ancestro de los africanos negros. Y lo más raro de todo es que han omitido su nombre. La palabra “Saba” indica una tierra, una tribu o un estado, pero jamás funciona en la Biblia como nombre de mujer. Los detalles de su vida privada no son revelados.

Lo poco que sabemos de la reina ofrece aun otra variante de los recurrentes temas bíblicos de audacia y arrojo frente a lo desconocido. Eva abandona el Edén. Sara, y luego Rebeca, abandonan la Mesopotamia por la Tierra Prometida. Raquel, Lía y Rut dejan su casa natal y se mudan a una nueva tierra. Las mujeres fuertes de la Biblia no temen embarcarse en largos viajes, que también suelen ser peregrinaciones espirituales.

La reina de Saba es una mujer notable para su época. Hoy las mujeres hacen viajes de negocios, exploran fronteras intelectuales y científicas, y viajan al espacio exterior. Mujeres como la reina de Saba se consagran a cumplir sus sueños y contribuyen a hacer realidad los sueños del resto de nosotros. La huésped de Salomón es una empresaria y líder extraordinaria. La paridad intelectual implícita entre los dos monarcas es un gran halago para la reina de Saba, dada la reputación de sabio del rey Salomón. Ella es una personalidad subyugante y poderosa, al igual que el rey; ambos se reconocen como pares, y se sienten seguros y cómodos en el lugar que ocupan.

La reina de Saba sabría manejarse muy bien si de pronto fuera lanzada a la vida contemporánea. Posee los atributos que las mujeres modernas aspiran a alcanzar. Sería un excelente modelo de conducta y una mentora extraordinaria. Sabemos que no sólo es inteligente sino sabia. Es enérgica, físicamente fuerte y curiosa; está dispuesta a aprender de otros y nada la inhibe en su búsqueda de conocimiento. Se siente igual entre sus iguales, y muy a gusto en su rol de mujer en un mundo de hombres. Saca provecho de su sensibilidad femenina en la comunicación con sus pares. ¡Y, como Abigaíl, no piensa que ser mujer sea sinónimo de pasividad!

DOCE

La malvada Jezabel

Jezabel, la devota esposa de Acab, rey de Israel, tiene el dudoso renombre de ser la mujer más malvada de la Biblia. Acab y Jezabel son la quintaesencia de la pareja poderosa en el antiguo Israel. Su historia es un compendio de sangrientos abusos del poder real y de venganzas todavía más sangrientas. El plan asesino que Jezabel concibe viola el código moral de Israel —No matarás; no levantarás falso testimonio; no desearás a la mujer de tu prójimo— que se aplica a todos por igual, reyes o comunes. Sin embargo, el concepto mismo de ética es ajeno a Jezabel, una princesa extranjera educada en una cultura donde el rey tiene poder absoluto sobre sus súbditos. La Biblia sostiene que Acab, el rey israelita, tiene mayor responsabilidad criminal que su esposa debido al rol tácito que acepta desempeñar en el escalofriante episodio que recordaremos a continuación.

Jezabel, hija del rey fenicio Etbaal, es la esposa de Acab, quien reinó sobre Israel desde el año 874 al año 853 antes de la era cristiana. Educada en la sofisticada corte de los marinos fenicios que habitaban la costa del Mediterráneo, al norte de Israel, Jezabel es una ardiente adoradora de Baal y otros dioses de su pueblo. Tiene un fuerte sentido de sus derechos personales y es una mujer más que adecuada para Acab.

Acab —séptimo rey después de la división en dos (Israel al norte y Judá al sur) del reino de David y Salomón— creció en la corte. Su padre, el rey Amri, se destacó por cultivar alianzas con los fenicios y siempre se sintió atraído por su cultura y el culto a Baal, cuyos altares fálicos

punteaban el paisaje de la región. La Biblia nos dice que, apenas llegó a Israel como esposa de Acab, Jezabel estableció la base de su poder con “los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de [la diosa de la fertilidad Asherah], quienes comían en la mesa de Jezabel”. No es para sorprenderse, entonces, que al poco tiempo decidiera asesinar a los profetas del Dios de Israel.

Acab ha tomado muchas esposas en su ciudad capital de Samaria (Shomron en el texto hebreo original) y la Biblia menciona sus “setenta descendientes”. Pero, de todos los miembros de la familia de Acab, la crónica bíblica sólo nos habla de Jezabel, quien detenta el poder de una reina aunque la Biblia jamás le otorga esa jerarquía. Apenas celebrado el matrimonio, Acab cae bajo la influencia de Jezabel y comienza a adorar a Baal, un dios pagano que en aquella época era el mayor desafío a la fe de Israel. “Y erigió un altar a Baal en el templo que le había edificado en Samaria”, su ciudad capital. La veneración de Baal por parte de Acab desata un sangriento conflicto entre Jezabel y el héroe popular israelita, el profeta Elías.

El profeta, que no tiene pelos en la lengua, interpela a su pueblo: “¿Cuánto tiempo seguiréis divididos en dos? Si el Señor es Dios, seguidlo; pero si es Baal, seguidlo”. Elías está hablando de la lucha por la supervivencia del monoteísmo hebreo, que comenzó con Abraham y Sara siglos atrás y aún es practicado por sus descendientes, escasos en número y rodeados por los fieles de los seductores cultos paganos.

Al casarse con Jezabel el rey Acab fortalece su alianza con Fenicia, en el territorio que hoy ocupa Líbano. Se le atribuye la construcción de fortalezas de importancia estratégica en Hazor, en el este de Galilea, y en Megido, en el valle de Jezrael, sitio del tradicional Armagedón, en el extremo norte de las colinas de Samaria. Como su padre Amri, Acab desarrolla el campo montañoso de Samaria —donde grandes excavaciones arqueológicas actuales han descubierto rollos de inscripciones hebreas de aquella época—. Pero los impactantes logros de Acab a nivel nacional son eclipsados por su catastrófico matrimonio con Jezabel, por muy políticamente apropiado que haya parecido en su momento. La influencia de Jezabel y la no observancia del código ético de la fe monoteísta traerán una estela de desgracia a la casa de Acab.

La Biblia describe vívidamente un acontecimiento que nos permite saber cómo funcionaban las cosas en el matrimonio de Acab y Jezabel.

“Nabot el jezraelita tenía una viña en Jezrael, cerca del palacio del rey Acab en Samaria. Y Acab le dijo a Nabot: ‘Dame tu viña para que pueda

hacerme una huerta, dado que está vecina y contigua a mi palacio. Te daré a cambio otra viña mejor; o, si así lo prefieres, te pagaré su justo precio en dinero'. Pero Nabot replicó: 'Dios me libre de darte lo que he heredado de mis padres'. De acuerdo a la ley israelita, cada familia ha de conservar sus tierras a perpetuidad.

“Acab volvió a su casa indignado y desilusionado [...] Se echó sobre la cama y volvió la cara hacia la pared, y no quiso comer nada. Su esposa Jezabel entró a verlo y dijo: ‘¿Qué motivo tienes para estar tan triste? ¿Y por qué no quieres comer?’”

Acab relata su frustrante conversación con el campesino. Jezabel le dice: “Ha llegado el momento de que demuestres que eres el rey de Israel. Levántate y come algo, y alégrate; ¡pues yo te conseguiré la viña de Nabot el jezraelita!”

Acab está acostado en la cama, de cara a la pared, como un niño caprichoso y malhumorado. Jezabel advierte que algo grave lo preocupa y lo insta a hablar y a explicar qué le ocurre. Como más de una esposa contemporánea, acosa a su marido con preguntas hasta que por fin averigua los motivos de su perturbación.

Acab codicia lo que no es suyo. No necesita esa tierra; la codicia sólo porque es adyacente a su palacio. Se le ha negado algo, aunque ese algo pertenece a perpetuidad a uno de sus súbditos, y se siente contrariado. Sabe que está mal codiciar la tierra ajena. Su cuerpo lo dice todo: le ha dado la espalda al mundo.

Llena de recursos, ambiciosa y enérgica, Jezabel siempre está atenta al bienestar de su esposo. Le dice que deje el asunto en sus manos: “Que tu corazón se alegre: yo te daré la viña de Nabot el jezraelita”.

Jezabel y Acab son una pareja devota; se comprenden perfectamente el uno al otro sin necesidad de palabras. Son de esas parejas que pueden terminar la frase que ha empezado el otro. Saben leer las señales y claves tácitas del consorte y juegan un juego cuyas reglas son claras para ambos. Como muchas parejas casadas, se sienten familiarizados y cómodos con los roles que deben desempeñar. En cuestiones domésticas, Acab es pasivo y hace que Jezabel ejecute sus ideas más agresivas. Confía ciegamente en su esposa y ella, a su vez, afirma su poder gracias al mudo beneplácito de Acab.

Acab sabe que no debe preguntarle a Jezabel qué piensa hacer con el recalcitrante campesino, y Jezabel sabe que no debe abrumarlo con detalles. Él confía en que ella cumplirá su deseo de adueñarse de la viña. Al evitar involucrarse de manera directa, Acab espera quedar libre de toda

responsabilidad moral y guardar una conveniente distancia política de cualquier hecho ilícito que su esposa pudiera cometer para alcanzar la meta que él mismo se ha propuesto.

En la cultura de Jezabel los reyes gozan de poder absoluto; nada puede obstaculizar los caprichos de un rey, por más insignificantes que éstos sean. Jezabel no puede creer que Acab ponga reparos para satisfacer su deseo de poseer la viña. Intenta azuzarlo diciéndole: “Ha llegado el momento de demostrar que eres el rey de Israel”. La preocupa que, si tiene tantos escrúpulos ante un problema menor, Acab no pueda ocuparse debidamente de los asuntos importantes. Y además, ¿qué clase de imagen le dará a su pueblo?

Jezabel pergeña un plan para complacer a su marido. Escribe cartas en nombre de Acab y las envía, lacradas con el sello del rey, a los nobles y ancianos del pueblo de Nabot. Dicen las cartas: “Promulgad un ayuno y haced sentar a Nabot entre los principales del pueblo. Y sentad frente a él a dos facinerosos, y haced que levanten contra él este falso testimonio: ‘Has blasfemado contra Dios y contra el rey’. Después sacadlo a la calle y apedreadlo hasta que muera”. Al ordenar a otros que cometan semejante crimen en su beneficio, Jezabel incita al perjurio y al asesinato para poder perpetrar un robo.

El plan viola tan groseramente las normas éticas de su pueblo que Acab jamás podría llevarlo a cabo. En cambio, a sabiendas de que ocurrirá algo malo, se esconde tras las faldas de su esposa para mostrarse ostensiblemente inocente de sus maquinaciones, y de este modo mantiene una plausible posibilidad de negar su participación en los hechos.

Los vecinos hacen lo que se les ha ordenado: Nabot muere apedreado. Nadie tiene el coraje de salir en defensa del campesino Nabot, quien después de todo es uno de ellos. Sus jueces y verdugos son sus propios vecinos, quienes suponen acertadamente que las acciones de Jezabel reflejan los deseos de su esposo.

Nabot se enfrenta al rey en defensa de sus derechos, pero sus vecinos no lo defienden ni tampoco defienden la ley, temerosos de desobedecer un orden del rey aun cuando esta viola sus propios principios éticos. Saben que desafiar al poder podría ser tan fatal para ellos y sus familias como de hecho lo ha sido para su infortunado vecino. Este fenómeno —ser silenciados por el terror— es demasiado frecuente en nuestra época.

“Cuando Jezabel supo que Nabot había sido apedreado y muerto” corre a contarle la buena noticia a Acab: “Anda y toma posesión de la viña de Nabot, el jezraelita [...] puesto que ya no vive Nabot, sino que ha

muerto”. Imperturbable ante la evidente crueldad de su acto, Jezabel conoce los puntos vulnerables de su esposo. Se cuida muy bien de relatarle la espantosa muerte de Nabot, limitándose a señalar que la viña por fin le pertenece. La amante esposa goza haciendo feliz a su esposo con el “regalo” que él tanto deseaba. La pareja está lista para sentarse a disfrutar de su nueva viña, pero, como en la historia de David y Betsabeé, el crimen traerá consecuencias.

Un buen día, mientras recorre su tierra mal habida, Acab se topa nada menos que con Elías el profeta: “un hombre en estado salvaje, cubierto sólo por un taparrabos de cuero de oveja y una capa de pelo”. Temerario y apasionado como siempre, Elías enfrenta al rey israelita. Familiarizado con las tradiciones de su pueblo, Acab adivina al instante lo que se propone hacer Elías y comprende que no puede escapar. A diferencia de Jezabel, es consciente de que ha pecado y traicionado los valores y creencias de su pueblo. Acab saluda con un sarcasmo al enfurecido profeta: “¿De modo que por fin me has encontrado, enemigo mío?” No muestra sombra alguna de remordimiento; lo único que lamenta es que el robo y el asesinato hayan sido descubiertos.

Como años antes el profeta Natán condenara el romance de David y Betsabeé y el despiadado recurso de asesinar el esposo de ésta para encubrir su adulterio, Elías embiste contra la injusticia que la pareja real ha perpetrado contra el inocente e indefenso campesino. En este relato, como en el caso de David y Urías, la ética bíblica se ocupa de las relaciones entre los poderosos y los comunes, quienes no detentan poder alguno. Sin ahorrar palabras, Elías anuncia a voz en cuello los horribles castigos que los esperan.

Le dice a Acab: “Y dijo el Señor: ‘¿Matarías para adueñarte de lo que no te pertenece!’ Y dijo el Señor: ‘En el mismo lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre’. Y continuó Elías diciendo: ‘Los perros se comerán a Jezabel en el campo de Jezrael’”.

La crónica bíblica del fallecimiento de la pareja no escatima detalles brutales. Acab muere en combate contra los sirios cuando una flecha perdida atraviesa su armadura a la altura de la axila. Ordena retirarse al conductor de su carroza, pero el hombre no puede cumplir la orden en el fragor de la batalla. Erguido a duras penas, el rey enfrenta con valentía al enemigo hasta que muere, con la puesta del sol, en un charco de sangre. La Biblia describe así su final: “Y lavaron su carroza en el estanque de

Samaria, y los perros lamieron su sangre”. Acab está enterrado en Samaria.

Poco después Jehú, un rudo comandante del ejército, asesina al flamante rey Joram, hermano de Ocozías, hijos ambos de Jezabel y Acab. Tras apoderarse del trono, Jehú arremete contra Jezabel.

Orgullosa como siempre, y consciente de lo que le aguarda, Jezabel no intenta escapar ni suplica por su vida. En cambio, se prepara para enfrentar la muerte. “Entró pues Jehú en Jezrael. Cuando Jezabel oyó que había llegado, se pintó los ojos con kohl y adornó su cabello, y se puso a mirar por la ventana”.

No olvidemos que Micol también “miró por la ventana” antes de su última confrontación con David. En el Libro de los Jueces, la madre del general cananeo muerto espiaba “por la ventana” y se preguntaba “¿por qué tarda tanto en llegar su carruaje?” En cada uno de estos tres episodios, la mujer que mira por la ventana parece contemplar su propia condena.

El maquillaje será una máscara desafiante y digna que ocultará sus emociones a los ojos del pueblo que la repudia. Jezabel fue criada con un alto sentido del decoro y está decidida a morir en su ley: como una reina.

Apenas Jehú traspone las puertas del palacio, llama a los gritos a los eunucos que asisten a la reina: “Arrojadla’, dijo. Y ellos la arrojaron, y su sangre salpicó la pared y a los caballos, y éstos la hollaron con sus patas. Entonces él [Jehú] entró en el palacio, y bebió y comió. Y luego dijo: ‘Id a buscar a esa mujer maldita y dadle sepultura; después de todo, es la hija de un rey’. Y cuando fueron a enterrarla no hallaron sino la calavera, los pies y las manos. Regresaron a decírselo a Jehú, y él dijo: ‘Esto es aquello mismo que pronunció el Señor por boca de Su siervo Elías, tesbita, cuando dijo: Los perros se comerán la carne de Jezabel en los campos de Jezrael; y estarán esparcidos los huesos de Jezabel como estiércol sobre el campo; y ninguno de los que acierte a pasar por allí podrá decir: Esta era Jezabel’”.

Jezabel es astuta, ambiciosa y determinada. Lo que mejor la define es su falta de escrúpulos y la meticulosidad con que ejecuta el asesinato de Nabot para quedarse con sus tierras. Es inmune a las ideas de lucha moral, conflicto interno y vergüenza.

Jezabel y Acab son esposos devotos, y él es mucho más que su cómplice. Su pasividad estimula a su esposa a satisfacer su capricho, aun sabiendo que el cumplimiento de sus deseos traerá aparejado un

asesinato. Jezabel se ha transformado en un icono de maldad y prostitución. Pero, a pesar de su crueldad hacia el prójimo, debemos revalorizar su rol de esposa.

Para la Biblia, Acab es mucho peor que Jezabel. El hecho de haber sido criada en una corte donde el rey y la reina tenían poder absoluto explica, aunque no justifica, su conducta. Jezabel es una mujer sagaz pero no sabia, astuta pero políticamente insensible, leal a su fe pero incapaz de respetar las creencias religiosas de los súbditos de su esposo y los estándares de conducta que éstos esperan de sus gobernantes. Los israelitas la consideran una intrusa, una infiltrada proveniente de una cultura ajena.

Como reina consorte extranjera, Jezabel tendría que haber “hecho los deberes”; es decir que tendría que haber incorporado las tradiciones y costumbres, la fe, los valores y los límites del pueblo al que se ha integrado por vía del matrimonio. Pero Jezabel no hace ninguna de estas cosas; está demasiado ocupada consigo misma para pensar que puedan tener alguna importancia. Jamás se le ocurre cambiar o adaptarse de alguna manera. Su esposo, el rey, tampoco le indica cómo debe conducirse en su nuevo país.

Como israelita, Acab comprende el derecho de Nabot a su tierra, las limitaciones de su autoridad de rey, y los preceptos morales y religiosos que —a diferencia del rey de Fenicia— está obligado a observar. Cuando Nabot muere, Acab toma conciencia de que, gracias al plan de Jezabel, los familiares de Nabot no están en posición de reclamar las tierras de las que se ha adueñado. A diferencia de David, quien reconoce su culpa cuando es amonestado por el profeta Natán, Acab rechaza toda responsabilidad por haber soslayado sus obligaciones hacia su pueblo y sus tradiciones.

En lo atinente a los asuntos domésticos y personales, Acab es un pusilánime comparado con su esposa. Le cede la iniciativa a Jezabel y se deja llevar por ella. Delega en manos de Jezabel el robo de las tierras de Nabot y le construye un altar en honor a Baal. Como las esposas adoradoras de ídolos de Salomón, Jezabel “hizo que Acab entregara su corazón a otros dioses”. De este modo, Acab renuncia a su deber hacia sus propias tradiciones éticas y permite que su codicia personal interfiera con las leyes de su pueblo.

El sentido de identidad de la fenicia Jezabel es más fuerte que la identificación de Acab con sus tradiciones israelitas. Acab tiene poco respeto por las responsabilidades únicas de su fe y su código moral, pero Jezabel actúa de acuerdo a los suyos. Por consiguiente, no hay por qué

tener grandes expectativas con Jezabel ni tampoco hay motivos para desilusionarse. Además, el choque entre su politeísmo y el monoteísmo de Israel es parte de una larguísima cadena de enfrentamientos dolorosos que culminará con la destrucción de Judea por los romanos ocho siglos más tarde.

Acab, que oscila entre dos mundos, no se siente comprometido con ninguno. Su inacción lo vuelve cómplice de los actos perversos de su esposa. La Biblia lo describe como un malvado, mucho peor que la despreciada Jezabel, y proclama que hizo “más para provocar al Señor, Dios de Israel, que todos los reyes de Israel que lo precedieron”.

Jezabel sólo piensa en adquirir bienes materiales en beneficio propio y de su esposo. A diferencia de otras mujeres fuertes de la Biblia, no desafía las convenciones por la supervivencia de su familia ni por el bienestar del pueblo al que gobierna junto con su marido. Las responsabilidades de Acab como rey israelita le son literalmente ajenas. Como fenicia, supone que está dentro de sus derechos hacer lo que se le antoja y que no debe pagar ningún precio por ello. En este matrimonio real, los roles están claramente definidos. Acab se ocupa de hacer alianzas con las potencias extranjeras y Jezabel se hace cargo de las cuestiones domésticas como mejor le cuadra.

Jezabel —que en esto no se diferencia tanto de muchos privilegiados de nuestra época— actúa como si tuviera un derecho ilimitado sobre los seres y las cosas, segura del entendimiento mutuo y el estrecho vínculo que mantiene con el silencioso Acab. El de Acab y Jezabel es un matrimonio devoto, basado en el apoyo, la confianza y la lealtad mutuos; pero, a diferencia del de Sara y Abraham, sus metas son la codicia y la gratificación inmediata.

Cuando Jehú toma el poder, Jezabel comprende que sus días están contados y se prepara para enfrentar la muerte con valentía de acuerdo al código regio de su tierra natal. Jehú se siente tan amenazado por el poder de esta reina fenicia que la mata brutalmente, incluso antes de haber consolidado su gobierno. Jezabel llega a la muerte odiada por el pueblo y sin haber comprendido jamás el origen de ese odio. Pero Acab, el rey israelita, no tiene excusa alguna.

Elías es la voz de la conciencia. Sin temor a las posibles consecuencias, condena rotundamente la perversa complicidad entre Jezabel y su esposo y la conspiración de silencio que somete al pueblo israelita a Jezabel. El profeta habla en nombre de Dios y nos recuerda a

todos, poderosos y comunes, las prerrogativas y los deberes de la ética y la compasión.

TRECE

Dos historias de seducción

Dos libros de la Biblia llevan los nombres de sendas mujeres notables. La primera es Rut, una extranjera que elige hacerse hebrea como su esposo y la familia de éste. La segunda es Ester, una judía que, siglos más tarde, vive en el exilio en Persia y se encuentra en la difícil situación de tener que hacer una elección de vida o muerte para su pueblo. Los temas de identidad son centrales en las vidas de estas dos mujeres.

Rut y Ester emplean la seducción como arma de supervivencia en un mundo dominado por los hombres. La crónica bíblica no insinúa que haya nada deshonesto o vergonzoso en el uso que ambas mujeres hacen de sus poderes sexuales. Por el contrario, presenta la seducción con candidez y simpatía. Nuevamente, en estos dos relatos los escritores bíblicos parecen tener empatía con las mujeres y expresan una profunda comprensión de las circunstancias que éstas atraviesan.

Rut

La historia de Rut comienza con otra hambruna bíblica, esta vez en la tierra de Judá. Elimelec y su esposa Noemí huyen de su casa en Belén (nombre que, irónicamente, significa “Casa de Pan” en hebreo) y se dirigen a Moab, una tierra situada al este del mar Muerto. Elimelec muere y Noemí queda sola con sus dos hijos, quienes luego se casan con dos moabitas, una de ellas llamada Orfa y la otra Rut. Cuando los dos hijos de Noemí mueren sin haber engendrado descendencia, ella decide regresar a Belén.

Noemí inicia el viaje con sus dos nueras, pero pronto cambia de parecer. “Volved, hijas mías, a casa de vuestras madres. ¡Que el Señor sea misericordioso con vosotras, como vosotras lo habéis sido con los difuntos y conmigo! ¡Que el Señor os conceda un buen descanso en las casas de los esposos que la buena fortuna os depare!’ Luego las besó en señal de despedida. Las dos mujeres se echaron a llorar y dijeron a Noemí: ‘No, volveremos contigo y con tu pueblo’.

“Pero Noemí respondió: ‘Volved, hijas mías, ¿para qué venir conmigo? ¿Tengo yo por ventura más hijos en mi seno, para que de mí podáis esperar otros maridos? Volved, hijas mías, porque ya soy demasiado vieja para casarme’”. Noemí insta a sus nueras a permanecer en su propia tierra en vez de seguirla hacia un futuro incierto.

“Y ellas se echaron a llorar otra vez, y Orfa besó a su suegra y se marchó. Pero Rut se quedó con ella”. Noemí le dice a Rut que siga los pasos de su concuñada y regrese a “su gente y sus dioses”.

“Pero replicó Rut: ‘No me instes más a que me vaya y te deje. Porque dondequiera que tú vayas, yo he de ir, y dondequiera que tú mores, he de morar yo igualmente. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. En la tierra donde tú mueras he de morir, y allí seré sepultada. Que Dios me castigue si otra cosa que no sea la muerte me separa de ti’”. La fidelidad y el amor de Rut hacia Noemí son incondicionales. Con estas palabras bien elegidas y cargadas de emoción, Rut abarca todas las contingencias posibles.

Rut es considerada la primera conversa al judaísmo que menciona la Biblia. Se convierte a pesar de haber sido sistemáticamente disuadida por Noemí, y elige el judaísmo porque valora los principios éticos humanistas que su suegra pone en práctica. Ha llegado a amar a Noemí, quien siempre

la ha tratado con amabilidad y consideración. Rut no sólo se convierte a la fe de su difunto esposo; también se consagra a su familia, su comunidad y su historia. En particular, se consagra a ser compañera y sostén de su anciana suegra, quien de otro modo estaría sola y sin recursos en un mundo hostil. Las apasionadas palabras de Rut se utilizan hasta hoy en el ritual de conversión al judaísmo.

Rut acompaña a Noemí a Belén. La Biblia nos cuenta que, cuando llegan, “la ciudad toda las esperaba con ansias. Y las mujeres decían: ‘Ésta es aquella Noemí’”.

Noemí, inconsolable, no siente alegría al recibir una bienvenida tan alborozada. Está “llena de amargura”, dice. “Salí de aquí colmada, y el Señor me ha hecho volver vacía”. Noemí está demasiado desconsolada para ir a ver a su familia, entre ellos Booz, un pariente de su difunto esposo y “hombre poderoso y acaudalado”.

Las dos mujeres llegan a Belén cuando comienza la cosecha de la cebada. Rut quiere ir “a los campos y recoger las espigas que se escapan de manos de los segadores, dondequiera que halle alguno que se muestre amable conmigo”. (La costumbre local, codificada por la Biblia, obliga a los terratenientes a permitir que los pobres recojan las semillas que caen al suelo.) Noemí le da permiso y Rut sale tras los pasos de los segadores de cebada.

Con un dejo de picardía, la Biblia menciona que “por fortuna, el dueño de aquella parcela de campo era Booz”. Cuando Booz acude a inspeccionar la cosecha, advierte la presencia de Rut y le pregunta al sirviente a cargo de los segadores: “¿De quién es esta muchacha?”. Y el sirviente replica: “Ésta es la moabita que vino con Noemí del país de Moab y ha pedido permiso para ir detrás de los segadores y recoger las espigas que caen al suelo”. El sirviente agrega que “desde la mañana hasta ahora ha estado en el campo, sin haberse retirado ni por un momento a descansar a su choza”. El sirviente alude al Levítico 19, donde se dice: “Cuando segares las mieses de tu campo, no cortarás el fruto de la tierra hasta el suelo; ni respigarás lo que queda [...] sino que dejarás a los pobres y los forasteros que los recojan. Yo, el Señor, soy tu Dios”.

Booz, que indudablemente reconoce el nombre de Noemí, se acerca a Rut y le dice: “Oye, hija. No vayas a otra heredad a respigar ni te apartes de este sitio. Júntate con mis muchachas y síguelas donde estuviere la siega, porque he dado orden a mis sirvientes para que nadie se meta contigo. Y cuando sientas sed, vete al hato y bebe agua, de la misma que también beben mis sirvientes”.

La crónica relata que Rut “se postró ante él y apoyó su cara sobre la tierra”. Pero luego tuvo la gran audacia de preguntarle a Booz: “¿A qué debo la dicha de que te dignes tratarme con tanta bondad, siendo yo una mujer extranjera?” ¿Anda a la pesca de un cumplido o quizás añora las atenciones de un hombre después de tantos años de viudez? ¿Y la orden que Booz ha dado a sus sirvientes de no meterse con ella deja entrever acaso que era común importunar a las segadoras?

Booz, quien ha tenido noticia de lo ocurrido en la lejana Moab, le dice: “Me han contado lo que has hecho por tu suegra después de la muerte de tu marido, y cómo has abandonado a tus padres y tu país natal para venir a un pueblo que antes te era desconocido. Que el Señor recompense tus actos”.

Rut responde: “He hallado gracia en tus ojos, oh señor mío, pues has consolado y has hablado con amabilidad a tu sierva”.

Desde el instante mismo en que Booz advierte la presencia de Rut, le presta especial atención. Ella responde con fervor y agradece la protección que Booz le ha ofrecido. Y aprovecha la ocasión para impactar a Booz con su modestia. Pero, al mismo tiempo, no teme decir lo que piensa. Rut quiere asegurarse de que Booz no se olvide de ella.

A la hora de la comida, Booz invita a Rut a unirse a los segadores. “Y Booz le dio una porción de trigo tostado, de la que comió hasta saciarse, y guardó las sobras”. Cuando Rut se levanta para retomar su tarea, Booz ordena a los demás segadores que le permitan segar con ellos y, además, que dejen caer de sus manojos algunas espigas para que la muchacha pueda recogerlas sin rubor. El terrateniente es atento y solícito, y sus pequeños actos de amabilidad no pasan inadvertidos a Rut.

La joven mujer trabaja en los campos hasta el atardecer y luego le lleva todo lo que ha recogido a su suegra. Sorprendida por el volumen de la cosecha de Rut, Noemí le pregunta: “¿Dónde has segado hoy? ¡Bendito sea el que se ha apiadado de ti!”.

Rut le dice que el hombre en cuestión se llama Booz. Noemí comenta que “ese hombre es pariente nuestro” y piensa que Booz podría querer engendrar un heredero para su pariente, el difunto esposo de Rut.

Noemí pergeña un plan. Aunque se diga vieja y amargada, su instinto de supervivencia está intacto, y además ama a su nuera. Si bien ella es “demasiado vieja para casarse”, no dejará pasar de largo la rara oportunidad de que la viuda Rut se case con Booz, un pariente por demás considerado, e inicie una nueva vida digna y próspera. Por si esto fuera

poco, el matrimonio de Rut y Booz aseguraría la supervivencia del nombre del hijo de Noemí y le daría la bendición de un nieto.

“Hija mía, tengo que buscarte una casa donde seas feliz”, le dice Noemí a Rut. Ya no más una víctima pasiva de la desgracia, Noemí planea una compleja estrategia para lograr que el “pariente Booz” se convierta en el segundo esposo de Rut. Como conoce al dedillo los cultivos de su tierra y la secuencia de las cosechas, sabe que “esta noche, Booz estará limpiando la cebada en su era”. Las instrucciones que Noemí le da a Rut son inmemoriales y universales: “Lávate, úngete, ponte tus mejores vestidos y encamínate a la era”. Más mundana que su nuera, Noemí le advierte: “Pero procura que [Booz] no te vea hasta que no haya terminado de comer y beber. Entonces, cuando se vaya a dormir, nota bien el sitio donde se acueste, descúbrele los pies, y échate allí a dormir. Él te dirá qué hacer”.

Confiado a ciegas en la experiencia y la sabiduría de su suegra, y sin el menor titubeo, Rut responde: “Haré todo lo que me dices que haga”.

Rut llega a la era y hace lo que su suegra le ha aconsejado. “Y cuando Booz hubo comido y bebido, con ánimo alegre fue a acostarse junto a un montón de cebada molida. Rut se acercó sin hacer ruido, le destapó sus pies y se acostó allí. A medianoche despertó el hombre despavorido y turbado al ver una mujer echada a sus pies”.

Booz está atónito. “¿Quién eres tú?”, le pregunta. Y ella responde: “Soy Rut, tu esclava. Extiende tu manto sobre tu sierva, porque eres el pariente más cercano de mi marido”.

Es probable que Booz, un acaudalado terrateniente ya entrado en la edad madura, haya recibido propuestas e insinuaciones de las mujeres casaderas de la comunidad. No obstante, el interés que esa joven atractiva manifiesta por él logra conmoverlo. Cuando ve por primera vez a Rut la llama “hija”, porque ella es lo suficientemente joven como para ser su descendiente. Ahora confiesa: “Has sobrepasado tu primera bondad y cordura con la que manifiestas ahora, pues no has ido a buscar hombres jóvenes, sean pobres o ricos. No tienes nada que temer, hija mía. Yo haré por ti todo lo que pidas, pues todos los ancianos de mi pueblo saben que eres una mujer virtuosa”.

Booz está dispuesto a dar descendencia al difunto esposo de Rut.

Pero, por el momento, dulce y protectoramente le aconseja a Rut yacer a sus pies y levantarse antes del alba o, como lo expresa la Biblia con admirable tacto, “antes de que los hombres pudieran reconocerse unos a otros”. Preocupado por la reputación de Rut, Booz piensa que “nadie debe saber que la mujer ha venido a la era”. También se preocupa por el

bienestar de la joven y le recuerda que debe llevarse un poco de comida. Carga en el manto de Rut “seis medidas de cebada, y se lo echa sobre la espalda”.

A lo largo de la historia —y esta costumbre ha llegado a nuestros días— el ofrecimiento de comida siempre ha sido una expresión de amor. Cuando preparamos una comida —ya sea para nuestros hijos, nuestros esposos o nuestros amigos— los simples nutrientes se transforman en un don que simboliza nuestra entrega a través del tiempo, el esfuerzo y los cuidados que dedicamos al plato en cuestión.

En la Biblia, la provisión de alimento es un tema recurrente en las historias de amor de Eva, Sara, Abigail, Ester e incluso Jezabel. Las mujeres bíblicas ofrecen comida a los hombres para confortarlos y seducirlos; el alimento es la moneda de cambio del afecto que mutuamente se profesan. Noemí le aconseja a Rut asegurarse de que Booz haya terminado su cena, pues así estará del mejor de los humores para recibir los avances seductores de la mujer. Sin embargo, en esta instancia de la relación, es Booz quien se asegura por segunda vez de que Rut tenga suficiente cebada para satisfacer sus necesidades y las de Noemí.

Rut es consciente de que su audacia podría acarrearle el rechazo y la vergüenza. Podría ser reprendida y expulsada. Y su reputación quedaría destruida. Pero Booz, como pariente de Noemí, es responsable del bienestar de la familia. Y de acuerdo a la ley y la costumbre locales, hasta de un pariente lejano se espera que despose a una viuda sin hijos y perpetúe el linaje familiar del difunto. Rut junta coraje con la esperanza de que Booz cumpla su deber de pariente más próximo y le haga un hijo.

Al pedirle a Booz que la cubra con su manto, Rut le está indicando que está dispuesta a casarse con él. Cubrirla con su “manto” —literalmente, con el ala de su capa— simbolizaría la protección de un matrimonio formal. Cuando Rut se acerca a Booz en busca de calor, la proximidad física sugiere que el placer sensual será parte de la futura vida que compartirán como marido y mujer.

Rut y Booz yacen sobre la era, rodeados de espigas de cebada recién segadas y aspirando su fresco aroma. La Biblia no dice nada de lo que ocurre entre ambos durante esa noche de cosecha plena de promesas, pero los símbolos de fertilidad y prosperidad abundan y son más que sugerentes.

El plan de Noemí da sus frutos. Booz le promete a Rut que hará todo lo que pueda para cumplir la ley. Fiel a su palabra, se presenta ante los ancianos y otras gentes del pueblo y pide a Rut por esposa, “para

perpetuar el nombre del difunto sobre sus posesiones, para que el nombre del difunto no desaparezca de entre los suyos ni de la puerta de su ciudad natal”. Booz también restituye a Noemí su estatus en la comunidad y las tierras que pertenecían a su esposo. La historia termina con un compromiso matrimonial y sus tres protagonistas —el terrateniente, la joven viuda y su suegra, unidos por su fe común en la Providencia— encuentran el amor y la plenitud.

Rut concibe un hijo de Booz, quien pasa a ser nieto de Noemí. Su nombre es Obed y luego será el padre de Isaí, quien a su vez será padre de David, el futuro rey de Israel. A pesar del poco ortodoxo método empleado por Rut para conseguir marido, o quizás debido a ello, goza de alta estima en la memoria de su pueblo como la tatarabuela de su legendario guerrero-poeta, quien gobernó durante cuarenta años un reino unido desde su ciudad capital, Jerusalén.

La escena de seducción que acabamos de referir ocurre entre dos personas decentes y moralmente responsables. Los escribas bíblicos no se espantan ante la audacia sexual de Rut ni tampoco asumen una postura pacata o moralista. Reconocen su necesidad de vincularse con un macho amable de la especie, que además es un hombre íntegro, y no objetan ningún aspecto del plan de Noemí. La Biblia acepta la naturaleza humana y trabaja con ella, no contra ella.

La Biblia hebrea, al ser simultáneamente la historia de un pueblo y su código moral, valora a las mujeres que no se rinden al infortunio y apelan a todos los recursos disponibles para desafiar al que otros considerarían un destino ineludible. Rut es una viuda extranjera y sin hijos que, gracias a la ley del levirato, obtiene una posición de honor en la sociedad israelita; y aquí aludimos a la misma ley de levirato que utilizó la primera Tamar en el libro del Génesis, cuando sedujo con engaños a su suegro Judá para concebir un hijo que perpetuara el linaje de su esposo muerto. Estas mujeres están alertas a las escasas oportunidades de obtener justicia que se les presentan, y además tienen el coraje de actuar según sus convicciones.

Parte del atractivo del libro de Rut deriva de las impactantes cualidades de las dos mujeres, cuyo vínculo familiar deviene en una amistad que supera la pérdida de esposos y riquezas. Noemí desafía el retrato convencional de la suegra malintencionada. Es un ejemplo de mujer madura, sabia y llena de tacto. Desea de todo corazón que su nuera

esté “segura en la casa de su esposo” y la ayuda a aprovechar la ocasión de alcanzar ese objetivo. El exhaustivo consejo que Noemí da a Rut sigue siendo tan útil para las mujeres como lo era miles de años atrás.

Como dice Tolstoi: “Las mujeres saben muy bien que lo que comúnmente llamamos amor sublime y poético no depende de las cualidades morales sino de los encuentros frecuentes, la gracia del peinado y, sobre todo, del color y el corte del vestido”. Noemí le dice a Rut que resalte todos sus atractivos y procure acercarse a Booz cuando él esté relajado, cómodo y bien comido. Sin embargo, este consejo apunta ante todo a elegir un hombre honesto y responsable que posea las virtudes de un compañero afectuoso y digno de confianza.

La historia concluye con el casamiento de Rut y Booz, pero el amor y la amistad entre las dos mujeres perduran. Cuando Rut da a luz al nieto de Noemí, las mujeres del pueblo felicitan a esta última y manifiestan su admiración por “tu nuera que tanto te ama, y es para ti mucho mejor que si tuvieses siete hijos varones”. En tiempos bíblicos, como hoy, los vínculos entre mujeres son una fuente de fuerza primordial a la cual recurrimos instintivamente en momentos de alegría y momentos de desesperanza.

Esta historia habla de méritos reconocidos y buenas acciones recompensadas; las pérdidas trágicas tienen su correlato en la ternura y el amor, y las vidas honestas son recompensadas por Dios y por los hombres. Del hambre a la abundancia, de las muertes de los tres hombres de la familia a la aparición de un pariente leal y el nacimiento de un hijo, el libro de Rut es una curiosa historia bíblica sin personajes malvados y con un sereno final feliz.

Ester

El libro de Ester está ambientado en el siglo IV antes de la era cristiana, cuando el pueblo entonces identificado como judío estaba exiliado en Persia, donde sobrevivía como una vulnerable minoría. El libidinoso rey persa Asuero —probablemente el monarca que hoy

conocemos como Jerjes I— detenta un poder absoluto y tiránico sobre las ciento veintisiete provincias que se extienden desde Etiopía hasta India.

Ester —nombre que significa “estrella” en persa— es una huérfana que ha sido adoptada por su tío Mardoqueo, un judío de la tribu de Benjamín. Ester se une al conjunto de lo que la Biblia llama “hermosas jóvenes vírgenes”, elegidas entre todas las mujeres de las provincias gobernadas por Asuero. El rey elegirá a una de ellas para reemplazar a la reina Vasti, quien ha sido repudiada por desobedecer la orden de presentarse desnuda ante la corte excepto por una diadema “para hacer ver su hermosura a todo el pueblo y los señores, pues era mujer de extremada belleza”. El rey está “alegre de vino” y sus invitados no le van en zaga, pues han pasado siete días seguidos bebiendo. La negativa de la reina Vasti —quizás una pionera feminista— hace que sea repudiada y echada de la corte y que “jamás vuelva a estar en presencia del rey Asuero”.

Ester obtiene favores especiales en el palacio de Susán, donde, reunida con las otras vírgenes, se prepara para presentarse por primera vez ante el rey. Aunque aislada del mundo exterior en el harén, cada día su precavido padre adoptivo Mardoqueo se pasea delante de las puertas del palacio “para saber cómo se encontraba Ester y qué le estaba ocurriendo”. Siguiendo las torpes instrucciones de Mardoqueo, la altruista y obediente muchacha no revela quiénes son “su pueblo ni su parentela”. Mardoqueo es un precursor de los “judíos cortesanos” de la Europa medieval, quienes aprendieron a sobrevivir merced a su sagacidad en un ambiente hostil, aconsejando al rey y al mismo tiempo abasteciendo las necesidades de otros judíos en peligro.

Durante el año obligatorio que Ester pasa en el harén antes de ser presentada al rey, aprende los tejemanejes de la corte y los modales de las concubinas. Recibe tratamientos de belleza, entre otros “seis meses con aceite de mirra, y seis meses con perfumes y cosméticos de mujer”. El tratamiento real recuerda lo que Sara, esposa de Abraham, debe haber vivido cuando fue llevada al harén del faraón. Las vírgenes son enclaustradas durante un año para que los eunucos que vigilan el harén estén seguros de que ninguna de ellas está encinta o enferma antes de que el rey se digne a yacer con ella. La joven “iría allí por la noche y se marcharía por la mañana [...] Y no volvería a ver al rey a menos que el rey así lo quisiera, y entonces sería convocada por su nombre”. (Las vírgenes del harén de Asuero son mucho mejor tratadas que las de *Las mil y una noches*. En ese famoso relato, una doncella virgen es asesinada cada

mañana después de haber sido desflorada por el rey, y es reemplazada cada noche por otra virgen flamante... un brutal pero eficacísimo método de control de la natalidad.)

En el séptimo año del reinado de Asuero, Ester es llevada ante el rey. Después de pasar una noche con ella “el rey quedó prendado, y ella le cayó en gracia, y obtuvo su favor sobre todas las demás vírgenes. Y él le puso en la cabeza la diadema real, declarándola reina en lugar de Vasti”.

Aproximadamente en la misma época, mientras merodea por las puertas del palacio, Mardoqueo se entera de una conspiración.

Le dice a la reina Ester que dos eunucos planean asesinar al rey. Ester comunica de inmediato el rumor a Asuero en nombre de Mardoqueo. La acusación es investigada y resulta ser cierta. Los dos eunucos son empalados vivos.

Poco después el rey ascendió a un cortesano llamado Amán al puesto de gran visir y “le dio asiento superior al de todos los grandes señores. Todos los sirvientes del rey y miembros de su séquito se arrodillaron e inclinaron las cabezas ante Amán, porque el rey les había ordenado hacerlo así. Sólo Mardoqueo no cayó de rodillas ni bajó la cabeza”.

Amán está furioso. Al enterarse de que Mardoqueo es judío “Amán planeó aniquilar a todos los judíos, el pueblo de Mardoqueo, en toda la extensión del reino de Asuero”. Sin revelar la identidad del grupo que tanto lo enfurece, Amán le pide permiso al rey para emitir un edicto contra “cierto pueblo, esparcido por todas las provincias de tu reino, gentes separadas unas de otras, que observan leyes y ceremonias desconocidas, y lo que es más, desprecian las leyes del rey”. Asuero acepta la recomendación del visir y proclama un edicto real donde instruye a todos los funcionarios de todas las provincias “para que destruyan, masacren y exterminen a todos los judíos, jóvenes y viejos, mujeres y niños, en un mismo día, el trece del mes duodécimo, llamado Adar, y saqueen sus bienes”.

Cuando Mardoqueo se entera del edicto, rasga sus vestiduras y “viste un cilicio, y esparce ceniza sobre su cabeza [...] Y en todas las provincias, ciudades y pueblos donde había llegado el edicto del rey, era grande la consternación de los judíos; ayunaban, prorrumpían en alaridos y lamentos, y todos yacían sobre cilicios y cenizas”.

Mardoqueo, sin embargo, considera todas las estrategias posibles para evitar el desastre.

A través de uno de los eunucos asignados a Ester, Mardoqueo le hace conocer la existencia del edicto y le ordena “acudir al rey, y hablar con él, y

pedirle misericordia”. Ester se siente “gravemente perturbada” y envía una respuesta a Mardoqueo explicándole que cualquiera que se presente ante el rey sin haber sido llamado es castigado con la muerte. ¿Quién se atrevería a correr semejante riesgo? Le confiesa que el rey no la ha llamado en los últimos treinta días, lo que la lleva a suponer que su deseo de ella ha menguado.

Mardoqueo responde con crudeza: “No pienses que por estar en el palacio del rey podrás salvar la vida, tú sola entre todos los judíos. Porque si callas hoy, los judíos se salvarán por algún otro medio; pero tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si por eso has llegado a ser reina, para que pudieses servirnos en este trance?” Estas palabras presagian la vulnerabilidad de los judíos en la Diáspora. A mediados del siglo XX, los judíos que por una u otra razón se pensaron a salvo del exterminio nazi casi siempre descubrieron que estaban equivocados. Hasta las amantes judías de los nazis terminaron en la cámara de gas.

El siguiente mensaje de Ester a Mardoqueo expresa su determinación: “Ve y junta a todos los judíos que viven en Susán, y ayunad por mí. No comáis ni bebáis en tres días y sus noches. Mis criadas y yo observaremos el mismo ayuno. Y luego me presentaré al rey, aunque sea contrario a la ley. Y si tengo que perecer por ello, ¡entonces pereceré!”

Ester confía en su belleza e inteligencia y emplea las únicas armas de que dispone —el sexo y la comida— para combatir el perverso edicto. Supone con astucia que su única oportunidad es apelar al ilimitado apetito de comida, vino y mujeres de Asuero, y pergeña un plan. Se viste con gran cuidado y lleva todos sus adornos regios. Con ayuda del eunuco, se baña en aceites y perfumes. Sin haber sido invitada, entra en el salón del trono del rey.

Asuero está encantado de ver a su reina y le ordena tocar la punta del cetro de oro que sostiene en su diestra, hecho que los psicólogos contemporáneos han interpretado como una obertura fálica. “¿Qué es lo que quieres, reina Ester?”, pregunta el rey con su voz más melosa. “¿Y cuál es tu petición? Aun cuando me pidieras la mitad del reino, te será dada”.

Por toda respuesta, Ester invita al rey y a Amán a una fiesta que ha preparado. Después de haber comido y bebido hasta hartarse, el rey vuelve a preguntarle a Ester qué es lo que desea. Ella vuelve a invitarlos a otra fiesta al día siguiente y promete decirle al rey lo que desea, mientras al mismo tiempo intensifica su lujuria y su curiosidad. El rey, intrigado, acepta de buen grado la promesa de futuras diversiones.

En la segunda fiesta, Ester vuelve a agasajar al rey y a Amán con manjares y vino. Delante de Amán, le recuerda al rey su promesa de otorgarle lo que ella desee. Y pone su vida en juego al revelar su identidad judía. En este momento clave de su existencia, dice Ester: “Si yo he hallado gracia en tus ojos, oh rey mío, y si es de tu agrado, sálvame la vida, por la cual te ruego, y la de mi pueblo, por quien imploro tu clemencia. Porque mi pueblo y yo estamos condenados a la ruina, al degüello, al exterminio”.

Cuando el rey se entera de que Amán es el adversario que ha planeado la muerte de Ester y todo su pueblo, ordena que sea colgado en el patíbulo que el propio visir ha mandado levantar para Mardoqueo por haberse éste negado a arrodillarse ante él. El mismo día en que iba a ser exterminado, el pueblo de Ester afianza su poder y triunfa sobre su perseguidor, ya que el rey autoriza a los judíos a defenderse. La Biblia dice que “en todas las provincias y en todas las ciudades, cuando llegó la orden y el decreto del rey, hubo alegría y regocijo entre los judíos, quienes festejaron y celebraron con manjares”.

Dios jamás es mencionado en el libro de Ester, por lo que su inclusión en el canon resulta un tanto equívoca. Este relato tampoco refleja, aparte del ritual del ayuno, la práctica religiosa judía. Sin embargo, la invisible mano de Dios está detrás de los hechos. Porque Mardoqueo le advierte a Ester que su presencia en la corte quizás no sea accidental, y que ha llegado a ser reina “para servirlos en los momentos difíciles”.

Año tras año, en el día trece del mes hebreo de Adar, las comunidades judías de todo el mundo conmemoran el triunfo de Ester con una celebración alegre y estentórea llamada Purim. Jóvenes y viejos se visten con sus mejores galas y abuchean cada vez que se menciona el nombre de Amán durante la lectura del Rollo (“Megillah”) de Ester, como tradicionalmente se lo llama. Las niñas pequeñas, con rubor en las mejillas y algo de lápiz labial en los labios, compiten por el derecho a interpretar a la encantadora reina, y los niños se reparten los roles de Mardoqueo, el rey Asuero y hasta el malvado Amán.

Sin embargo, la historia contiene varios mensajes de prudencia. El personaje de Amán nos advierte que el odio puede volverse obsesivo y, como en este caso, transformar un rencor personal (contra Mardoqueo) en un plan de holocausto contra todo un pueblo. Hacia el final del relato, Amán es ejecutado y los judíos tienen libertad para defenderse. Pero no

tendrán tanta cuando, milenios más tarde, no encuentren a ninguna Ester dispuesta a salvarlos.

La historia refleja los peligros de que el poder absoluto quede en manos de un solo gobernante, por bien intencionado que éste sea. El monarca de este relato desflora vírgenes todo el tiempo y manda matar a cualquiera que se atreva a entrar al salón del trono sin haber sido invitado. Si Ester no lo hubiera disuadido, habría matado a todos sus súbditos judíos... sin que eso le quitara el sueño. No obstante, todo parece indicar que Asuero no era un hombre particularmente malvado. Su caso ilustra nuevamente aquella máxima de que “el poder tiende a corromper; el poder absoluto corrompe absolutamente”. Nuestra era está plagada de gobernantes con poder absoluto y tan irresponsables de sus actos como lo era el rey Asuero en el siglo IV antes de la era cristiana.

El personaje de Mardoqueo, tío de Ester, plantea interrogantes perturbadores. ¿Acaso habría enviado a su propia hija, carne de su carne y sangre de su sangre, a competir en un concurso de belleza que podría llevarla a pasar el resto de su vida en el harén del rey? ¿Le habría ordenado a su propia hija tomar una iniciativa prohibida por el monarca a riesgo de perder la vida? ¿O estaba menos comprometido emocionalmente con Ester, su hija adoptiva, una huérfana que dependía por completo de él? Por otra parte, ¿acaso Mardoqueo y su pueblo tenían otra opción? Había demasiadas cosas en juego.

Este libro de la Biblia lleva el nombre de Ester, y está bien que así sea. En su primera aparición, es una huérfana sumisa y complaciente. También es una mujer extranjera, sin poder y marginada que mora en el vasto imperio persa. Obedece las instrucciones de Mardoqueo y vive en la humillación de tener que esconder su verdadera identidad. Siempre depende de otros y ha aprendido a sobrevivir ganándose el favor de los poderosos a través de la obediencia, el servilismo y la capacidad de adaptación.

El punto de inflexión en el desarrollo del personaje de Ester ocurre cuando debe elegir entre proteger su propia vida manteniendo un perfil bajo y sin decir ni hacer nada, o actuar y suplicarle al rey en nombre de su pueblo, revelando de este modo su identidad judía. El relato sugiere que su autoestima y su confianza en sí misma aumentan cuando se libera de la pesada carga del secreto. A partir de entonces es libre de ser quien es. La vemos evolucionar y convertirse en una mujer de acción que empleará su coraje, su sexualidad y su inteligencia política para obtener libertad y justicia para su pueblo.

El logro de Ester sugiere que hasta una joven mujer inexperta en una situación peligrosa y compleja puede, si posee la fibra moral necesaria, juntar coraje y probar los límites de una observación rabínica escrita siglos más tarde: “Quien se comporta como un cordero, es devorado como un cordero”.

“¡Si tengo que perecer por ello, entonces pereceré!” Con estas palabras candentes, Ester dejó de ser una mera figura pública para convertirse en una inmemorial heroína bíblica.

CATORCE

El Cantar de los Cantares

El Cantar de los Cantares, también conocido como Cantar de Salomón, ofrece una notable variación sobre el papel desempeñado por el sexo y el deseo en las vidas de las mujeres bíblicas. Celebra con palabras bellísimas la pasión mutua y la sensualidad entre un hombre y una mujer, con énfasis en los anhelos y deseos de la mujer. Difiere de todas las otras historias bíblicas en que la mujer no queda relegada a sus roles tradicionales de esposa, madre, hermana o pariente política. Tampoco se la relaciona aquí con la infertilidad, las dinámicas familiares o las dificultades que deben afrontar las mujeres en una estructura de poder patriarcal. Es, simplemente, una joven mujer enamorada.

El poema está dominado por la voz de la Sulamita, que inicia el Cantar:

*Oh, dame los besos de tu boca,
porque son tus amores más dulces que el vino.
Tus ungüentos exhalan una dulce fragancia,*

*Bálsamo derramado es tu nombre,
Y por eso las doncellas te aman.
Llévame a ti, y corramos juntos.*

Y lo concluye:

*Oh tú, que moras en los huertos,
es tu amante quien te escucha;
déjame oír tu voz.
“Apresúrate, amado,
veloz como la corza o el cervatillo,
y ven al jardín de las especias”.*

Este largo poema expresa el asombro y la maravilla ante la existencia de “el otro”, el anhelo de “conocer” y ser conocido. Los dos amantes se turnan para hablar, y sus parlamentos componen una oda al amor sensual que resalta la igualdad entre los sexos y el gozoso deleite del uno en el otro. Con un estilo meticulosamente labrado, el Cantar expresa la franca, espontánea y generosa dicha de los amantes. El cronista describe el mutuo erotismo con imaginación vívida, y los lectores nos conmovemos ante la generosidad de espíritu y la admiración mutua que los amantes sienten y manifiestan. Por cierto, ambos parecen competir para ver quién prodiga los cumplidos más ardientes.

“Todas las Escrituras son sagradas, pero el Cantar de los Cantares es la más Sagrada entre las Sagradas”, escribió el gran rabí Aquiva hace casi dos milenios. El Cantar de los Cantares, el trovar de amor que la Biblia atesora, es uno de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento. Con sus apenas ocho capítulos de extensión, es uno de los más breves de la Biblia hebrea.

El erotismo del Cantar de los Cantares posee una inocencia refrescante y plena, en especial si lo comparamos con las crudas imágenes sexuales y el lenguaje soez que impregnan la cultura occidental contemporánea. El tierno romanticismo de este largo poema sorprende e incluso ruboriza a los adolescentes de hoy, acostumbrados a los ritmos palpitantes y las letras toscas y desafiantes de gran parte de la música popular, letras que a menudo denigran y ofenden a las mujeres. Pensemos,

por ejemplo, en el anhelo desenfadado de la joven mujer del Cantar de los Cantares, quien desea estar cerca de su amante:

*En mi cama eché de menos, por la noche,
al que ama mi alma;
lo anduve buscando, pero no lo encontré.
“Me levantaré y daré vueltas por la ciudad,
y buscaré por calles y por plazas
al que ama mi alma”.*

*Eres fragante,
eres mirra y áloe.
Y todas las jóvenes te desean.*

¡Tómame de la mano, y corramos juntos!

*Mi amante, mi rey, me ha llevado a sus aposentos.
Reiremos, tú y yo, y contaremos
uno por uno
nuestros besos, que son más dulces que el vino.*

A diferencia de otros libros de la Biblia, el Cantar de los Cantares no está relacionado con la historia, los códigos éticos ni la estructura del pueblo israelita. Podemos tomarlo literalmente o leerlo como una alegoría. Cuando el hombre habla del “jardín sellado” en la “viña”, podríamos colegir que alude al lugar físico donde suelen reunirse los amantes o bien a la anatomía femenina. “Miel y leche tienes debajo de la lengua” también se presta a diversas interpretaciones. El lector disfrutará más si responde al poema emocionalmente y deja volar su imaginación para descifrar sus voluptuosas metáforas.

En el Cantar hay varias voces: la de la joven mujer sulamita; la de sus hermanos, preocupados por su destino (“¿Qué habremos de hacer por nuestra hermana cuando los pretendientes la acosen?”); la de las hijas de Jerusalén, que acosan a la joven y quieren sonsacarle todos sus secretos; y la del ardiente amante de la sulamita.

*¿Hacia dónde partió tu amado,
oh hermosísima entre las mujeres?
Dinos dónde está*

e iremos contigo a buscarlo.

El Cantar de los Cantares es un imbatible ejemplo de la celebración bíblica de la sexualidad humana como un aspecto integral y positivo de la vida y un don de Dios a sus hijos. Por supuesto que en las historias de Eva, Sara, Rebeca, Rut y las dos esposas de Jacob —por nombrar sólo algunas—, abundan los episodios de deseo, celos sexuales, amor y lujuria, pero el Cantar de los Cantares ofrece la perspectiva más exuberante y sensual de toda la Biblia.

En los ocho capítulos que componen el Cantar, los amantes se reúnen y se separan, se pierden el uno al otro, y vuelven a recuperarse. A veces es difícil distinguir quién de los dos está hablando, puesto que los parlamentos están encabalgados y el vínculo entre ambos resulta borroso. Los amantes llegan a ser “una sola carne”. Se alejan y vuelven a unirse, y llegan a “conocerse” profundamente el uno al otro en un episodio evocador de aquel en que Eva comparte el fruto del árbol del conocimiento con Adán en el Jardín del Edén.

Casi siempre es la mujer quien añora a su amante, reflejando la naturaleza evasiva del amor y el eterno anhelo de estar más cerca —emocional y espiritualmente— del ser amado. En el Cantar no hay vergüenza del amor, de la intimidad ni de la expresión de los deseos sexuales.

Los encuentros de los amantes ocurren en primavera, cuando en la tierra desnuda florecen los lirios y el azafrán. Los amantes ensalzan la belleza del mundo natural, un jardín libre de culpa o vergüenza. El amante describe a su amada como un “jardín cerrado”, una “fuente sellada”, un lugar íntimo inaccesible a los otros y al que sólo él tiene entrada.

*¡Qué hermosa eres, amada mía,
amiga mía! Como las palomas, así son tus ojos;
y son tus cabellos
como un rebaño de cabras
que vienen del monte Galaad (...).*

*Como cinta de escarlata tus labios,
dulce tu voz.*

.....
Son tus pechos como dos corzos,

*dos gamos mellizos
que pacen en un campo de lirios.
Antes de que llegue el día,
antes de que huyan las sombras de la noche,
subiré al monte de la mirra,
y al collado del incienso. [...]
Jardín cerrado es mi hermana, mi esposa,
fuente oculta, fuente sellada. [...]*

La joven sulamita oscila entre la pasión y la coquetería, entre el anhelo y el autorreproche. Aquí revela la naturaleza evasiva del amor y su decisión de encontrar a su amante, que ha desaparecido, con la ayuda de sus amigas.

*Levanté la aldaba de mi puerta
para abrirle a mi amado,
pero él ya se había ido.
¡Mi alma ha quedado prendada de su voz!*

*Lo busqué en todas partes
pero no pude encontrarlo.
Grité su nombre,
pero no respondió. [...]*

*¡Os conjuro, hijas de Jerusalén!
Si hallareis a mi amado
decidle
que desfallezco de amor.*

La joven recurre a imágenes de fortaleza para describir a su amado. Dice de él que es fuerte y erguido como un cedro del Líbano, y al mismo tiempo amable y tierno.

*Su cabeza, oro finísimo;
la mata de sus cabellos,
negra como el cuervo.*

*Su brazo un cetro de oro con gemas de topacio;
su vientre como un vaso de marfil*

*guarnecido de zafiros;
sus muslos columnas de mármol
sobre pedestales de oro.*

*¡Alto como el monte Líbano,
majestuoso como un cedro!*

*Su boca es un vino dulce, y él es todo deleite.
Éste es mi amado
y éste es mi amigo,
oh hijas de Jerusalén.*

El Cantar de los Cantares alcanza el clímax con una elocuente y apasionada celebración del amor como la emoción más poderosa de la tierra:

*Porque el amor es feroz como la muerte,
e implacables como el infierno son los celos;
sus dardos, dardos de fuego,
y un volcán en llamas. [...]
Los mares inmensos no pueden extinguir el amor,
ni los ríos pueden sofocarlo.*

El Cantar de los Cantares exalta el amor, el deseo, la intimidad y la alegría. La capacidad de entrega y generosidad de los amantes es asombrosa. Se abren el uno al otro sin temor ni ambivalencia. Expresan sus sentimientos con libertad, en plenitud y sin inhibiciones. A veces se dirigen el uno al otro, otras veces hablan del otro. Algunos cantares describen sueños; otros, ensoñaciones o fantasías. Los amantes compiten en expresar su admiración y deleite mutuos. Sus declaraciones llevan la marca de la sinceridad juvenil y el fresco entusiasmo, y nada tienen que ver con la adulación sofisticada o ensayada hasta el cansancio. Los amantes se saben iguales y se tienen confianza, y así se turnan para desempeñar los papeles de perseguidor y perseguido. Las descripciones poéticas del erotismo femenino, que brilla por su ausencia en el resto de las Escrituras, hacen del Cantar una obra magnífica por derecho propio.

El Cantar de los Cantares rezuma amor por la tierra de Israel y expresa una profunda familiaridad con su geografía, sus estaciones, su flora y su fauna. La mujer dice de sí misma: “Soy la rosa de Sharon” en

alusión directa a la flor así llamada en homenaje a la llanura que bordea la costa del Mediterráneo. También se habla de Ein Gedi (en las orillas del Mar Muerto) y de la Torre de David en Jerusalén. Los amantes nombran reiteradamente a Jerusalén, la ciudad capital (“Eres hermosa, amada mía, y acogedora como Jerusalén”). La mujer alaba la gracia de su amante con palabras grandiosas: “Él es majestuoso como el Líbano”, la montaña más alta de la tierra. El amante responde a sus halagos con imágenes naturales y geográficas: “Tu cabello es como un rebaño de cabras que vienen del monte Galaad” (en el norte de Israel).

El ambiente es el eterno Mediterráneo, colmado de palmeras datileras, lirios, rosas, higueras, cipreses, granados, manzanos y parejas de gacelas. Las frutas son símbolos eróticos que recuerdan el “fruto prohibido” del Jardín del Edén. Los amantes se encuentran a cielo abierto y por las noches, en el calor exuberante del clima subtropical.

* * *

Los teóricos afirman que muchos de los Cantares fueron transmitidos por vía oral a lo largo de los siglos, y que el Cantar adquirió la forma que hoy conocemos hacia el siglo III antes de la era cristiana. Durante mucho tiempo se atribuyó al rey Salomón —además de los libros de los Proverbios y el Eclesiastés— la autoría del Cantar de los Cantares. La atribución podría provenir de su supuesta condición de amante de mil mujeres y, por lo tanto, afecto a cortejar al bello sexo. El nombre de la mujer —Sulamita— también respalda la autoría de Salomón pues comparte una raíz —*shalem*— con el nombre de la capital de su reino: Jerusalén (o Yerushalayim en hebreo). Algunos Cantares aluden a Salomón y sus riquezas; otros sólo dicen de él “mi rey”. Pero la Sulamita desprecia las riquezas y afirma que

*Si un hombre intentara comprar mi amor
con todas las riquezas de su casa,
lo despreciaría.*

Aunque la Sulamita no celebra el amor sensual sin ton ni son. Más bien sugiere que, como para todo, hay un momento óptimo para el amor físico.

Su mano izquierda bajo mi cabeza,

me estrecha con su brazo derecho.

*Hijas de Jerusalén, juradme
que no despertaréis a mi amado
hasta que llegue la hora.*

No es para sorprenderse que algunos sospechen que fue una mujer quien escribió el Cantar de los Cantares. La mayoría de los versículos se atribuyen a mujeres, y sabemos más de la personalidad de la Sulamita que de la de su amante. Ella es audaz e indómita y toma la iniciativa en la relación amorosa. Los sueños están vinculados con la imaginación y las expectativas de la Sulamita, con las que el poeta parece estar familiarizado. El Cantar de los Cantares comienza y termina con la voz de la mujer. Quizás nunca sabremos si fue escrito por una mujer, pero es indudable que los anhelos eróticos de la mujer han sido explorados en este libro bíblico con profundidad y comprensión.

Ni una sola vez se menciona a Dios en los ocho capítulos del Cantar. Debido a ello, su inclusión en la Biblia parecía inapropiada y fue tema de intensos debates rabínicos. El gran rabí Aquiva, nacido hacia el año 50 de la era cristiana, inventó una brillante solución para este problema. Afirmó que el amor de la pareja es una alegoría del amor de Dios por el pueblo de Israel, y que el anhelo mutuo de los amantes representa el abrumador anhelo espiritual de la humanidad por el amor de Dios. Cabe señalar que el matrimonio del rabí Aquiva era dichoso y había sido precedido por un largo cortejo romántico. Su oportuna interpretación satisfizo a los rabinos encargados de editar la Biblia en su forma definitiva y salvó del olvido a esta hermosa pieza literaria. Los primeros cristianos encontraron un consuelo similar, ya que consideraron el Cantar como una alegoría del amor de Jesús y de la íntima relación de los fieles con la Iglesia.

El romántico erotismo del Cantar de los Cantares contrasta rotundamente con la sexualidad explícita de los medios, con sus interminables publicidades que sugieren que el primer motor del ser humano es la atracción sexual, y que comprar una determinada marca de cerveza, desodorante o automóvil nos hará más deseables y, en consecuencia, más felices. Internet ha inundado el mercado con ofertas de pornografía, casi siempre humillante y denigrante para las mujeres. Los programas de televisión infantiles están llenos de imágenes y alusiones

sexuales, explícitas en los videoclips musicales, los videojuegos, los afiches callejeros y el cine. Nuestra cultura erotiza a los niños antes de tiempo. Cuando los jóvenes alcanzan la madurez necesaria para manejar las realidades físicas y emocionales de una relación sexual, ya han recibido demasiados estímulos y saltado las etapas lógicas y necesarias de la maduración adolescente normal. Como ha señalado el Dr. Willard Gaylin en su libro *On Being and Becoming Human*: “Para muchos jóvenes es más fácil irse a la cama con cualquiera que mantener una relación íntima y honesta. Les resulta más fácil exhibir sus genitales ante un extraño que exponer sus sentimientos”.

Hablamos más de los “cómo” del sexo que cualquier otra generación, pero me temo que sabemos menos. Exageramos la importancia de la técnica por encima de los sentimientos y la imaginación. Hablamos de “tener sexo”, como si el sexo fuera una cosa, mientras la antigua expresión “hacer el amor” insistía en el recorrido y la intimidad emocional.

Ahora que hemos roto el cascarón, me pregunto si podremos recuperar la plenitud y la alegría espontánea de los amantes del Cantar de los Cantares. Y por cierto, ¿qué tiene que ver con nosotros este antiguo poema de amor?

El Cantar de los Cantares nos devuelve a la igualdad entre los sexos, el tomar y dar mutuo que sustenta la intimidad, la ternura y la pasión. El erotismo no comercializa ni convierte en objeto la relación hombre-mujer; la pornografía, en cambio, transforma la dinámica entre dos personas en un ejercicio brutal que no satisface a nadie. El erotismo del Cantar se basa en la imaginación y el palpitante anhelo de intimidad, seguridad y proximidad —tres condiciones que deleitan a las mujeres e inevitablemente aumentarán el placer de sus compañeros.

En la primera historia de la Biblia, ambientada en el Jardín del Edén, los arquetípicos Adán y Eva cumplen el rito universal de pasaje hacia el despertar sexual y el amor. En las historias que siguen, los personajes bíblicos usan o abusan de los dones divinos del deseo y el sexo. En el Cantar de los Cantares, los amantes vuelven a crear un Jardín del Edén donde solazarse.

Así como no es lo mismo leer *Hamlet* en inglés que traducido al hebreo, el Cantar es más insinuante y evocativo en su lengua original; y esta sola razón debería bastarnos para querer estudiar hebreo. Convido a los lectores a leer a solas el Cantar de los Cantares y también a compartirlo con sus amantes; los invito a leerlo por la belleza de su lenguaje y los desafío a interpretar libremente sus significados ocultos. Una cosa es

segura: si continuamos leyéndolo y descifrándolo, el Cantar de los Cantares no caerá en el olvido.

Conclusión

Las diecisiete mujeres retratadas en este libro han desempeñado papeles decisivos durante los dos mil años de historia relatados en la Biblia hebrea. Mi lectura e interpretación de las crónicas bíblicas es estrictamente personal, y está basada en toda una vida de enseñanza y estudio de los comentarios bíblicos —escritos a lo largo de centenares de años— así como también en mi experiencia de esposa, madre, psicoterapeuta y docente.

Lo que más me intriga de las mujeres bíblicas es que, en su mayoría, eluden la autoridad masculina en una sociedad patriarcal... y algunas llegan incluso a desafiarla y revertirla. Aun más notable es que las mujeres, con la sola excepción de Jezabel, jamás son castigadas por su conducta anticonvencional. Por el contrario, los escribas bíblicos las tratan con profunda simpatía y son sensibles a sus luchas y conflictos. Todas ellas, salvo la despiadada y codiciosa Jezabel, ven recompensada su audacia.

La mayoría de estas mujeres desafían la autoridad masculina cuando es injusta o no responde a sus necesidades, las de su familia o las de su pueblo. Pertenecen a una sociedad patriarcal donde los hombres detentan el poder visible, y sus opciones son difíciles y escasas. Dadas las circunstancias, las mujeres bíblicas desafían, seducen y hacen trampa. Todas corren riesgos y algunas —como la reina Ester y la primera Tamar, nuera de Judá— están dispuestas a perder la vida si fracasan. Tamar y Rut son viudas condenadas a una vida de pobreza y anonimato, pero toman la iniciativa y elaboran sutiles planes de seducción sexual. Los hombres responden y los vástagos de estos actos de seducción se transforman, muchas generaciones más tarde, en progenitores del linaje de David. Rut y Tamar son plenamente recompensadas por el riesgo que han corrido para asegurar la supervivencia de la familia.

Cuando elegí a estas mujeres, me sentí atraída tanto por sus aspectos vulnerables como por sus puntos fuertes. Como las inmemoriales heroínas de la Biblia hebrea, nosotras también luchamos para poder amar, parir,

triunfar en nuestras relaciones y abrírnos paso en el laberinto de un mundo peligroso. Todas las historias incluidas en este libro están protagonizadas por mujeres, y la acción se desarrolla en torno a ellas.

La joven Eva me transmite optimismo cuando abandona el Jardín del Edén con su hombre para iniciar una vida adulta en el mundo real e imperfecto. Mi corazón se duele por Sara, quien, con la mejor de las intenciones, mete a otra mujer en la cama de su esposo Abraham para engendrar el hijo que ella no puede concebir. Admiro la decisión trágica y separatista pero valiente de Rebeca, porque tuvo en cuenta los intereses a largo plazo de todo un pueblo. Esta mujer indómita cuestiona la ley de primogenitura cuando ésta amenaza la supervivencia de la Alianza. Me fascina el persuasivo encanto de Abigaíl, quien se consagra astutamente a complacer y domesticar al joven futuro rey de Israel, y en el ínterin se salva y salva a su casa del derramamiento de sangre. Y mi imaginación se deja atrapar por la exótica y emprendedora reina de Saba. El ilícito y apasionado romance de David y Betsabé, aunque madura y da origen a un matrimonio perdurable, plantea serios y conflictivos temas universales. Y éstas son sólo algunas de las apasionantes historias de mujeres bíblicas cuyas vidas aún resuenan entre nosotros.

Ahora que gran número de mujeres han comenzado a estudiar el texto bíblico, las académicas feministas y otras teóricas han empezado a escribir mucho acerca de las mujeres de la Biblia. Algunas se han consagrado a guerreras como Débora, la Juana de Arco bíblica, quien lidera a los israelitas en la batalla, o a las parteras Séfora y Fúa, quienes salvaron a los recién nacidos varones hebreos a pesar del edicto del faraón que mandaba ahogarlos en el Nilo. Otra heroína en boga es la prostituta Rajab, quien arriesga su vida para ayudar a huir de Jericó a los espías de Josué. Si bien la Biblia relata los actos por los que estas heroínas son recordadas, no dice nada de su vida interior ni de sus procesos de decisión y por lo tanto ofrece pocas pistas para imitar su ejemplo.

Excepto por Dalila y Jezabel, he elegido mujeres con las que puedo identificarme y capaces de interactuar con los hombres con resultados asombrosos. Estas mujeres inteligentes y valientes no se arredran ante nada y toman la iniciativa. Son firmes y resueltas y no están dispuestas a ser víctimas pasivas de circunstancias abrumadoras. No andan a la pesca de estrategias para levantar su autoestima, y sus vidas no están gobernadas por la necesidad de “sentirse bien” o “sentirse cómodas”. Lo

que las mantiene en vilo —a pesar las circunstancias adversas— es una vida cargada de sentido y una fe indeclinable, valores que exigen una visión histórica a largo plazo y un enfoque activo del presente inmediato. Muchas veces consideramos nuestro futuro y nuestro presente con una dosis de alienación, cinismo o melancolía; las mujeres bíblicas, por el contrario, encarnan un enfoque positivo (en el sentido de “hacer lo que se puede”) de la vida cuando perseveran en sus anhelos y se niegan a doblegarse ante las circunstancias más adversas. Cuando estas mujeres por demás heroicas toman una decisión, lo hacen guiadas por los intereses a largo plazo de su familia y su pueblo. Ponen lo mejor de sí mismas para tomar y ejecutar sus decisiones imperfectas, y están dispuestas a aceptar las consecuencias de sus actos y vivir con ellas. Y ésta es la esencia de la responsabilidad que acompaña al libre albedrío, el don más grande que Dios ha dado a los seres humanos.

El estatus legal de las mujeres bíblicas no es equitativo con respecto al de los hombres. Las mujeres son ciudadanos de segunda clase que viven bajo la autoridad del jefe de la familia, por lo general su padre o su marido. Y no obstante las mujeres de estas crónicas no son oprimidas ni escarnecidas por patriarcas severos o brutales. Las mujeres bíblicas detentan un inmenso poder en el seno familiar. Cuando ven peligrar a su familia o su tribu y los hombres no reaccionan, las mujeres llenan el vacío, corren los riesgos y asumen las responsabilidades por el destino de su pueblo. La crónica también sugiere que el estatus legal limitado de estas mujeres es una metáfora de todas las minorías que luchan por hacer oír su voz. La situación de las mujeres bíblicas es análoga a la de los israelitas, un pueblo pequeño y resistente que intenta sobrevivir entre las poderosas culturas paganas.

La poligamia era una práctica extendida en tiempos bíblicos. No obstante, todas las familias polígamas retratadas en la Biblia son desdichadas. (Aunque cada una lo es a su manera, como escribiera Tolstoi varios siglos después.) Ya se trate de la rivalidad entre Raquel y Lía —las dos hermanas casadas con Jacob— o de la competencia entre Ana y Fenena —ambas casadas con Elcana—, o de las contradictorias demandas de las numerosas esposas de David y sus hijos herederos al trono, los cronistas bíblicos se ocupan inevitablemente de señalar las desventajas del matrimonio polígamo. Por el contrario, la de Sara y Abraham es una pareja monógama dentro de una cultura polígama, lo mismo que la de Rebeca e

Isaac. En el Jardín del Edén también tenemos una mujer y un hombre. La crónica deja en claro que es casi imposible mantener una relación intensa entre marido y mujer en un matrimonio polígamo. La presencia de múltiples esposas rivales diluye todas las relaciones dentro de la unidad familiar. La Biblia postula claramente que la poligamia no funciona y que la monogamia es una estructura mucho más apta y confiable. La relación intensamente comprometida y amorosa del hombre y la mujer refleja la intensamente comprometida relación de cada ser humano con Dios.

En la Biblia hebrea, la sexualidad no es un tema secreto, pecaminoso o prohibido. En cambio, el sexo es analizado con notable amplitud de espíritu y sin huella de pacatería. Nos sentimos extasiados ante el prodigioso Cantar de los Cantares, un texto que celebra en términos más que explícitos el amor sensual entre la Sulamita y su amante. Para la Biblia, la sexualidad es un don del Creador, esencial a toda vida humana, y ha de ser empleada para fortalecer los lazos de intimidad, confianza, compañerismo, responsabilidad y compromiso.

Pero la sexualidad también puede ser abusiva y egoísta. El brutal realismo de la Biblia no nos ahorra este aspecto de la ambivalencia humana. El héroe israelita Sansón se vuelve adicto a los favores sexuales de Dalila. Ella lo entrega a su pueblo, enemigo mortal de Israel, y éste lo ciega, tortura y encarcela. El peor ejemplo del sexo como fuerza destructiva es el plan inexorable de Amnón para violar a Tamar, la bella hija del rey David, su media hermana aún virgen. Una vez perpetrado el estupro, Amnón expulsa a Tamar de su casa y su vida queda arruinada para siempre.

La Biblia enseña y al mismo tiempo entretiene. No intenta suavizar ni disimular ningún aspecto de la psicología o la conducta humanas. Cautiva al lector exponiendo las flaquezas de sus protagonistas. Nadie está a salvo de un comentario crítico ni de que sus nada atractivos defectos queden expuestos. Pero, sobre todo, nadie está por encima de la ley. Las mujeres, como sus hombres, son responsables de sus actos y de las consecuencias. No son santos ni pecadores, y sus acciones son tratadas con igual candor.

Las historias de las mujeres de la Biblia hebrea nos ofrecen un prisma para evaluar nuestras propias vidas. Después de todo, la naturaleza humana no ha cambiado un ápice desde el día en que Eva, pionera en la galería de mujeres emprendedoras, cuestionó las reglas del Jardín del Edén llevada por el impulso (dado por Dios) de adquirir conocimiento y crear nueva vida. El resultado es el primer ejercicio del libre albedrío y la primera lección de moral y responsabilidad personal.

Los cronistas bíblicos observan con lupa la naturaleza humana al describir los conflictos y las vidas de los individuos. Nadie dijo que la vida sería fácil; no lo es. Los seres humanos somos demasiado complicados y queremos demasiadas cosas contradictorias al mismo tiempo: por ejemplo un romance que nos haga perder la cabeza y un amor estable y enriquecedor; gratificación inmediata y satisfacción a largo plazo. La Biblia jamás condesciende a simplificar las cosas, y allí radican su poder, su profunda humanidad y su permanencia en el tiempo. Y por ello estoy eternamente agradecida.

Como ha escrito Abraham Joshua Heschel en su libro *God in Search of Man* (1955): “Entre las muchas cosas que la tradición religiosa tiene reservadas para nosotros está el legado del asombro”. En sus palabras oigo un eco de los cronistas bíblicos quienes, miles de años antes, nos dejaron una observación similar en el libro de los Proverbios, atribuido al rey Salomón:

*Hay tres cosas demasiado maravillosas para mí,
o más bien cuatro, las cuales ignoro totalmente:
el rastro del águila en el aire;
el rastro de la culebra sobre el peñasco;
el rastro de la nave en alta mar;
y el proceder del hombre con la mujer.*

Después de haber estudiado la Biblia hebrea, quizás los lectores contemporáneos deseen agregar una última línea al proverbio:

Y el proceder de la mujer con el hombre.

Índice

| | |
|--------------------|------------------------------------------------------|
| Introducción | 6 |
| UNO | Eva, la primera rebelde..... 13 |
| DOS | Sara, la madre fundadora 29 |
| TRES | La decisión de Rebeca..... 51 |
| CUATRO | Raquel, Lía y Jacob... el esposo de ambas 75 |
| CINCO | La viuda que se atrevió 92 |
| SEIS | Cómo atrapó Dalila al imbatible Sansón 99 |
| SIETE | Micol, primera esposa de David 110 |
| OCHO | Abigaíl. David encuentra a su par..... 123 |
| NUEVE | Betsabé y David, de la lujuria al amor..... 133 |
| DIEZ | Violación y venganza. La historia de Tamar 149 |
| ONCE | El misterio de la reina de Saba 159 |
| DOCE | La malvada Jezabel 168 |
| TRECE | Dos historias de seducción 177 |
| CATORCE | El Cantar de los Cantares..... 191 |
| Conclusión..... | 201 |

Esta edición de 4.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Verlap S.A.,
Comandante Spurr 653, Avellaneda, Bs. As.,
en el mes de junio de 2006.